

LOS CADÁVERES BLANCOS



D.J.57

GEMMA HERRERO VIRTO

LOS CADÁVERES BLANCOS

Gemma Herrero Virto

Copyright 2018 Gemma Herrero Virto

Título: Los cadáveres blancos

Autor: Gemma Herrero Virto

Página oficial Gemma Herrero Virto: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaeen

Revisión: Julen Díaz Llorente

Diseño de cubierta: Gemma Herrero Virto

Copyright de la presente edición: © 2018 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 16 de abril de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Si ya lo has descargado ilegalmente de alguna página de Internet, tampoco vamos a llorar. Si te ha gustado, al menos pásate a dejar un comentario por Facebook o Twitter, que eso no paga las facturas, pero me alegra el día ;-)

**A Alfonso, Pepe y Stephen,
mis tres maestros en esto de contar historias.**

ÍNDICE

1- [Primera parte](#)

2- [Segunda parte](#)

3- [Tercera parte](#)

[Nota de la autora](#)

[Otras obras publicadas](#)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Natalia levantó la vista del informe que estaba leyendo al escuchar unos pasos que se acercaban por el pasillo. Sólo era uno de los técnicos de laboratorio. Le saludó con la cabeza y volvió a mirar sus papeles. No sabía cuándo llegarían Aguirre y Salazar, pero quería estar preparada.

Releyó el informe que le habían entregado a su entrada en la central. Mujer desconocida de entre treinta y cuarenta años, raza blanca, metro setenta de estatura, sesenta kilos de peso. Eso era todo lo que se sabía de la víctima e iba a costarles mucho trabajo saber algo más. El asesino se había asegurado de ello quemando la cara y las huellas dactilares con ácido sulfúrico. Se estremeció al pasar la página y encontrarse con las fotos de la escena del crimen. El cuerpo estaba depositado sobre una piedra plana, tumbado sobre la espalda con los brazos en cruz, como una ofrenda sobre un altar. Lo habían dejado en una cantera abandonada de la zona de Gallarta y habían pasado un par de días hasta que lo encontraron unos senderistas. Todo el resto de la escena era extraño: la pintura blanca, las vendas, la máscara... Parecía un complejo ritual que, al menos de momento, sólo tenía sentido en la desquiciada mente del asesino.

Las siguientes páginas correspondían al informe de la autopsia realizado por el doctor Salazar. Según sus conclusiones, la víctima había sido estrangulada hasta la muerte utilizando una cuerda. Después el cuerpo había sido lavado cuidadosamente. No había ninguna señal del asesino, ningún resto biológico ni huella. Además, la víctima no había sido violada ni parecía haberse defendido, por lo que tampoco se habían podido encontrar restos de piel, semen o sangre que pudieran pertenecer al asesino.

Cerró el informe y se quedó mirando la pared de enfrente, perdida en sus

pensamientos. No quería reconocerlo, pero todo el ritual que rodeaba el crimen señalaba a gritos a un asesino en serie. Se imaginó a Carlos frente a ella, con su sonrisa sarcástica, preguntándole si no había tenido suficiente con la detención de un asesino en serie en su carrera, si no iba a parar nunca en su búsqueda de gloria. Casi podía oírle diciendo “Un solo asesinato no es una serie muy larga que digamos”. Le habría gustado llamarle para comentarle el caso, pero la mataría si le despertaba a las cuatro de la mañana. Tendría que esperar a la hora del desayuno, si había conseguido salir de la central para entonces.

Unos nuevos pasos se aproximaron por el pasillo. Aguirre y el doctor Salazar se acercaron a ella. Natalia se levantó de la silla y estrechó las manos de los dos hombres, esperando que empezaran a hablar y le explicaran por qué la habían llamado.

—Buenas noches, señorita Egaña —saludó Aguirre, mientras miraba el dossier que Natalia había dejado en la silla—. ¿Le ha dado tiempo a leer el informe que solicité que le entregaran?

—Sí, ya lo he leído — contestó Natalia—. ¿Qué es lo que necesitan de mí? ¿Quieren que repita la autopsia por si puedo encontrar algo más?

—No creo que se me haya pasado nada, pero gracias por el ofrecimiento — intervino el doctor Salazar.

—No me malinterprete. —Se apresuró a disculparse Natalia—. Creo que ha hecho un gran trabajo y que todos sus datos son correctos. Simplemente quería saber para qué se me ha llamado con tanta urgencia.

—Ha aparecido otro cuerpo en circunstancias muy similares —dijo Aguirre, confirmando sus peores temores—. Puede ser un imitador, pero, dado que filtramos muy poca información sobre el crimen anterior a la prensa, pensamos que puede tratarse del mismo asesino.

—¿Un asesino en serie? —preguntó Natalia.

—Sí, por eso la hemos llamado —explicó Aguirre—. Usted es nuestra mejor experta en asesinatos en serie.

—Bueno, haber ayudado a atrapar a uno no me convierte en experta —admitió Natalia, encogiéndose de hombros para quitarle importancia.

—Es lo mejor que tenemos —Aguirre sonrió para tranquilizarla—. Salazar va a realizar ahora la autopsia de la nueva víctima y queremos que le acompañe.

—¿Está usted de acuerdo? —le preguntó Natalia a Salazar.

—Por supuesto, será un honor. —Salazar le hizo un gesto invitándola a pasar delante—. De hecho, he sido yo el que le ha solicitado a Aguirre su colaboración.

El sargento se despidió y ellos dos se encaminaron hacia la zona de autopsias. Después de colocarse la bata y los guantes, pasaron a la sala. El cadáver ya se encontraba allí, cubierto con una sábana. Salazar se acercó y la levantó un poco por un costado.

—¿Preparada? —Esperó a que Natalia asintiera y descubrió el cuerpo por completo.

Natalia se forzó a dejar de lado sus sentimientos y mirarlo de forma profesional. En ese momento no debía pensar qué aquel cuerpo había pertenecido a una mujer con una vida, con familiares y amigos, con recuerdos y sueños... Tenía que verlo como un libro en el que el asesino, sin querer, había escrito su historia. En ese cuerpo estaban los miedos del asesino, sus obsesiones y delirios, codificados en un extraño lenguaje que sólo tenía sentido para él. Era su tarea tratar de entender ese código, encontrar el hilo que le llevaría a comprender al asesino y atraparlo. Se acercó un par de pasos hasta quedar justo al lado de la camilla y esperó a que Salazar comenzara. Éste encendió una grabadora y empezó a hablar.

—Víctima desconocida, mujer. La cabeza y las manos están vendadas. Sobre

la cara hay una máscara blanca con los símbolos “1C” en la mejilla derecha y los símbolos “or” en la mejilla izquierda. Procedo a quitar la máscara. —El doctor dejó de hablar mientras la retiraba con mucho cuidado y la depositaba en una bolsa de pruebas. Después fue quitando las vendas que cubrían la cabeza, dejando a la vista una larga cabellera negra y ondulada. Natalia tuvo que contener una exclamación cuando la cara de la mujer, totalmente desfigurada, apareció ante ella—. El rostro ha sido quemado con algún tipo de ácido. Sospecho que puede ser ácido sulfúrico, como el utilizado en la víctima del expediente BI-1034-17. Tomo una muestra de los tejidos para remitirla al laboratorio a fin de que confirmen este punto.

El doctor continuó con el procedimiento de inspección visual. Natalia se limitó a observar su trabajo mientras él buscaba cualquier pelo o fibra que pudiese haber pertenecido al asesino. Después de un largo rato, Salazar levantó la mirada, apagó la grabadora y negó con la cabeza:

—Es bueno. No encuentro nada.

—¿Cree que pudo haber usado guantes durante todo el procedimiento? —preguntó Natalia.

—Creo que ha usado guantes, un gorro e incluso es posible que haya utilizado ropa de seguridad y mascarilla. No hay absolutamente nada. —Negó de nuevo con la cabeza—. Antes los asesinos eran mucho más descuidados. CSI nos ha hecho mucho daño. Bueno, sigamos. —Volvió a poner en marcha la grabadora—. No hay objetos personales de la víctima, a excepción de un reloj de pulsera blanco.

El doctor le quitó el reloj a la mujer y lo introdujo en otra bolsa de pruebas. Natalia recogió la bolsa y lo examinó. Era un reloj pequeño, de manecillas, con la correa y la esfera de un blanco inmaculado. No era ninguna entendida en relojes, pero le pareció que no era de buena calidad.

—La otra víctima también llevaba reloj, ¿verdad? —le preguntó a Salazar.

—Sí, uno exactamente igual a éste. Creo que se los pone el asesino, pero no sé por qué.

Natalia dejó de nuevo el reloj en su sitio y siguió observando a Salazar hasta que éste terminó con la exploración preliminar del cadáver.

—¿Podría acercarme una esponja y un recipiente con agua? —preguntó Salazar—. Tengo que retirar toda la pintura blanca. —Natalia le pasó lo que había pedido y él sonrió, agradecido—. Con la víctima anterior tardé casi una hora en retirar toda la pintura. Espero que no tenga prisa.

—No. No se preocupe —contestó Natalia—. Si quiere, puedo ayudarle. Así terminaríamos antes.

—Espero que no se ofenda, pero no me gusta que nadie toque mis cadáveres.

—Le entiendo. A mí me pasa igual —contestó Natalia, sonriendo.

El doctor comenzó por limpiar la zona del cuello de la víctima, dejando al descubierto un hematoma oscuro y delgado que lo rodeaba por completo.

—Lo que sospechaba —comentó Salazar—. Es igual que la marca en el cuello de la víctima anterior.

—Parece una cuerda o un cable. —Natalia acercó su mano a la marca y esperó a que el doctor asintiera para tocarlo—. No era algo afilado, ya que no ha provocado ninguna herida ni corte.

—Sí. Yo apuesto por una cuerda —confirmó Salazar.

—Además, por la forma en la que la marca se curva hacia arriba, el asesino debía de ser alguien alto —aventuró Natalia.

—O la víctima estaba sentada —la cortó Salazar—. Aunque apuesto más por su hipótesis. No hay forma de mantener a una persona sentada mientras la estrangulas a no ser que esté atada y no hay marcas de ligaduras en las muñecas.

Natalia asintió y continuó en silencio mientras él seguía limpiando el cuerpo.

Ya casi había limpiado por completo toda la parte superior. Natalia se inclinó para examinarlo mejor, buscando alguna otra señal, pero no encontró nada. No había más heridas ni hematomas, tan sólo la línea morada que rodeaba su cuello.

De repente, Salazar dio un salto hacia atrás, como si hubiera sido atacado por una serpiente. Natalia le miró, preguntándose qué le habría sucedido, y se quedó sin habla. Su rostro había perdido el color. Tenía los ojos tan abiertos que parecía que iban a salirse de las cuencas y todo su cuerpo temblaba.

—Salazar, ¿qué sucede? —preguntó Natalia, rodeando la camilla para acercarse a él.

No contestó. Se limitó a seguir contemplando el cuerpo con la mirada aterrada, mientras continuaba temblando. Natalia le ayudó a retroceder hasta una silla y sentarse, temiendo que no pudiera mantenerse en pie por sí mismo durante más tiempo.

—Salazar, contésteme —le gritó Natalia—. ¿Qué pasa?

Él negó con la cabeza sin apartar la mirada del cadáver. Respiraba con esfuerzo, en bocanadas rápidas y superficiales. Natalia le agitó por los hombros, tratando de que reaccionara. Aquello pareció surtir efecto, ya que apartó la mirada del cuerpo para clavar los ojos en Natalia.

—Aguirre —le susurró—. Llama a Aguirre.

Natalia corrió hacia el teléfono y marcó la extensión de Aguirre, rogando que no estuviera ocupado. Tras dos tonos de llamada que se le hicieron eternos, Aguirre respondió.

—Aguirre, soy Natalia Egaña.

—¿Han descubierto algo ya? —preguntó él al otro lado de la línea.

—Algo le sucede al doctor Salazar. Necesito que venga ya. Estamos en la sala de autopsias número tres.

El tono de Natalia debió de transmitir su urgencia, ya que Aguirre colgó sin despedirse siquiera. Volvió al lado de Salazar, que había escondido la cara entre las manos mientras su cuerpo seguía temblando sin control. Natalia giró la cabeza hacia el cadáver, tratando de descubrir qué era lo que había asustado tanto a su compañero. Lo último que éste había limpiado era la cadera izquierda de la víctima. Había algo negro sobre la piel. Dejó un momento a Salazar y se acercó para ver qué era.

Se agachó para colocar sus ojos a la altura de la cadera de la mujer. La mancha negra era un pequeño tatuaje: dos mariposas oscuras. En el cuerpo de la más grande había dibujada una A y en la otra una C. ¿Era aquello lo que había asustado a Salazar hasta el punto de enloquecerlo? No tenía sentido.

En aquel momento, la puerta de la sala de autopsias se abrió de golpe. Aguirre estaba en el umbral, flanqueado por dos agentes. Al ver a Salazar, que se mecía adelante y atrás con la cara entre las manos, se acercó hasta él y se puso en cuclillas.

—Salazar —le llamó—. ¿Qué ocurre?

El hombre no reaccionó. Lo único que se escuchaba a través de sus manos era su respiración, cada vez más acelerada. Aguirre le agarró las manos y tiró de ellas para descubrir su rostro.

—Alberto —le dijo, llamándole por su nombre—. Estamos aquí, nada va a salir mal. ¿Qué sucede?

El doctor pareció volver en sí. Fijó su mirada en Aguirre y, en un segundo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Después volvió a mirar hacia la camilla y negó con la cabeza, como si la imagen fuese a desvanecerse si no la admitía como cierta. Al fin, tomó aire, volvió a mirar a Aguirre y habló, con la voz entrecortada por los sollozos:

—Creo que estaba haciéndole la autopsia a mi mujer.

CAPÍTULO DOS

Natalia entró en casa y, antes de que pudiera quitarse el abrigo, una enorme bola de pelo saltó sobre ella para llenarle la cara de babas. Natalia se agachó y dejó que el perro la cubriera de lametones, sin preocuparse de su maquillaje. Le acarició el cuello y, cuando estuvo más tranquilo, le abrazó con fuerza, enterrando la nariz en su pelaje. Pensó que iba siendo hora de darle un baño a Art, pero, aún así, no retiró la cara. Olía a hogar y a seguridad y le ayudaba a dejar fuera todos los horrores vistos aquella mañana.

Con el perro pisándole los talones, se dirigió a la habitación. Encendió la luz, haciendo que el bulto de la cama gruñese y se tapara la cabeza.

—Buenos días, dormilón —le saludó, sonriendo—. ¿Has sacado ya a Art a hacer pis?

De debajo de las mantas surgió una mano que palpó la mesilla hasta encontrar el teléfono móvil e introducirlo debajo. Se oyó otro gruñido antes de que Carlos sacase la cabeza y la mirase, enfadado.

—Natalia, por favor. Es domingo y son las ocho de la mañana. —Él se frotó los ojos—. ¿Tú crees que son horas de haber sacado ya al perro?

—Vale, le saco yo a cambio de que prepares el desayuno. —Carlos volvió a tumbarse y a taparse la cabeza con las mantas—. No querías dormir más, ¿verdad?

—No, no me vas a dejar —contestó él—. Ya me levanto.

Natalia salió de la habitación, dejando la luz encendida, y se marchó a la calle con Art. A pesar de que hacía frío y estaba lloviendo, el perro se dedicó a oliscar todos y cada uno de los árboles del parque. Natalia se lo permitió para dar

tiempo a que Carlos se levantase y preparase el desayuno. Sabía que debería dejarle dormir más, pero tenía tantas cosas que contarle del nuevo caso...

Cuando regresó, Carlos ya estaba levantado. Sobre la mesa de la cocina había dos tazas de café. Aquello era todo lo que él entendía por preparar el desayuno. Natalia sonrió, abrió un armario y sacó unas galletas. Sabía que no era de los que preparaban tortitas o tostadas, ni de los que iban a despertarte a la cama con una rosa roja. Pero a cambio tenía otras cualidades, como, por ejemplo, su sonrisa y su mirada divertida, que expresaban lo bien que la conocía.

—Venga, cuéntamelo —le dijo, haciéndole un gesto con la cabeza para señalarle su silla—. ¿Para qué te ha llamado Aguirre?

Natalia se lo contó todo: el informe de la primera víctima, la petición de Aguirre de que colaborase, el ataque de pánico de Salazar...

—Hemos confirmado que se trata de la mujer de Salazar, así que han tenido que retirarle del caso —dijo Natalia—. La verdad es que estaba muy afectado. Ha necesitado asistencia psicológica y un montón de tranquilizantes para recuperar el control.

—Pobre hombre, tiene que ser horrible... No puedo ni imaginarme cómo debe sentirse.

—Yo tampoco —dijo Natalia, negando con la cabeza mientras mantenía la mirada fija en su taza de café—. Si me pasara algo así, me volvería loca.

Ella levantó la cabeza y se encontró con la mirada preocupada de Carlos. Él estiró el brazo sobre la mesa y le agarró la mano, apretándosela para tratar de reconfortarla.

—Tranquila, yo no me dejaré matar. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Y, si van a hacerlo, les pediré que, por favor, dejen una nota indicando que asignen mi caso a otro forense.

—No es gracioso, Carlos —le dijo ella, retirando la mano—. Todo este caso

apesta y me lo acaban de asignar a mí.

—¿Y a qué se supone que apesta este caso?

—A asesino en serie. —Tal y como había temido, una sonrisa sarcástica apareció en los labios de Carlos—. Lo digo en serio: la escena del crimen, la preparación de los cadáveres, las características comunes de las víctimas... Todo señala a un asesino en serie.

—Natalia, todos los casos te huelen a asesino en serie.

—Con Caronte acerté —protestó ella.

—Y con las chicas de la secta ésa en la que se suicidaban fallaste.

—Al menos acerté en que no eran suicidios...

—Sí, pero no eran asesinatos en serie. ¿En cuántos más has fallado desde entonces? ¿Cinco? ¿Seis? —Natalia agachó la cabeza y volvió a mirar con interés su taza de café—. ¿Cuántos casos de asesinos en serie investiga un detective a lo largo de su vida? Te lo voy a decir yo: normalmente ninguno. Nosotros ya hemos tenido uno y, sinceramente, al menos por mi parte, ya he cubierto el cupo.

—Pero es que ya son dos mujeres asesinadas de la misma forma... —protestó Natalia.

—Vamos a ser profesionales, como a ti te gusta —dijo él, sarcástico—. ¿Cuántas víctimas hacen falta según el FBI para considerar a alguien un asesino en serie?

—Tres —susurró Natalia de mala gana.

—Perdona, no te he oído bien. ¿Cuántas has dicho? —Carlos esperó hasta que Natalia repitió el número en voz más alta—. Pues por el momento sólo tenemos dos, así que vamos a tratar el caso como un asesino normal con manías raras a la hora de asesinar.

—¿Te he dicho ya que a veces resultas de lo más insoportable? —Carlos asintió mientras le daba un trago a su café—. Además, ¿a ti qué más te da cómo considere yo al asesino de mi caso?

—Porque no es sólo tu caso. Es también mi caso. —Ante la mirada de estupefacción de Natalia, Carlos sonrió—. Le has pedido a Aguirre que colaboremos de nuevo, le has dicho que, ya que puede tratarse de un asesino en serie, deberíamos trabajar juntos como hicimos con Caronte.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Natalia.

—Soy un gran detective. —Carlos se echó hacia atrás en la silla, con una sonrisa de suficiencia en la cara—. Y, además, Aguirre me ha llamado para comentármelo mientras sacabas a Art.

—Tramposo —le riñó Natalia—. ¿Has aceptado?

—No me ha quedado más remedio. A Aguirre podría haberle dicho que no, pero a ti... Vivo contigo, ibas a tenerme todo el día amargado. —Carlos le dio un último sorbo a su café y se levantó—. Así que, ahora que he terminado de desayunar, mi estómago ya está preparado. Pásame los informes de las autopsias.

Natalia esperó nerviosa mientras Carlos leía los informes. A pesar de que fingía estar ocupadísima leyendo emails en su móvil, ya era la tercera vez que él levantaba la vista de los papeles y la pillaba observándole.

—¿No tienes nada más que hacer? —preguntó él, enarcando una ceja.

—La verdad es que no —confesó Natalia—. ¿Qué piensas? Es un asesino en serie de libro.

—¿Qué habíamos hablado sobre eso? —la riñó Carlos.

—Pero se ve claramente que hay un ritual en la preparación de las víctimas: las mascararas, la pintura corporal blanca...

—Quizá es un aficionado al teatro al que le sobraba material. —Carlos se encogió de hombros y cerró los informes—. Mientras no sepamos más de las víctimas, no podremos saber si el asesino tenía un motivo personal para matarlas.

—Bueno, sabemos los datos de la mujer de Salazar. —Natalia estiró el brazo sobre la mesa, agarró el informe que buscaba y comenzó a leer en voz alta—. Carmen Ortega, treinta y ocho años, abogada y residente en Bilbao.

—¿Han interrogado ya a Salazar? ¿Cuándo la vio por última vez?

—Según cuenta él, ella salió ayer a las cinco de la tarde de casa en dirección al aeropuerto para asistir a una convención en Barcelona por cuenta de su empresa.

—¿Se ha encontrado su coche? —preguntó Carlos.

—No, pero lo están buscando. Te avisarán en cuanto tengan algo —contestó Natalia.

—Así que, por lo que sabemos, nunca llegó al aeropuerto. Seguramente quedó de camino con alguien que resultó ser su asesino...

—O un asesino desconocido la asaltó mientras iba hacia allí —aventuró Natalia.

—Eso cuadraría con tu hipótesis del asesino en serie, pero, como ya sabes, la mayoría de las víctimas son asesinadas por personas cercanas, así que, de momento, voy a seguir esa línea de investigación. Mañana me pasaré por su trabajo para ver cuánta gente sabía que iba a hacer ese viaje y si quedó con alguien esa tarde. ¿Qué sabemos de la primera víctima?

—Nada. —Natalia negó con la cabeza—. No tiene tatuajes, marcas o cicatrices que podamos comparar con las denuncias recientes por desaparición. Lo único que tenemos son las iniciales que el asesino escribió en la máscara.

—¿Crees que son iniciales? —preguntó Carlos, interesado.

—Deben de serlo. —Natalia fue pasando las páginas de los informes hasta encontrar las fotografías de las máscaras—. Mira, ésta es la máscara que llevaba Carmen Ortega, la mujer de Salazar. Como ves, en un lado de la máscara aparece “1C”, que debe significar Carmen, y en el otro lado “or”, que debe significar “Ortega”. En la máscara de la primera víctima tenemos una E en una mejilla y una X en la otra, así que supongo que son sus iniciales.

—Eso es bueno. No hay muchos apellidos que empiecen con X, así que ya tenemos un punto por el que empezar. Le pediré a Sebas que compruebe todas las desapariciones recientes para buscar alguna coincidencia. —Carlos volvió a mirar las fotos, interesado—. ¿Qué crees que significa el número 1 que aparece en la máscara de Carmen? No es la primera víctima, sino la segunda.

—Ya, no le acabo de encontrar sentido...—Natalia dudó unos segundos antes de continuar hablando—. Ya te he comentado alguna vez que el primer asesinato de un asesino en serie suele ser diferente. Es el asesinato real, el que el asesino quería cometer. Los demás sólo serían recreaciones. Así que la primera mujer podría ser su “asesinato 0”, su víctima real y el número uno indicaría el comienzo de la serie.

—Ya estamos con el asesino en serie otra vez...

—Joder, Carlos —protestó ella—. No voy a descartar esas hipótesis sólo porque no te guste la idea.

—Como quieras, pero espero que te equivoques. Creo que con dos víctimas tenemos suficiente. —Carlos volvió a ojear las fotografías—. Bueno, sea como sea, parece que lo más importante ahora es identificar a esa primera mujer.

—Exacto. Si es un asesino con razones personales para matar, como tú crees, será alguien que conocía a ambas mujeres. Y si, como yo creo, es un asesino en serie, la primera víctima suele ser la raíz de todo. Hay que identificarla.

Después de dar varias vueltas por las calles cercanas, Carlos encontró por fin un sitio para aparcar. Sólo a él se le ocurría ir a Bilbao con el coche en hora punta. Habría sido más fácil ir en un coche patrulla y dejarlo aparcado en doble fila, pero había decidido ser más discreto y llevar el suyo. Ya que la persona a la que iba a investigar era la difunta esposa de un colega, prefería no dar la nota.

Justo antes de salir del coche, su móvil comenzó a sonar. El nombre de Sebas, su compañero, aparecía en la pantalla. Carlos suspiró antes de descolgar. El chaval no le caía mal del todo. Era muy currante y se implicaba muchísimo en las investigaciones. En realidad, el problema era que se implicaba demasiado. Siempre tenía dudas que preguntar, detalles que matizar, ideas que discutir... En ocasiones, Carlos se preguntaba cómo era posible que el chaval fuese al baño sin comentárselo antes.

—Hola. ¿Qué pasa? —le preguntó Carlos.

—Hola, Carlos. Espero no molestarte...

—La verdad es que tengo un poco de prisa —respondió Carlos, esperando poder cortar cuanto antes la conversación.

—He estado buscando alguna coincidencia entre las denuncias de mujeres desaparecidas en Vizcaya con las iniciales EX y no he encontrado nada —empezó a explicar Sebas—. Sólo he encontrado a una mujer llamada Esther Sánchez, pero es con S, no con X. ¿Crees que el asesino ha podido confundirse?

—Bueno, no creo que a una persona que mata gente le importe mucho cometer una falta de ortografía, así que investigalo.

—¿Y si no es ella? —preguntó Sebas con voz angustiada.

—Pues si no es ella, seguiremos buscando.

—Pero no hay más con esas iniciales en toda Vizcaya —Carlos casi podía

notar como los nervios iban acumulándose en el interior de Sebas como en una olla a presión.

—Pues ampliaremos el rango de búsqueda —trató de tranquilizarle Carlos—. Podemos comparar con las provincias limítrofes.

—¿Provincias limítrofes?

—Sí, ya sabes... Provincias que estén cerca de Vizcaya: Guipúzcoa, Álava, Cantabria...

—¿Pero hasta cuánto de cerca? —la voz de Sebas se hizo más aguda, como si estuviera al borde del ataque de histeria.

—Por el momento investiga sólo a esa tal Esther —le cortó Carlos—. Cuando vuelva, pensaremos qué hacer.

Carlos colgó el teléfono sin darle tiempo a protestar. Comprendía que el chaval acababa de salir de la academia y se sentía muy presionado por tratar de hacerlo bien. Entendía también que, al haberle emparejado con él, uno de los detectives con más experiencia de la central, el chico se sintiera intimidado, pero, aún así, su comportamiento era de locos. E iba a volverle loco a él también.

Decidió dejar el móvil en el coche para no recibir más llamadas inoportunas. Contempló el edificio de oficinas en el que había trabajado Carmen Ortega. Impresionaba ya desde el portal: espejos gigantes, mucho mármol y latón brillante... Incluso el portero vestía muchísimo mejor que él. Se colocó bien el abrigo y se sacudió las mangas un par de veces, tratando de quitar los cientos de pelos que Art le había dejado al despedirse.

Después de enseñarle su placa al portero, subió hasta la decima planta, en la que estaba situado el bufete de abogados en el que Carmen había trabajado. Según le habían contado en la central, era uno de los bufetes más caros y afamados de Vizcaya. Carlos llamó a la puerta y, tras unos segundos, le atendió una secretaria espectacular que le hizo pasar a una sala de espera que parecía

sacada de una revista de decoración. Al ver los sillones de piel blanca, Carlos decidió esperar de pie. No tenía ganas de dar explicaciones si los ponía perdidos de pelo de perro.

Al cabo de pocos minutos, la secretaria volvió a por él y le guió hasta un despacho. Nada más entrar, un hombre trajeado se levantó de su silla y le tendió la mano, mientras le indicaba un asiento frente a él.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—Como le habrán anunciado, soy el inspector Vega y estoy investigando el asesinato de Carmen Ortega.

—Todavía estamos en shock. Era una gran profesional y una gran mujer.

—Lamento mucho su pérdida. —Carlos sacó una libreta de su bolsillo para empezar a apuntar—. ¿Cuánto tiempo llevaba trabajando la señora Ortega para ustedes?

—Doce años. Era una de nuestras abogadas con más experiencia.

—¿Y en todos esos años se había ganado alguna enemistad? Ya sabe... Clientes insatisfechos, colegas envidiosos...

—No, como le he dicho era una gran profesional.

—Sí, eso ya lo sé. Todos somos buenísimos cuando nos morimos. —El abogado abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás en el asiento, como si Carlos le hubiera abofeteado—. Sé que soy un poco brusco, pero debo resolver este crimen y no tengo tiempo para sutilezas. Trate de hacer memoria: alguna pelea con algún compañero, alguna amenaza de algún cliente...

—Ya le digo que no recuerdo nada de eso... —El hombre frunció el entrecejo, como si estuviera haciendo un verdadero esfuerzo para hacer memoria—. Alguna vez sí ha habido discusiones sobre quién se llevaba un caso u otro, pero nada tan importante como para matar.

—De acuerdo. De todos modos, si no le importa, me gustaría que me facilitase un listado con todos los trabajadores del bufete, junto a sus impresiones sobre la relación que la víctima tenía con cada uno de ellos.

—Por supuesto. Lo tendrá mañana mismo.

—Si puede ser esta tarde, mejor. —Carlos se levantó del asiento, le guiñó un ojo y le tendió su tarjeta—. Si se acuerda de cualquier dato que pueda sernos útil, no dude en ponerse en contacto conmigo.

—Por supuesto. Cuento con ello.

Carlos se dirigió hacia la puerta, conteniendo una sonrisa. Sabía que tendría que ser más educado en sus interrogatorios, pero le encantaba descolocar a gente como aquel abogado, acostumbrado a intimidar a los demás con sus muebles de diseño y su ropa cara. Justo cuando iba a abrir la puerta, se le ocurrió una última pregunta.

—Una cosa más... Carmen Ortega fue asesinada de camino al aeropuerto, cuando se dirigía a una convención en Barcelona como representante de su empresa. ¿Podría decirme sobre qué trataba esa convención y si alguien más de su bufete iba a acompañarla?

—No sé de qué me habla. —La cara de confusión del abogado era sincera—. Carmen nos había solicitado tres días libres por asuntos personales. Nosotros no le habíamos pedido que asistiese a ninguna convención.

CAPÍTULO TRES

En cuanto Carlos se sentó en el coche, oyó el tono de llamada de su móvil. Antes de contestar, respiró un par de veces para acumular paciencia. Era Sebas de nuevo. Seguro que tenía mil preguntas más que hacerle.

—Aquí Carlos. Dime, Sebas.

—Hola, siento muchísimo molestarte...

—No molestas. Dime.

—Han encontrado el coche de Carmen Ortega a menos de un kilómetro de la cantera en la que apareció el cuerpo. Estaba en un bosque, oculto con algunas ramas.

—Genial. Dime dónde está.

—A las afueras de Seberetxe.

—¿Y eso qué es?

—Un barrio de Bilbao.

—Imposible. Llevo viviendo en Bilbao desde crío y no he oído ese sitio en la puta vida.

—Es lo que me han dicho. Lo siento —Sebas parecía tan arrepentido como para mover aquel barrio de sitio si con eso pudiera hacer más feliz a Carlos.

—No te preocupes. Me encontraré contigo allí. Mándame la ubicación al móvil.

En cuanto colgó, marcó el número de Natalia. Ella contestó al cabo de un par de tonos.

—Natalia, soy Carlos. Tengo noticias sobre nuestro caso.

—Pues me alegro, porque de la autopsia no estamos sacando nada. La pintura corporal que usaron para pintar los cuerpos es muy común y puede comprarse en cientos de sitios por Internet. Y con los relojes pasa lo mismo. Los tienen en todos los bazares chinos de este país.

—¿Y las máscaras?

—También son máscaras baratas. Puedes comprarlas en cualquier tienda de disfraces. Esperaba que un asesino que cuida tanto la escena del crimen utilizara materiales de más calidad. No ha puesto nada de cariño en los detalles.

—Mujer, igual anda mal de pasta. Por mucho que diga el gobierno, seguimos todos en crisis. —Carlos escuchó la risa de Natalia al otro lado de la línea—. Bueno, te cuento... Han encontrado el coche de Carmen. ¿Estás muy liada para venir a verlo?

—No, en absoluto. Voy para allá. ¿Dónde está?

—En un sitio llamado Seberetxe. No lo había oído en mi vida.

—Sé dónde es. La gente suele pensar que pertenece a Arrigorriaga, pero es un barrio de Bilbao.

—¿Es que lo sabes todo de todo? —preguntó Carlos, hastiado.

—Ya sabes que sí —contestó ella, burlona.

—Bueno, en cuanto Sebas me pase la ubicación exacta, te la envío.

—Ojalá encontremos algo en el coche, porque estamos muy perdidos.

—Algo habrá. El asesino ocultó el coche con ramas, así que sabemos que estuvo allí con ella. Y he descubierto otra cosa al interrogar al jefe de Carmen...

—Carlos se quedó callado, tratando de crear suspense.

—Cuenta, que me tienes en ascuas.

—Parece ser que Carmen se inventó esa convención de abogados en

Barcelona.

—No puede ser.

—Sí, le pidió a su jefe tres días libres por asuntos personales.

—Pero entonces le mintió a su marido... —dijo Natalia, asombrada.

—Sí. ¿Crees que deberíamos decírselo?

—No. Hoy es el funeral. Deja que la entierre y que llore un par de días la pérdida. Iremos investigándolo y ya hablaremos con él más adelante si hace falta.

—Te haré caso. Tú eres la sensible del grupo. Nos vemos en media hora.

Natalia recorrió las pocas calles del barrio de Seberetxe tratando de encontrar el coche de Carlos. No había muchos sitios en los que pudiera meterse. El barrio se componía de unos cuantos caseríos antiguos, un palacete que parecía abandonado y una fuente con lavadero, en cuyo muro bajo estaban sentados dos ancianos con boina que miraron pasar su coche con interés.

Antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba fuera del barrio otra vez. La carretera, que ascendía hacia el monte, era muy estrecha y estaba en mal estado. A ambos lados había prados y tierras de cultivo y, más adelante, empezaba un bosquecillo. A la entrada del bosque había un par de coches aparcados. Natalia se dirigió hacia allí y, al reconocer el coche de Carlos, paró detrás de él.

No se divisaba a nadie en las cercanías y no le apetecía meterse a solas en el bosque. Había llovido mucho los días anteriores y estaba segura de que los caminos estarían demasiado embarrados para recorrerlos con sus zapatos de tacón alto. Llamó a gritos un par de veces y, al cabo de unos segundos, escuchó el ruido de alguien avanzando hacia ella entre los árboles. La figura de Carlos apareció por fin, haciéndole señas para que se acercara. Aunque temía que aquel

sería el fin de sus caros zapatos de ante, caminó hacia allí.

—¿Es aquí? —Espero a que Carlos asintiera—. ¿Habéis encontrado algo?

—Estamos recogiendo pelo y huellas. Espero que el asesino no fuera tan cuidadoso dentro del coche como con los cadáveres.

—¿Está muy lejos?

—No, tranquila —contestó Carlos, burlón—. Tus zapatos están a salvo. Sólo hay que seguir unos metros más por este camino.

Un poco más adelante se veía un enorme coche: un Audi de color negro. Tenía las cuatro puertas abiertas y Sebas y otros dos agentes se afanaban buscando pistas en su interior. Carlos se detuvo a unos metros, sacó un cigarrillo y le ofreció otro a Natalia.

—El coche estaba tapado con unas ramas de manera un poco chapucera. Creo que el asesino tampoco se tomó demasiado tiempo para ocultarlo. No hay restos de sangre ni signos de lucha.

—¿El sitio en el que encontraron el cadáver está muy lejos?

—La verdad es que no. Acompáñame.

Carlos abandonó el camino y se internó en el bosque. Natalia se quedó unos segundos parada, mirando los charcos y el barro que cubrían el suelo. Suspiró y empezó a caminar detrás de Carlos sin protestar. Él le había dicho mil veces que debería llevar unas botas de agua en el coche para las escenas del crimen y ella nunca se acordaba de hacerlo. No tenía ganas de que se lo repitiera una vez más.

Después de caminar unos cinco minutos entre los árboles, llegaron a un barranco. Carlos se detuvo en el borde y le señaló un pequeño camino empinado de gravilla que descendía hasta el fondo.

—Ésta es la cantera Artxondoko, donde encontraron el cuerpo. Lleva años

abandonada. —Carlos señaló un estrecho camino asfaltado que llegaba hasta unas edificaciones en ruinas—. Hay un acceso más fácil por ahí abajo, pero no creo que lo usaran. Dado que el coche de la víctima está aquí, creo que bajaron por el camino del barranco.

—Parece peligroso bajar por aquí.

—No lo creas. No es para tanto. Es más ancho y menos empinado de lo que parece. Sebas y yo lo hemos bajado hace un rato y es bastante seguro, incluso para bajar con una persona inconsciente o un cadáver en brazos.

Natalia negó con la cabeza. A ella no le parecía seguro en absoluto. En cualquier momento un trozo de la pared podría desprenderse y arrastrar en su caída a cualquiera que pasara por aquel camino. Si, además, el asesinato se había producido de noche, como ella sospechaba, bajar por allí habría sido un auténtico suicidio. Un grito de Sebas pidiéndoles que volviesen la sacó de sus pensamientos.

Cuando regresaron al claro en el que se encontraba el coche, vieron que Sebas llevaba en la mano una bolsa de basura negra. Se la tendió a Carlos en cuanto llegaron a su lado.

—¿Qué es esto?

—Creemos que es la ropa de la víctima —contestó Sebas—. La hemos encontrado en el maletero. No parece tener desgarrones ni manchas de sangre y estaba perfectamente doblada.

—¿Los zapatos también están? —preguntó Natalia.

—Sí, aquí puedes verlos. —Sebas abrió un poco la bolsa para que ella pudiera echar un vistazo.

—Entonces no la desnudo aquí. Carmen bajó vestida hasta la cantera y, después de matarla, el asesino la desvistió, realizó su ritual, guardó la ropa con cuidado y la trajo hasta aquí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Carlos.

—No había heridas en los pies de la víctima. Si hubiera tenido que bajar descalza por ese camino de gravilla, habría terminado con los pies destrozados. Esto es una gran pista...

—¿Seguro? No veo en qué puede ayudarnos —comentó Carlos.

—Todos estos detalles nos hablan claramente de la personalidad del asesino. La manera de doblar la ropa y guardarla, la cuidada puesta en escena del lugar del crimen... ¿No lo ves? Estas cosas no nos hablan de un asesino lleno de ira o con un motivo económico o emocional para matar. —Carlos resopló, hastiado, antes de que ella pudiera terminar de explicarse—. Está muy claro: Es un asesino en serie.

CAPÍTULO CUATRO

Carlos estaba sentado en su despacho, releendo los informes sobre los escenarios de los dos crímenes. Ya lo había repasado todo mil veces, pero tenía que haber algo que pudiera investigar. Resultaba imposible creer que aquel hombre fuera tan metódico como para no haber dejado una sola huella, un pelo, una gota de sangre... Sin embargo, no había nada, como si la persona que había cometido aquellos crímenes fuera un fantasma.

Estaba a punto de dejarlo por imposible y salir a por un café, cuando sonaron dos golpes en la puerta. Ésta se abrió y Natalia apareció en el umbral.

—¿Estás muy ocupado?

—La verdad es que me estaba aburriendo mucho. ¿Me necesitas?

Natalia sonrió, cerró la puerta a su espalda, caminó hacia la silla en la que estaba Carlos y se sentó en sus rodillas.

—Yo siempre te necesito —le dijo antes de darle un leve beso en la punta de la nariz.

—¿Qué hace, señorita Egaña? —preguntó Carlos, fingiéndose escandalizado—. Pensaba que usted siempre era seria y profesional...

—Estoy aburrida de ser seria —Natalia inclinó la cabeza hacia un lado y empezó a darle suaves besos en el cuello.

—Natalia, no tontees que le echo el cerrojo a la puerta y la liamos aquí dentro.

Ella soltó una risa maliciosa en su oído que hizo que se le erizase todo el vello del cuerpo. Después se levantó, se colocó bien la falda y le cogió de las manos para ayudarle a levantarse.

—¿Ahora nos vamos? ¿Por qué juegas así conmigo, mujer?

—Sólo estaba bromeando. Aguirre quiere vernos.

—¿Y qué puede ser más importante que lo que íbamos a hacer aquí? — Carlos dejó que Natalia tirase de él hacia la puerta.

—Creo que ya ha llegado la antropóloga especialista en reconstrucciones faciales que pedí.

—¿La qué?

—Necesitamos saber quién es la primera víctima de nuestro caso. Como la cara está tan desfigurada, le pedí a Aguirre que contactara con una especialista que ya colaboró con la Ertzaintza en otro caso.

—¿Pero no hay máquinas que hacen eso?

—Sí, pero la lista de espera es larguísima y el resultado no es tan bueno.

—Que se encargue Aguirre de eso —volvió a refunfuñar Carlos. Miró a ambos lados del pasillo y, al ver que estaba desierto, empujó a Natalia contra la pared y la aprisionó con su cuerpo—. Por favor, volvamos a mi despacho.

—Somos dos agentes de la ley en su horario de trabajo. —A pesar de sus palabras, Natalia bajó la mano hasta los pantalones de Carlos y empezó a jugar con los botones—. Tienes que aprender a comportarte.

En ese momento oyeron que una puerta se abría al final del pasillo. Se separaron de un salto, tratando de aparentar que no estaba sucediendo nada. La puerta que se había abierto era la de Aguirre y el sargento estaba allí, mirándoles con expresión confundida. Carraspeó un par de veces antes de hablar.

—¡Qué casualidad! Iba a salir a buscarles. Me alegro de que se hayan dignado a venir.

Natalia empezó a andar hacia el despacho con la cabeza baja. Había enrojecido hasta la raíz del pelo. Carlos tuvo que contener la risa al verla tan

azorada. La siguió hasta el despacho de Aguirre, mientras se ataba la chaqueta para disimular el sospechoso bulto que había crecido en sus pantalones.

—Como le he dicho por teléfono, tenemos al especialista en reconstrucción facial que solicitaron. —Aguirre se apartó un poco de la puerta para permitir que pasaran—. Les presento a Fernando Egaña, catedrático de Antropología en la Universidad de Deusto.

Natalia se quedó paralizada en la puerta. Carlos se asomó por encima de su hombro para descubrir a un hombre alto, de pelo cano y ojos de un gris acerado, que les observaba con la cabeza erguida y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Buenos días, Natalia —saludo el hombre—. Cuánto tiempo sin verte.

—Buenos días, papá —respondió Natalia.

Durante unos segundos el silencio llenó el despacho. Todos se quedaron quietos, mirándose unos a otros, como si estuvieran congelados. Por suerte, Aguirre volvió a carraspear y se movió hacia su silla, indicando a los demás con un gesto que podían sentarse:

—¿Así que es tu padre? Pensé que lo del apellido era una coincidencia —comentó Aguirre mientras tomaba asiento—. Bueno, así todo queda en familia.

—Sí, será genial trabajar juntos —dijo Natalia con un tono que hizo bajar varios grados la temperatura de la habitación—. ¿No le solicité que se pusiera en contacto con Laura Ugalde, la amiga de Marta, la forense?

—Traté de contratarla, pero sigue en Burgos abriendo fosas comunes. Su padre es un reputado antropólogo y ha colaborado con la policía en varias ocasiones. ¿Hay algún problema?

—No, ninguno —contestó Natalia, esbozando una sonrisa tan sutil que

casi había que imaginarla.

—Bien. Dado que ustedes dos ya se conocen, le presentaré al otro encargado de la investigación. Éste es Carlos Vega, inspector de homicidios...

—Y mi prometido —interrumpió Natalia.

El doctor Egaña clavó sus fríos ojos en él con tanta intensidad como si quisiera matarlo con la mirada. Carlos sonrió incómodo, mientras trataba de idear alguna excusa para salir de aquella habitación cuanto antes.

—Encantado —consiguió decir, a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

—Dejémonos de formalidades y pasemos a lo importante —dijo Natalia, acudiendo en su ayuda—. ¿Cuánto crees que tardarás en tener terminado el trabajo?

—No más de dos o tres días. Sabemos la raza, edad aproximada y peso de la víctima —contestó el padre de Natalia, con las manos cruzadas sobre la mesa y la mirada perdida en el infinito, casi como si hablara consigo mismo—. Realmente sólo está dañada la piel, así que la reconstrucción será mucho más fácil que en los casos en los que sólo tenemos el cráneo.

—Perfecto. Entonces te dejaremos trabajar para que puedas terminar cuanto antes y seguir con tu vida —dijo Natalia antes de volverse hacia Aguirre—. ¿Necesita algo más?

—No, nada. —Aguirre iba paseando su mirada confusa entre los tres—. Pueden retirarse.

Natalia se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Carlos fue a seguirla, pero su padre fue más rápido y pasó justo detrás de ella. Cuando Carlos salió, el padre de Natalia la agarraba por el brazo. Las miradas de los dos eran tan frías que Carlos supuso que cualquier cosa que se interpusiera quedaría congelada inmediatamente y se partiría en un millón de pedazos. No pensaba ser él quien se

metiera en medio.

—Natalia, escúchame un momento, por favor...

—No tengo nada que hablar contigo. Me ha ido muy bien todos estos años sin ti y no tengo ninguna intención de cambiarlo.

—¿En serio crees que te va muy bien? ¿Trabajando en este antro y prometida con un policía de tres al cuarto?

—Oiga, un respeto, que estoy delante.

—No te metas, Carlos —le ordenó Natalia—. Esto es asunto mío.

Carlos asintió y, sin decir ni una palabra más, regresó a su despacho. Consideraba que aquello también era asunto suyo, ya que era a él al que acababan de insultar, pero la verdad era que estaba muy agradecido de poder escapar de aquella situación tan incómoda.

Un par de minutos después, la puerta de su despacho se abrió. Natalia entró con la cabeza baja, sin decir una palabra. Carlos la abrazó y esperó a que ella hablara.

—¿Por qué ha tenido que volver a mi vida? —preguntó Natalia mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla—. ¿Por qué tiene que aparecer y hacerme dudar de todo lo que he conseguido?

Carlos la abrazó aún con más fuerza, sintiendo que el miedo hacía presa en sus entrañas. Él era el primero en pensar que no era lo bastante bueno para Natalia y que cualquier día ella se daría cuenta. Esperaba que su padre no tuviera ya influencia sobre ella para hacer que llegara antes ese día.

CAPÍTULO CINCO

Cuando Natalia se tranquilizó y regresó a su puesto, Carlos decidió que era un buen momento para seguir con el caso y hacer un poco de trabajo de campo. En realidad, se ahogaba allí dentro y le apetecía estar en cualquier otro sitio para mantener su mente alejada de todos aquellos pensamientos que le hacían plantearse que Natalia merecía estar con alguien mejor que él.

Repasó durante unos minutos los informes del caso, recogió su abrigo y salió del despacho. Ya estaba a punto de llegar al ascensor cuando recordó que tenía un compañero y que sería recomendable que le incluyera en la investigación si no quería tener problemas con Aguirre.

Fue a buscarle a su despacho, pero no estaba, así que siguió pasillo adelante hasta la máquina de café. Sebas estaba allí, de espaldas a él, charlando animadamente con dos compañeros:

—¿Qué es un chino con una capucha? —preguntó Sebas—. Un capuchino.

—Joder, Sebas... Qué chiste más malo.

—No es malo, tío. Venga, otro. ¿Sabéis por qué me caen bien los submarinistas? —Sebas esperó unos segundos para crear expectación—. Porque en el fondo son buena gente. ¿Lo pilláis? En el fondo, submarinistas... Joder, tíos, no tenéis sentido del humor.

—El problema es que tú no tienes ni puta gracia —intervino Carlos—. Ya que no vas a poder ganarte la vida en El club de la comedia, ¿me acompañas a unos interrogatorios?

La sonrisa de Sebas desapareció al instante. Bajó la cabeza, se despidió

de sus compañeros con un susurro y siguió a Carlos como si fuera un preso caminando por la milla verde. A Carlos le sorprendió aquel cambio de actitud. Acababa de ver que Sebas era un tío abierto, con sentido del humor, con la suficiente confianza en sí mismo como para contar aquellos chistes horribles... ¿Por qué no se comportaba así con él?

Cuando llegaron al coche, Carlos esperó a que Sebas se atara el cinturón de seguridad. Tras estar seguro de que el chico no podría escapar con facilidad, le lanzó su pregunta.

—¿Puedo saber por qué te comportas así conmigo?

—¿Así cómo? ¿He hecho algo que te haya molestado? —Los ojos de Sebas se agrandaron en una expresión de pánico.

—No has hecho nada. Tranquilízate, que te va a dar algo. —Carlos se recostó en su asiento para dejar el máximo espacio posible entre sus cuerpos y que el chico se relajase—. Simplemente acabo de ver cómo te comportas con otra gente. Hablas, bromeas... Cuando estás conmigo, no eres así. Siempre estás nervioso e inseguro. ¿Te pasa algo conmigo?

—Bueno, he oído cosas en la central...

—¿Qué cosas?

—Dicen que le rompiste la nariz a Adrian Álvarez, tu último compañero. Y se rumorea que también tuviste una enganchada con Roberto Azkarraga, tu compañero anterior.

—Sí, a ése también le rompí la nariz, pero Roberto no dijo nada porque sabía que tenía razones de sobra para hacerlo. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Crees que voy a darte un puñetazo en cualquier momento?

—Bueno, no es eso, pero trato de no molestar...

—No te agobies, hombre. No soy un monstruo ni estoy loco. Mientras no

intentos robarme a la novia ni me dejes en manos de un psicópata asesino, estás a salvo.

Sebas asintió y esbozó una sonrisa tímida. Carlos chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza y arrancó el coche. No podía hacer más para que Sebas dejase de tenerle miedo. Ya se le pasaría con el tiempo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Sebas con un hilillo de voz al cabo de varios minutos.

—Me han pasado la lista de los cargos a la tarjeta de crédito de Carmen Ortega, la segunda víctima del caso. Tal y como me dijeron en su trabajo, no hay ningún billete a Barcelona, pero lo que sí he encontrado es una reserva de habitación en un hotelito cercano.

—¿Cómo se llama el hotel?

—Hotel Cupido. No parece un nombre para un hotel en el que tener una reunión de trabajo, ¿verdad?

—No. Dame un minuto que voy a buscar información en Internet. — Sebas empezó a teclear en su móvil—. Lo que sospechaba: es un love motel.

—¿Qué es eso? —preguntó Carlos.

—Son hoteles para tener encuentros sexuales. Puedes alquilar la habitación por horas y ofrecen discreción absoluta. Mira lo que ofertan: “Todas las habitaciones disponen de climatización, luces de intensidad regulable, espejos basculantes con mando a distancia, canales de televisión para adultos, música sensual... Nuestro personal os llevará lo que deseéis hasta la puerta de vuestra habitación, siempre celoso de vuestra intimidad: comida, bebidas de alta calidad, kits y complementos eróticos de primeras marcas para disfrutar al máximo...”.

—Genial. No quiero ser yo el que tenga que contarle esto a Salazar. Pobre hombre —Carlos giró un segundo la cabeza para mirar a Sebas—. Ni una

palabra sobre esto en comisaría. ¿De acuerdo?

—¿Ni una palabra sobre qué? —contestó Sebas, guiñándole un ojo.

—Buen chico. Vas ganando papeletas para ser mi primer compañero con la nariz intacta.

Pocos minutos después llegaron al hotel. Era un edificio independiente con la fachada pintada en un aburrido color canela. Carlos se sorprendió de su sobriedad. Había esperado algo más rosa y con corazones. Dio una vuelta al edificio hasta encontrar la entrada del parking. No había nadie cuidando el lugar, aunque, en cuanto se bajaron del coche, Carlos descubrió varias cámaras de seguridad.

—No es tan discreto como prometen —le dijo a Sebas, señalándole una de las cámaras.

—Por suerte para nosotros, no. Espero que no nos pidan una orden judicial para acceder a las grabaciones.

Subieron en el ascensor hasta la primera planta. Nada más salir, se encontraron en una coqueta recepción, tras la que esperaba un joven con camisa ajustada, arremangada en los antebrazos, y una corbata de color rosa. La pared situada detrás de él lucía un enorme corazón del mismo tono en el que aparecía el nombre del hotel.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo servirles? ¿Desean una suite?

—No, no, no... —contestó Carlos, apurado, despertando una risita en Sebas—. No venimos a eso. Soy Carlos Vega, inspector de homicidios, y éste es mi compañero, Sebastián Casado. Estamos aquí por una investigación.

—¿Homicidios? ¿Una investigación? —El color abandonó por completo el rostro del recepcionista—. El encargado no estará hasta la tarde. ¿No podrían volver en otro momento?

—Tranquilo. Estoy seguro de que tú podrás ayudarnos de maravilla. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Javi.

—Muy bien, Javi. —Carlos le hizo una seña para invitarle a salir de detrás del mostrador. Cuando el joven lo hizo, le pasó un brazo sobre los hombros, como si fueran los mejores amigos del mundo—. La víctima reservó una habitación en este hotel para hace dos días. Sólo queremos saber si llegó a ocupar la habitación y si venía con alguien.

—No podemos dar ninguna información —contestó el recepcionista, retrocediendo un paso como si el contacto con el brazo de Carlos le quemara—. La discreción es nuestra primera norma.

—Por eso te estoy interrogando de forma “extraoficial”. Podría venir aquí con una orden de registro, llevaros a ti y a tu encargado a comisaría para interrogaros... Eso sería mucho menos discreto. Estoy seguro de que este caso va a ser muy mediático y de que a tu encargado no le gustaría que el nombre del hotel acabara saliendo en la prensa relacionado con un asesinato. ¿No crees lo mismo?

El joven volvió detrás del mostrador mientras reflexionaba. Carlos le dejó tomarse su tiempo y se volvió hacia Sebas para indicarle con una sonrisa que ya le tenían en el bote.

—Está bien. ¿Qué necesitan saber?

Carlos sacó una fotografía de su bolsillo y la colocó sobre el mostrador. En ella se veía a una mujer morena, con el pelo ondulado, de alrededor de cuarenta años.

—Esta mujer hizo una reserva para este hotel hace dos días. Se llama Carmen Ortega. ¿La viste?

—No vemos a nuestros clientes. Cuando hacen la reserva, les enviamos

por email el número de habitación y el código que abre la puerta. Así ellos no tienen que pasar por recepción y pueden subir directamente desde el parking sin cruzarse con nadie.

—¡Qué práctico! ¿Y hay alguna manera de saber si la señora Ortega vino aquí y ocupó su habitación?

—Deme un momento, por favor. —El recepcionista se volvió hacia su ordenador y empezó a teclear—. Si... Aquí veo la reserva... El código de la habitación se utilizó dos veces. Una a las siete y media y otra a las ocho y diez, así que debieron de entrar dos personas.

—¿Podríamos ver las grabaciones de las cámaras de seguridad del parking de ese día?

El recepcionista dudó unos segundos. Carlos se apoyó en el mostrador y le dedicó una amistosa sonrisa con la que trataba de expresarle que era un buen tipo y que podía fiarse de él.

—¿Me prometen discreción absoluta?

—Por supuesto. Esto no saldrá de aquí. —Carlos se llevó una mano al pecho en señal de juramento.

El joven giró el monitor del ordenador para que pudieran verlo y con un par de clics buscó la grabación que necesitaban y la mostró en pantalla a velocidad rápida. Cuando llegaron a las ocho y cinco, Carlos le hizo una señal para que detuviera la reproducción.

—Creo que ese Audi negro es el coche de la víctima —dijo Carlos—. Por favor, continua a velocidad normal.

El recepcionista asintió y volvió a poner en marcha la imagen. El Audi aparcó y de él se bajó una mujer morena y delgada. A pesar de la mala calidad de la imagen, Carlos estuvo seguro de que se trataba de la víctima. La mujer abrió el maletero, sacó un pequeño trolley y se dirigió al ascensor.

—Un momento —interrumpió Sebas—. Si la mujer llegó sola a las ocho y cinco, ¿quién abrió la puerta a las siete y media?

—El asesino, obviamente —contestó Carlos—. ¿Podrías retroceder hasta ese momento?

El joven obedeció, pero, a pesar de que visionaron la grabación desde las siete de la tarde, nadie más entró en el parking a esa hora.

—Vaya, tenemos un asesino invisible —comentó Sebas.

—Espere —indicó el recepcionista, dando unos nuevos clics en la pantalla—. Tenemos otra cámara de seguridad que enseña el parking desde otro ángulo. Miren.

Tras avanzar en la nueva grabación hasta las siete y veinticinco, vieron una figura oscura que entraba andando en el aparcamiento. El recepcionista redujo la velocidad y Carlos y Sebas se inclinaron hacia la pantalla para ver mejor. Había un hombre alto y fuerte en la imagen, vestido con una sudadera negra y con la capucha puesta. La cámara le enfocaba desde detrás, por lo que no pudieron verle la cara. El sospechoso cruzó el parking hasta llegar a una puerta.

—¿A dónde lleva esa puerta? —preguntó Sebas.

—A las escaleras de emergencia. Por ellas se puede llegar a todos los pisos.

—¿Y hay cámaras de seguridad en las escaleras o en los pasillos?

—No. Ya les he dicho que nuestra principal virtud es la discreción. Los clientes no pueden sentirse vigilados.

—Entonces tenemos a un misterioso huésped que entra sin coche, para que las cámaras no puedan captar su matrícula, por una puerta en la que la cámara de seguridad va a grabarle todo el tiempo de espaldas y utiliza unas escaleras en las que no hay vigilancia. Suena a que conocía muy bien este sitio, ¿no crees? —le

preguntó Carlos a Sebas.

—No sé qué quieren decir con eso —interrumpió el recepcionista.

—Pues queremos decir que vamos a necesitar un listado de todos los empleados de este local —contestó Carlos—. Otra pregunta... El importe que habéis cargado a la cuenta de la señora Ortega asciende a más de doscientos euros. ¿No es un poco caro para una habitación por horas?

—Déjeme que lo consulte... Sí, aquí está. Se hizo un pedido al servicio de habitaciones. Una botella de Moët & Chandon Imperial Brut, que asciende a ciento veinte euros.

—Vaya, eran de gustos caros. ¿A qué hora se pidió esa botella?

—A las ocho menos veinte.

—Así que la pidió él, pero luego se cargó a la cuenta de la víctima. Además de por asesino, deberíamos detenerlo por caradura —bromeó Carlos—. Bueno, encontramos el coche de la señora Ortega lejos de aquí, así que en algún momento tuvieron que marcharse y quizá lo hicieron juntos. ¿Podríamos continuar viendo las grabaciones?

El recepcionista asintió y volvió a seleccionar la grabación de la primera cámara, en la que se veía el coche de Carmen aparcado. Durante la siguiente media hora de grabación no vieron nada interesante, aparte de dos coches que entraron al parking y de los que salieron un par de parejas muy acarameladas.

—Páralo. Ahí están —dijo Sebas, señalando la pantalla.

El ascensor se había abierto. El hombre encapuchado sacó el trolley que había llevado Carmen y lo dejó en la puerta del ascensor para evitar que volviera a cerrarse. Entró de nuevo en el ascensor y salió pocos segundos después llevando a Carmen al hombro. La cabeza y los brazos de la mujer oscilaban a cada paso, como si fuera una muñeca. El hombre se acercó al coche de Carmen, abrió el maletero y trató de meterla dentro. Ella se movió un poco, negando con

la cabeza, pero no opuso más resistencia.

—Está casi inconsciente. El hombre debió de golpearla o drogarla mientras estaban en la habitación —comentó Sebas.

—Apuesto por las drogas. Creo que esa botella de Moët & Chandon llevaba algo más que champán cuando ella se la bebió —dijo Carlos, acercándose aún más a la pantalla—. Joder, el tío lleva algo en la cara: un pañuelo o una bufanda. ¿Podrías pasarnos una copia de estas grabaciones? Quizá nuestros técnicos puedan mejorar la imagen...

—No puedo hacer eso —protestó el recepcionista.

—Sí, sí que puedes —le cortó Carlos—. Ve preparando la lista de la gente que ha trabajado en este sitio desde que abrió y una copia de las grabaciones de las dos cámaras. No te preocupes, tu jefe no podrá decirte nada. Tendrás un orden judicial en menos de una hora.

CAPÍTULO SEIS

En cuanto Carlos abrió la puerta de casa, Art se lanzó contra él y amenazó con derribarlo. Se puso de rodillas para acariciar al perro y tratar de calmarlo, mientras él movía la cola y le lamía la cara, tan emocionado como si nunca hubiera visto algo tan hermoso.

—Hola, Art. ¿Qué tal tu día? —preguntó Carlos, recibiendo como respuesta un lametón que le empapó la cara—. ¿Natalia todavía no ha llegado?

La casa estaba oscura y silenciosa. Carlos revisó las habitaciones con el perro tratando de meterse entre sus piernas. No había nadie. Se extrañó. Natalia le había dicho que terminaría su turno un par de horas antes que él. Decidió sacar al perro y empezar a preparar la cena hasta que ella volviera.

Ya estaba terminando de darle la vuelta a la tortilla de patatas cuando oyó los ladridos y carreras de Art y la puerta de la calle al abrirse.

—Art, déjame pasar. Me vas a tirar.

Carlos escuchó cómo se reía mientras el eco de sus tacones avanzaba por el pasillo. Natalia entró en la cocina con el perro pegado a sus faldas y un montón de bolsas en las manos.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Carlos.

—Bueno, el otro día se me estropearon los zapatos y he tenido que ir a comprar otros.

—¿Y había oferta de diez por uno?

—No... —Ella bajó la cabeza hasta las bolsas y las miró avergonzada—. Creo que se me ha ido un poco de las manos.

Carlos decidió no insistir en el tema. Sabía que Natalia se convertía en una compradora compulsiva siempre que estaba nerviosa o enfadada y estaba seguro de que conocía la razón de su estado de ánimo: el reencuentro con su padre.

—Espero que al menos te hayas comprado unas botas de agua para las escenas del crimen.

—Pues no. Ya sabes que sólo los tacones me llaman la atención.

—El día que te rompas la crisma espabilarás. Anda, siéntate que esto ya está.

—¿Tortilla otra vez? —protestó ella.

—Sabes que es lo único que sé cocinar, pero se me da de miedo —Carlos se puso un brazo a la espalda mientras sostenía el plato con la otra y hacía una reverencia teatral—. Señorita, su cena.

Natalia le devolvió una sonrisa sincera y, tras poner las bolsas lejos del alcance de Art, que trataba de meter el hocico en todas ellas para inspeccionar el contenido, se sentó a la mesa.

—¿Qué tal la investigación?

—Muy bien. Hemos ido a un hotel en el que estuvo la víctima el día de su muerte y hemos visto al asesino en las cámaras de seguridad.

—¿En serio? ¿Entonces le tenemos?

—Ni de coña. La calidad de imagen de esas cámaras es penosa y el tío llevaba la cara tapada. Sólo sabemos que es un hombre alto, como de metro ochenta, y que parece fuerte.

—¿Llegaron juntos? ¿Le conocía? ¿La mató allí mismo?

—Tranquila, una pregunta cada vez —dijo Carlos mientras servía la comida—. Él llegó media hora antes, pero debía conocerla, porque sabía el

número de seguridad que abría la habitación que ella había reservado. Pidió una botella de champán y la esperó. Luego regresó al parking, llevándola inconsciente, y la metió en el maletero.

—Eso explicaría la dosis de alcohol y fenobarbital que hemos encontrado en su sangre.

—¿Fenoque?

—Fenobarbital. No es tan difícil —contestó Natalia, riendo—. El nombre comercial es Luminal, que igual te resulta más sencillo.

—Tampoco creo que se me quede. No me acuerdo de lo que he comido hoy... ¿Para qué sirve el medicamento ese?

—Es un barbitúrico que se utiliza para tratar la epilepsia, la ansiedad y el insomnio. En dosis elevadas puede provocar sueño profundo, coma e incluso la muerte por depresión respiratoria.

—No sabes cómo me pones cuando hablas así de profesional.

—Eres más tonto... —Las mejillas de Natalia se volvieron de un rojo encendido—. No hay quién hable en serio contigo.

—Venga, prometo que seré bueno. —Carlos le guiñó un ojo—. ¿Has descubierto algo más en la autopsia? ¿Crees que pudo morir por ese fármaco?

—No. Murió estrangulada tal y como pensábamos, pero que estuviera drogada puede explicar que no haya ninguna herida defensiva ni restos de pelo o piel del asesino en sus uñas. Supongo que no pudo resistirse. No he conseguido encontrar nada más: ni huellas ni restos de ADN ni semen que pudiera pertenecer al asesino.

—¿No hay semen? Vaya, teniendo en cuenta el sitio en el que quedaron y que tardaron una media hora en bajar, pensaba que habían hecho algo más que hablar en esa habitación.

—Pues no. Parece que nuestro asesino no es un depredador sexual.

—¿Ves como no era un asesino en serie?

—Que no tenga una motivación sexual no quiere decir que no sea un asesino en serie —explicó Natalia—. Puede tener muchas otras motivaciones: puede que matar le haga sentirse poderoso, que trate de exorcizar alguna culpa, que tenga algún tipo de obsesión religiosa o moral...

—No te vas a rendir, ¿verdad?

—Sabes que no. Me encantaría que no hubiese más víctimas, pero un ritual tan elaborado es signo de un comportamiento muy perturbado. Si no queremos que haya más muertes, vamos a tener que ponernos las pilas.

CAPÍTULO SIETE

La puerta del despacho de Carlos se abrió. Natalia entró sin saludar, con cara de pocos amigos. Sin decir nada se sentó frente a él y se cruzó de brazos. Carlos decidió permanecer en silencio, temiendo ser el causante de aquel arranque de mal genio.

—Aguirre nos ha mandado llamar. Parece que el doctor Egaña ha conseguido resultados y quiere compartirlos con nosotros.

—Natalia, por favor... No le llames doctor Egaña. Es tu padre.

—Déjame llevar esto a mi manera. No está siendo fácil para mí saber que anda por aquí cerca.

—El hombre no te ha hecho nada, sólo ha querido hablar contigo. ¿No deberías darle una oportunidad? A lo mejor ha cambiado.

—Las personas como él no cambian. Me costó mucho sufrimiento apartarle de mi vida y no voy a permitir que vuelva.

—Como quieras, pero te estás portando como una cría. —La mirada gélida de Natalia hizo que su temperatura corporal descendiera un par de grados. Decidió que sería mejor cambiar de tema—. Por cierto, llevo toda la mañana buscando información sobre el Luminal ese y no nos va a servir de pista.

—¿Y eso por qué? Saber que el sospechoso puede ser epiléptico debería reducir mucho el campo.

—Sí, muchísimo... —contestó Carlos, sarcástico—. Tan sólo tenemos unos 15.000 epilépticos en el País Vasco. A ver qué juez me firma a mí una orden para conseguir sus 15.000 expedientes médicos y poder investigarlos...

—Vaya, pues no ayuda mucho. —Natalia se levantó de la silla y se

encogió de hombros—. No pasa nada, ya encontraremos una pista mejor. Vayamos a ver qué quiere “mi padre”.

Carlos se levantó y la siguió hasta el despacho de Aguirre. Tras llamar a la puerta y ser invitados a entrar, se encontraron con Aguirre y con el doctor Egaña. Natalia escogió la silla más alejada de su padre y, sin saludarle siquiera, se quedó mirando a su jefe. Carlos se sentó entre los dos, tratando de pasar desapercibido, y clavó sus ojos en Aguirre, esperando a que comenzara a hablar y rompiera aquel incómodo silencio.

—Buenos días. Os he mandado llamar porque el doctor Egaña ha conseguido terminar la reconstrucción facial de la primera víctima y ya tenemos un retrato robot de la mujer.

Aguirre le pasó una copia del retrato a cada uno de ellos. En ella se veía a una mujer de alrededor de treinta años con la cara redondeada, labios finos y nariz chata. A pesar de que el retrato carecía de expresión, se apreciaba que había sido una mujer atractiva.

—Le hemos pasado esta imagen a los medios de comunicación para pedir que la distribuyan —siguió explicando Aguirre—. En unas horas estará en Internet y en las noticias, así que esperamos que su familia se ponga pronto en contacto con nosotros. En cuanto sepamos algo, os lo comunicaremos.

—Muchas gracias, señor. ¿Necesita algo más de nosotros? —preguntó Natalia, levantándose.

—No, nada más.

Natalia se despidió y salió de la habitación con tanta prisa como si el aire allí dentro fuera irrespirable. Antes de que Carlos pudiera reaccionar, el doctor se levantó y salió detrás de ella.

—Si me disculpas, Aguirre, voy a ir a evitar que se maten —comentó Carlos.

—Sí, ve tras ellos.

Carlos salió al pasillo y se los encontró enzarzados en una discusión. El padre de Natalia la agarraba por el brazo para evitar que se marchara, mientras ella forcejeaba y le lanzaba una mirada capaz de congelar un volcán en erupción.

—Sólo quiero que me escuches un minuto, Natalia —insistía él.

—Ya te he dicho que no quiero escuchar nada que venga de ti —le dijo ella en un tono tan frío y calmado que hizo que Carlos sintiera escalofríos.

—Sólo quiero que entres en razón. ¿No te das cuenta de que estás desperdiciando tu vida aquí dentro? Si me hicieras caso, podrías tener un futuro brillante.

—Ya tengo un presente brillante, y se debe a que tú no estás en él. — Natalia volvió a agitar su brazo y consiguió liberarse—. Déjame en paz de una puta vez.

Carlos abrió mucho los ojos al escuchar a Natalia hablar de aquella manera. Tenía que estar furiosa de verdad para haber soltado una palabrota. Su padre tampoco debía estar acostumbrado a aquel vocabulario, porque se quedó paralizado y con la boca abierta mientras ella se alejaba taconeando con rabia sobre las baldosas del pasillo.

Cuando ella desapareció tras una esquina, su padre pareció volver en sí y darse cuenta de que Carlos se encontraba a su lado. Se pasó una mano por el pelo para recomponer su peinado y se estiró la chaqueta para arreglar su impecable traje antes de tenderle la mano:

—El inspector Vega, ¿verdad? Según tengo entendido, usted es el prometido de mi hija. —El hombre esperó a que Carlos asintiera antes de continuar hablando—. ¿Hay algún lugar en el que podamos hablar en privado?

—Sí, en mi despacho. Sígame, por favor.

Carlos comenzó a andar seguido por el padre de Natalia. Se sentía muy nervioso, como un adolescente que por fin conociera al padre de su novia. Sabía que era ridículo, que el padre de Natalia sólo era una persona normal de la que no tenía nada que temer, pero aquel hombre era tan frío que le parecía percibir una corriente de aire gélido que le golpeaba la espalda y le hacía olvidar sus ganas de vivir.

Llegaron al despacho y Carlos se sentó en su silla, contento de tener una mesa entre los dos que le protegiera del contacto con aquel hombre. El padre de Natalia paseó sus ojos grises por el despacho como si lo evaluara. Torció un poco los labios mostrando su desagrado y se llevó la mano al bolsillo para sacar un talonario de cheques.

—¿Cuánto quiere por salir de la vida de mi hija?

—¿Disculpe? No entiendo lo que quiere decir...

—Sabe tan bien como yo que Natalia está tirando su vida en este antro. Es una muchacha con mucho talento y podría conseguir todo lo que se propusiera, pero, por alguna razón, prefiere desaprovecharlo en este miserable trabajo. Sospecho que puede tener que ver con la relación que mantiene con usted, así que quiero saber cuánto costaría que se apartara de ella. Dígame su precio.

El padre de Natalia abrió el talonario, sacó del bolsillo una pluma que parecía de oro y esperó en silencio a que le respondiera. Carlos no podía creer que estuviera viviendo aquella situación. No sabía si se sentía confuso, insultado, furioso o si había sido transportado a un capítulo de algún culebrón barato. Trató de no demostrar sus emociones, se echó hacia atrás en la silla y sonrió antes de empezar a hablar:

—Está bien, apunte. Uno, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero...
¿Para usted? Porque yo no voy a parar.

El padre de Natalia dejó de escribir, levantó la cabeza y le dirigió una

mirada airada.

—¿Se está riendo de mí? —preguntó el hombre, furioso.

—No, pero no hay dinero en el mundo para pagar por su hija. Pensé que usted, que la aprecia tanto, lo sabría —respondió Carlos, sarcástico.

El hombre cerró el talonario y se levantó. A pesar de que se veía la ira en sus ojos, consiguió controlarse y guardar la pluma y el talonario en su chaqueta con gestos tranquilos y elegantes. Después sacó una tarjeta de su bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—Piénselo. Alguien como usted no va a encontrar una oportunidad así en la vida.

—Ya he tenido la oportunidad de mi vida al encontrar a Natalia. No puedo pedir nada más. Si me disculpa, tengo mucho trabajo, así que, si ha terminado de insultarme, le agradecería que saliera de mi despacho.

El padre de Natalia cerró con fuerza los labios y, sin decir una palabra más, salió con aire digno. Carlos volvió a reclinarsse en el asiento y soltó un largo suspiro, tratando de expulsar con el aire las desagradables sensaciones que aquel hombre le había provocado.

—Joder, vaya bicho —murmuró entre dientes—. Ahora sé de dónde ha sacado Natalia su mala leche.

CAPÍTULO OCHO

Carlos pensó que era un día de perros, nunca mejor dicho. Ya había llegado octubre y, aunque las temperaturas seguían siendo suaves, del cielo caía una cortina de lluvia lenta y continua que parecía inofensiva, pero que ya había conseguido calarle hasta la ropa interior.

A pesar de ello, Art tenía que salir a jugar todos los días. Tenía demasiada energía como para quedarse en casa. Si no salía y se desfogaba, se pasaba el día trayendo juguetes, dándoles con la pata y persiguiéndoles incluso cuando iban al baño. Así que allí estaba él, mojándose como un imbécil mientras le tiraba la pelota al perro.

Miró alrededor por enésima vez. El parque de perros seguía vacío. Parecía que los demás dueños habían sido lo bastante inteligentes como para quedarse en casa. Art llegó hasta él a la carrera con la pelota entre los dientes para pedirle que se la tirara otra vez. Carlos sonrió al ver su cara de ilusión. La verdad era que, a pesar del frío y la lluvia, merecía la pena. Y también merecería la pena ver la cara de espanto de Natalia cuando le viera llegar de barro hasta las orejas. A él le había tocado sacarlo, así que sería ella quien tuviera que limpiarlo.

Media hora después, con un par de kilos de barro más en el cuerpo, regresaron a casa. En cuanto abrió la puerta, Art salió disparado por el pasillo hacia la cocina, llenándolo todo de huellas pringosas. Carlos tuvo que contener la risa al escuchar a Natalia:

—¡Dios mío, cómo vienes! Tumbate... Quieto ahí... Para, lo estás manchando todo.

Carlos se dirigió al baño para secarse y, al pasar frente a la cocina, vio que Natalia había conseguido placar al perro y lo tenía patas arriba para frotarle

la tripa con una toalla. El perro trataba de cazar sus manos con la boca, pero parecía encantado con aquel juego.

—¿Luego me tumbo y me secas a mí? —preguntó Carlos.

—No te vendría mal. Estás empapado —contestó ella—. Sécate y ven aquí. Tenemos que hablar.

La sonrisa se esfumó del rostro de Carlos. Si algo había aprendido en la vida de sus experiencias con las mujeres era que aquellas tres palabras nunca presagiaban nada bueno. Se secó el pelo de cualquier manera, se cambió la camiseta y volvió a la cocina, mientras se preguntaba qué habría hecho mal aquella vez.

Natalia estaba sentada con Art tumbado sobre sus pies. Carlos se fijó en la cantidad de papeles que se extendían sobre la mesa y se permitió un atisbo de esperanza. Quizá ella quería hablar sobre el caso y no sobre alguna nueva metedura de pata.

—He estado mirando cosas para la boda —comentó Natalia.

—¿La boda? ¿Qué boda?

—La nuestra. ¿Cuál va a ser? ¿Recuerdas que me pediste que me casara contigo?

—Joder, claro que lo recuerdo. Todavía estoy pagando el anillo. ¿Cómo no me voy a acordar?

—Tú siempre tan romántico. —Natalia se ríó mientras negaba con la cabeza y le ponía delante varias fotos—. He estado mirando iglesias. Ésta es la que me corresponde, porque es donde me bautizaron, pero no me acaba de gustar. Me encanta esta ermita, pero igual nos queda un poco lejos...

—Natalia, cariño... —Carlos la cortó con voz dulce—. No podemos casarnos en una iglesia. Soy divorciado. ¿No te acuerdas? Tengo una exmujer en

Londres...

—¿Y con ella te casaste por la iglesia?

—Sí, lo siento... A ella le hacía ilusión...

—Supongo que sería mucho lío que ella viniera desde Inglaterra para solicitar la anulación, ¿verdad?

Carlos se limitó a encogerse de hombros. Sabía que aquello no era culpa suya. Había tomado aquella decisión muchos años atrás. Sin embargo, en su interior sentía que estaba defraudando a Natalia.

—No pasa nada. —Ella le tomó la mano y le dirigió una sonrisa forzada—. Podemos casarnos en el Ayuntamiento o en el Juzgado.

—Sí, seguro que encontramos alguno precioso —comentó Carlos sin tener ni idea de si aquello podía ser cierto—. De todos modos, la ceremonia es lo de menos. Lo importante es el banquete. Eso es lo que todo el mundo recuerda.

—Tienes razón. —La sonrisa de Natalia se volvió más sincera mientras le tendía un folleto—. Mira qué restaurante tan bonito. Es un sitio precioso, lleno de jardines y fuentes... Y mira el comedor. ¿No te parece increíble?

—Sí, es muy bonito, pero aquí pone que el número de invitados mínimo debe ser cien. Yo casi no tengo familia y ya sabes que nunca he sido muy sociable, así que calculo que, invitando a gente que ni siquiera me caiga del todo bien, puedo aportar unos quince o veinte. ¿Qué tal andas tú?

—Más o menos igual —Natalia cogió el folleto entre las manos y suspiró—. Bueno, seguro que hay más sitios bonitos.

—Por supuesto que los hay, cariño... No te preocupes. Planharemos una boda perfecta.

—Sí, claro. Sin iglesia, sin invitados...

Carlos prefirió quedarse callado unos segundos para darle tiempo a

tranquilizarse. Mientras Natalia hacía un montoncito con los folletos de restaurantes, a Carlos se le ocurrió que la boda podía ser una ocasión perfecta para que Natalia se reconciliara con su padre. Aquel hombre le parecía un mal bicho, pero estaba seguro de que ella le echaba de menos.

—¿Has pensado quién va a ser el padrino?

—Sí —contestó Natalia con una sonrisa—. Se lo voy a pedir a Gus.

—¿A Gus? Joder, Natalia... Le estás dando más excusas para que se quede en nuestra vida para siempre.

—Sabes que no te vas a librar de él nunca. Además, si no se lo pido a Gus, ¿a quién quieres que se lo pida?

—Pues a tu padre, como se ha hecho toda la vida.

—¿A mi padre? ¿Estás loco? No quiero saber nada de él.

—Perdona, mujer... Pensaba que querías una boda tradicional...

—¿Una boda tradicional? No podemos casarnos en una iglesia y lo más seguro es que acabemos comiendo con cuatro amigos en una cervecería.

En aquel momento, sonó el móvil de Carlos. A él le pareció música celestial. Hizo un gesto para pedirle permiso a Natalia para contestar. Ella le fulminó con su mirada más glacial y se echó hacia atrás en la silla, con los brazos cruzados frente al pecho. Carlos sacó su teléfono y comprobó en la pantalla quién llamaba. Era Aguirre. Mientras contestaba, rezó todo lo que sabía para que el sargento le ordenara salir de casa sin excusa posible.

—Carlos, ¿estás con Natalia?

—Sí, estamos los dos en casa.

—Tenéis que venir a la central de inmediato. Tenemos a un hombre que dice haber reconocido a la primera víctima.

—¿Y quién es?

—Su marido. ¿Podrías venir a interrogarle?

—Por supuesto. Estaremos ahí en un cuarto de hora.

Carlos colgó el teléfono y volvió a enfrentarse a Natalia. Su expresión enfadada había desaparecido y le miraba con curiosidad. Carlos se levantó de la silla y le hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo.

—Nos vamos a la central. Han reconocido a la primera víctima.

—Fantástico. Voy a por mi abrigo. —Natalia salió de la cocina y recorrió unos metros de pasillo antes de regresar sobre sus pasos y volver a asomarse por la puerta—. Creo que será mejor que dejemos lo de la boda para después de resolver el caso. Ahora estamos muy estresados y no vemos más que problemas. Seguro que podremos planificar una boda fantástica cuando estemos más tranquilos. Lo importante es que seamos tú y yo. El resto me da lo mismo.

—A mí también. —Carlos la agarró por la cintura y le dio un leve beso en los labios—. No necesito nada más.

Natalia le regaló una sonrisa y volvió a desaparecer por el pasillo. Carlos resopló aliviado y, elevando los ojos al cielo, musitó un gracias a cualquier ente que hubiera tenido a bien concederle aquella tregua.

Carlos se sentó delante del cristal a través del que podía verse la sala de interrogatorios. Le gustaba observar a sus “víctimas” antes de entrar a cazar: captar su estado de ánimo, sus nervios, su conducta cuando creían que no estaban siendo observados... Sabía que en esa ocasión no tenía que interrogar a ningún sospechoso, sino al marido de una de las víctimas, pero, aún así, prefería hacerse una idea de a qué iba a enfrentarse antes de entrar.

En la sala de interrogatorios había un hombre alto y fuerte. Al estar

sentado, no podía asegurarlo, pero parecía que pasaba del metro ochenta. A pesar de que estaba totalmente calvo, no era muy mayor. Debía rondar los treinta o treinta y cinco años y era de esa clase de tipos a los que la calva les quedaba bien. Su cuerpo estaba bien trabajado y se notaba que el tío lo sabía, porque lucía una camiseta tan ajustada que podían contarse sus abdominales. A Carlos no le gustó su aspecto ni su mirada esquiva ni el modo en que hacía crujir los nudillos uno tras otro, de forma metódica.

Cuando se sintió preparado, recogió el dossier del caso de la primera víctima y, sin llamar a la puerta, entró en la sala. El hombre dio un respingo al escuchar cómo se abría, pero se recompuso en cuestión de segundos. Volvió a erguirse en la silla y fingió una mirada segura y con un punto de agresividad.

—Buenas tardes. Soy el inspector Vega. —Carlos se sentó frente al hombre sin ofrecerle la mano, abrió el dossier y empezó a pasar las páginas—. Lamento haberle hecho esperar.

—La verdad es que llevo aquí sentado casi una hora...

—Sí, lo sé. Ya le he dicho que lo lamento —le cortó Carlos, extrayendo del dossier una copia del retrato robot y poniéndola frente a él—. ¿Dice usted que conoce a esta mujer?

—Sí, es mi esposa. Se llama Andrea Martínez. ¿Dónde está?

—Bueno, tendríamos que certificar la identificación, pero si su esposa coincide con esta mujer, lamento comunicarle que está muerta.

—Eso no puede ser. —El hombre se echó hacia atrás en la silla y pasó las manos por su cabeza rasurada, como si tratara de peinarse un cabello inexistente—. No puede estar muerta.

—¿Cuándo vio a Andrea por última vez?

—El ocho de septiembre. Lo recuerdo perfectamente porque es nuestro aniversario.

—Estamos a cuatro de octubre. ¿Quiere decir que llevaba casi un mes sin ver a su mujer ni saber nada de ella?

—Ya sé que suena extraño, pero tuvimos una discusión muy fuerte. Pensé que estaría con su familia o con alguna amiga.

—Perdone que me muestre escéptico, pero me parece mucho tiempo sin preocuparse por ella. ¿No llamó a nadie para saber si estaba bien?

—No. Al cabo de unos días me llamó su madre para preguntar por ella. Me dijo que no contestaba al móvil y que estaba preocupada. Yo le dije que no pasaba nada, que estábamos pasando una mala racha y que ya le diría que la llamase cuando la viera.

—Así que, además de no preocuparse por el paradero de su mujer en todo este tiempo, hizo usted que sus personas cercanas tampoco se preocuparan y denunciaran la desaparición. ¿No le suena sospechoso?

—No, no, no... No sé qué está sugiriendo usted, pero se está equivocando mucho.

—¿De verdad? Sáqueme de mi error —le pidió Carlos con una sonrisa sarcástica.

El hombre negó con la cabeza y paseó la mirada por toda la sala de interrogatorios, como si buscara una salida. Después, su cuerpo erguido y musculoso pareció deshincharse al tiempo que bajaba la cabeza y la hundía entre los hombros.

—Pensaba que estaría con un hombre, con alguno de sus ligues...

—¿Con alguno de sus ligues? No entiendo...

—Ella me era infiel. Llevaba siéndome infiel desde antes de que nos casáramos. Salía por ahí y se liaba con desconocidos o quedaba con cualquiera que hubiera conocido por Internet o se enrollaba con amigos... Me engañó de

todas las maneras posibles: rollos de una noche, aventuras de fin de semana, romances de meses... Siempre volvía arrepentida, llorando, diciéndome que no sabía por qué lo hacía, que en realidad sólo me quería a mí, que no volvería a repetirse... Y yo la creía, siempre la creía.

—Siento escuchar eso. —Carlos esperó unos segundos antes de volver a hablar—. Supongo que esa conducta de su mujer le pondría muy furioso.

—Claro que me ponía furioso, pero yo nunca le habría hecho nada malo. Nos gritábamos, tirábamos cosas, pero en cinco años de matrimonio jamás le puse la mano encima.

—Está bien. Supongamos que le creo... ¿Por qué discutieron el día ocho de septiembre?

—Como le he dicho, era nuestro aniversario. Llevábamos un par de meses bastante buenos, casi sin discusiones... Nos habíamos ido de vacaciones juntos, ella parecía más centrada... Llegué a casa con un ramo de rosas y le dije que nos íbamos a cenar a un buen restaurante, pero ella me dijo que había olvidado el aniversario, que había quedado con una amiga y que ya no podía cancelar la cita. Yo le insistí, pero ella se negó, así que me di cuenta de que había algo más, de que me la estaba pegando con otro de nuevo. Empezamos a gritarnos y yo le dije que, si salía por la puerta, no volviera nunca. Ella me dijo que aquello era precisamente lo que iba a hacer y que lo nuestro había terminado.

—¿Así que usted pensó que le había abandonado para siempre? ¿Por eso no denunció?

—No, ya se había marchado antes. A veces desaparecía unos días; otras un par de semanas... Yo la esperaba, sin saber si quería que regresara o que la pesadilla hubiera terminado para siempre... Pero al final siempre volvía y yo la perdonaba de nuevo.

—¿Sabe el nombre de la amiga con la que había quedado?

—Sí, Sandra, pero no sé el apellido.

—No se preocupe por eso. Ahora va a hablar con una forense que le preguntará sobre los rasgos distintivos de su mujer que puedan ayudarnos a certificar si el cuerpo que hemos encontrado es el suyo. Si es así, necesitaremos revisar su piso e interrogarle de nuevo. ¿Está usted dispuesto a colaborar?

—Por supuesto. Si algún hijo de puta ha matado a mi Andrea, quiero que lo cojan y que pague por ello.

Carlos asintió y salió de la sala de interrogatorios. Ahora era el turno de Natalia de comprobar que el cadáver desconocido pertenecía a Andrea Martínez, pero él no iba a quedarse a esperar aquella confirmación. Estaba seguro de que era ella: su marido la había reconocido, las fechas coincidían... Ahora tenía el nombre de otra víctima, sitios que investigar, personas a las que interrogar, datos que comparar... Por fin estaba un poco más cerca.

CAPÍTULO NUEVE

Carlos entró con el coche en el polígono industrial situado a las afueras de Gallarta en el que había trabajado Andrea. La mujer había sido la propietaria de una empresa dedicada al buzoneo. Fue conduciendo despacio hasta encontrarse frente al pabellón. A pesar de la débil lluvia que caía sin pausa, había una mujer en la puerta, fumando un cigarrillo mientras le esperaba. Carlos aparcó y salió del coche.

—Buenos días —dijo mientras se acercaba y sacaba su placa—. Soy el inspector Carlos Vega, del departamento de homicidios de la Ertzaintza. Creo que hemos hablado hace un rato por teléfono.

—Sí, ha hablado conmigo. —La mujer le tendió la mano—. Soy Marina, la secretaria de Superbuzón. Bueno, era la secretaria. Supongo que con la muerte de Andrea, todo esto se acabó.

La mujer apretó los labios y respiró hondo antes de indicarle con un gesto que la siguiera al interior del pabellón. Carlos entró y se quedó un rato mirando el lugar. Era un edificio gris, con las paredes sin pintar. Casi toda la superficie estaba cubierta por altos montones de folletos publicitarios. Al fondo de la nave podía verse una habitación acristalada que debía de ser la oficina. Marina caminó hacia allí y Carlos la siguió. No había nadie más en el almacén y sus pasos resonaron con fuerza en aquel espacio muerto.

—¿No hay más trabajadores?

—No, no queda nadie más. El buzoneo no es una profesión en la que la gente dure mucho por norma general, pero, además, cuando empezó octubre y Andrea no regresó a firmar las nóminas, todos se fueron. —La mujer sacó un manojito de llaves del bolsillo, abrió la puerta de la oficina y le invitó a entrar—.

Andrea y yo compartíamos esta oficina. Ésa es su mesa. Está tal y como ella la dejó.

—Muchas gracias. —Carlos se sentó y empezó a revolver en los cajones.

—¿Necesita algo más? ¿Quiere un café?

—No, gracias. Si necesito algo más de usted, la llamaré.

Marina asintió y salió de la oficina, dejándole a solas. Carlos empezó a revisar todos los documentos de la mesa. Había libros de cuentas, albaranes, facturas... Él no entendía nada de todo aquello, así que tendría que llevárselo a la central. No tenían ninguna sospecha de que el móvil del crimen pudiera ser económico, pero prefería no dejar nada sin investigar. Cogió una caja de cartón de una esquina y empezó a guardar dentro toda la información.

Cuando hubo vaciado los cajones, comenzó a revisar la mesa de la víctima. Además de un ordenador portátil, un bote lleno de bolígrafos y una taza en la que se podía leer “A la mejor jefa del mundo”, encontró la agenda de Andrea. Fue pasando páginas, llenas de anotaciones de pedidos y citas con clientes, hasta llegar a la fecha en la que desapareció. Además de las citas del día, todas relacionadas con trabajo, había una anotación a las nueve de la noche. Era una sola palabra, sin más explicaciones: Azkar. El nombre hizo tintinear un recuerdo en la mente de Carlos. Sacó su móvil y llamó a Sebas.

—Hola, Carlos. ¿Dónde andas?

—Estoy en el trabajo de la primera víctima, revisando su agenda. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro, lo que quieras.

—¿Tienes por ahí el dossier del caso de Carmen Ortega?

—Sí, dame un segundo. —A través del teléfono Carlos escuchó el ruido que hacía su compañero al revolver varios papeles—. Aquí lo tengo. ¿Qué

quieres saber?

—Hicimos unas fotocopias de la agenda de Carmen. ¿Podrías leerme las anotaciones del día de su desaparición?

—Por supuesto... Veamos: 11:30 Vista en Juzgados de Barakaldo. Caso Manuel Ercilla. 14:00 Comida con Esther Ruíz. 16:30 Reunión con Alejandro Varela. Caso United Consulting. 20:00. Azkar.

—¿Azkar? ¿Estás seguro?

—Carlos, tío... Lo tengo delante. Claro que estoy seguro.

—Si, claro, perdona... ¿Pone alguna otra cosa?

—No. Ni lugar ni ninguna otra explicación. ¿Por qué? ¿Esa palabra es importante?

—Creo que sí. No sé exactamente lo que es, pero creo que podemos haber encontrado el alias de nuestro asesino.

Carlos entró en el despacho de Natalia llevando una caja enorme en los brazos. Sin saludar siquiera ni preguntar si molestaba, dejó la caja sobre la mesa.

—¿Qué se supone que es todo esto? —preguntó ella.

—Toda la documentación que he recogido en el despacho de Andrea Martínez. Son papeles de contabilidad y esas cosas. No entiendo nada. Lo llevaré luego a la sección de delitos financieros, a ver si ellos pueden encontrar algo.

—No creo que eso nos vaya a servir para nada. Ya sé que no quieres aceptarlo, pero sabes que pienso que, por los rituales realizados con los cuerpos, estamos ante un asesino en serie. Esa gente no mata por dinero.

—Estoy de acuerdo contigo... No en lo del asesino en serie... —Natalia

hizo un mohín de disgusto—. No me pongas esa cara. Mientras no haya más víctimas, no me vas a convencer. Estoy de acuerdo en que las motivaciones no parecen económicas, pero prefiero no dejar ningún cabo suelto. De todos modos, creo que tengo algo que sí puede llevarnos a algún lado.

Carlos abrió la caja y sacó dos ordenadores portátiles. Como ya no había sitio en la mesa para dejarlos, se quedó con ellos en las manos hasta que Natalia resopló, recogió la caja y la depositó en el suelo, dejándole sitio libre en la mesa.

—Muchas gracias. Estos son los ordenadores de Andrea y Carmen. He intentado fisgonear un poco, pero los dos están protegidos por contraseña.

—¿Y qué es lo que esperas encontrar en ellos?

—La última anotación de ambas víctimas en sus agendas era el mismo nombre: Azkar. Sebas ha estado buscando en Internet y hay una compañía de transportes con ese nombre, pero sus empresas no trabajaban con ella.

—¿Y entonces qué crees que es?

—¿Te acuerdas cuándo investigábamos a Caronte? —Carlos esperó a que Natalia asintiera—. En el programa de chat que usaba para contactar con sus víctimas, utilizaban nombre falsos, seudónimos... Joder, no me acuerdo de la palabreja que usaba Gus.

—Nicknames —contestó Natalia.

—Sí, eso es. Creo que Azkar puede ser el nickname de nuestro asesino. Quizá contactaba con ellas a través de algún programa de Internet. Por eso quiero acceder a sus ordenadores.

—¡Qué curioso! Dices que no crees que sea un asesino en serie, pero ya estás pensando en atrapar a otro Caronte. Azkar puede ser cualquier cosa...

—Creo que estoy en lo cierto. Me lo dicen las tripas —dijo Carlos encogiéndose de hombros.

—No seré yo quien discuta a tus tripas. Si crees que debemos investigar esto, lo haremos. ¿Vas a llevarlo al departamento de informática?

—Bueno, yo había pensado que, si el caso nos acaba llevando a tener que revisar un montón de emails y chats, conocemos a la persona perfecta.

—¿Gus? Pero si siempre te estás quejando de que es muy pesado y de que no le aguantas.

—Lo sé, pero estoy dispuesto a sacrificarme —Carlos le lanzó una sonrisa y tomó su mano—. ¿Estás de acuerdo con la idea? ¿Quieres que hable con Aguirre?

—No, yo lo haré.

—¿Y eso?

—Primero, porque se supone que yo soy la que está al frente de esta investigación. Segundo, porque, aunque tienes muchas virtudes, la capacidad de negociación no es una de ellas. Y tercero, porque, aunque Aguirre no lo sabe, me debe una.

CAPÍTULO DIEZ

Cuando escuchó la voz de Aguirre invitándola a entrar, Natalia abrió la puerta. El sargento le señaló una silla vacía frente a él:

—Buenos días, señorita Egaña. Siento mucho no haber podido recibirla antes, pero he tenido que atender a algunas autoridades y dar una rueda de prensa. Los periodistas ya han empezado con sus hipótesis acerca de que podemos tener un asesino en serie suelto y la gente se está poniendo nerviosa.

—No es una hipótesis tan descabellada. Después de todo, nos ha encargado este caso a Carlos y a mí porque cree que puede ser cierta.

—Nunca está de más tomar precauciones, pero créame si le digo que rezo todos los días para que estemos equivocados. —Aguirre terminó de ordenar los papeles de su escritorio, entrecruzo los dedos y se quedó mirándola fijamente—. Dígame, ¿en qué puedo ayudar? ¿Han conseguido avanzar en la investigación?

—Tenemos varios caminos abiertos y es por uno de ellos por el que he venido a verle. Necesito pedirle un favor.

—Lo que sea, siempre que esté en mi mano.

—Creemos que el caso puede tener similitudes con el caso de Caronte, que las víctimas pudieron contactar con el asesino a través de algún blog, foro o programa de mensajería. Hemos requisado sus ordenadores para comprobarlo, pero están protegidos por contraseña.

—Llévenlos al departamento de informática. Estoy seguro de que podrán ayudarles.

—No queremos llevarlos al departamento de informática. Queremos a alguien que colabore con nosotros veinticuatro horas al día, que se implique en

la investigación como uno más. —Natalia tomó aire antes de continuar hablando—. Queremos a Agustín Guevara.

—¿Al chico friki que siempre consigue meterse en problemas? —Aguirre negó con la cabeza—. Tenemos grandes expertos en informática aquí en la central. No puedo justificar la contratación de alguien externo.

—Habrá notado usted que mi padre y yo no nos llevamos demasiado bien, ¿verdad? —comentó Natalia.

—Sí, me he dado cuenta. ¿Qué tiene que ver eso ahora?

—Yo había pedido colaborar con la doctora Ugalde y, sin embargo, contrató usted a mi padre.

—Ya le dije que la doctora Ugalde está en Burgos, trabajando en la identificación de cadáveres de fosas comunes. Intenté convencerla de que viniera unos días a colaborar en la reconstrucción facial del cadáver de la primera víctima, pero se negó en redondo. No la entendí muy bien. Dijo algo de haber tenido malas experiencias pasadas...

—Eso da igual. Usted trajo a mi padre, con el que hace años que no hablaba y al que no quiero ni ver. Se habrá dado cuenta de que no protesté ni me negué a que colaborara con nosotros. ¿Sabe usted por qué no lo hice? —Natalia esperó a que Aguirre hiciera un gesto de negación—. No lo hice porque quiero a los mejores en mi investigación y sé que mi padre lo es. Y Agustín Guevara también. Le quiero en mi equipo y quiero que se le contrate y se le pague un sueldo como colaborador externo.

Aguirre se quedó unos segundos en silencio, reflexionando. Natalia le dejó pensar sin presionarle. Finalmente, Aguirre lanzó un largo suspiro y asintió:

—Está bien. Sé que no serviría de nada negarme. Siempre acaba metido en las investigaciones, tengáis mi permiso o no. —Ante la cara de alegría de Natalia, Aguirre levantó la mano, haciéndole un gesto para indicarle que no

había terminado de hablar—. Tenéis mi permiso para que os ayude con la parte informática del caso, pero nada de trabajo de campo. Si el chico vuelve a terminar en el hospital, como siempre, seréis responsables ante mí.

—No se preocupe, señor. No permitiremos que se ponga en peligro. No se ofenda, pero le tenemos aún más miedo a su madre que a usted.

—Está bien. Avisaré a administración para que preparen sus papeles.

Natalia se levantó y salió del despacho antes de que Aguirre se lo pensara mejor. Recorrió el pasillo y, en cuanto dio la vuelta a la esquina, sacó su móvil y llamó a Carlos, que contestó tras un par de tonos.

—Lo he conseguido, Carlos —anunció ella, triunfante—. Aguirre ha dado el visto bueno.

—Ya me contarás cómo has conseguido convencer al ogro.

—¿Quieres que le llame para darle la noticia o crees que será mejor decírselo en persona?

—Ya se lo digo yo. Estoy en la puerta de su facultad.

—¿Y qué haces ahí?

—Estaba seguro de que lo conseguirías. Cuando se te mete algo en la cabeza, es muy difícil decirte que no. Le recojo y vamos para allá.

La profesora de Gestión del Conocimiento continuaba hablando sobre aspectos éticos y administrativos mientras Gus aprovechaba el tiempo para dibujar un dragón en su cuaderno. No le gustaba cómo le estaban quedando. Más que un dragón parecía un murciélago sobrealimentado. Lo tachó y miró a Joseba, que tomaba apuntes como si le fuera la vida en ello. Luego se los pediría. No tenía el más mínimo interés en aquella asignatura. No entendía por qué tenían que andar perdiendo el tiempo con aquello en lugar de estar con un teclado en las manos.

Un par de enérgicos golpes en la puerta hicieron que la profesora detuviera su discurso. Todos los alumnos levantaron la vista de sus cuadernos, agradecidos por aquella interrupción. La profesora gritó un “adelante”, invitando a la persona que había llamado a pasar, aunque por su ceño fruncido se podía adivinar que la interrupción no le había hecho la más mínima gracia. Cuando Carlos apareció en el umbral, a Gus se le cayó el bolígrafo del susto.

—Buenos días —saludó la profesora con voz seca—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días. Lamento la interrupción, pero se trata de un asunto oficial urgente. —Carlos sacó su placa y se la mostró a la profesora y a los alumnos de las primeras filas—. Estoy buscando a Agustín Guevara.

Los murmullos recorrieron la clase como una marea, mientras todos se giraban hacia él. Aquello era lo que le hacía falta para arruinar su reputación y que todo el mundo empezara a considerarle un psicópata en potencia.

—¿Ha hecho algo? —preguntó la profesora, asustada—. ¿De qué se le acusa?

—De nada, señora —la tranquilizó Carlos—. El señor Guevara ha colaborado con nosotros en la resolución de varios casos importantes y necesitamos que vuelva a ayudarnos. ¿Le importa que me lo lleve?

Los murmullos volvieron a incrementarse, pero las miradas de sus compañeros habían cambiado. Ya no le miraban con miedo, sino con algo parecido a la admiración. Gus metió el cuaderno en su mochila, recogió su chaqueta y se dirigió hacia la salida con la cabeza baja, mientras intentaba decidir si debía odiar a Carlos o agradecerle haberle convertido en el centro de atención. Un tirón en su manga le hizo detenerse. Lorena, la rubia pija por la que llevaba colado desde primero, trataba de atraer su atención mientras le sonreía como una boba:

—¿Sabes cuánto vas a tardar en volver?

—Ni idea. Dependerá de lo importante y lo difícil que sea el caso. Puede que me lleve semanas...

—Bueno, si quieres, podríamos quedar el sábado para que te pase los apuntes —le sugirió ella, mientras le dedicaba una espectacular caída de pestañas y se ondulaba un mechón de pelo con el dedo.

—No sé si estaré muy ocupado —dijo él, haciéndose el interesante—. Llámame el viernes y hablamos.

Siguió avanzando, concentrado en no pegar botes de alegría, mientras los murmullos a su alrededor se incrementaban. Cuando llegó al lado de Carlos, éste le dio un par de palmadas en la espalda antes de salir de la clase. Una vez estuvieron fuera, Gus se giró hacia Carlos con una sonrisa de oreja a oreja:

—Joder, tío... ¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso? Me acabas de convertir en una especie de héroe nacional. Si llego a saber que se lo iban a tomar así, te habría pedido que vinieras a sacarme de clase hace años. Además, esta asignatura es un tostón. Voy a tener que invitarte a algo para agradecértelo.

—Deja, guárdate el dinero para invitar a la rubia. Es Lorena, la chica que te gustaba, ¿verdad?

—No se te escapa una.

—Por eso yo soy inspector y tú un simple civil —dijo Carlos, guiñándole un ojo—. Bueno, un civil colaborador de la Ertzaintza, si tú quieres.

—Ah, ¿pero no era una coña? Pensaba que habías venido porque me echabas de menos y querías ir a tomar algo y hablar de nuestras cosas.

—¿Cuántas veces he querido hablar contigo de alguna cosa? Ya sabes que al cabo de media hora de estar hablando contigo se me levanta un dolor de cabeza insoportable y me entran ganas de matarte. Tenemos un caso...

—No, no, no... No me liéis otra vez. Estoy en el último año de universidad. Tengo que aprobarlas todas, tengo que hacer un proyecto de final de carrera, tengo que hacer las prácticas... No puedo entretenerme con vuestras movidas. Cada vez que me metéis en uno de vuestros casos tengo que dejar toda mi vida de lado durante meses y al final siempre termino en el hospital. Además, mi madre me mataría si se enterase de que estoy trabajando con vosotros. Lo siento, pero es imposible.

—Calla un poco. —Carlos se frotó las sienes con los dedos—. No puedo creer que ya me estés dando dolor de cabeza. Sólo llevo contigo dos minutos. A ver, escúchame. Esta vez sería diferente. Serías un colaborador contratado por la Ertzaintza, con tu sueldo, tu seguridad social, tus pagas extras... ¿No te gustaría ganar el suficiente dinero para comprarte un coche? A pesar de tener el carné, sigues siendo un pobre usuario de metro.

—Ir en metro no tiene nada de malo. Es más ecológico —contestó Gus, dolido.

—Sí, claro. Seguro que lo haces por eso —Carlos le lanzó una sonrisa sarcástica—. No creo que puedas convencer a la rubita esa de montar en metro. Tiene pinta de no haber pisado un transporte público en su vida.

—Me da igual lo que digas. Paso de ponerme en peligro de muerte otra vez.

—Las veces que has estado a punto de morir han sido culpa tuya, por tu puta manía de meter las narices donde no te llaman. Sólo necesitamos asesoramiento informático. No tendrás que acercarte a kilómetros de ningún sospechoso.

—¿Y qué hago con la universidad y con las prácticas y todo eso?

—¿Qué te parecería si la Ertzaintza habla con la Universidad para que tus horas de trabajo se consideren prácticas remuneradas? Estoy seguro de que

puede arreglarse.

Gus se detuvo y clavó la mirada en el techo, fingiendo que reflexionaba. La verdad era que la oferta era una pasada y que no veía ninguna razón para negarse. Iba a conseguir dinero para comprarse un coche, sus prácticas iban a ser las más envidiadas de toda la universidad, se iba a convertir en un héroe para sus compañeros y para los profesores (y a los héroes no se les suspendía con facilidad) y, además, le gustaba trabajar con Natalia y Carlos. Sin embargo, intentó disimular su entusiasmo:

—No sé, no sé... ¿Tendría que aguantar tu mierda de música en los viajes o podré elegirla yo?

—Ya sabes que ese tema no es discutible. La música en mi coche la pongo yo. ¿Te vienes a la central o no?

—¿Me dejarías conducir?

—Ya te dije que no te dejaría tocar mi coche nunca más.

—Ya, pero técnicamente éste no es el coche del que lo dijiste...

—Claro, porque el coche del que lo dije fue declarado siniestro total gracias a ti. —Carlos soltó un bufido de desesperación—. Dejémonos de tonterías. ¿Vienes o no?

—Que sí, pesado. Pero te aviso que voy a exigir que seas más amable conmigo por contrato.

—Lo llevas claro, chaval.

—Ya, ya sé que es imposible. Eres borde por naturaleza. —Gus no pudo contener la risa ante el nuevo bufido de Carlos—. Anda, venga, vamos al coche y me vas contando los detalles de ese nuevo caso por el camino.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO UNO

Natalia estaba esperándoles en la sala que les habían reservado para su investigación. Cuando entraron, ella les fue mostrando orgullosa todo el equipamiento: los ordenadores, las pizarras blancas en las que apuntar sus hipótesis, el enorme mapa de Vizcaya con chinchetas de colores...

—Las chinchetas azules marcan el domicilio de las víctimas —les explicó—. Las rojas marcan los lugares en los que se hallaron los cuerpos. Según vaya habiendo más víctimas...

—No tienes por qué haberlas —la cortó Carlos.

—O quizá sí. —Natalia pareció molesta por la interrupción—. Yo también preferiría que le atrapáramos ya y que no hubiese más muertes, pero debemos estar preparados. Como decía, en caso de que haya más víctimas, seguiremos colocando chinchetas sobre el mapa. Hay estudios sobre comportamiento criminal que indican que, aunque los asesinos tratan de cometer sus crímenes en lugares alejados de sus domicilios y de una manera que puede parecer aleatoria, en realidad estos guardan un orden.

—No entiendo qué quieres decir. Si yo fuera a matar a alguien, elegiría siempre sitios que no tengan nada que ver conmigo y lo más lejos posible de mi casa —intervino Gus.

—Eso es lo que intentan, pero, sin que ellos se den cuenta, hay una lógica en los sitios elegidos. —Natalia se tomó unos segundos para ordenar sus ideas y explicarse—. Imagina que eres un asesino en serie y que quieres elegir el lugar para tu próximo crimen. Coges el coche y te pones a recorrer la provincia hasta que te sientes seguro. Imaginemos que esa “distancia de seguridad” está para ti a unos 20 kilómetros de tu domicilio. —Natalia cogió una chincheta de color

negro y la clavó en el mapa—. Al cabo de unos días, decides volver a actuar. Coges el coche y te vas en una dirección distinta hasta haber recorrido la distancia que hace que te sientas seguro. —Natalia clavó una nueva chincheta—. Vas repitiendo ese ritual una y otra vez, recorriendo siempre unos veinte kilómetros desde tu domicilio —. Natalia fue clavando más y más chinchetas—. ¿Qué tenemos al final?

—Un círculo —contestó Gus.

—Exacto. Y en el centro de ese círculo estaría la casa de nuestro asesino. ¿Lo entiendes ahora?

—Muy bonito y didáctico —interrumpió Carlos—, pero si crees que vamos a esperar a tener ocho o diez víctimas para hacer el circulito lo llevas claro. Lo atraparemos muchísimo antes.

—Me parece un objetivo precioso, pero, por si acaso, deja que rellene mi mapa.

—Fantástico, pero espero que vayas a hacer algo más para la resolución del caso que quedarte aquí esperando a poner más chinchetas.

—Por supuesto que voy a hacer más cosas. Para empezar voy a tratar de confeccionar una lista de posibles sospechosos entre los pacientes epilépticos.

—¿Epilépticos? ¿De dónde sacáis que el asesino es epiléptico? —preguntó Gus.

—Nuestro asesino droga a sus víctimas con un medicamento llamado fenobarbital, que se usa para el tratamiento de la epilepsia —explicó Natalia.

—Eso es estupendo. Es una enfermedad rara. Le pillaremos enseguida —dijo Gus, entusiasmado.

—Eso pensábamos, pero no es así —intervino Carlos—. Ya le dije a Natalia que hay más de quince mil pacientes en el País Vasco. Es imposible

investigarlos a todos.

—Lo sé, pero he estado informándome sobre la dispensación de ese tipo de medicamentos. Es un psicótropo...

—¿Psico qué? —preguntó Carlos.

—Psicótropo. Quiere decir que modifica las funciones psíquicas o afectivas de la persona que lo consume. —Natalia se rió ante la cara de confusión de Carlos y Gus—. No hace falta que os aprendáis nada de esto. Lo importante es que es un medicamento catalogado como de especial control farmacéutico, lo que quiere decir que hace falta una receta especial para comprarlo en la farmacia, que debes demostrar tu identidad con tu DNI y permitir que el farmacéutico lo apunte en la receta, que la dispensación debe quedar anotada en un libro especial y que la receta debe conservarse en la farmacia durante dos años.

—Vale, entonces tenemos anotado cómo han vendido ese medicamento a nuestros quince mil epilépticos —interrumpió Carlos—. ¿De qué nos sirve eso?

—Cada persona sólo recibe las recetas necesarias para controlar su enfermedad. Ni más ni menos —explicó Natalia—. Si nuestro paciente está usando grandes cantidades de pastillas para drogar a sus víctimas, habrá tenido que pedir más recetas de las habituales, alegando que ha perdido una caja o que se le ha estropeado.

—¿No podría estar tomando menos medicación de la que necesita para guardar pastillas para los crímenes? —aventuró Gus.

—Podría ser, pero sería muy arriesgado. Sus ataques podrían aumentar en gravedad y frecuencia. Yo creo que habrá ido al médico y habrá conseguido más recetas. Voy a hablar con Aguirre para que intente conseguirme una lista de esos pacientes “despistados” que han necesitado comprar más. Si tenemos suerte, no serán muchos. Luego sólo tendré que reducir la lista para que Carlos los

interrogue.

—Eso de reducir la lista no me gusta. La última vez que lo hiciste, te dejaste a Caronte fuera —dijo Gus, sin atreverse a mirar a Natalia a la cara—. Espero que no te ofendas.

—No te preocupes. Fue un gran fallo, pero le podría haber pasado a cualquiera. Y, además, en este caso tenemos muchas más pistas sobre nuestro asesino —Natalia se sentó frente a uno de los ordenadores, lo desbloqueó y comenzó a reproducir un vídeo—. Estas imágenes pertenecen a la cámara de seguridad del hotel en el que nuestro asesino se reunió con Carmen Ortega, la segunda víctima. Ahí tienes a nuestro hombre: metro ochenta, corpulento... Por la manera de andar, calculamos que tiene entre treinta y cuarenta y cinco años. No está mal, ¿eh?

—¿Y no se le ve la cara en ningún momento? —preguntó Gus, emocionado.

—No, la calidad de las imágenes es malísima y, además, el tío tiene mucho cuidado de no mirar nunca a cámara directamente —contestó Carlos—, pero esas imágenes nos servirán para compararlas con los posibles sospechosos que encontremos.

—Bueno, yo ya he expuesto mi plan de acción —interrumpió Natalia dirigiéndose a Carlos—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Pues seguramente cosas mucho más útiles que esperar a clavar chinchetas en un mapa y hacer listas infinitas. —Carlos le guiñó un ojo a Natalia, lo que no impidió que ella soltara un bufido de indignación—. Voy a investigar el entorno de las mujeres asesinadas. Como ya sabréis, la mayoría de los homicidios son cometidos por conocidos de la víctima. Los casos de asaltantes desconocidos son raros...

—A no ser que se trate de un asesino en serie —le cortó Natalia.

—Otra vez con lo mismo. ¿Quieres dejar que me explique? —Natalia contuvo una risita y asintió—. Bueno, pues como yo no creo que se trate de un asesino en serie, voy a buscar posibles conocidos comunes a ambas víctimas y a interrogar a sus familias, amigos y compañeros de trabajo. También trataré de reconstruir sus últimos días de vida para saber con quiénes se vieron, si tuvieron alguna discusión con alguien... ¿Le parece bien a la señorita o va a seguir entrometiéndose en mi trabajo?

—Me parece estupendo, pero una cosa no quita la otra —contestó Natalia, burlona—. Puede que entre sus conocidos haya un asesino en serie.

—Tú sigue vacilándome —la amenazó Carlos.

—Bueno, no os matéis —intervino Gus—. ¿Hay alguien de quién sospeches ya?

—No me gusta nada el marido de la primera víctima —Carlos rebuscó entre sus papeles y puso sobre la mesa una foto del hombre.

—Joder, qué musculatura —dijo Gus, sorprendido—. Y tiene cara de mal bicho. ¿Podría coincidir con el tío de las grabaciones?

—Sí, la altura se corresponde y lleva ropa amplia, con lo que no podemos saber si debajo están todos esos músculos —Carlos cogió la foto y la observó más de cerca—. No sé, quizá sean prejuicios, pero no me cuadra que un tío con esta cara de bestia supiera que su mujer le estaba poniendo los cuernos todos los días y le llevara flores.

Natalia se levantó de la silla, se acercó a Carlos y le pidió que le pasara la foto. Después de contemplarla durante unos segundos, negó con la cabeza:

—¿Sabes a qué se deben esos músculos?

—Es profesor de culturismo en un gimnasio.

—Deberías enterarte de si participa en competiciones.

—¿Para qué?

—La gente que compite a veces usa esteroides y uno de sus efectos secundarios es el aumento de la agresividad, lo que reforzaría tu teoría de que no debería ser tan comprensivo y amable como quiere hacernos creer —explicó Natalia—. Quizá siempre haya tenido algún trastorno oculto que le hiciera odiar a las mujeres. Los esteroides y las infidelidades de su esposa hicieron que su autocontrol se quebrara y la matara. A partir de ahí, se ha liberado y ha empezado a matar a más mujeres.

—Vuelvo a recordarte que sólo tenemos dos víctimas...

—Y yo vuelvo a insistirte en que, cuanto antes asumamos que esos dos crímenes, con esos rituales tan elaborados, han sido realizados por el mismo individuo y que indican una personalidad perturbada, antes estaremos en el camino de evitar nuevas víctimas.

—Venga, vale... —cedió Carlos—. ¿Me dejarás en paz si prometo tomar en cuenta tu teoría?

—Por supuesto —contestó Natalia, satisfecha.

—Bueno, ya habéis contado lo que vais a hacer vosotros, pero supongo que no me habréis contratado como asesor sólo para ver cómo os peleáis —intervino Gus—. ¿Qué se supone que voy a tener que hacer yo? ¿Esperar a que tengáis un sospechoso para hackearle e infiltrarme en su ordenador?

—No, nada tan emocionante —Natalia señaló dos ordenadores portátiles situados en una mesa—. Esos son los ordenadores de las víctimas. Necesitamos que los revise.

—¿Que los revise para qué? ¿Qué buscáis?

—Hemos encontrado una coincidencia en las agendas de las dos mujeres. Es un nombre: Azkar —explicó Carlos.

—¿Y eso qué es? ¿Alguna empresa? ¿Queréis que hackee el sistema de seguridad de una empresa y que traté de extraerles toda la información? —La cara de Gus se iluminó con una amplia sonrisa—. Bueno, eso va a ser complicado y va a necesitar horas y horas de trabajo y programas especiales, porque supongo que querréis que todo quede en secreto y que los de la compañía esa no se enteren de que la Ertzaintza está entrando en sus sistemas, pero se puede hacer, así que dadme todos los datos que tengáis y me pongo a ello...

—Frena, que no es eso —le cortó Carlos—. Sospechamos que Azkar puede ser un nickname. ¿Has visto? Me acuerdo de la palabreja.

—Te la repetí unas cien mil veces. Como para que no te acuerdes... ¿Entonces qué es lo que queréis que busque?

—Bueno, queremos que entres en sus ordenadores y busques si mantenían contactos con un tal Azkar en Facebook, en Twitter, en páginas de contactos, en programas de mensajería instantánea... —explicó Natalia.

—No, no, no... Otro Caronte no. No pienso pasarme los próximos meses leyendo chats de amor otra vez. ¿No creéis que ya sufrí suficiente? Porque yo creo que sí, que ya he aguantado bastantes conversaciones empalagosas como para llenar tres vidas.

—Este asesino no será igual. Las víctimas son mujeres de entre treinta y cinco y cuarenta años. —Natalia posó una mano sobre el antebrazo de Gus para tranquilizarle y hacer que la escuchara—. Por lo que sabemos eran mujeres inteligentes, profesionales, con una gran vida social. A estas mujeres no se las seduce repitiendo una y otra vez “Te quiero tanto” y “Te he echado tanto de menos”.

—Igual hasta puedes aprender algo para tu cita con la rubita —bromeó Carlos.

—En serio, Carlos... A veces pareces un crío —dijo Gus, enfadado.

—¿Qué rubita? —se interesó Natalia.

—La chica esa de su clase que le gusta desde primero. Van a quedar este sábado para tomar un café juntos —contestó Carlos, burlón.

—No me habías dicho nada. ¡Qué emoción! —Natalia trató de abrazar a Gus, pero éste la esquivó.

—Parad los dos. Parecéis un par de viejas casamenteras. Sólo vamos a quedar para que me pase los apuntes —explicó Gus, molesto—. Y, además, no estamos hablando de eso. Se supone que estamos trabajando. Un poco de seriedad, por favor.

Gus levantó la tapa del primer portátil y lo encendió, mientras Carlos y Natalia seguían soltando risitas divertidas a su espalda. Él trató de ignorarles y esperó a que Windows se iniciara, pero se encontró con una pantalla en la que se le solicitaba una contraseña.

—¿Y esto?

—Bueno, eso es lo primero en lo que tienes que trabajar —le dijo Carlos—. Parece que nuestras víctimas eran mujeres precavidas y los dos ordenadores están protegidos con contraseña. ¿Crees que podrás entrar?

—¿Lo dudas? Estás hablando con el mejor.

—Lo sabemos. Por eso te hemos contratado a ti. —Natalia le dio un par de palmadas de ánimo en la espalda—. ¿Cómo vas a entrar?

—Empezaré utilizando ingeniería social...

—Ya empezamos con cosas raras —le interrumpió Carlos—. ¿Y eso qué es?

—A ver cómo te lo explico —Gus se revolvió el pelo mientras mantenía la vista clavada en el techo de la habitación—. A la hora de extraer información de un sistema informático, se pueden buscar debilidades en el software o el

hardware del propio sistema o en sus usuarios, que siempre son el eslabón más débil.

—Sigo sin entender una mierda.

—Lo suponía —dijo Gus, sarcástico—. Te lo explicaré más fácil. Si queremos encontrar la contraseña para entrar a un ordenador, podemos usar unos programas llamados brute force attack, que lo que hacen es ir probando contraseña tras contraseña hasta encontrar la correcta. Los teléfonos móviles o las tarjetas bancarias suelen tener un máximo de tres intentos antes de bloquearse, pero en los ordenadores no existe ese límite, así que podemos probar todas las combinaciones necesarias hasta dar con la buena.

—¿Y vas a usar un programa de esos?

—No, esos programas tienen el problema de que pueden ser muy lentos. No sabemos el número de caracteres que tienen las contraseñas ni si están compuestas de letras, números o una combinación de ambas. ¿Imaginas la cantidad de posibilidades distintas que pueden existir?

—Sí, hasta ahí llevo.

—Por eso voy a usar la ingeniería social. Como te decía, se centra en la idea de que, en todo sistema informático, el ser humano es el eslabón más débil. La mayoría de contraseñas que ponen los usuarios son del tipo “1111”, “1234”, la palabra “contraseña”... Otros utilizan su fecha de cumpleaños o de aniversario, el nombre de su mascota... En eso se basa la ingeniería social: en investigar al usuario para tratar de adivinar sus contraseñas. Intentaré encontrar ese tipo de datos en sus redes sociales para ver si hay suerte.

—¿Y si no la hay? —preguntó Natalia.

—Entonces utilizaré un programa de brute force attack. No os preocupéis de nada —dijo Gus acariciando la tapa del otro portátil—. Estaré dentro de estos ordenadores antes o después.

—Procura que sea antes —le dijo Carlos, guiñándole un ojo—. Me gustaría pillar a nuestro asesino antes de que mate a su tercera víctima. Si conseguimos resolver esto sin tener que darle la razón a Natalia, te invito a cenar.

CAPÍTULO DOS

Carlos salió del coche, se apoyó en el capó y sacó el paquete de tabaco del bolsillo trasero de sus vaqueros. Aunque todavía era octubre, aquella mañana hacía mucho frío, tanto como para que el humo del cigarrillo se fundiera con el vaho que salía de su boca, provocando bocanadas infinitas.

La puerta del bar se abrió y Sebas salió con un café en cada mano. Se acercó a Carlos y le tendió uno de los vasos de plástico:

—¿Lo tomas solo, verdad?

—No hacía falta que te molestaras, tío —le dijo Carlos, mientras agarraba su vaso.

—Sí que hace falta. Tú no lo sabes, pero en la central hay una porra para acertar cuánto tiempo voy a durar cómo tu compañero. Si, además, acabas partiéndome la cara, se paga doble. Yo he apostado a que aguantamos al menos tres meses, así que tengo que hacer todo lo posible para que nos llevemos bien.

—Vaya panda de cabrones. Hacen que parezca un ogro —gruñó Carlos.

—Eso es que te conocen bien. —Sebas le guiñó un ojo y caminó hacia la puerta del copiloto—. ¿A dónde vamos ahora?

—Pues la verdad es que estoy harto de hablar con las amigas de las víctimas. Llevamos toda la mañana oyendo “Era una mujer muy formal y fiel. Amaba muchísimo a su marido”. Mienten más que hablan.

—Quizá no mientan. Uno no va aireando sus infidelidades por ahí. La gente suele ser discreta con esas cosas.

—Hablando de ser discretos, no se te ocurra ir comentando nada de este caso en la central. Recuerda que una de las víctimas era la mujer de Salazar, el

forense. Bastante tiene el hombre con haber perdido a su mujer como para que encima se empiece a rumorear que era un cornudo.

—Tranquilo, no he dicho nada. La verdad es que es una putada lo que le pasó, eso de estar a punto de hacerle la autopsia a su propia mujer. Lo pienso y me pongo malo.

—Sí, tiene que ser horrible. Aguirre le ofreció tomarse unas vacaciones para superarlo, pero él ha preferido seguir trabajando. Dice que la casa se le cae encima. —Carlos apretó el vaso de plástico entre los dedos, como si tratara de pagar con él toda la rabia—. Pillaremos a ese cabrón.

—Estoy de acuerdo. ¿Por dónde seguimos?

—He pensado volver al hotel en el que estuvo Carmen Ortega. Es posible que el asesino quedara allí también con Andrea, la primera víctima, así que, ahora que sabemos la fecha de su desaparición, podríamos ir a pedirles que nos dejen echar un vistazo a las grabaciones de seguridad de aquel día.

Sebas asintió, abrió su puerta y se metió en el coche. En menos de media hora ya habían aparcado frente al hotel. Nada más entrar en recepción, se encontraron con el mismo joven de la otra vez, que les recibió con una mirada de hastío.

—¿Otra vez ustedes? ¿Qué es lo que necesitan ahora?

—Exactamente lo mismo de la otra vez.

—¿Quieren ver las grabaciones de las cámaras del parking?

—Sí, pero ahora necesitamos las de otras fechas: el ocho, nueve y diez de septiembre. —Carlos se giró hacia Sebas. Éste echó un vistazo a las notas de su libreta y asintió—. ¿Podrías comprobar si en alguno de esos días hubo una reserva a nombre de Andrea Martínez?

—Por supuesto. Mi jefe me dijo que había hecho bien en no poner ningún

impedimento la otra vez y que debía demostrar que somos un establecimiento que cumple con la ley y colabora con las fuerzas del orden.

—Tu jefe es un tío muy listo. Así evita que empecemos a preguntarnos si este hotel por horas tan discreto podría llegar a utilizarse para ejercer la prostitución o para reunirse para asuntos turbios.

—Le aseguro que no hay nada de eso, señor —se apresuró a decir el recepcionista.

—Y yo te creo. —Carlos le lanzó su sonrisa más inocente y encantadora—. Anda, compruébame las reservas de esos días.

El joven consultó su ordenador y, al cabo de un par de minutos, asintió:

—Sí, hay una reserva con ese nombre el día ocho de septiembre. El código de la puerta también se utilizó dos veces. Una a las ocho y media y otra a las nueve.

—¿Hubo también un encargo de una botella de champán para esa habitación? —preguntó Sebas.

—Sí. Una botella de Moët & Chandon Imperial Brut.

—Es nuestro tipo —dijo Carlos—. Vamos a ver esas grabaciones.

Pasaron detrás del mostrador y esperaron mientras el joven buscaba lo que le habían pedido. Cuando lo encontró, empezó a pasar las imágenes a toda velocidad. Cada vez que se veía un coche entrando en el garaje, Carlos le pedía que se detuviese para comparar la matrícula con la del coche de Andrea Martínez.

—Ése es —dijo Carlos, señalando a la pantalla—. ¿Podrías reproducirlo ahora a velocidad normal?

El recepcionista asintió y volvió a poner en marcha la grabación. El coche aparcó y de él se bajó una mujer rubia. A pesar de la oscuridad que

imperaba en el garaje, llevaba puestas unas grandes gafas de sol que le daban un aire sofisticado, de actriz de Hollywood. Vestía unos vaqueros ajustados, unos zapatos de tacón, una camisa blanca escotada y una elegante americana negra. La mujer cerró la puerta del coche, miró a ambos lados del garaje, como si tratara de asegurarse de que nadie la seguía, y después se dirigió al ascensor.

—Vaya, ella también ha llegado sola —comentó Sebas.

—Sí, él debió llegar antes, sobre las ocho y media, para encargarse del champán —aventuró Carlos.

—Pero no le hemos visto pasar.

—Seguramente entró por la otra puerta del garaje. Veamos en qué acaba esto y después revisaremos las imágenes de la otra cámara.

En la grabación el ascensor abrió sus puertas media hora después. Un hombre alto, vestido de oscuro, con capucha y la cara cubierta, apareció en el garaje. Llevaba en sus brazos a Andrea. Ella estaba inconsciente y su cabeza oscilaba a cada paso del hombre.

Tras acercarse al coche, el hombre abrió el maletero y metió dentro a Andrea. Lo hizo con cuidado, casi con cariño, como si no quisiera despertarla. Después de cerrar el maletero, se subió al asiento del conductor y salió del garaje.

—Tendremos que llevarnos de nuevo una copia de estas imágenes —le dijo Carlos al recepcionista—. Parece que tampoco hay ningún momento en el que se le vea la cara, pero habrá que intentar analizarlas.

—¿Podemos ver ahora las imágenes de la otra cámara? —preguntó Sebas.

El recepcionista buscó la grabación que le pedían y la avanzó hasta las ocho y veinticinco. Un par de minutos después vieron cómo el mismo individuo vestido de oscuro entraba en el garaje, con la cara cubierta y sin mirar directamente a la cámara en ningún momento. El hombre cruzó el garaje a paso

rápido y subió por las escaleras de emergencia.

—Vaya mierda. Seguimos sin tener nada.

—No creas. Yo pienso que sí tenemos algo importante —dijo Carlos, haciéndole un gesto a Sebas para que le siguiera.

Salieron de detrás del mostrador y se separaron unos pasos para que el recepcionista no pudiera escucharlos. Sebas se quedó parado frente a Carlos, a la espera de que éste se explicara:

—Venga, no te hagas más el interesante. ¿Qué se supone que tenemos?

—Pues algo muy importante: el lugar en el que a nuestro asesino le gusta quedar con sus víctimas. Ya sabes que Natalia piensa que podemos estar tras un asesino en serie...

—Idea que tú has estado negando desde el principio...

—Sí, pero porque me encanta sacarla de sus casillas. Me gustaría que no fuera así, pero esto huele a asesino en serie de lejos y, si ella está en lo cierto...

—El asesino volverá a matar —completó la frase Sebas.

—Sí, y sabemos dónde tratará de cazar a su siguiente víctima, así que sólo tenemos que esperarle.

—Puede ser una espera larguísima —comentó Sebas — ¿Quién se va a encargar?

—¿No te apetece infiltrarte de recepcionista?

—No, Carlos, por favor... Esto va a ser un coñazo...

—Lo sé, pero tienes que ver la parte positiva del asunto —Carlos le pasó un brazo por los hombros para animarle—. Cuanto más tiempo estés aquí, menos tiempo pasarás conmigo y eso aumentará tus posibilidades de ganar la porra de la central.

—Está bien —se resignó Sebas—. Alguien tiene que hacerlo.

—Perfecto, se lo comentaré a Aguirre para que lo prepare todo. —Carlos se giró hacia el recepcionista y, al ver su camisa ajustada y su corbata rosa, no pudo evitar una sonrisa —. Vas a estar monísimo con ese uniforme.

Gus apartó la mirada de la pantalla del ordenador de Andrea para comprobar el de Carmen. El programa que trataba de encontrar la contraseña que le permitiría entrar seguía funcionando, pero llevaba horas y todavía no había dado resultado. Con Andrea había sido mucho más fácil. Lo consiguió al tercer intento, al introducir su fecha de cumpleaños. Le encantaban los usuarios confiados.

Volvió la vista a la pantalla y siguió buscando información. Ya había repasado la lista de correo de Andrea y no había encontrado ningún email de nadie que se llamara Azkar, ni en su correo personal ni en el profesional. Ahora estaba buscando entre sus contactos de Facebook, pero por el momento no había dado resultado. Al menos Andrea no tenía una lista de amigos interminable. Sólo tenía que comprobar unos trescientos nombres y leer sus conversaciones de Messenger. Por suerte, parecía que no le gustaba hablar por ese sistema, porque tenía pocas conversaciones y eran cortas.

Cuando terminó, se quedó unos minutos quieto, con la vista clavada en el techo de la habitación. No había encontrado nada interesante y no sabía por dónde seguir. Empezaba a pensar que no encontraría nada por mucho que investigase.

Decidió abrir el navegador para ver sus últimas búsquedas, más por entretenerse que por otra cosa. Después de todo, le estaban pagando, así que tendría que fingir que hacía algo mientras el programa que estaba usando en el ordenador de Carmen descubría su contraseña.

No encontró nada interesante entre sus últimas búsquedas. Había estado en

la página de Correos buscando códigos postales; había entrado en la página web de su banco; había buscado una receta de pollo al curry... No parecía que nada de aquello la hubiera podido poner en el camino de su asesino. Decidió abrir todo el historial e ir comprobando todas las páginas en las que hubiera estado en los últimos seis meses, aunque muriera de aburrimiento en el intento. Enseguida le llamó la atención una página con el logo de dos corazones atravesados por una flecha: Quicklove. ¿De qué iba aquella página? No le sonaba de nada...

Pulsó sobre el icono. Al instante se abrió una página con el fondo en color rosa fucsia. En el centro de la página el icono de los dos corazones atravesados palpitaba con fuerza. Unos segundos después, se abrió una nueva página. En el fondo se veían fotos de parejas abrazándose o besándose. Parecía una página de contactos, pero las fotos no se correspondían con gente normal, de esa que puedes cruzarte en tu escalera. Ellas eran todas guapísimas y llevaban faldas muy cortas o escotes de vértigo, cuando no iban en lencería directamente. Ellos eran un desfile de cuerpos musculados y camisas abiertas en las que destacaban unas abdominales de las que no se consiguen en tres meses. En el centro de la página destacaba un slogan escrito en letras blancas: “Tu próxima aventura a unos clics de distancia”.

Gus buscó en la parte superior el botón para identificarse. Tras pulsarlo, sonrió agradecido. Andrea volvía a ponérselo fácil. Su usuario y contraseña aparecían ya escritos en el formulario de entrada. Pulsó el botón para acceder y se encontró dentro de un programa de chat. En el lado izquierdo de la pantalla aparecían listados los contactos de Andrea. Muchos de ellos tenían foto. Gus comprobó que todos eran hombres y parecían tener entre treinta y cuarenta años. Leyó la lista y sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Estaba ahí, el nombre estaba ahí. Sacó el móvil e hizo una llamada:

—Natalia, deja al muerto que tengas entre manos y ven para aquí inmediatamente. Y trae a Carlos. He encontrado a Azkar.

CAPÍTULO TRES

Natalia y Carlos entraron en la sala en la que Gus les esperaba, sentado delante del portátil de Andrea con los brazos cruzados frente al pecho y una sonrisa de suficiencia en la cara.

—¿No os dije que lo conseguiría? —les dijo a modo de saludo—. Aquí tenemos a nuestro chico.

Natalia se sentó a su lado y movió el portátil para poder ver lo que aparecía en la pantalla. Carlos se quedó de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla que ella ocupaba e inclinado hacia delante para poder leer.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó ella, mientras movía el ratón para poder ver la página en su totalidad.

—Es Quicklove, una página de citas online al estilo de Tinder o Meetic. No es una página para hacer amistades ni para hablar de amor. La gente va a lo que va —explicó Gus.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Carlos.

—Bueno, pues que no estamos delante de otro Caronte ni las víctimas son crías inocentes a las que enamorar. En esta página la gente se conoce, se manda unas fotos y quedan para echar un polvo. Así, sin más complicaciones ni sentimentalismos.

—Vaya, qué directo. Creo que me gustaba más el estilo de Caronte —comentó Natalia.

—Pues a mí esto me gusta mucho más —comentó Gus—. Así no voy a tener que pasarme horas leyendo chats empalagosos. Un par de conversaciones por víctima y arreglado.

—Bueno, eso tiene su parte negativa —dijo Carlos—. Tenemos muchas menos posibilidades de que al asesino se le haya escapado algún dato importante sobre sí mismo. ¿Qué has averiguado?

—Lo primero es que tenías razón: Azkar es el nickname del asesino. La verdad es que un nombre muy poco apropiado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Natalia.

—Bueno, Azkar significa rápido en euskera. Si lo que estás ofreciendo es un polvo, decir de ti que eres rápido no parece la mejor carta de presentación. Yo habría elegido algo que significara fogoso, potente, caliente...

—Eso es porque tú estás más salido que el pico de una plancha —bromeó Carlos—. ¿Tenemos algún dato sobre él?

—No mucho. En esta página la gente es bastante discreta, así que no se dan muchos datos personales. Según pone en su perfil, tiene treinta y cinco años, es soltero y es de Bilbao. Su descripción es ésta: “Soy un chico alegre y activo al que le encanta viajar y hacer deporte. Me gusta la buena música, los animales y cocinar.”

—¿Hay que poner todas esas aficiones para echar un polvo? ¿Qué más te dará si le gustan los animales o no para pegarte un revolcón con él? —preguntó Carlos.

—Mira que eres burro. Hay que escribir algo en el perfil y poner ese tipo de cosas favorece que se pueda empezar una conversación. ¿Qué quieres que ponga? ¿Me mide veinte centímetros y me gusta el sado suave?

—Estoy empezando a sentirme incómoda con esta conversación —intervino Natalia.

—Pues entonces no abras su chat con Andrea —sugirió Gus. Al segundo siguiente, Natalia estaba pulsando para ver la conversación—. No digas que no te he avisado.

—¡Dios mío! ¿Eso es un pene?

—Sí, Natalia, sí. No sé para qué hablo si nunca me hacéis ni puñetero caso. Ya te he dicho que en esta página no se andan con tonterías.

—Pero si también hay fotos de Andrea desnuda... —se sorprendió Natalia—. Y luego se extrañarán de lo que les ha pasado.

—¿Qué cojones quieres decir con eso? —preguntó Carlos.

—No sé... Mandar ese tipo de fotos, quedar con hombres a los que no conocen de nada para mantener relaciones sexuales... Se lo estaban buscando.

—Natalia, por Dios... —Carlos se separó un par de pasos y se la quedó mirando con la boca abierta—. Una cosa es que hayas tenido una educación tradicional y otra que permitas que tu abuela hable por tu boca. ¿Cómo que se lo estaban buscando?

—Sólo digo que si no hubieran quedado con hombres a los que no conocían, no les habría pasado esto.

—De verdad que alucino contigo, Natalia. Ya sé que tú nunca has sido de salir por ahí a ligar, pero hay conceptos que tienes que entender. Cuando una mujer sale a buscar sexo, sale a buscar sexo consentido con el hombre que ella elija. Eso no le da derecho a ningún baboso a decirle ordinarieces, ponerse pesado o meterle mano. Y mucho menos le da derecho a un loco a secuestrarla, torturarla y asesinarla.

—Sí, eso lo sé...

—No. Lo sabes a nivel teórico, pero dentro de ti sigues pensando eso de “ellas se lo buscaban”. Necesito que tengas muy claro quién es el culpable en todo esto, porque somos los tipos que se van a encargar de buscarlo y meterlo entre rejas. Y si vas a disculparlo, no eres la persona indicada para llevar este caso.

Natalia bajó la mirada y se mantuvo en silencio. No le gustaba darle la razón a Carlos en nada, pero tenía que reconocer que en aquella ocasión la tenía. El hecho de que ella hubiera sido educada de otra forma y que no pudiera imaginarse a sí misma quedando con un desconocido para mantener relaciones sexuales no le daba derecho a juzgar a aquellas mujeres. Se limitó a asentir, avergonzada. Por suerte, Gus decidió intervenir en la conversación y sacarla del apuro.

—Bueno, he encontrado algo que estoy seguro de que os va a encantar. Gracias a Dios, el tal Azkar ha enviado fotos de otras partes de su anatomía además de su pene. —Gus dio varios clics con el ratón y una foto apareció en la pantalla—. Ésta es la cara de nuestro sospechoso.

Carlos y Natalia volvieron a mirar al portátil, interesados. En la foto se podía ver a un hombre joven, con el pelo castaño y los ojos verdes, que sonreía abiertamente a la cámara.

—Es bastante atractivo y tiene cara de buen chico —comentó Natalia.

—Sí, la verdad es que es resultón —admitió Gus, encogiéndose de hombros—. Con esa sonrisa nadie diría que se dedica a asesinar mujeres.

—¿Podrías enviarme la foto y todos los datos por email? —preguntó Carlos—. La compararemos con las fotos de los delincuentes sexuales que tengamos fichados, a ver si hay suerte.

—Por supuesto —Gus tecleó en el ordenador durante unos segundos—. Ya lo tienes. ¿Y si no está fichado?

—Tendré que hablar con Aguirre. Quizá debemos pasar la foto a la prensa para pedir colaboración ciudadana. Alguien debe conocer a este tío.

—¿Has conseguido algo en el ordenador de Carmen? —intervino Natalia.

—No. Todavía no he descubierto la contraseña, pero espero que no tarde mucho más. En cuanto pueda entrar, os aviso.

—Buen trabajo, chaval —le dijo Carlos, dándole un par de palmadas en la espalda—. Si hay suerte, tendremos a ese hijo de puta entre rejas antes de que llegue el fin de semana.

Nunca debería haber mirado su móvil. Entre lágrimas, Estefanía se repetía aquella frase una y otra vez mientras esperaba a que su ordenador se abriese. Nunca debería haber mirado su móvil. Una cosa era sospechar que Sergio ya no se interesaba por ella, que ya no le resultaba atractiva, que quizá le estaba siendo infiel en todos aquellos congresos de fin de semana y otra era verlo con sus propios ojos... Todas esas fotos, todas esas conversaciones subidas de tono, todas esas alusiones a pasadas noches de placer, todas esas mujeres... Nunca debería haber mirado su móvil. Lanzando un grito ahogado, escondió la cara entre las manos, tratando de sacar toda aquella ira y toda aquella pena.

Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que no saldría nunca. La confianza se había roto para siempre y ya no había vuelta atrás. Nunca podría perdonarle a Sergio lo que le había hecho. Se daría unas horas o unos días para meditar su decisión y estar más tranquila y le diría que su matrimonio se había acabado. Pero antes tenía que hacer otra cosa, algo que le sirviera para recomponer los pedazos de su autoestima. Necesitaba vengarse, hacerle el mismo daño que él le estaba haciendo.

Abrió el buscador y escribió “Páginas para encontrar pareja”. La pantalla se llenó de resultados. Eligió uno de los primeros casi al azar. Quicklove. Eso es lo que necesitaba. Algo rápido, antes de poder arrepentirse, antes de que los sentimientos que seguía teniendo por su marido la detuviesen.

Empezó a rellenar el registro, maldiciendo todas aquellas preguntas. Edad, residencia, aficiones, gustos... Para cuando consiguió rellenar todo el cuestionario, su confianza ya había empezado a desvanecerse. ¿Y si todo aquello no servía para nada? ¿Por qué pensaba que alguno de los hombres de aquel sitio

iba a interesarse por ella? Sergio dormía a su lado y hacía meses que no sentía el más mínimo interés. Mientras ella sufría por volver a escuchar una palabra de amor, por volver a ser acariciada, por sentirse deseada, él buscaba a cualquier otra mujer. ¿Y si el problema estaba en ella? ¿Y si ya no resultaba deseable para ningún hombre?

El pitido de un mensaje entrante la sacó de aquel vórtice de pensamientos negativos. Alguien se había interesado por su perfil. ¡Y en menos de cinco minutos! Pulsó en el icono del sobre que parpadeaba en la pantalla y se abrió un mensaje. En él aparecía la foto de un hombre joven y atractivo, con la piel morena y unos increíbles ojos negros. Leyó el mensaje mientras una sonrisa se iba dibujando en su rostro, desterrando al olvido todas las lágrimas:

“Hola, soy Azkar. Me ha gustado tanto tu sonrisa en la foto de perfil que no sé si resistiré verla en directo”.

Después de dejar a Gus en su casa, Carlos volvió a arrancar el coche. Natalia estaba a su lado, en el asiento del copiloto. Había estado muy callada durante todo el viaje hasta Sestao y parecía que iba a continuar igual. Cuando Carlos estaba a punto de conectar la radio para romper aquel incómodo silencio, ella empezó a hablar:

—¿Sabes una cosa? He estado pensando en lo que me has dicho antes...

—¿Sobre qué? Digo muchas tonterías al cabo del día.

—Esto no es una tontería. Creo que puedes tener razón en que no voy a poder llevar la investigación de la muerte de esas mujeres.

—Vaya, ahora eres tú la que dices tonterías —bromeó él.

—Hablo en serio. Voy de mujer moderna y feminista, pero, sin darme cuenta, estoy llena de prejuicios. No sé si será por todos los años que pasé en un colegio de monjas o por la educación tan estricta que me dio mi padre o porque

nunca he sido demasiado sociable y no he salido a tomar copas y a ligar, pero me cuesta muchísimo ponerme en el lugar de esas mujeres sin juzgarlas.

—Tranquila. Para eso estoy yo aquí: para detener tu mente machista y heteropatriarcal.

—¿Quieres hablar en serio un momento? De verdad que esto me preocupa. —Ella resopló, ofendida—. ¿Cómo voy a ver este caso de forma objetiva, cómo voy a hacer un perfil del asesino, cómo voy a descubrir sus motivaciones y patrones de conducta si estoy ocupada en prejuizar a las víctimas, si no soy capaz de comprenderlas?

—Natalia, eres la persona más profesional que conozco. Lo harás bien. Además, me tienes a mí para ayudarte.

—¿Tú puedes ayudarme a entender a una persona que sólo busca sexo en una relación?

Natalia esperó unos segundos, pero no llegó ninguna respuesta desde el otro asiento. Se giró hacia Carlos, que fingía estar muy concentrado en conducir mientras trataba de contener una sonrisita.

—¿En serio? No me lo puedo creer...

—Natalia, por favor. ¿Te vas a asustar ahora? Me divorcié hace siete años y he pasado cinco sin ninguna relación estable. ¿Pensabas que había estado metido en mi casa como una monja carmelita?

—¿Y te acostaste con muchas mujeres?

El coche volvió a sumirse en el silencio. Al cabo de unos segundos, Carlos desvió la vista de la carretera y la miró mientras negaba con la cabeza.

—No preguntes cosas de las que no quieres saber la respuesta.

Natalia abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla sin decir nada. Puede que él tuviera razón. ¿De qué le serviría saber si se había acostado con

diez mujeres, con veinte o con cincuenta? No tenía ningún sentido conseguir una información que sólo le serviría para torturarse. Se recostó en el respaldo, suspiró y trató de zanjar la conversación.

—Está bien. Entonces cada vez que tenga una duda sobre el sexo sin amor, le preguntaré a mi experto.

—Date prisa en preguntar. Estoy perdiendo mi sabiduría sobre ese tema.

—¿Y eso?

—Desde que te conocí, cada vez le veo menos sentido.

CAPÍTULO CUATRO

Ya eran casi las doce del mediodía. Carlos se levantó de su silla, recogió la chaqueta que había dejado cuidadosamente colgada detrás de la puerta y salió rumbo al cuarto de baño. Tenía que revisar que su pelo siguiera en su sitio y encontrar el microscópico punto de equilibrio que le permitiría parecer elegante y respirar al mismo tiempo con aquella dichosa corbata.

Cuando consideró que su aspecto era más o menos aceptable, se dirigió al despacho de Aguirre. Éste pareció detectar su presencia, porque abrió justo antes de que pudiera llamar a la puerta.

—Carlos, ya estás aquí. Me alegro de no tener que ir a buscarte.

—Con todo el respeto, Aguirre... ¿De verdad es necesario que yo esté presente? Odio estas malditas ruedas de prensa.

—Yo también las odio y ya sabes lo que dicen: las penas compartidas son menos. —Aguirre le dio una palmada en la espalda para animarle—. Además, ha sido idea tuya convocar a los medios para pasarles la foto de ese tal Azkar.

—Me encantaría no tener que hacerlo, pero no tenemos a ese tipo en nuestros ficheros. Necesitamos colaboración ciudadana.

—Pues entonces tendrás que acompañarme —dijo Aguirre con una media sonrisa.

—Pero si vas a hablar sólo tú... No sé qué pinto yo ahí, vestido como un mamarracho y tieso como una vela.

—Te quiero allí por si tengo que preguntarte algo sobre la investigación. Y tranquilo, no pareces un mamarracho. De hecho, estás tan elegante que, cuando te he visto, casi no te he reconocido.

—Eso mismo dice Natalia, pero esta mierda de traje pica y la corbata me ahoga —contestó Carlos, tratando de aflojar un poco más el nudo.

—Vamos, pasará pronto. Démonos prisa. No está bien hacer esperar a nuestros invitados.

Gus tiró un nuevo cacahuete al aire y volvió a fallar. Era imposible atrapar uno con la boca. Llevaba más de cincuenta intentos y no había conseguido pillar ninguno. Lo único que había logrado era pringar todo el suelo. Tendría que recoger un poco antes de que llegara Natalia.

Bajó los pies de la mesa y se sentó recto en la silla. Después de pegar un trago a su enésima lata de coca-cola de la mañana, echó un vistazo a los dos portátiles que tenía abiertos frente a él. Ya no sabía qué más hacer. Había comprobado el ordenador de Andrea de arriba abajo varias veces y ya no había nada más que buscar. En el de Carmen, el programa que había instalado para poder encontrar su contraseña seguía funcionando sin éxito.

Se levantó y paseó por la sala. Estaba más aburrido que un mono en una jaula, pero, como le estaban pagando, tendría que seguir allí hasta que Carlos y Natalia encontrarán alguna línea de investigación en la que pudiera serles útil. Esperaba que no tardasen mucho. Casi empezaba a echar de menos los chats de Caronte. Al menos, en aquel caso siempre había tenido algo que hacer.

De repente, como si el cielo hubiera respondido a sus plegarias, escuchó un pitido proveniente del ordenador de Carmen. Se acercó con pasos rápidos y se sentó, mientras una enorme sonrisa iluminaba su cara. Ahí estaba: la puñetera contraseña por fin. C3a1R18m13E5n14. La miró durante unos minutos, tratando de analizarla. Era una simple combinación entre las letras del nombre de la mujer, alternando mayúsculas y minúsculas, con el número de la posición que ocupaban en el abecedario. Lo bastante complejo como para no adivinarlo y lo bastante simple como para volver a calcularla si la olvidabas.

Introdujo la contraseña en el ordenador y abrió el navegador. Ahí estaba: Quicklove, el mismo sitio que había usado Andrea. Abrió la página e introdujo la contraseña para entrar, rezando para que Carmen no hubiese elegido otra diferente. Por suerte, la página se abrió y le mostró la lista de contactos. Ahí estaba Azkar, tal y como habían esperado.

Pulsó sobre su nombre para ver su información de perfil y sintió que la sangre se le congelaba. La habían liado. Cogió su móvil y, a toda velocidad, marcó el número de Carlos.

Las primeras notas de Hoochie Coochie Man interrumpieron la rueda de prensa. Aguirre detuvo su discurso y se giró hacia Carlos para dirigirle una mirada mortal. Éste sonrió a modo de disculpa y sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta. Era Gus. ¿Qué querría ahora ese pesado? Seguro que le llamaba porque no tenía nada que hacer y se aburría. Rechazó la llamada y apagó el móvil. Aguirre dejó de mirarle como si tuviera ganas de asesinarlo, se giró de nuevo hacia los periodistas y continuó hablando.

Unos minutos después, cuando los periodistas se dieron cuenta de que, por muchas preguntas que hicieran, sólo iban a recibir respuestas del tipo “Eso forma parte de la investigación y no podemos decirles nada de momento. Les informaremos en cuanto sea posible”, la sala de prensa se quedó vacía. Aguirre se volvió hacia Carlos:

—¿No te han dicho nunca que hay que apagar el teléfono cuando se está en una reunión importante?

—Lo siento. Lo olvide —Carlos sonrió a modo de disculpa—. Bueno, no ha ido tan mal, ¿verdad? Ahora sólo hay que esperar a que alguien reconozca a ese hombre y nos avise.

—Sí. Si todo va bien, puede que le atrapemos en cuestión de horas.

Aguirre le dio un par de palmadas en la espalda a modo de despedida y se marchó a su despacho. Carlos decidió ir a por un café a la máquina. De camino, se quitó la chaqueta y la corbata y se sacó la camisa por fuera del pantalón, sin importarle que los faldones estuvieran arrugados. Después se soltó el primer botón de la camisa y consiguió respirar con normalidad. No pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Ahora era un poco más él, aunque se moría de ganas de llegar a casa y cambiar aquellos pantalones de vestir por sus vaqueros de siempre.

Mientras esperaba a que la máquina le preparase el café, sacó su móvil y volvió a encenderlo. En cuanto estuvo listo, recibió una nueva llamada de Gus.

—¿Qué quieres, cansino?

—¿Qué coño voy a querer? Hablar contigo, cojones. No entiendo por qué cada vez que te llamo tengo que insistir tantas veces. Si te llamo, será porque es algo importante, ¿no? Joder, que me habéis contratado para que trabaje para vosotros y, cuando tengo algo que deciros, no hay manera. ¿Para qué me contratáis si no queréis escucharme?

—A ver, para, para, que ya te estás lanzando. Y, además, la que te contrató fue Natalia. A mí no se me habría ocurrido hacer algo así en la vida.

—Por eso Natalia es la inteligente del grupo... Bueno, escúchame, que no te he llamado para discutir contigo. He conseguido entrar en el ordenador de Carmen.

—Ya era hora. Hay que ver lo que has tardado.

—¡Qué fácil es hablar desde la ignorancia! Tú no habrías podido entrar ni en mil años, ni aunque tu vida dependiera de ello. Da igual. Te llamaba porque he encontrado algo importante.

—¿El qué? ¿Has podido comprobar que también hablaba con Azkar?

—Sí..., pero no exactamente con el “mismo” Azkar que hablaba con

Andrea.

—¿Qué quieres decir?

—Que la foto del perfil es diferente. Pertenece a otro tío que no se parece al primero ni en el blanco de los ojos.

—¿Y eso?

—Bueno, sospecho que ambas fotos son falsas. Supongo que las habré pillado de cualquier perfil de Facebook. Por eso te llamaba, porque me habías dicho que esta mañana ibais a celebrar una rueda de prensa para difundir la foto del sospechoso. Creo que será mejor que la suspendáis.

—Tarde. La rueda de prensa ya ha acabado. —Carlos resopló, furioso—. Mierda, joder, hostias... ¿No podías haberme llamado cinco minutos antes?

—Te llamé cinco minutos antes y tú me colgaste.

—Vale, déjalo. Te espero en la puerta del despacho de Aguirre.

—Yo no pienso ir.

—Sí, sí vas a venir. Nos va a echar la bronca del siglo y no pienso comérmela yo solo.

—No me puedo creer que seáis tan metepatas —gritó Aguirre, mientras se paseaba a grandes zancadas por su despacho—. ¿No se os ocurrió ni por un momento que la foto podía ser falsa?

—Bueno, a ti también te pareció una buena idea difundirla —intentó disculparse Carlos.

—A mí me pareció una buena idea porque vosotros dijisteis que era una buena idea. ¿Cómo no nos dio por pensar, aunque sólo fuera un segundo, que no es muy normal que los asesinos compartan sus fotos reales?

—Él no sabía que íbamos a encontrar esa foto —dijo Gus con un hilo de voz—. Hay asesinos a los que se les ha pillado por tonterías similares.

—Bueno, pues éste es más listo de lo que esperabais. —Aguirre volvió a su lado de la mesa, apoyó las manos sobre el tablero y se inclinó hacia ellos, amenazante—. Tenedlo en cuenta a partir de ahora.

—Lo haremos —contestó Carlos, esquivando su mirada.

—Ahora vamos a tener que llamar a todos los medios de comunicación para que no difundan la foto, aunque muchos ya lo habrán hecho. —El rojo de la cara de Aguirre volvió a cobrar intensidad—. ¿Sabéis cómo va a quedar el cuerpo después de esto? ¡Vamos a parecer una manada de gilipollas!

—No es para tanto. Todo el mundo se equivoca alguna vez. —Trató de tranquilizarle Carlos.

—¿Tanto? Acabamos de pedir que publiquen en todos los medios de comunicación nacionales la foto de un pobre inocente diciendo que es un peligroso asesino. Le acabamos de joder la vida a un tío y, si tiene un buen abogado, se va a encargar de jodérsela a nosotros.

—A lo mejor hay suerte y no la ve nunca —sugirió Gus.

—¿Cómo no la va a haber si va a salir en la tele, en todos los periódicos, en Internet...?

—Puede que esa foto sea de alguien de otro país. No sabemos de dónde la sacó el asesino.

—No sabéis eso y no sabéis nada. Sólo esa chorrada de que puede ser epiléptico, que sólo ha servido para que lleve días peleándome con el Servicio de Salud para que me pasen una lista de datos de pacientes que son totalmente confidenciales.

—Bueno, podríamos saber algo más...—le cortó Gus.

—¿Qué podríamos saber?

—Ahora que ya estamos seguros de que Azkar es el usuario que contactó con ambas víctimas a través de esa página de citas, podríamos pedir una orden para que nos faciliten su IP —explicó Gus—. Con ese dato podríamos saber su teléfono y encontrarlo.

—Sí, es una gran idea —intervino Carlos—. En cuanto sepamos eso, podremos detenerlo.

—No va a ser tan fácil —dijo Gus, haciendo que a Carlos le desapareciese la sonrisa de la cara—. El punto fuerte de ese tipo de páginas es la discreción. No creo que vayan a pasarnos ese dato tan alegremente.

—Una orden judicial les ayudará a mostrarse más predispuestos —dijo Aguirre, levantando el teléfono.

—Vamos a tener problemas incluso con orden judicial. Esa página es estadounidense. No sé hasta qué punto les asustará la orden de un juez español. —Gus se encogió de hombros—. Y estoy seguro de que sus abogados intentarán evitar que consigamos ese dato por todos los medios.

—Pues si va a tardar, lo mejor será que nos pongamos a ello cuanto antes —le cortó Aguirre, mientras empezaba a marcar un número en el teléfono—. Voy a llamar ahora mismo al juez. Salid de mi despacho e intentad no cruzaros conmigo en un par de días, a ver si tenéis suerte y se me pasa el cabreo.

CAPÍTULO CINCO

Tras abrir la puerta del local, Gus se quedó unos segundos parado en el umbral, preguntándose si se habría equivocado. Lorena le había dado la dirección de una cafetería nueva, un local genial que le iba a encantar, pero no podía estar refiriéndose a aquel sitio. Las paredes de ladrillo visto, las enormes fluorescentes y las cajas de madera esparcidas por los rincones le daban aspecto de nave industrial a medio reformar. Cada mesa y cada silla eran diferentes, como si las hubieran comprado en un rastrillo. Para rematar la impresión de sitio cutre, tras la barra se encontraba un tío con una barba que le llegaba hasta la mitad del pecho, cubierto con un gorro de lana negra que había visto tiempos mejores.

Divisó a Lorena al final del local, haciéndole gestos para que se acercara. Pasó entre las mesas y se sentó frente a ella.

—Hola. ¡Qué sitio tan... original!

—¿Verdad que es genial? Sabía que te gustaría —dijo ella con una gran sonrisa—. ¿Vas tú a la barra a pedir?

—Sí, claro. ¿Ese tío es el camarero? No tiene pinta de ser muy limpio.

—¡Qué ocurrencias tienes! —Ella se ríe como si acabara de escuchar la mejor broma del mundo—. Claro que va limpio, lo que pasa es que es hipster. Y no digas que es un camarero. Es barista.

Gus tuvo ganas de preguntarle si ahora se llamaba así a la gente que tenía un bar, pero prefirió callarse y no arriesgarse a quedar como un ignorante. Se levantó de la silla para ir a la barra.

—¿Qué quieres?

—Un vainilla chai latte —contestó ella.

Se dirigió hacia la barra, repitiendo una y otra vez en su mente aquellas palabras para no olvidarlas, mientras se preguntaba qué demonios sería aquello. El tío de detrás de la barra dejó de ordenar vasos y se acercó a él.

—¿Qué desea?

—Un vainilla... chai... latte y un café con leche —dijo Gus, sintiéndose muy orgulloso de haber recordado el maldito nombre.

—Marchando... ¿Qué variedad de café prefiere? ¿Jamaica Blue Mountain, Guatemala Finca La Bella, Colombia Santa Bárbara...?

—No sé, lo que tú veas...

—¿Expresso, de goteo, de prensa francesa?

—Lo que quieras, de verdad.

—¿Leche normal, desnatada, de soja?

—Mira, tío... Confío en tu criterio. Ponme un puñetero café con leche.

La sonrisa desapareció del rostro del camarero, que se giró sin decir una palabra más y se puso a trabajar. Después de más de cinco minutos, colocó las dos tazas sobre la barra. Gus observó el dibujo que el tipo había hecho en su café con la espuma de la leche. Podía parecer algún tipo de flor, pero sospechaba que más bien era una mano con el dedo medio extendido.

—¿Qué te debo?

—Seis euros.

Gus se quedó pálido, pero sacó la cartera y pagó sin rechistar. No quería montar un espectáculo delante de Lorena, pero aquel tío les estaba timando. Le parecía imposible que, pegando aquellos sablazos, no tuvieran dinero en aquel sitio para terminar de pintar las paredes o comprar todas las sillas del mismo color. Regresó a su mesa y se sentó frente a Lorena.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó—. Hay que ver lo que tardan aquí en poner un café.

—Es que no es un café normal. Es arte —contestó ella.

—Vale, será eso... Toda la vida tomando café y pensando que era una bebida normal y ahora resulta que se puede hacer arte con él.

—Eres tan gracioso. —Lorena volvió a reírse mientras le daba vuelta con los dedos a un mechón de su pelo.

Gus se quedó unos segundos en silencio, preguntándose si debería levantarse y marcharse. No tenía nada en común con aquella chica. Si no estuviera tan jodidamente buena...

—¿Me has traído los apuntes? —preguntó para cambiar de tema.

—Ay, los apuntes... Lo siento, se me han olvidado en casa.

—Pero si habíamos quedado para eso.

—Ay, qué tonto... —Ella volvió a reírse—. Eso sólo fue una excusa para quedar contigo.

—¿Y para qué ibas a querer quedar tú conmigo?

—No seas modesto. ¿Es que no te has dado cuenta de que me gustas?

Ella se inclinó hacia él, permitiéndole una mejor vista de su escote, mientras pestañeaba con aquellos enormes y brillantes ojos azules. Gus se echó hacia atrás, tratando de escapar del embrujo de aquellos ojos, y carraspeó un par de veces antes de hablar:

—¿Yo? ¿Gustarte? ¿A ti?

—Claro, tonto. Y sé que yo también te gustó a ti.

—Bueno, sí... Eso no lo voy a negar.

—Entonces podríamos probar a salir unos días. ¿No crees? Mira, el

miércoles he quedado con mis amigos en el puerto deportivo de Algorta para tomar unos vinitos. ¿Por qué no te vienes y así te los presento? ¡Será superguay!

—Sí, claro...

Gus volvió a quedar en silencio, sin saber qué decir. Él, Gus Guevara, el friki, el pringado, estaba saliendo con la tía más buena de toda la universidad. Iba a necesitar varios días para asimilar aquello. Las siguientes palabras de Lorena sirvieron para disminuir un poco su entusiasmo:

—Me gustaría pedirte un favor. ¿Podrías vestir un poquito mejor para ir con mis amigos? —Ante el silencio de Gus, continuó explicándose—. No me entiendas mal, a mí me encanta cómo eres, todo ese rollo de ir de negro y de tío duro, pero no ibas a pegar nada en ese ambiente. ¿Lo harías por mí?

Gus se limitó a asentir en silencio, mientras trataba de recordar si en su armario tenía alguna prenda que no fuese negra. Decidió olvidarse de aquello y centrarse sólo en Lorena. En aquel momento se sentía como si estuviera en un sueño. Tantos años suspirando para que ella le mirara, haciéndole favores para conseguir una sonrisa, soñando con que ella se fijara en él... Ya se preocuparía sobre qué ponerse más adelante.

Tras terminar su turno, Natalia salió del edificio y se quedó en la puerta fumando un cigarrillo. A pesar de que cada uno volvía a casa en su propio coche, le gustaba esperar a Carlos y comentar las noticias del día mientras caminaban juntos por el aparcamiento.

Ya estaba anocheciendo y la temperatura parecía descender a cada minuto. Además, estaba empezando a llover y, por lo gris que estaba el cielo, era posible que no parase en todo el fin de semana. Tampoco era tan mal plan: los dos tumbados en el sofá, arropados bajo una manta mientras veían alguna película y comían patatas fritas, con Art tumbado a sus pies. Al pensar en el perro, su

sonrisa disminuyó. Había que sacarle cuatro o cinco veces al día, aunque lloviera o hiciera frío. Estaba preguntándose si le resultaría muy difícil convencer a Carlos de que lo hiciera él cuando apareció por la puerta.

—Vaya, la señorita Perfección se ha escapado antes de la hora —dijo él a modo de saludo.

—No, eres tú el que sale tarde. —Ella se acercó, rodeó su cuello con los brazos y le dio un beso—. ¿Qué te apetece hacer hoy?

—No sé, hace un día asqueroso. ¿Qué tal si vamos a casa, cenamos y vemos alguna película?

—Perfecto —contestó ella—. ¿Haces tú la cena?

—Si te apetece cenar tortilla de patata otra vez...

—No, ya la hago yo, pero a cambio sacas tú a Art.

—Eso tendremos que discutirlo. —El móvil de Carlos empezó a sonar—. Un momento.

Carlos contestó y escuchó en silencio unos segundos. Natalia esperó, abrazándose de nuevo para tratar de evitar que el viento helado que acababa de levantarse la dejara congelada.

—Sí, perfecto... ¿Crees que puede ser él? Bien, estaremos ahí en diez minutos.

Cuando Carlos colgó, se giró hacia ella y se encogió de hombros.

—Lo siento. Lo de la cena y la peli va a tener que esperar. Era Sebas. Dice que tienen una habitación reservada en el hotel a nombre de una mujer y que, hace unos minutos, un hombre ha entrado solo y andando en el aparcamiento, ha subido a esa habitación y ha usado el código para entrar. Lo tenemos.

CAPÍTULO SEIS

Estefanía dio un paso dentro de la habitación sin soltar el pomo de la puerta. Todavía no estaba segura de querer hacer aquello. Tan sólo había pretendido hablar con algunos hombres, escuchar cosas bonitas, sentir que aún era bella, joven y deseable... Pero de ahí a acostarse con un desconocido había un camino muy largo que no estaba segura de querer recorrer. Sentía la traición de Sergio como un río de lava que la empujara a vengarse, pero dudaba de que hacer algo para lo que no estaba preparada fuese a hacer que se sintiera mejor.

Echó un vistazo a la habitación. Al menos no era el tugurio sucio y escabroso que había imaginado cuando Azkar le dijo que podían encontrarse en un motel. Todo estaba limpio y ordenado. En el centro de la habitación destacaba una enorme cama con sábanas blancas. La iluminación era tenue, con un leve toque de color violeta. Por el hilo musical se escuchaba una canción de jazz suave y el aire tenía el aroma exótico y embriagador del sándalo. Podría haber pasado por la habitación de un hotel cualquiera si no fuera por el jacuzzi que ocupaba una de las esquinas y el espejo colocado en el techo sobre la cama.

Respiró profundamente un par de veces y cerró la puerta a su espalda. Ya había llegado hasta allí. No podía ser una cobarde y echarse atrás en aquel momento. Azkar le había parecido un buen tío: dulce, cariñoso, divertido... Y, aunque le costara reconocerlo, había conseguido despertar algo en su interior, hacerle sentir cosas que hacía mucho tiempo que tenía olvidadas. Además, haber traicionado a Sergio la ayudaría a enfrentarse a él cuando le dijera que sabía que la había engañado y que su matrimonio había terminado; le proporcionaría armas para devolverle el dolor que le había causado.

Encima de la mesa encontró una cubitera en la que se enfriaba una botella de champán. Al lado había un pequeño sobre en el que podía leerse “Para

Fanny”. Sacó la tarjeta que había en su interior y leyó:

Lo lamento muchísimo, pero me ha surgido un imprevisto y llegaré una media hora tarde. No te vayas, por favor. Acepta esta botella de champán como disculpa y espérame. Ardo en deseos de conocerte.

Azkar

Estefanía se sentó en la cama con la tarjeta en las manos sin saber qué hacer. Aquella no era la mejor manera de empezar una cita. Si tenía que sumar media hora de ansiedad y espera a su estado de nervios, no se veía capaz de aguantar hasta que Azkar llegara.

Volvió a mirar la botella de champán. Diminutas gotas de agua helada se deslizaban por el cristal verdoso. La verdad era que no le vendría nada mal una copa... o un par de ellas. Quizá así conseguiría relajarse y poder comportarse de una manera más natural y desinhibida cuando Azkar apareciera. Sin pensarlo un segundo más, se sirvió una copa y se recostó en la mullida cama a esperar a que llegara.

En cuanto el ascensor se abrió, vieron a Sebas esperándoles al lado de la puerta. Sin decir una palabra, tomó a cada uno de ellos por un brazo y les arrastró hasta el mostrador de recepción.

—¿Qué pasa, Sebas? —preguntó Carlos.

—Alguien más ha utilizado el código de seguridad de la habitación en la que está nuestro sospechoso. —Sebas giró la pantalla del ordenador para que pudieran verlo y comenzó a reproducir una grabación—. Creo que es esta mujer. Llegó con su coche hace unos minutos.

—No nos pongamos nerviosos. ¿Tienes la grabación en la que se ve entrar a nuestro sospechoso?

—Sí, aquí está. —Sebas hizo retroceder la grabación hasta el punto que estaba buscando—. Es este hombre. ¿Creéis que puede ser él?

Carlos y Natalia se inclinaron hacia la pantalla y observaron en silencio. En la penumbra del parking se veía a un hombre alto y corpulento que recorría el lugar a pie hasta llegar al ascensor.

—Podría ser —dijo Natalia, dubitativa—. La constitución física sí se corresponde, pero no entiendo por qué ha dejado de usar la capucha.

—Igual la tiene en el tinte —bromeó Carlos—. ¿Has observado alguna otra diferencia en su manera de comportarse, Sebas?

—Sí, parece que ha reducido su nivel de *glamour*. Ha cambiado el Moët & Chandon por el Freixenet.

—Sí que es rebajar. Puede que se esté quedando sin fondos de tanto matar —sugirió Carlos.

—Dado que carga las botellas a la cuenta de las víctimas, no creo que ése sea su problema. —Natalia negó con la cabeza—. No sé qué pensar. Puede que no sea él, pero no podemos arriesgarnos y dejar que mate a esa mujer. Hay que entrar.

—No tan rápido —la cortó Carlos—. Sabemos que nunca las mata en la habitación, así que, al menos de momento, esa mujer no está en peligro.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Natalia—. ¿Quedarnos aquí esperando de brazos cruzados?

—Exacto. Si entramos ahora y él todavía no la ha drogado, lo único que encontraremos es a un hombre con una botella de champán y a una mujer que ha acudido a una cita por voluntad propia.

—¿Y vamos a esperar a que la drogue? —Natalia parecía escandalizada—. ¿No piensas detenerle hasta que esté metiéndola en el maletero del coche? ¿Y si

se nos escapa y la mata?

—Tranquila, no esperaremos tanto. Dame sólo cinco minutos, el tiempo necesario para que ella se tome una copa o dos y la droga empiece a hacerle efecto. Luego entraremos y terminaremos con esto.

Estefanía se sentó en la cama para servirse otra copa. Nunca le había gustado mucho beber, pero tenía que reconocer que aquel champán estaba muy bueno. Además, con cada sorbo que daba, le parecía que su conciencia se adormecía, que se sentía más atrevida, más valiente, menos insegura...

Al tratar de levantarse, notó que el suelo oscilaba bajo sus pies y que tenía la vista nublada. No podía ser. Sólo había bebido dos copas. Aunque no estuviese acostumbrada a la bebida, era imposible que le estuviera haciendo tanto efecto.

Volvió a dejarse caer sobre el colchón y se quedó recostada unos segundos, esperando a que el mareo pasara. Seguro que se debía a que se había incorporado demasiado rápido y al estado de ansiedad en el que había estado sumida los últimos días. Sin embargo, por mucho que esperó, el mareo, en lugar de desaparecer, fue en aumento. Notaba que los párpados le pesaban, que su respiración se volvía lenta y profunda... Incluso sus pensamientos parecían ir a un ritmo más lento, como si se acompañaran a la suave música que inundaba la habitación. No podía creérselo. Se suponía que había acudido a aquel hotel para vivir una experiencia excitante y estaba a punto de quedarse dormida. ¿Qué pensaría Azkar si llegaba y se la encontraba durmiendo a pierna suelta? Aquella idea le hizo soltar una estúpida risita. A cada segundo que pasaba, sus párpados parecían pesar más y más. Antes de que se cerraran sin remedio, le pareció escuchar un ruido procedente del cuarto de baño. Luchó para mover la cabeza, que parecía habersele llenado de plomo, y mirar en esa dirección y, justo antes de caer dormida, vio cómo la puerta iba abriéndose poco a poco.

—Ya han pasado los cinco minutos —Natalia separó la vista del reloj de su móvil—. Vamos.

—Hija mía, qué agonías eres... —Carlos salió a regañadientes de detrás del mostrador—. ¿No ves que si se marchara lo veríamos en las cámaras de seguridad?

—¿Y si cambia su modo de actuar y la mata en la habitación?

—Según tú, los asesinos en serie no cambian su modo de actuar porque es importante para ellos...

—Y según tú, no es un asesino en serie...

—Bueno, si matase a esta mujer, lo sería. Técnicamente tendríamos una tercera víctima.

—¿Podéis dejar de discutir y subir ya? Si el asesino está arriba, os va a acabar oyendo —les interrumpió Sebas—. Yo vigilaré la cámara del garaje.

Carlos y Natalia asintieron y se metieron en el ascensor. Se mantuvieron en un tenso silencio mientras recorrían los tres pisos. Cuando las puertas se abrieron, se encontraron en un elegante pasillo. Las paredes estaban pintadas de gris y en ellas destacaban las puertas de un color negro brillante. Cada pocos metros una pequeña lámpara arrojaba una tenue iluminación.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Natalia.

—Es la 305. Por aquí.

Se acercaron a la habitación. El ruido de sus pasos quedaba totalmente amortiguado por una espesa moqueta de color burdeos. Cuando llegaron a la puerta, se inclinaron hacia delante y apoyaron la cabeza en su superficie.

—¿Oyes algo? —preguntó Natalia.

—Nada de nada. Al menos no hay gritos —Carlos se separó un par de pasos de la puerta—. Vamos a entrar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Natalia, asustada—. ¿Cargar contra la puerta?

—Claro. ¿Qué quieres? ¿Que llame y le pregunte amablemente si está cometiendo un crimen?

—Pero no tenemos orden judicial —protestó Natalia.

—No es necesaria si se tienen indicios claros de que en un lugar puede estar cometándose un delito.

Natalia dudó unos segundos y después asintió. Carlos siguió retrocediendo hasta la pared de enfrente y después tomó carrerilla para lanzarse contra la puerta.

Trató de abrir los ojos, pero se sentía muy confusa y mareada. Sintió que algo presionaba en su espalda y que, de repente, el mundo bajo ella desaparecía. Le parecía que flotaba, que había dejado el colchón muy abajo. Luchó contra la niebla que invadía su mente y se esforzó por vencer el peso que le impedía levantar los párpados. Después de varios intentos, consiguió abrir un poco los ojos.

No estaba volando. Estaba en los brazos de un hombre al que no reconoció. No era Sergio, no era Azkar... ¿Quién era aquel desconocido que la transportaba con un cuidado infinito? Consiguió girar la cabeza y vio que el hombre se dirigía hacia la puerta de la habitación. Tras luchar contra una gravedad que imprimía un peso enorme a todos sus miembros, consiguió levantar un poco un brazo.

—Déjame... ¿Quién eres?

—Shhhh... No te preocupes. Duerme —le dijo el hombre con el tono tranquilizador con el que se habla a los bebés—. Tranquila. No sentirás ningún dolor. Te lo prometo.

Estefanía no le creyó, pero no consiguió encontrar más fuerzas en su interior para seguir luchando. Sus ojos volvieron a cerrarse y una espesa niebla cubrió sus pensamientos.

La puerta cedió ante el ímpetu de Carlos. A pesar de que parecía una puerta maciza y resistente, salió despedida hacia dentro de la habitación con tanta fuerza que chocó contra la pared y rebotó. Carlos puso la mano para evitar que le golpeara en la cara, mientras con la mano derecha sacaba la pistola de su funda.

—¡Ertzaintza! —gritó, apuntando hacia la cama—. Que nadie se mueva.

Natalia entró tras él y se asomó. A pesar de las palabras de Carlos, la habitación se había convertido en un caos. Una mujer chillaba despavorida, con los ojos muy abiertos clavados en la pistola, mientras intentaba cubrirse con la sábana. A su lado un hombre había saltado de la cama totalmente desnudo y agitaba las manos frente a él, como si tratara de evitar que una bala pudiera alcanzarle.

—¡No dispare! ¡No dispare! ¡No dispare! —gritaba histérico.

—Si todos nos portamos bien, no voy a disparar a nadie. Por favor, dejen de gritar y mantengan las manos donde pueda verlas.

La mujer había parado de chillar y lloraba desconsolada, tapándose la cara con la sábana. Natalia se acercó a ella con pasos lentos para no asustarla y le puso una mano en la espalda.

—Tranquila. Está a salvo. No va a pasarle nada malo.

—¿A salvo? ¿A salvo de qué? —preguntó ella, mirándola aterrorizada

antes de girarse hacia el hombre—. ¿Esto es cosa de tu mujer? Te dije que nos acabaría pillando...

—Esto no tiene nada que ver con mi mujer —dijo él, negando con la cabeza—. Esta gente dice que es de la policía.

—Nos habrá acusado de algo la muy puta. Ya te dije que no colaría que tuvieras que meter tantas horas extra con tu secretaria.

—¿Su secretaria? —preguntó Carlos—. ¿Entonces no han contactado a través de una página de Internet?

La pareja se le quedó mirando como si él acabara de hablar en arameo, antes de negar con la cabeza al mismo tiempo. Carlos guardó su pistola y se sentó en la cama, haciendo que la mujer se apartase hasta el borde como si temiera que fuera a contagiarle algo.

—¿Puedo saber por qué hicieron la reserva a nombre de ella?

—Mi mujer controla todos los movimientos de mi tarjeta. ¿Cómo iba a explicarle una estancia semanal en un hotel?

—¿Y por qué ha entrado en el parking andando?

—Trabajamos a pocos metros de aquí. Yo he salido primero y he venido andando y ella se ha quedado media hora más revisando unos documentos para disimular... —El hombre pareció reaccionar—. Ya basta de darle tantas explicaciones. ¿Puedo saber de qué se nos acusa?

Carlos le lanzó una tímida sonrisa y se levantó de la cama para ir a situarse cerca de la pared. Natalia también se apartó de la mujer y se acercó a él.

—¿Y ahora qué hacemos? —le susurró Natalia, esperando que ellos no pudieran oírlos.

—No lo sé. Me parece que la hemos cagado.

CAPÍTULO SIETE

Los continuos traqueteos provocados por los baches de la carretera la sacaron del sueño. Durante unos segundos no supo dónde estaba ni cómo había llegado allí. Se quedó quieta en la oscuridad, atenta a cada pequeño estímulo que pudiera indicarle qué estaba pasando.

Poco a poco los recuerdos fueron abriéndose paso en su mente. Recordó el hotel, el champán, el mareo y el sueño. Y después la cara de un hombre, borrosa como si estuviera difuminada por la bruma. Aquel hombre la había cogido en brazos y se la había llevado.

El miedo hizo que sus sentidos se despejaran un poco. Estaba encerrada en un lugar estrecho y oscuro... Durante unos segundos sintió que el pánico la invadía. ¿Estaba en un ataúd? ¿La habían enterrado viva? No, el lugar se movía y traqueteaba. Además, podía escuchar el ruido del motor de un coche. Estaba en un maletero. ¿Quién era el hombre que la había encerrado? ¿Dónde la llevaba? ¿Iba a hacerle daño?

A pesar de la angustia que la dominaba, trató de tranquilizarse y pensar. De aquello podía depender que saliera viva de aquella situación. Nadie drogaba a una mujer y la encerraba en un maletero si no pretendía hacerle algo malo. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Había sido tan imbécil quedando con un desconocido... ¿Cómo se le había ocurrido hacer aquella estupidez?

Tenía que dejar la culpa y el llanto para después. De su capacidad de reaccionar y pensar con frialdad dependía que hubiera un “después”. Se mantuvo quieta y en silencio durante unos minutos, tratando de captar cualquier señal que le aportase alguna ventaja sobre su captor.

El coche en el que iban avanzaba muy despacio y traqueteaba

continuamente. No estaban en una carretera bien asfaltada. Debían estar en el monte o en la senda de algún bosque. No sabía cuánto tiempo llevarían avanzando por un camino así. Seguramente habían sido los primeros baches los que la habían despertado. Era muy probable que aquel camino no fuera a ser muy largo. El hombre llegaría pronto a su destino e iría a por ella.

Como si él hubiera leído sus pensamientos, el coche se detuvo. Estefanía escuchó como la puerta del conductor se abría y se cerraba. Después oyó unos pasos pesados acercándose a la parte trasera del coche. El hombre debía de ser grande y fuerte. Tendría pocas posibilidades en un enfrentamiento directo contra él. Su única posibilidad era fingir que seguía inconsciente y esperar a que apareciera una oportunidad que le permitiera escapar.

Los pasos seguían acercándose. Escuchó el chapoteo que provocaron sobre un charco y el crujido de las hojas secas desmenuzándose bajo sus zapatos. Después oyó el pitido de un mando a distancia y la puerta del maletero comenzó a abrirse. Antes de cerrar los ojos, divisó la silueta de los árboles que les rodeaban, destacando sobre un cielo estrellado y la oscura figura de un hombre que se inclinaba hacia ella.

Sintió que él pasaba un brazo por detrás de su espalda y otro por debajo de sus piernas y la alzaba en el aire. Se forzó a no moverse y a dejar que sus extremidades colgaran laxas. Lo más difícil de controlar era la respiración. Sentía que no le llegaba el aire, que necesitaba respirar más rápido, pero no podía hacerlo. Tenía que mantener la respiración profunda y relajada de una persona dormida.

El corazón le latía con tanta fuerza en el pecho que estuvo segura de que él lo sabía, que seguía con la pantomima de fingir que le estaba engañando mientras se reía de ella. Sin embargo, el hombre no decía nada. Seguía andando por el sendero con ella en brazos. Parecía que cada vez le costaba más llevarla, porque su respiración se iba volviendo más trabajosa. Cuando apenas llevaban

un par de minutos andando, el hombre se agachó y la depositó con cuidado sobre la hierba húmeda.

Estefanía escuchó sus pasos alejándose de ella y se atrevió a abrir los ojos. El hombre estaba de espaldas al lado de un barranco, mirando hacia abajo mientras se fumaba un cigarrillo. Pensó durante un segundo en levantarse, correr hacia él y empujarle, pero enseguida se dio cuenta de que aquella no era la solución. La oíría acercarse, se giraría y la atraparía. No, tenía que aprovechar para alejarse de él. Miró alrededor buscando una vía de escape y vio un pequeño camino que descendía por la ladera.

Se incorporó poco a poco sin hacer ningún ruido, aunque estaba segura de que el retumbar de su corazón podía oírse en todo el bosque. Al levantarse, se dio cuenta de que seguía muy mareada. Sentía las extremidades débiles y dormidas, más gruesas y blandas de lo normal, como si estuvieran recubiertas de algodón repleto de hormigas. Sintió que la vista se le nublabá y sus ojos se cubrieron de lágrimas. ¿A quién quería engañar? No iba a poder escapar en aquellas condiciones. Iba a morir en aquel bosque y ella era la única responsable por ser tan inocente, tan estúpida...

Negó con la cabeza y consiguió que la niebla que cubría sus ojos se disipara. No iba a morir, no iba a rendirse. Apoyó las manos en el suelo y consiguió levantarse. Empezó a avanzar poco a poco, con todos los sentidos alerta, tratando de esquivar cualquier piedra, hoja o palo que pudiera hacer ruido. El hombre continuaba de espaldas a ella, contemplando el paisaje mientras disfrutaba de su cigarrillo. Estefanía se preguntó cuánto tiempo le quedaría a aquel cigarro y rezó para que fuese mucho.

Consiguió llegar hasta el principio de la senda y comenzó a bajar. Era muy estrecha y empinada y estaba cubierta de gravilla suelta. Estefanía se dio cuenta de que no iba a poder bajar por allí con aquella oscuridad y mucho menos en silencio, así que, en cuanto hubo recorrido unos metros, decidió olvidarse del

sigilo y empezar a correr para poner todos los metros posibles entre aquel hombre y ella. Los primeros metros fueron horribles. Más que bajar corriendo, su descenso fue una mezcla entre andar, deslizarse y tropezar, agarrándose a los arbustos cercanos para no despeñarse. Pero lo peor fue que, en cuanto la gravilla empezó a resbalar bajo sus pies, el hombre en lo alto de la cuesta dejó de estar ensimismado en el paisaje para fijar toda su atención en ella.

—¡Para! —le gritó desde arriba—. ¡Te vas a hacer daño!

Estefanía se sorprendió de aquellas palabras. ¿Por qué le preocupaba que se hiciera daño? ¿Es que él no pensaba hacérselo? De todos modos, decidió no detenerse. No había ninguna explicación razonable para que aquel hombre la hubiera llevado a aquel paraje apartado.

—¡He dicho que te pares, maldita puta!

Aquellas palabras dieron más ímpetu a su carrera. En pocos segundos, ya había terminado de descender la senda y empezaba a correr por un terreno más llano. Miró alrededor, tratando de divisar alguna edificación, alguna luz, cualquier señal que le indicase que cerca había algún ser humano que pudiera ayudarla. No vio nada. Estaba en el fondo de una hondonada, rodeada por montañas peladas y desgastadas, con las paredes cortadas en ángulos rectos. Parecía una cantera. Mientras seguía corriendo, rezó para que no estuviese abandonada.

A unos cientos de metros se divisaban unos enormes bultos oscuros. Estefanía corrió hacia allí, pensando que podrían ser edificaciones y que quizá podría encontrar a algún guardia de seguridad. Cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de su error. Eran camiones, grúas, excavadoras... Descansaban en la explanada como gigantes dormidos. Al pasar por su lado se dio cuenta de que la pintura estaba descascarillada y herrumbrosa. A la mayoría le faltaban las ruedas, las puertas, los cristales, partes del motor... Parecía que hubieran sido atacadas por animales carroñeros que no habían renunciado a sus cadáveres

mientras quedase algo aprovechable. Aquello debía de llevar años abandonado. No encontraría a nadie que pudiera ayudarla.

Corrió entre los camiones, cambiando de dirección, rodeando algunos... Quizá podrían servirle para despistar a su perseguidor. No había querido mirar atrás en ningún momento, pero sabía que estaba cerca. Escuchaba sus pasos presurosos sobre la gravilla. Eran pasos rítmicos, enérgicos. Aquel hombre parecía acostumbrado a correr. No le dejaría atrás por agotamiento.

Ella, en cambio, sentía que sus fuerzas se desvanecían. Todavía se encontraba algo mareada y, además, la ropa que había elegido para la cita no era lo más adecuado para una carrera. Sus botas de tacón alto le hacían temer que fuese a romperse un tobillo en cualquier momento y su vestido ajustado de color amarillo debía brillar como un faro en la noche.

Un poco más adelante, descubrió nuevas figuras oscuras destacando en la oscuridad. Eran edificaciones abandonadas. Las paredes grisáceas estaban oscurecidas por la humedad. Ya no quedaban puertas ni ventanas. Aquellas oquedades oscuras parecían enormes ojos que observasen en silencio su desesperación. Por todos lados se veían restos de maquinaria oxidada y retorcida. Era un paisaje torturado y desolador que no le ofrecía ninguna esperanza. Aún así, escogió una de las edificaciones más pequeñas y se refugió dentro. No podía continuar corriendo por más tiempo. Su respiración era un silbido ahogado que no le proporcionaba suficiente oxígeno. Todo el cuerpo le dolía y le suplicaba unos segundos de descanso. Tenía que parar. Su salvación dependía de que él no la hubiera visto entrar y que no la encontrara.

Se colocó al lado de una de las ventanas, con la espalda apoyada contra la pared, atenta a cualquier sonido. Durante un par de minutos, no escuchó nada aparte del viento que ululaba en el interior de las ruinas y los trinos nocturnos de algunos pájaros. Cuando ya empezaba a concebir esperanzas, percibió un nuevo sonido. Eran unos pasos quedos, sigilosos... Y se dirigían hacia donde ella

estaba.

Mientras Aguirre paseaba, recorriendo a zancadas los escasos metros de su despacho, los cuatro esperaban firmes con los brazos a la espalda y sin atreverse a levantar la vista del suelo. Gus se sentía como si lo hubieran metido en una jaula con un tigre hambriento. Sabía que era egoísta, pero lo único en lo que podía pensar era en que eligiera a otra víctima para el desayuno.

—Saben por qué les he mandado llamar, ¿verdad?

Los cuatro se miraron durante unos segundos con la esperanza de que fuera cualquier otro el que contestara. Carlos decidió desviar la mirada al techo, como si buscara alguna mancha de moho. Sebas aprovechó aquel momento para sacar un pañuelo del bolsillo y sonarse la nariz, en un intento de esconderse tras él. Cuando Aguirre carraspeó para indicarles que no iba a aguantar mucho más tiempo, Natalia dio un paso adelante y empezó a hablar:

—Sentimos mucho todo lo sucedido, señor...

—Por supuesto que lo sienten. Sé que están muy arrepentidos y que no volverán a hacer algo tan estúpido en la vida. Si no pensara eso, estarían todos expedientados. —Aguirre volvió a caminar a zancadas a su alrededor—. ¿A quién se le ocurre entrar en una habitación derribando una puerta y aterrorizando a las personas que estaban allí? ¿Es que han visto demasiadas películas de Harry, el sucio?

—No fue exactamente así —intervino Carlos—. Ya sabes cómo son estas cosas. Teníamos razones para pensar que podía estar cometiéndose un crimen en esa habitación. ¿Qué querías que hiciéramos?

—No sé... Déjame que intente recordar lo que indican las ordenanzas... ¿Pedir una orden judicial, tal vez? —dijo Aguirre, sarcástico.

—No había tiempo para eso. Aguirre, por favor, pensábamos que iba a

drogar y asesinar a esa mujer. ¿No habrías hecho lo mismo?

—No, desde luego que no. Estoy seguro de que se me habría ocurrido algo mejor que cargarme la puerta de una propiedad privada y aterrorizar a ciudadanos inocentes... Estoy seguro de que se me habrían ocurrido un montón de ideas mejores. ¿Habéis pensado la que nos podría caer encima si ese hotel decide denunciarnos? ¿O si esas personas nos demandan por brutalidad policial?

—Por supuesto, señor —contestó Natalia con su mejor sonrisa de niña obediente—. Por suerte, ninguno de ellos nos va a demandar.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—El hotel se publicita como un lugar discreto y tranquilo. No creo que le convenga que se corra el rumor de que, de vez en cuando, hay redadas policiales. Y en cuanto a la pareja, tampoco creo que estén interesados en dar publicidad a lo que les pasó.

—Por esta vez habéis tenido suerte, pero no aguantaré una tontería más. Quiero que me informéis de todos los pasos que vayáis a dar en la investigación. Quiero saber lo que sospecháis, lo que planeáis... Quiero saber hasta lo que coméis. ¿Está claro?

Gus contempló a sus compañeros y vio como Sebas y Natalia asentían obedientes. Carlos volvió a mirar al techo, como si aquella conversación no fuera con él.

—¿Ha quedado claro, Carlos?

—Me gustaría prometértelo, pero ya sabes que soy muy de improvisar...

—Pues si no quieres unas vacaciones sin sueldo improvisadas, más te vale ir cambiando.

El teléfono de la mesa de Aguirre empezó a sonar, dándoles unos segundos de respiro. Gus miró a Natalia y le señaló la puerta con la cabeza para indicarle

que podía ser un buen momento para marcharse. No le apetecía aguantar en aquel despacho un segundo más. Él ni siquiera había estado en aquel hotel, así que no sabía por qué tenía que aguantar aquella bronca. Además, detestaba que le dieran órdenes y que le gritaran. Si hubiese sabido que Aguirre tenía tan mala leche, no habría aceptado el trabajo.

Natalia negó con la cabeza y le hizo un gesto con las manos para indicarle que esperase. Todos estaban mirando a Aguirre, que continuaba hablando por teléfono. Su gesto había cambiado y ya no parecía furioso. Se había quedado pálido y asentía en silencio mientras tomaba notas en un bloc.

—Bien. La forense y el equipo de investigación salen para allí de inmediato —le dijo a su interlocutor.

Cuando colgó el teléfono, el despacho se sumió en un silencio absoluto. Todos esperaron mientras Aguirre releía las notas que había tomado y golpeaba su cuaderno con el bolígrafo.

—Han encontrado un nuevo cadáver en la cantera de Atxarte... Mujer joven, desnuda y pintada de blanco... Es vuestro hombre y ha atacado de nuevo.

CAPÍTULO OCHO

El acceso a la cantera era casi impracticable. El asfalto estaba agrietado y levantado en muchos puntos y la vegetación a ambos lados del camino había crecido tanto que, en ocasiones, había que continuar sin saber si existía más carretera por delante. Carlos condujo muy despacio, concentrado y en silencio, hasta que por fin se encontró dentro de la cantera.

Era un lugar gris y desolador, incluso en un día luminoso como aquél. Carlos se bajó del coche y contempló la maquinaria olvidada, los edificios abandonados, los taludes que rodeaban la hondonada y que amenazaban con desplomarse... Se giró hacia Natalia, que acababa de salir del coche con su maletín de forense en las manos.

—¿Qué opinas?

—El tipo de lugar concuerda. Quizá deberíamos poner vigilancia en todas las canteras abandonadas de Vizcaya —comentó ella.

—Lo pensé, pero es imposible. Hay casi mil ochocientas canteras abandonadas en el País Vasco, setecientas sólo en Vizcaya. No tenemos efectivos para vigilarlas todas.

—Bueno, ya pensaremos otra cosa —Natalia señaló el cordón policial que se veía unos metros más adelante, rodeado por varios coches de policía con las luces encendidas—. Vamos allá.

Caminaron en silencio hasta llegar al cordón. Un ertzaina lo levantó para que pudieran pasar en cuanto les reconoció. En el centro del círculo formado por el cordón se veía una enorme piedra grisácea. Debía pesar más de media tonelada y estaba cubierta de musgo. Carlos pensó que debía haberse desprendido del talud hacía ya muchos años. El asesino la había utilizado como

una especie de altar. Tumbado de espaldas sobre ella, yacía el cuerpo desnudo de una mujer. El cadáver estaba totalmente cubierto de pintura blanca y reposaba con las piernas juntas y los brazos en cruz. Sobre el rostro llevaba una máscara blanca, en la que destacaban la letra L escrita en la mejilla derecha y la V en la izquierda. El cuerpo estaba totalmente desnudo, salvo por el reloj de pulsera, también blanco, que lucía en su muñeca.

—Es él. No hay duda —dijo Natalia en un susurro antes de inclinarse sobre el cadáver para empezar a trabajar.

—Mierda. No puede ser. Estábamos vigilando el hotel...

—Sí, y mientras nosotros hacíamos el imbécil allí, él consiguió atrapar a esta mujer en otro lugar.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —Carlos le dio una patada a una piedra con tanta fuerza que salió rebotando fuera del cordón policial.

—Poniéndote así no vas a conseguir nada. Relájate y deja de estropear mi escena del crimen, por favor.

—¿Sabías que, cuando te pones así de profesional, resultas insufrible?

—Lo que tú digas... ¿No tienes algún testigo al que interrogar?

Carlos se mordió la lengua y salió del interior del círculo. A pocos metros esperaba una pareja de senderistas. Mientras ella estaba sentada en una roca, con el cuerpo tembloroso por los sollozos, él miraba hacia el interior del cordón como si estuviera hipnotizado. Carlos se acercó hasta ellos y les enseñó su placa.

—Inspector Vega. Homicidios —se presentó—. ¿Han sido ustedes los que han encontrado el cadáver?

—Sí, hemos sido nosotros. —El hombre continuó mirando hacia el lugar en el que se encontraba el cuerpo hasta que Carlos se interpuso para captar su atención—. Es horrible... ¿Qué clase de monstruo ha podido hacer algo así?

—No es un monstruo. Es un hombre y lo atraparemos pronto, pero para eso necesitaremos su colaboración. ¿Qué hacían ustedes por aquí?

—Senderismo. Venimos todos los días por esta zona porque estamos preparándonos para el Camino de Santiago.

—¿Pasaron por aquí ayer?

—Sí, y ella no estaba.

—¿Han visto algo extraño en su camino hasta aquí? ¿Se han cruzado con alguien sospechoso?

—No nos hemos cruzado con nadie. Este camino no es muy conocido y, además, dicen que es peligroso por los desprendimientos.

—Aún así ustedes vienen —comentó Carlos.

—Sí, es un camino muy exigente, con subidas muy empinadas, descensos bruscos con gravilla, mucha vegetación descontrolada... Se considera una etapa para senderistas expertos. Si nos acostumbramos a hacer este trayecto, no habrá etapa del Camino que se nos resista.

—Muchas gracias. Ahora vendrá un agente a tomarles los datos por si necesitamos hacerles alguna pregunta más. Después podrán marcharse.

Carlos regresó al interior del cordón. Natalia estaba de rodillas en el suelo, concentrada en su trabajo.

—¿Cómo va?

—Bastante bien. ¿Han podido decirte algo interesante?

—Sólo que la muerte debe ser reciente, porque pasaron ayer por aquí y no había nada, así que debieron de asesinarla esta noche.

—Sí, eso mismo pensaba yo por la temperatura y la rigidez del cuerpo. Calculo que llevará entre ocho y doce horas muerta.

—¿Y has encontrado algo más?

—A simple vista, no. Parece que nuestro asesino sigue siendo igual de perfeccionista. —Natalia se quedó unos segundos en silencio, con la mirada clavada en el suelo, antes de susurrar—. Pero encontraremos algo. Tenemos que hacerlo.

—Tranquila, Natalia. —Carlos se acuclilló a su lado y le puso una mano en el hombro—. También parecía imposible capturar a Caronte y lo conseguimos. En algún momento se le escapará una pista, un pequeño rastro... Dejará de ser un fantasma y, cuando eso suceda, estaremos preparados para atraparlo.

Natalia se acercó al cadáver para observar su mano izquierda con más atención. No tenía uñas. Observó la otra mano y comprobó que también faltaban. Detuvo la grabadora y se acercó a su escritorio, donde tenía los informes forenses de las dos víctimas anteriores. Tras leer durante unos minutos, confirmó lo que pensaba. A Andrea y Carmen no les había arrancado las uñas. ¿Por qué a esta mujer sí? ¿Habría sido una nueva forma de torturar? ¿El asesino estaría volviéndose más sádico con cada crimen?

Llenó un recipiente con agua, cogió una esponja y retiró el maquillaje blanco de los dedos del cadáver. No había coagulación en los dedos, lo que quería decir que la mujer ya estaba muerta cuando le arrancó las uñas. Eso invalidaba la idea de que lo había hecho para hacerla sufrir. Entonces, ¿cuál era la razón?

Una idea se abrió paso en su mente en pocos segundos. El asesino lo había hecho para eliminar alguna posible prueba. Si la mujer había opuesto resistencia y habían luchado, podía tener uñas rotas e incluso conservar algún resto de piel del asesino en ellas. Por eso se las había quitado, para eliminar por completo esa posibilidad.

Siguió limpiando la pintura de la mano izquierda de la mujer y, al llegar a la muñeca, tuvo que detenerse para quitarle el reloj de pulsera. Lo guardo en una bolsa de pruebas, mientras volvía a preguntarse por enésima vez qué significado tendría. Estaba claro que para el asesino quería decir algo, que era un mensaje que para él tenía todo el sentido, pero estaba escrito en un código que de momento no sabían descifrar.

Según iba eliminando la pintura de su brazo, fue dejando al descubierto múltiples heridas y rasguños. Eran muy superficiales, lo que eliminaba la hipótesis de que se hubieran hecho con algún arma. Parecían rozaduras, seguramente producidas por arbustos o zarzas. Aquello podía significar que la mujer había tratado de huir campo a través. Natalia se detuvo y, sin ser muy consciente de lo que hacía, pasó sus dedos sobre aquella piel herida. Podía imaginársela huyendo aterrada, tratando de escapar de su asesino... Sabía que le acabarían atrapando, pero para aquella mujer ya sería demasiado tarde. Su trabajo podría proporcionarle justicia, pero no podría devolverle la vida. Sintió que los ojos le escocían, así que soltó el brazo de la mujer, se apoyó en la camilla e inspiró profundamente unas cuantas veces. Aquella víctima no necesitaba su compasión sino su profesionalidad.

Pasó las siguientes dos horas retirando pintura, anotando cada observación... En realidad no encontró nada nuevo que pudiera ayudarles. Seguía sin haber pelos, restos de piel o fluidos que pudieran pertenecer al asesino. Trató de consolarse pensando que aquella mujer había estado a punto de escapársele, había conseguido burlar el control total y la perfección obsesiva de aquel hombre. Aquello demostraba que no era infalible, que cometía errores. Alguno de ellos haría que le atraparán.

Cuando terminó de limpiar todo el cuerpo, se acercó a la cabeza para retirar la máscara. Podría haberlo hecho mucho antes, pero había preferido dejarlo para el último momento. Sabía lo que se encontraría: una cara sin rasgos, totalmente desfigurada por el ácido sulfúrico. Podría pensarse que el asesino sólo

lo hacía para hacer más difícil la identificación de la víctima y retrasar la investigación, pero Natalia sospechaba que había algo más. Pensaba que, en aquel último acto de crueldad extrema, el asesino trataba de borrar los rasgos de la mujer, de eliminar su identidad, de convertirla en un fantasma sin nombre... No le bastaba con matarla, quería borrarla.

Al retirar la máscara, volvió a fijarse en las letras escritas con rotulador negro en las mejillas: una L en la derecha y una V en la izquierda. Carlos aún pensaba que podían ser sus iniciales, aunque no coincidieran en el caso de Andrea. Decía que quizá ella le había dado un nombre falso o que podría haberse equivocado. Natalia no pensaba lo mismo. Si, como ella sospechaba, el asesino trataba de anular por completo la identidad de aquellas mujeres, ¿por qué iba a dejar sus iniciales? Aquellas letras tenían que significar otra cosa. Volvió a mirar los informes de las víctimas anteriores, buscando un patrón: Ex en la máscara de Andrea, 1 Cor en la de Carmen, Lv en la de la última víctima... ¿Qué podía ser aquello?

Se sentó tras el escritorio y desbloqueó su portátil. Abrió el buscador y escribió las letras: Ex, 1 Cor, Lv. En menos de un segundo, Google le dio la respuesta:

BIBLIA.net: Lista de abreviaturas de libros

Eran las abreviaturas de libros de la Biblia: Ex era el éxodo; 1 Cor el primer libro de los Corintios; Lv correspondía al Levítico... ¿Cómo no lo había pensado antes? Era tan típico... No hacía falta ni haber estudiado psicología forense para darse cuenta de ello. Bastaba con haber visto unas cuantas películas malas sobre asesinos en serie.

Buscó aquellos libros en Internet. Cada uno de ellos era enorme. ¿Cómo

encontrar entre toda aquella información lo que el asesino estaba diciéndoles? Iba a ser un montón de trabajo. Por suerte, conocía a un chico que, en aquel momento, estaba cobrando por no hacer prácticamente nada. Cogió el móvil y marcó el número de Gus, conteniendo una risilla al imaginarse la poca gracia que le iba a hacer aquello.

CAPÍTULO NUEVE

Carlos entró en comisaria sintiéndose derrotado. Se había pasado más de seis horas inspeccionando las cercanías de la cantera con otra media docena de agentes. Habían tenido que escalar por sendas pedregosas, bajar por caminos de cabras, meterse entre la maleza... Para colmo, el tiempo había empeorado mucho desde la mañana y había tenido que dar aquel precioso paseo por el campo bajo una lluvia fría y persistente. Y todo para nada. El coche de la mujer no había aparecido. Seguramente el asesino se lo había llevado y lo había escondido en algún paraje abandonado. Tendrían que esperar a que algún excursionista se lo encontrara en los próximos días y les avisara del hallazgo. Decidió olvidarlo por el momento. Lo único que quería era acabar su turno, volver a casa y darse una larga ducha caliente que le sacara aquel frío de los huesos.

Pensó en ir a buscar a Natalia y a Gus para ver si tenían alguna noticia sobre la investigación, cualquier cosa que indicara que estaban en el camino correcto y que le diera esperanzas. Sin embargo, cuando el ascensor se abrió, se encontró frente a frente con el padre de Natalia.

—Buenas tardes, inspector Vega —le saludó—. ¡Qué agradable coincidencia! Precisamente le estaba buscando...

A pesar de que las palabras parecían amables, el frío tono con el que las había formulado hizo que Carlos se estremeciera. Hablar con aquel hombre era como hablar con uno de aquellos robots con apariencia humana que salían de vez en cuando en los telediarios. Parecían perfectos y amables, pero sabías que dentro de su pecho no latía un corazón humano.

—¿Y para qué me estaba buscando?

—Me gustaría mantener una conversación con usted. Sobre Natalia, ya sabe...

—No creo que tengamos nada que hablar sobre Natalia. Ya me insultó bastante en nuestra conversación anterior.

—Sé que fui muy desconsiderado con usted y que no empezamos de la mejor manera posible, pero ambos queremos a Natalia y deseamos lo mejor para ella. ¿No cree que sería conveniente que nos lleváramos bien?

El hombre le dirigió una sonrisa totalmente desprovista de emoción y alegría. Carlos volvió a sentir un estremecimiento. Había algo en aquel hombre que le provocaba auténtica repulsión, pero debía admitir que tenía razón en lo que decía. Si él pudiera hacer algo que mejorase la relación entre Natalia y su padre para que ella fuera más feliz, estaba en la obligación de intentarlo.

—Está bien. Le escuchó.

—Preferiría no hablar aquí. Es mejor que conversemos en un lugar tranquilo y en el que no exista el riesgo de encontrarnos con Natalia. Ya sabe que es muy dada a las escenas dramáticas.

—Yo no puedo marcharme todavía. No he acabado mi turno de trabajo.

—Eso no es problema. Precisamente vengo del despacho de Aguirre, de firmar el nuevo contrato de colaboración para la reconstrucción facial de la última víctima, y le he comentado al sargento que me gustaría hablar con usted para tratar de mejorar el ambiente del equipo de trabajo. Ha estado totalmente de acuerdo, así que puede acompañarme.

Carlos tuvo ganas de decirle que él no pertenecía a su equipo de trabajo y que no lo haría nunca, pero prefirió tener la fiesta en paz.

—Vale. ¿Dónde quiere que hablemos?

—Vayamos a mi casa. Puede seguirme con su coche.

Salieron al parking. Carlos corrió bajo la lluvia hasta meterse en su coche. Desde el asiento, contempló cómo el padre de Natalia caminaba como si la lluvia no le tocara hasta un imponente Audi, que más parecía un trasatlántico que un coche. Se frotó las sienes para tratar de relajarse. No era el mejor momento para causarle una buena impresión a aquel hombre. Tanto su coche como él iban llenos de barro de arriba abajo. Al lado de aquel Audi, su coche parecía una cafetera más que nunca y comparado con aquel hombre, él no podía considerarse ni de la misma especie.

—¿Así que tu fantástica idea es que yo me pase los próximos días aquí sentado leyendo la Biblia? ¿Es eso lo que quieres decirme? —preguntó Gus, recostándose en el asiento de su silla y haciéndola oscilar.

—Sí, eso es. Sé que es un trabajo muy pesado y que no es exactamente para lo que te habíamos contratado, pero creo que puede haber algo importante ahí...

—Ni de coña, Natalia —contestó Gus—. Soy ateo convencido. Casi podría decirse que el ateísmo es mi religión, ¿vale? Llevo toda mi vida tratando de escapar de esta sociedad que te impone unas creencias, tradiciones y modo de vida judeocristiano. ¿Tú sabes lo que me costó convencer a mi madre de que no quería ir a catequesis ni hacer la puñetera comunión? Y ahora pretendes que mande todas mis convicciones a tomar viento y me pase días dejando que ese libro me coma el tarro... No, no, no y mil veces no.

—Gus, por favor. No te estoy pidiendo que te dejes convencer ni que te conviertas ahora al catolicismo. Sólo tienes que leer ese libro como si fuera un libro más.

—Pero es que no es un libro más. ¿Tú sabes la cantidad de aberraciones que se han cometido en la historia en nombre de ese libro?

—Sí. Y precisamente estamos buscando a un asesino que puede estar basándose en él para cometer sus crímenes. Por eso tienes que leértelo, para detenerle.

—Aunque te diera la razón en eso, que no te la doy, ¿tú sabes lo que me estás pidiendo? Son tres libros enteros. Páginas y páginas y páginas. ¿Es que no tienes ninguna pista de dónde está lo que buscas?

—No. Lo pensé, pero el asesino no ha dejado ningún número de versículo.

—¿Estás segura? ¿Has mirado bien?

Natalia cruzó los brazos frente al pecho y le lanzó una mirada de incredulidad mientras negaba con la cabeza.

—¿De verdad me estás preguntando eso? Las he mirado por fuera y por dentro. Soy forense. ¿Recuerdas? Nadie ha mirado a esas mujeres con tanta intensidad y cuidado como yo en toda su vida.

—Vale, vale... No te ofendas. Es sólo que me parece raro que el asesino haya dejado las abreviaturas de los libros como una especie de mensaje y no haya dejado en ningún sitio unos números que indiquen qué puñetas quiere decirnos.

—Unos números... Espera... —Natalia corrió hasta la mesa en la que había dejado los informes de las autopsias—. ¡Qué tonta! ¡Claro! ¡Aquí está!

—¿Podrías dejar de crear suspense y volver a meterme en la conversación? —la interrumpió Gus, molesto.

Natalia seleccionó varios papeles y volvió al lado de Gus con ellos en las manos. Los esparció sobre la mesa para que él pudiera verlos. Eran tres fotografías del antebrazo izquierdo de las víctimas.

—Cada una de las mujeres llevaba un reloj que le había puesto el asesino. Eran relojes parados que marcaban una hora fija. Hasta ahora no me había dado

cuenta de lo que significaban.

—Son los números de los versículos —se sorprendió Gus.

—Sí. Es estupendo, ¿verdad?

—Sí, sobre todo porque ya no voy a tener que leerme esos dichosos libros. Ahora mismo te adoro —Gus puso las manos sobre el teclado para empezar a buscar la información—. Si encontramos algo importante, deberías llamar a Carlos. Le alegrará saber que estamos avanzando.

El padre de Natalia le dio las largas y arrancó. Carlos le siguió hasta la carretera general. Fueron alejándose de Bilbao. Recordó que Natalia le había contado alguna vez que su padre vivía en Plencia, lo que suponía casi media hora de seguir poniéndose nervioso y planteándose qué querría decirle. Tras dejar atrás Algorta, la carretera empeoraba y se convertía en una vía de un solo carril para cada sentido, mal asfaltada y llena de curvas, que iba internándose entre montes y dejando ver prados, caseríos aislados y, de vez en cuando, las luces de alguna ciudad.

Por fin llegaron a la ría de Plencia. El Audi siguió la carretera, dejando atrás el puerto, hasta llegar a un imponente chalet rodeado de inmensos jardines. Carlos negó con la cabeza mientras aparcaba. Estaba seguro de que tendría que hipotecarse de por vida sólo para comprar la puerta de entrada de un sitio así. ¿Era allí donde se había criado Natalia?

La puerta se abrió y un hombre uniformado les esperó para recibirles. Lo que le faltaba. Un mayordomo. E iba muchísimo mejor vestido que él. Después de darle su abrigo, se adentró en la casa siguiendo al padre de Natalia, que le guió hasta una biblioteca. Carlos se quedó unos segundos parado en la puerta, admirando las estanterías de madera oscura repletas de libros encuadernados en cuero, las pesadas cortinas, la alfombra, tan espesa y lujosa que le dio vergüenza

pisarla...

El padre de Natalia no pareció percibir su incomodidad. Caminó con paso digno hasta una esquina de la estancia y sirvió dos whiskys.

—Espero que no me diga que le gusta el whisky con hielo —le dijo mientras le pasaba uno de los vasos—. Sería un pecado aguar un Macallan.

Carlos se limitó a sonreír, aceptó el vaso y pegó el primer trago. El fuerte licor bajó por su garganta y se asentó en su estómago, provocando una pequeña hoguera que le hizo sentirse mejor. El hombre se sentó en un sillón de cuero y le indicó otro que había enfrente para que le imitara. Carlos se sentó y, durante unos segundos, disfrutó en silencio del whisky y del acogedor calor que salía de la chimenea. Sin embargo, en cuanto desvió la mirada del baile de las llamas y la fijó en los acerados ojos del padre de Natalia, sintió como todo el calor se esfumaba en un segundo.

—Bueno, ahora que estamos cómodos, ya puede decirme sobre qué quería hablar —dijo para romper aquel incómodo silencio—. Soy todo oídos.

—Como le he dicho, creo que comenzamos nuestra relación con mal pie. Le insulté al ofrecerle dinero para que dejase a mi hija y quiero disculparme por ello. —Cuando Carlos asintió, continuó hablando—. No pensé que sus sentimientos por mi hija pudieran ser tan intensos y sinceros.

—Pues lo son. No hay dinero en el mundo para pagar lo que siento por ella.

—Ahora lo sé. Y también sé que es usted un hombre integro y honesto. Me equivoqué al juzgarle y le pido perdón.

Carlos sonrió, se recostó aún más en el sillón y le dio otro sorbo a su bebida. Al final el padre de Natalia no iba a ser tan rígido e inflexible como ella decía. Ya se imaginaba yendo a comer allí todos los domingos y disfrutando de aquel whisky.

—Por eso hoy voy a apelar a su integridad y a su honestidad. Piense un momento en lo que voy a decirle y sea sincero consigo mismo. ¿De verdad cree que alguien como usted puede hacer feliz a Natalia?

Aquellas palabras le pillaron tan de sorpresa que no supo reaccionar en el primer momento. El padre de Natalia le hizo un gesto con la mano para indicarle que no contestara todavía, dejó su vaso sobre una mesa baja y se levantó para caminar hasta el ventanal, que mostraba una panorámica espectacular de la playa.

—Natalia se crío en esta casa. Desde pequeña estuvo rodeada de todos los lujos y comodidades: los mejores vestidos, los juguetes más caros, los colegios más selectos, clases de ballet, de equitación, de piano... —El hombre parecía perdido en sus recuerdos, como si hablara para sí mismo—. No hubo nada que yo le negase, nada que fuera demasiado para ella. Me pasé sus primeros veinte años educando a una princesa. ¿Y sabe una cosa? Las princesas se casan con príncipes, no con tipos como usted.

Carlos dejó su vaso sobre la mesa con un fuerte golpe y se levantó del sillón. El padre de Natalia no se inmutó. Ni siquiera se dignó a girarse.

—Me está insultando de nuevo y no tengo por qué aguantar esto.

—No le estoy insultando. Tan sólo estoy abriéndole los ojos. Natalia fue criada para vivir entre lujos, para viajar de fin de semana a París, ir de compras a las mejores boutiques de Roma, disfrutar del teatro, del ballet, de la opera... ¿Hacen ustedes algo de eso?

—No, pero ella no necesita eso para ser feliz.

—Puede que no lo necesite ahora. Incluso puede que logre fingir que no lo necesita durante un par de años, pero ella es un espíritu sensible y refinado. —El hombre se giró por fin y miró a Carlos de arriba abajo con desprecio antes de seguir hablando—. ¿Cuánto tiempo cree que puede vivir una flor rodeada de

fango?

—Usted ya no tiene ningún poder sobre ella. Natalia me quiere y ha decidido casarse conmigo.

—Por eso no es a ella a quien le estoy diciendo estas cosas, sino a usted. Ella no quiere verlo. Creo incluso que casarse con usted es una nueva manera de desafiarme, así que yo no podría convencerla de que no lo haga. Por eso confío en que lo haga usted.

—Está loco si piensa que voy a convencer a Natalia de que me abandone. ¿Por qué iba a hacer esa estupidez?

—Ya le he dicho que considero que es usted un hombre íntegro y honesto. Ahora está furioso y no puede pensar con claridad, pero estoy seguro de que, en cuanto lo piense fríamente, se dará cuenta de que, si se casa con usted, mi hija será desgraciada. ¿Qué clase de vida le puede dar? Le saca casi veinte años y es tan sólo un inspector de policía que nunca ascenderá.

—Creo que ya hemos hablado suficiente. Es decisión de Natalia y ni usted ni yo tenemos nada que opinar al respecto. Si ella cree que puedo hacerla feliz, haré todo lo que esté en mi mano para lograrlo.

Carlos se giró hacia la puerta, apretando los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas hasta hacerse daño. Tenía que conseguir llegar a la puerta y largarse de allí antes de perder el control y estampar un par de puñetazos en la cara de aquel arrogante. Por mucho que Natalia se llevara mal con su padre, no estaba seguro de que fuese a estar de acuerdo con que le diera una paliza. Antes de que pudiera salir de la biblioteca, la voz del otro hombre volvió a detenerle.

—¿Sabe que Natalia siempre soñó con una boda de princesa? Un precioso vestido blanco, con una cola de varios metros. Una iglesia abarrotada y llena de flores. Un banquete con cientos de invitados. ¿Es así como están planeando su

boda? ¿O se casarán en un juzgado mugriento e irán a comer una hamburguesa a un Burger King?

Carlos se quedó helado en la puerta. Aquellas palabras tenían tanto de verdad, dolían tanto... Tomó aire y lo expulsó con fuerza, tratando de desalojar toda su rabia, y siguió andando. Aún pudo escuchar sus últimas palabras mientras avanzaba por el pasillo.

—Puede que no sea suficiente con hacer todo lo que esté en su mano. Ella no es para usted. No se la merece. Asímalo.

El mayordomo ya estaba esperando en la puerta con su abrigo. Carlos se lo arrancó de las manos y bajó las escaleras de la entrada a grandes zancadas. Sin mirar atrás una sola vez, se metió en su coche, arrancó y salió a la carretera quemando rueda. Se sentía tan nervioso y lleno de ira que las manos le temblaban. Cuando había recorrido algo más de un kilómetro, aparcó y buscó un cigarrillo en los bolsillos de su abrigo. Encontró un sobre que no le pertenecía. Sólo mostraba dos palabras: Carlos Vega. Lo abrió y sacó una hoja. Incluso el papel era bueno. Era grueso y de color sepia y pesaba más que los folios normales. Lo desdobló y leyó el contenido:

Estimado señor Vega:

Le ruego que no tome este regalo como una forma de intentar comprarle, sino como una compensación por las molestias causadas. Sé que tomará la decisión correcta.

Atentamente,

Fernando Egaña

Un cheque de treinta mil euros acompañaba a la nota. Carlos encendió de nuevo el motor de su coche, dispuesto a volver a la casa y hacerle comer el cheque en trocitos pequeños a aquel gilipollas engreído, por muy padre de

Natalia que fuera, pero la vibración de su móvil le detuvo. Respiró varias veces para tratar de parecer tranquilo antes de contestar.

—Hola. ¿Qué quieres?

—¿Estás en la central? —preguntó Natalia.

—No. La verdad es que estoy un poco lejos...

—Bueno, ven para aquí lo antes que puedas. Gus y yo creemos que hemos encontrado algo importante.

Carlos dudó durante unos segundos. No podía decirle a Natalia que iba a tardar porque primero tenía que ir a pegarle una paliza a su padre. Aquello tendría que esperar.

—Voy para allá. Estaré en la central en media hora.

CAPÍTULO DIEZ

Natalia se levantó de su silla al ver que Carlos entraba en la habitación. A pesar de que iba cubierto de barro reseco, se acercó y le dio un beso de bienvenida. Él respondió a su beso de forma breve y le dedicó una media sonrisa.

—Hola. ¿Dónde estabas? Hay que ver cómo te has puesto.

—En los alrededores de la cantera. Hemos estado buscando el coche de la última víctima, pero, aparte de pringarnos y de pillar una pulmonía, no hemos conseguido nada. —Carlos avanzó hacia la mesa en la que estaban trabajando y se derrumbó en una silla cercana, derrotado—. ¿Qué es eso tan importante que habéis encontrado?

—¿Recuerdas que las víctimas llevaban unas letras escritas en las máscaras? —preguntó Natalia.

—Sí, pensábamos que eran sus iniciales, pero las letras de Andrea no concuerdan —contestó él.

—Porque no son iniciales. Son abreviaturas de nombres de libros de la Biblia.

—Vaya, así que nuestro asesino es un maniaco religioso.

—No sólo eso. Espera que hay más —intervino Gus—. ¿Sabes que las víctimas llevaban un reloj parado? Pues hemos descubierto que la hora indica el versículo concreto que transmite el mensaje que el asesino quiere enviar al mundo. Mira: Andrea llevaba las letras Ex en su máscara y su reloj marcaba las ocho y catorce. Si escribes en Google Ex 20:14, esto es lo que encuentras: “No cometerás adulterio”.

—¿Y cómo sabes que es 20:14 y no 8:14? —preguntó Carlos.

—Porque si escribes Ex 8:14, te sale esto —Gus hizo la búsqueda y le mostró el resultado—. “Pero llegó al poder en Egipto otro rey que no había conocido a José”. El otro tiene más sentido y concuerda con los mensajes de las demás víctimas.

—De acuerdo —dijo Carlos, asintiendo—. Enséñame los otros dos.

—Éste es el mensaje de Carmen. 1 Cor es el primer libro de los Corintios. Si escribimos 1 Cor 6:9, esto es lo que encontramos: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones”

—Vaya, esto amplía mucho su rango de víctimas, por si se le acaban las adúlteras —comentó Carlos.

—Sí, pues ahora verás su último mensaje —intervino Natalia.

—En la última víctima hemos encontrado las letras Lv, que corresponden al Levítico. —Gus volvió a teclear—. Si buscamos Lv 20:10, aquí está lo que el asesino quiere decirnos: “Si alguien comete adulterio con la mujer de su prójimo, tanto el adúltero como la adúltera serán condenados a muerte.”

—¿O sea que puede que empiece a asesinar hombres en los próximos días?

—Puede ser... O puede que ya lo haya hecho —sugirió Natalia.

—¿Qué quieres decir? No hemos encontrado ningún hombre asesinado de esa forma.

—Todavía no entendemos bien sus motivaciones, su manera de pensar ni el significado de sus rituales. Puede que su trastorno le haga ver a las mujeres como seres a los que hay que salvar de su pecado. Ésa podría ser una explicación para que lave sus cuerpos con tanto cuidado y los cubra de blanco, que es el color de la pureza. Quizá no considere que los hombres merezcan el mismo trato y se limitó a asesinarlos sin más.

—¿Así que tengo que ponerme a revisar todos los asesinatos de hombres sin resolver de los últimos años? ¿Es eso lo que sugieres?

—Bueno, no soy quién para decirte cómo deberías hacer tu trabajo, pero yo empezaría por los que hayan sido estrangulados con una cuerda —respondió Natalia.

—¿Y eso por qué? —preguntó Gus.

—Cada asesino suele tener un *modus operandi* a la hora de matar y no suelen cambiarlo. Es muy difícil que un asesino que mata con veneno, se lie de repente a pegar tiros —explicó Carlos.

—Exacto —confirmó Natalia—. Por eso deberíamos buscar varones que hayan sido estrangulados con una cuerda y cuyo asesinato no se haya resuelto.

—¿Sería posible encontrar rastros de la droga que usa el asesino en esos cadáveres? —preguntó Carlos.

—No, ninguna droga dura mucho tiempo en el organismo. En personas vivas pueden encontrarse restos de drogas en la orina y la sangre hasta treinta días después de su consumo y hasta noventa en el pelo, pero no creo que se pueda encontrar nada si exhumamos un cadáver antiguo.

—Vaya, es una pena —comentó Carlos—. Bueno, me pondré a ello. Si el asesino no pone tanto cuidado en los asesinatos de hombres, puede que consigamos alguna pista de esos crímenes. ¿Habéis descubierto algo más?

—No es un descubrimiento, sino una hipótesis —dijo Natalia—. Si nuestro asesino detesta tanto el adulterio, podemos suponer que tiene una razón personal para hacerlo, es decir, que tuvo una mala experiencia pasada que es la que ahora le obliga a matar.

—¿Así que sugieres que su mujer le puso los cuernos y que, por lo tanto, debería descartar a los sospechosos solteros? —preguntó Carlos.

—Y a los divorciados —contestó ella—. Si es tan religioso como parece, nunca se habría separado.

—Eso nos deja a los casados y a los viudos.

—Sí, sobre todo a los viudos por “causas no naturales”.

—¿Crees que empezó matando a su mujer? —intervino Gus.

—Los asesinos en serie suelen tener una primera víctima, que es el origen de todo. Además, ahora que ha empezado a matar, parece que no puede detenerse. Si suponemos que mató a su mujer hace años, eso tendría que hacer que nos preguntáramos por qué ha empezado ahora y ha estado tanto tiempo sin actuar.

—¿Tienes respuesta a eso o sólo quieres volvernos locos?

—Creo que tengo una respuesta posible: ese hombre descubrió que su mujer le engañaba, la mató y le pillaron. Ha pasado los últimos años en prisión, rumiando su ira y sus ganas de matar y planeando ese ritual tan elaborado. Ahora que es libre, no puede detenerse.

—Bueno, que no se preocupe que para eso estamos nosotros —bromeó Carlos—. Eso quiere decir que voy a tener que revisar todos los casos de asesinato por violencia de género de las últimas dos décadas, ¿verdad?

—Mucho me temo que sí.

—Te agradezco mucho tus hipótesis, pero cada una de ellas me da horas y horas de trabajo.

—Gus puede ayudarte —sugirió ella—. Podrías empezar mañana.

—Mañana no puedo —contestó Gus—. Tengo que ir a comprar ropa para una cita con Lorena y tú tienes que acompañarme.

—¿Por qué yo? —preguntó Natalia.

—Porque no tengo ni idea de qué comprar. Vamos a ir a Algorta, al puerto deportivo, y me va a presentar a sus amigos.

—Estás más coladito por esa chica de lo que pensaba —bromeó Carlos—. Sólo has salido con ella una vez y ya te tiene dominado.

—Menos cachondeo, que tú también vistes mejor desde que vives con Natalia. —Gus chasqueó la lengua para demostrar su fastidio y se giró hacia ella—. ¿Me acompañarás o no?

—Por supuesto. ¿Ayudarás tú a Carlos a revisar expedientes?

—Vale, lo haré. Ya me he librado de leer la Biblia. Algo tendré que hacer para que me paguéis. Pero para un poco de sumar sospechosos o acabaremos deteniendo a media Vizcaya.

—Sé que parece que no avanzamos, pero no es así —Natalia les lanzó una sonrisa de ánimo—. Al final encontraremos un nombre que se repita en todas nuestras listas y le tendremos. No tiene ni idea de lo cerca que estamos de atraparle.

Gus contemplaba sorprendido la manera de moverse de Natalia a través de la tienda. Cada treinta segundos exactos ella estiraba un brazo y, con precisión de cirujano, extraía una prenda para mostrársela. A cada uno de sus intentos, Gus contestaba con una sonrisa apenada, un movimiento hacia los lados de la cabeza y un encogimiento de hombros.

—Demasiado claro... Demasiado colorido... No me gusta el estampado... No me gusta el slogan... Demasiado ajustado... Demasiado serio...

—Gus, por Dios —protestó ella al cabo de quince minutos de intentos infructuosos—. Algo tiene que gustarte.

—Lo siento, Natalia. Creo que es la tienda. No hay nada de mi estilo.

—Claro, porque lo que intentamos es cambiar tu estilo. ¿No me has pedido ayuda para eso?

—Ya, pero es que es todo tan raro... ¿No podemos cambiar el estilo poco a poco?

—A ver, Gus... —Natalia se pellizcó el puente de la nariz y respiró hondo—. Lo que tú tienes ni siquiera se puede definir como un estilo. Llevas todas las prendas negras y estropeadas y tres tallas por encima de lo que necesitas. Eso es ir hecho un guarro y un desastre.

—Sin ofender —se defendió Gus.

—No te estoy ofendiendo. Te estoy definiendo. —Natalia le señaló un expositor en la otra esquina de la tienda—. Anda, mira a ver si encuentras algo por allí que aceptes probarte.

Gus se marchó, protestando entre dientes. Empezó a remover la ropa sin ninguna esperanza, hasta encontrar una camiseta que le pareció aceptable. Con ella en las manos se acercó a Natalia:

—Mira. ¿Qué te parece esto?

—Gus, es negra.

—Sí, pero tiene una franja roja y es de mi talla. No te lo creerás, pero con esto me estoy saliendo muchísimo de mi zona de confort.

—Está bien, pero a cambio tienes que probarte esta camiseta y estas dos camisas —le dijo ella, pasándole las prendas que había seleccionado.

—La camisa gris está bien, aunque es muy ajustada para mi gusto —Gus contempló la ropa con el ceño fruncido—. Pero esta camisa azul... Y esta camiseta blanca con botones... Esto es ropa de pijo.

—¿Y qué son tu novia y sus amigos? ¿No querías encajar con ellos?

—Vale, me lo probaré todo —accedió Gus, encaminándose a los

probadores.

—Espera. Necesitarás unos pantalones.

—Ya tengo pantalones —dijo Gus, señalándose.

—No, no vas a llevar esos pantalones desgastados, descoloridos y rotos — Natalia se acercó a un expositor y escogió dos pares de vaqueros —. Los de color claro para la camiseta negra y la camisa gris. Los de color oscuro para la camiseta blanca y la camisa azul. ¿Entendido?

—Sí, ama. Última vez que te pido ayuda en algo así.

—¿Y a quién se la vas a pedir? ¿A Carlos? Tiene casi peor gusto que tú.

Gus se probó toda la ropa a regañadientes. Tuvo que reconocer que Natalia sabía lo que hacía. Él no habría seleccionado en la vida algo así, pero no le quedaba mal. No pensaba llevar nada de aquello con sus colegas ni para ir a la universidad, pero le serviría para no desentonar con los amigos de Lorena. Salió del probador con una sonrisa, dispuesto a congraciarse con Natalia.

—Vale, tenías razón. Me lo quedo todo.

—Bien, ahora sólo necesitas una chaqueta —Natalia se dirigió hacia otro expositor y empezó a revolver entre las americanas.

—Para quieta —le ordenó Gus—. No pienso llevar una chaqueta de esas.

—¿No? ¿Y qué vas a llevar? —preguntó ella, enarcando una ceja.

—Mi chupa de cuero.

—No te ofendas, pero... ¿cuántos años tiene esa chaqueta?

—No sé... Creo que la tengo desde que empecé el instituto.

—Y se nota... Esa chaqueta es una porquería.

—Eh, no la insultes. Es una chaqueta con personalidad.

—Sí, con tanta personalidad que un día se independizará y se marchará de

casa. Necesitas una chaqueta nueva.

—Bueno, pero quiero otra chaqueta de cuero. Nada de esas mierdas de ejecutivo pijo. —Gus se dirigió a un expositor giratorio—. Mira, éstas están guapas.

—No, éstas no. —Natalia se acercó mientras negaba con la cabeza—. Huelen a plástico malo desde aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que no son de cuero. Lorena y sus amigos lo notarán al momento.

—Joder, cómo sois los ricos...

—Estamos educados desde niños para detectar lo cutre. Mira, éstas son buenas.

—Pero si cuestan doscientos euros... —Gus miró las etiquetas de las prendas que ya había elegido y se puso blanco—. Natalia, tía... ¿Dónde me has traído? Es todo carísimo. No puedo pagar todo esto.

—Tranquilo. Es mi regalo adelantado de cumpleaños.

—Pero si faltan siete meses...

—Todo sea por verte vestido decentemente de vez en cuando. Venga, pruébate la chaqueta.

Unos minutos después salieron de la tienda cargados de bolsas. Tras andar unos metros, Gus se detuvo y miró alrededor.

—¿Qué buscas? —preguntó Natalia.

—Un baño. Tengo que vestirme. He quedado con Lorena en una hora.

—Pues si que vienes a comprar con el tiempo justo...

—Pensaba que sería más fácil. —Gus señaló con la cabeza una señal que indicaba dónde estaban los servicios y empezó a andar hacia allí—. Vamos

rápido, que todavía tengo que ir al metro, llegar hasta Algorta y subir a buscarla a su casa.

—¡Qué caballeroso! No te reconozco —se burló Natalia.

—Ni una palabra de esto a Carlos. No quiero que se esté cachondeando de mí hasta el Día del Juicio.

Natalia asintió, le ayudó a sacar la ropa que se iba a poner y se quedó fuera del baño, sujetando el resto de las bolsas. Al cabo de cinco minutos, Gus salió y giró sobre sí mismo para que Natalia le diera el visto bueno. Ella se acercó, riéndose, le quitó una etiqueta que colgaba de sus pantalones y después silbó.

—Guapísimo. Casi no te reconozco.

—No me digas nada más, que me estoy muriendo de vergüenza. Anda, vamos, que no llego.

Bajaron al parking y, después de meter todas las bolsas en el maletero, Gus se puso al lado de la puerta del copiloto.

—¿Me llevarías hasta el metro? Siento tener tanta cara, pero voy a llegar tarde.

—No, no te llevo. —Natalia rebuscó en su bolso hasta encontrar las llaves y se las lanzó por encima del coche—. Ya tienes carroza para ir a buscar a tu princesa.

—Me compras ropa, me dejas tu coche... ¿Eres mi hada madrina?

—Algo así. Siempre he sido muy de Disney. —Natalia le guiñó un ojo, burlona—. Y no te preocupes por devolvérmelo antes de las doce. No se convertirá en calabaza. No lo necesito hasta el lunes, así que puedes devolvérmelo mañana.

—Te quiero. Si Carlos no se casa contigo, soy el primero en la cola.

—Sí, por eso me abandonas para irte con otra —contestó Natalia,

fingiéndose dolida—. Anda, tira.

Gus rodeó el coche y le plantó un sonoro beso en la mejilla. Después abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor. Su sonrisa desapareció antes de cerrar la puerta.

—¿No me vas a decir que tenga cuidado y que, si lo estrello, me matarás? Es lo que me diría Carlos.

—Tranquilo, está asegurado a todo riesgo.

—Pensaba que me ibas a decir que confiabas en mí y en mi capacidad de conducir —protestó él.

—Sí, eso también, por supuesto... Anda, arranca. Y pásalo bien.

Gus cerró la puerta y metió la llave en el contacto. El motor despertó de inmediato con un potente rugido. Se recostó en el asiento de cuero, metió primera y salió del parking. En cuanto llegó a la carretera, fue pisando el acelerador. El coche respondió con suavidad a todos sus movimientos, mientras el paisaje iba convirtiéndose en un borrón a través de la ventanilla. Sonrió mientras negaba con la cabeza. Tendría que tener cuidado. Uno podía acostumbrarse a lo bueno demasiado rápido.

CAPÍTULO ONCE

Los pasos alocados de Art corriendo por el pasillo le sacaron de su concentración. Carlos levantó la vista de sus papeles y la clavó en la puerta del salón. Natalia apareció unos segundos después, con el perro intentando pasar entre sus rodillas.

—Hola. ¿No traes nada? Se suponía que ibas de compras.

—Sí, pero hemos comprado cosas para Gus. Tenías que haberle visto. Se ha puesto tan guapo y tan elegante...

—¿Has sacado fotos? —preguntó Carlos, burlón.

—No. Incluso me ha prohibido que te comente nada, así que no quiero que te cachondees de él. —Natalia le apuntó con el dedo índice en señal de advertencia.

—Sabes que no puedo prometerte eso. Es superior a mí.

—No seas cruel. Parece muy ilusionado con esa chica. —Natalia consiguió que Art dejara de saltarle encima y empezó a soltarse el abrigo—. ¿Qué hacías tú?

—Revisando los informes. Sé que hay algo que se me escapa.

—Y si se te escapa, ¿cómo sabes que hay algo?

—Una corazonada. Lo siento en las tripas, ya sabes. —Carlos revolvió sus papeles y los arrojó de nuevo sobre la mesa, frustrado—. Llevo así tres horas y no consigo nada.

Natalia dejó el abrigo en una silla y se sentó a su lado en el sofá. Cogió uno de los informes al azar y empezó a ojearlo.

—Venga, yo te ayudo. ¿Qué se supone que estamos buscando?

—Ahí está el problema: que no lo sé.

—No me lo estás poniendo muy fácil, pero lo intentaré. Si te vas a quedar más tranquilo, repasaremos los informes las veces que haga falta.

Se mantuvieron en silencio durante unos minutos, hasta que Carlos puso el informe que estaba leyendo sobre la mesa y señaló un párrafo.

—Creo que es esto. El interrogatorio a la pareja que encontró a la última víctima.

—Me acuerdo de haberte visto hablando con ellos, pero dijiste que no te habían podido contar nada relevante —dijo Natalia.

—No es lo que me contaran, es lo que eran. —Carlos se quedó en silencio unos segundos, ordenando sus pensamientos—. Eran senderistas entrenando para el Camino de Santiago.

—¿Crees que el asesino es un peregrino?

—No, mujer... Mira... —Carlos abrió el portátil y buscó en Google Maps—. Ésta es la cantera en la que encontramos el cuerpo. Y esto de aquí es una ruta de senderismo. Si buscamos el lugar en el que encontramos el coche de Carmen, ¿qué podemos ver cerca?

—No sé. ¿Qué es eso?

—Otra ruta de senderismo. —Carlos continuó haciendo búsquedas y mostrándoselas a Natalia—. El lugar en el que encontramos el cuerpo de Carmen tenía otra ruta cercana. El sitio en el que apareció el coche de Andrea estaba al lado de un bidegorri^[1]...

—Vale, hay rutas de senderismo cerca de todos los escenarios importantes del caso. ¿A dónde quieres llegar con eso?

—Pues lo primero es que esto contesta a una duda que me estaba

volviendo loco. Nuestro hombre llega al hotel a pie, se las lleva en el coche de las mujeres y después lo abandona en lugares remotos e inaccesibles. Llevaba semanas preguntándome cómo volvería a casa y ésta es la respuesta. Es senderista. Conoce todos esos caminos.

—Me alegro de que hayas encontrado tu respuesta, pero no veo cómo nos va a ayudar esto. A los vascos nos encanta hacer senderismo. La mitad de la población lo hace. Y, además, no creo que haya que estar federado ni tener ningún carnet para salir a andar por el monte.

—Eres una aguafiestas. —Carlos frunció el ceño, molesto—. Hay clubs de senderismo. Quizá podamos pedirles una lista de miembros.

—Puedes hacerlo si quieres, pero yo veo a nuestro asesino como un caminante solitario.

—Bueno, es otro punto por el que buscar. —Carlos se echó hacia atrás en el sofá y se masajeó la nuca, tratando de eliminar la tensión—. ¿Cuántos tenemos ya?

—Pues sabemos que es un varón blanco, de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, muy alto, sobre el metro ochenta y cinco, fuerte y corpulento. Sabemos que es epiléptico y que ha tenido que solicitar recetas extra de Luminal. También creemos que es casado o viudo y que es posible que haya cumplido alguna condena por violencia de género. Sospechamos que tiene una personalidad obsesiva y fuertes creencias religiosas. Le gusta quedar con mujeres por internet con la promesa de mantener relaciones, pero no tiene sexo con ellas, lo que refuerza la idea de las convicciones religiosas extremistas. Y, por último, puede ser senderista y estar afiliado a algún club para ir de excursiones los fines de semana.

—Madre mía, sé más de ese tío que de mí mismo y, aun así, no tenemos nada.

—Tenemos mucho —le consoló Natalia—. Ahora mismo parece un puzle con demasiadas piezas, pero pronto empezarán a encajar y le tendremos.

Parecía que el mal tiempo había decidido darles una pequeña tregua aquel día. El sol lucía radiante en un cielo desprovisto de nubes y un suave oleaje mecía los veleros amarrados en el puerto. Aquel tiempo tan increíble para un día de octubre tenía también sus inconvenientes. El parking del puerto deportivo estaba casi lleno y todos los sitios que encontraban le parecían demasiado pequeños para aparcar el enorme Mercedes de Natalia.

—Mira, ese sitio está bien. ¿Por qué no lo metes ahí? —le preguntó Lorena, harta de dar vueltas.

—No sé si va a caber y no quiero rayar el coche. —Lorena se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Está bien. Lo intentaré.

Gus fingió estar muy tranquilo y tenerlo todo dominado, aunque en realidad sabía que no controlaba para nada aquello del aparcamiento. Llevaba sin aparcar desde que se había sacado el carnet y todos los coches con los que había aparcado en sus clases eran la mitad de grandes que aquel monstruo. Aún así, luchó con los mandos sin quejarse ni protestar y milagrosamente consiguió encajar el coche sin hacerle un rasguño.

—Genial —dijo Lorena mientras cogía su chaqueta—. Estamos supercerca del bar donde he quedado con mis amigos. Vamos.

Salieron del coche y, mientras se ataban las chaquetas, Lorena volvió a mirarlo con admiración.

—¿Entonces este coche no es tuyo?

—No, me lo ha dejado una amiga. Yo compraré uno pronto, pero todavía no me he decidido por ningún modelo...

—Pues éste me encanta. Deberías comprarte uno así.

Gus le dedicó una tímida sonrisa y empezó a andar hacia el bar. Su verdadero problema era que no había encontrado ningún coche, ni de ese modelo ni de ningún otro, que pudiera pagar con los miserables ahorros que tenía en el banco. Aquello podría cambiar con lo que la Ertzaintza iba a pagarle por colaborar con ellos, pero, por mucho que durase la investigación, en la vida podría permitirse un coche como el de Natalia. Con suerte podría aspirar a algo parecido a la cafetera de Carlos, siempre que se la dejaran pagar a plazos.

Entraron en el bar y Lorena le dejó tirado para irse derecha hacia un grupo situado al fondo de la barra. Mientras todos se saludaban con dos falsos besos en la mejilla sin llegar a tocarse la cara, Gus evaluó el local. La madera envejecida del suelo y de la barra parecía buena. Todo estaba tenuemente iluminado con unas lámparas ambarinas cuyas pantallas simulaban ser mapas antiguos. Detrás de la barra vio baldas y baldas llenas de botellas y, sobre ellas, una calavera con dos tibias cruzadas. Había banderas pirata, timones, barriles antiguos... La decoración estaba tan conseguida que hasta le sorprendió que el camarero tuviera todos sus miembros intactos y no llevara una pata de palo, un garfio o un parche en el ojo.

—¿Qué vas a beber, Lorena?

—Un té verde con hielo y hierbabuena —contestó ella, mientras seguía saludando a todos sus amigos sin que pareciese que fuese a presentárselos en ningún momento.

Gus se acercó a la barra, preguntándose por qué Lorena no sería capaz de pedir una cerveza o una coca-cola como todo el mundo. El camarero, un rubio imponente con una sonrisa de anuncio de dentífrico, se acercó a él.

—¿Qué desea, caballero?

—Un té verde con hielo y hierbabuena y una cerveza.

—¿Nacional o de importación? ¿Rubia, tostada o negra? ¿Alguna marca en particular?

Mientras el camarero esperaba su respuesta, Gus se planteó que ser rico era complicadísimo. A él nunca le habían hecho tantas preguntas en su barrio para pedir una puñetera caña.

—Me da igual. Lo que tengas en ese cañero.

El camarero le miró como si acabara de pronunciar una herejía por la que debería ser llevado a la hoguera, pero no le preguntó nada más. Gus puso un billete de cinco euros encima de la barra y esperó a que le sirviera las bebidas.

—Falta un euro, señor —dijo el camarero.

Gus sintió un escalofrío, pero no protestó. Si quería seguir saliendo con Lorena, iba a tener que buscarse dos o tres trabajos más. Sacó el euro que faltaba, cogió las bebidas y se acercó a la esquina en la que estaban Lorena y sus amigos.

—Chicos, os presento a Gus, mi novio.

Tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le cayeran los vasos de las manos. Sí que iba rápido aquella chica... Dejó las bebidas sobre la barra y tendió la mano al chaval que estaba más cerca, un moreno de ricitos vestido con americana y unos pantalones que le quedaban por encima de los tobillos. Mientras saludaba, fue mirando alrededor. Todos llevaban americana. Tendría que haberle hecho caso a Natalia. A pesar de que llevaba puesto lo que para él era una fortuna en ropa, se sintió como una mosca entre mariposas.

—Encantado, Gus. Lorena nos ha contado un montón de cosas sobre ti.

—Espero que sean cosas buenas —dijo él, dando un primer trago a su cerveza para intentar eliminar el sabor del miedo que le impregnaba la boca.

—Claro que son cosas buenas, tonto —contestó una morenita mientras le

acariciaba el brazo como si le conociera de toda la vida—. Nos ha dicho que colaboras con la policía en investigaciones muy importantes y que ahora mismo estás intentando capturar a un peligroso asesino.

—Sí, cuéntanos —intervino otro rubio que parecía la típica representación del capitán del equipo de fútbol de una película estadounidense—. ¿Cómo va la investigación? ¿Estáis cerca de cogerlo?

—Bueno, como comprenderéis no puedo contaros nada sobre ese caso...

Todos le miraron con una expresión frustrada. Gus se giró hacia Lorena y vio que tenía los brazos cruzados frente al pecho y el ceño fruncido. Se sintió incómodo. ¿Eso era lo que él significaba para ella? ¿Un mono de feria para divertir a sus colegas? Suspiró agobiado y se echó hacia atrás, hasta apoyarse en la barra con aire interesante. Bebió un nuevo trago de cerveza, dejando que creciese la expectación. Si lo que Lorena quería era que hablase, iba a tener conversación hasta que se hartase.

—No os pongáis así. Ese caso está bajo secreto de sumario y no puedo contaros nada, pero os doy mi palabra de que, en cuanto lo resolvamos, sabréis los detalles antes incluso que los medios de comunicación. —La cara de todos los presentes se iluminó, como si fueran un grupo de niños a los que les están contando su cuento favorito—. Mientras tanto, puedo contaros cosas de mis investigaciones anteriores. ¿Recordáis los asesinatos de adolescentes de hace un par de años?

—¿Te refieres a Caronte? —preguntó la morenita, emocionada.

—Exacto. A Caronte. Yo fui parte del equipo de investigación responsable de su detención.

Todos se acercaron un par de pasos, hambrientos de sus palabras. Lorena se pegó a él y le agarró por la cintura, como si quisiera dejar claro delante de sus amigas que era de su propiedad. Él sonrió y depositó un suave beso en su cuello

antes de dar otro trago a su cerveza y continuar hablando para impresionar a su público.

CAPÍTULO DOCE

Natalia esperó hasta que Aguirre la invitó a pasar a su despacho. Abrió la puerta y entró con paso decidido para ocultar los nervios que le atenazaban el estómago. No sabía por qué, pero, siempre que el sargento le pedía que fuera a verle, se sentía nerviosa y atemorizada. Se suponía que la policía tenía ese poder: el de hacerte sentir culpable aunque no hubieras hecho nada malo. Sin embargo, había creído que, trabajando todo el día rodeada de policías, se le iría pasando. Incluso vivía con uno y nunca se sentía tan mal como le hacía sentir Aguirre.

El sargento la saludó levantado la comisura derecha de la boca en un intento de sonrisa desganada. Ella se sentó frente a él y entrelazó las manos en su regazo para que no notase que temblaban.

—Buenas tardes, sargento. ¿Necesita algo de mí?

—Sí, señorita Egaña. —Él comenzó a revolver entre los papeles de su mesa hasta encontrar una carpeta verde que colocó delante de ella—. Aquí tiene lo que me pidió.

—¿El qué?

—Vaya, pensé que sabría lo que es. Con lo que nos ha costado conseguirlo, me duele que no se acuerde ni de qué me ha pedido.

—¿Es la lista de los pacientes que han solicitado más Luminal del que les correspondía?

—Exacto. He tenido que pelearme con la mitad del Departamento de Sanidad y con varios jueces para que me facilitasen esa lista. Espero por su bien y el de su equipo que sirva para algo.

—Servirá, señor. Estamos cada vez más cerca de resolver este caso.

—Pues de momento tengo tres víctimas y ni un solo sospechoso. Espero que eso cambie en los próximos días.

—Lo hará, señor. Tiene mi palabra.

—De acuerdo, señorita Egaña. Puede retirarse.

Natalia se levantó, le dedicó una sonrisa agradecida y se dirigió a la puerta del despacho con la carpeta en las manos. Según iba alejándose de Aguirre, sentía que el nudo en su estómago iba relajándose y que hasta respiraba mejor.

—Una cosa más, señorita Egaña...

La tensión de su estómago regresó con más fuerza y sus pulmones dejaron una inspiración a medias.

—¿Si? —dijo ella con un hilo de voz.

—Supongo que habrá escuchado en la central lo de la muerte de Daniel...

—No, lo siento... He estado toda la mañana en una de las salas de autopsias y no he hablado con nadie. ¿Quién es Daniel?

—Uno de nuestros informáticos. Parece ser que el sábado por la noche se pasó con las copas y tuvo un accidente de coche. Una pena. Era un chaval muy joven y prometedor. —Aguirre se mantuvo unos segundos a la espera.

—Lo lamento. No le conocía demasiado, pero lo siento mucho.

—Espero que puedan pasarse por el funeral esta tarde. Todos los agentes que no estén de servicio van a acudir. ¿Cuento con ustedes?

—Por supuesto, señor. Allí estaremos.

Natalia salió del despacho y se dirigió a la sala en la que estaban llevando a cabo su investigación. Carlos y Gus estaban allí, mirando muy interesados la pantalla de uno de los portátiles.

—Hola. ¿Habéis encontrado algo importante?

—No... Quiero decir, sí... Estábamos repasando pruebas y esas cosas...
—contestó Gus, azorado.

—Gus, no va a colar. Estábamos viendo un vídeo de esos de caídas —dijo Carlos, estallando en una carcajada—. Joder, que leches se pegan. Me parto.

—Muy profesional, Carlos —dijo ella, ofendida—. Al menos podrías tratar de fingir como hace Gus.

—Sé que eres demasiado lista y que me vas a pillar. —Carlos le guiñó un ojo—. Así ahorramos tiempo.

—Bueno, pues ya que no estáis ocupados, aquí os traigo más trabajo. —Natalia puso la carpeta sobre la mesa—. Es la lista de todos los pacientes que han pedido más Luminal del que les correspondía en el último año. Investigadlo.

—Pero esto es una barbaridad —dijo Gus tras echar un vistazo al listado—. Hay más de quinientos nombres en esta lista.

—Joder, ¿en serio? ¿Y sólo uno lo ha pedido para matar gente? —Carlos se acercó a Gus para comprobar que lo que decía era cierto—. ¿El resto son personas que han perdido sus pastillas? La gente es un desastre. No me extraña que este país se vaya a la mierda.

—¿Y cómo pretendes que sepamos quién es de entre toda esta lista? —preguntó Gus.

—Se trata de ir comparando con los datos que tenemos para ir haciendo una criba y eliminar a los que no pueden ser nuestro hombre. Podéis eliminar a las mujeres, a los varones demasiado jóvenes o demasiado viejos, a los que no se correspondan con la configuración física de nuestro sospechoso...

—¿Y cómo vamos a hacer todo eso? —Gus negó con la cabeza para demostrar que se sentía perdido.

—Buscando en Internet, comparando las fotos de sus redes sociales... En

Internet no sólo hay vídeos graciosos. También se puede usar para conseguir información.

—Eres una aguafiestas. ¿Lo sabías? —dijo Carlos, enfadado.

—Sí. Me lo dices mucho. —Natalia le devolvió el guiño, burlona—. Y más aguafiestas voy a ser. Esta tarde os quiero a los dos con traje y corbata. Nos vamos de funeral.

Tras bajar el féretro, los operarios del ayuntamiento comenzaron a arrojar tierra sobre él. Carlos les hizo una seña con la cabeza a Natalia y Gus para indicarles que era momento de irse. Los demás compañeros de la central también empezaban a marcharse para dejar que los familiares más cercanos se quedaran a solas y pudieran despedirse.

Gus intentó apresurar el paso para que Carlos no pudiera ver que tenía los ojos brillantes por las lágrimas. Trató de limpiarse a escondidas con la manga, pero Carlos le alcanzó y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Qué pasa? ¿Conocías al chaval?

—No mucho —contestó Gus mientras sacaba el paquete de tabaco de la chaqueta—. Es que no aguanto los funerales. Sigue sin parecerme justo eso de que la gente tenga que morir.

—Pero si estás trabajando en una investigación por asesinato con víctimas y todo eso.

—Ya, pero intento verlas sólo como nombres. Ni siquiera miro las fotos de los informes que me pasa Natalia. —Gus resopló para tratar de expulsar la angustia—. Ver el ataúd, el cementerio, a los familiares llorando... No puedo con esto.

—Es normal, Gus. —Natalia se colgó de su brazo y le dedicó una sonrisa

comprensiva—. No quiero cachondeos, Carlos.

—No iba a cachondearme. Vaya concepto que tenéis de mí. Yo también tengo corazón...

—Sí, pero es pequeño y negro —bromeó Gus, tratando de quitarle importancia al asunto.

De repente, unos pasos apresurados a su espalda les hicieron detenerse. Se dieron la vuelta y vieron a Aguirre, que caminaba directo hacia ellos.

—Buenas tardes —les saludó—. ¿Les importaría que hablara un momento a solas con el señor Guevara?

—Sin problema —contestó Carlos—. Te esperamos en el bar de enfrente.

Carlos y Natalia salieron del cementerio. Aguirre continuó en silencio, saludando con un gesto de la cabeza a los compañeros que pasaban cerca, camino de la salida. Gus esperó, impaciente, dando profundas caladas a su cigarrillo. Estaba seguro de que era la persona que más ganas tenía de salir de aquel lugar e iba a ser el último en marcharse.

Cuando Aguirre estuvo seguro de que nadie podía escucharles, le indicó con un gesto que podían ir encaminándose hacia las altas verjas del cementerio.

—Estará preguntándose qué quiero decirle...

—La verdad es que sí. ¿He hecho algo malo?

—No, al contrario. He estado investigando sobre su trabajo con este caso y con los casos anteriores en los que colaboró con el inspector Vega y la señorita Egaña y he descubierto que es usted un hombre muy inteligente, con una gran capacidad de intuición y muchos recursos.

—Muchas gracias —se atrevió a decir Gus, sin saber todavía a dónde quería llegar Aguirre.

—Por supuesto que ha cometido usted errores, pero creo que se han debido

a su inexperiencia. Considero que es usted un diamante en bruto al que habría que pulir.

—Gracias, de verdad, pero no entiendo qué quiere decirme con todo esto.

—Usted es el tipo de hombre que quiero en el cuerpo: inteligente, valiente, resolutivo... El tipo de persona que se obsesiona con los casos y no se detiene hasta resolverlos.

—¿Me está ofreciendo un puesto en la Ertzaintza?

—No, por supuesto que no. Yo no puedo ofrecerle un puesto. Hay que ganárselo. —Aguirre le dio un par de fuertes palmadas en la espalda—. Las oposiciones son en junio. Preséntese. Cuando las supere, yo me encargaré de que se le asigne a nuestra central. Tenemos un puesto de informático libre.

Aguirre salió del cementerio a grandes zancadas, dejándole con la palabra en la boca. Gus se quedó paralizado durante unos segundos. Cuando pudo reaccionar, terminó su cigarrillo y salió a paso rápido del cementerio.

Llegó al bar en el que le esperaban Natalia y Carlos. Ellos estaban bebiéndose una cerveza, pero en la mesa había una taza que debía de ser para él.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una tila —contestó Natalia—. Pensé que te vendría bien.

—La verdad es que sí. No os imagináis lo que acaba de decirme Aguirre. —Gus se bebió la mitad de la infusión antes de seguir hablando, a pesar de que estaba ardiendo—. Quiere que trabaje en la Ertzaintza. Me acaba de ofrecer el puesto del muerto.

—Joder... Y el premio para el insensible del día es para... ¡Aguirre! —Carlos se recostó en el respaldo de su silla mientras negaba con la cabeza—. Natalia, hoy tengo permiso para decir todas las burradas que quiera y no puedes mirarme mal. Es imposible superar esto.

CAPÍTULO TRECE

El silencio absoluto que imperaba en la estancia sólo era interrumpido por el sonido que hacían al pasar las páginas. Natalia levantó la vista de su listado y contempló a sus compañeros. Resultaba extraño que ninguno de los dos estuviera protestando a pesar de que llevaban casi dos horas haciendo lo mismo. Como si hubiera leído sus pensamientos, Gus levantó la vista y empezó a hablar:

—Oye, Natalia... ¿Cómo de segura estás de que uno de estos nombres es el del tío que estamos buscando? Es que esto empieza a ser como buscar una aguja en un pajar. Me paso minutos y minutos mirando cada nombre, buscando toda la información que puedo sobre cada uno de estos tipos para intentar estar seguro de que no es el que buscamos... Y, aún así, cada vez que tacho un nombre, me quedo tan nervioso que tengo que volver a comprobarlo... ¿Cómo puedo estar seguro de que no tacho el nombre del asesino y me cargo la investigación? Yo no puedo con esta tensión...

—Gus, tranquilízate... Lo harás bien —contestó Natalia—. Sólo debes eliminar un nombre si estás totalmente seguro de que no puede ser el asesino. Si no coincide con lo que sabemos de él, le tachas. Si no, lo dejas y haces un informe sobre lo que has encontrado sobre él. Carlos y yo lo revisaremos después.

—Ya, pero imagínate que tacho un nombre porque el tío no parece tan alto y fuerte como el asesino y su problema es que sale mal en sus fotos de Facebook...

—¿Estás seguro de que eso puede pasar? —Natalia arqueó una ceja, incrédula—. Normalmente la gente trata de parecer más alta, fuerte y guapa de lo que es en sus redes sociales.

—Eso es la gente normal, pero este tío está loco. A saber cómo piensa. — Gus se levantó de la silla y rebuscó en sus bolsillos—. ¿Tenéis una moneda? Quiero una coca-cola.

—No sé si te conviene tomar más cafeína —intervino Carlos—. Estás histérico.

—Yo funciono a cafeína, tío. Enróllate y déjame unos euros y os traigo un café para cada uno.

Carlos se levantó para darle el dinero y en aquel momento la puerta de la habitación se abrió con tanta fuerza que chocó contra la pared. Aguirre estaba en el umbral, con un papel en la mano. Su cara estaba pálida y tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le iban a salir.

—Aguirre, ¿pasa algo? —preguntó Carlos, acercándose a él—. ¿Ha aparecido alguna otra víctima?

Aguirre negó con la cabeza y siguió paralizado en la puerta. Carlos le agarró suavemente por un brazo y le hizo entrar. Cerró a su espalda y le acompañó hasta una silla. El sargento se dejó llevar como un autómatas sin voluntad y se derrumbó en el asiento mientras volvía a negar con la cabeza.

Carlos cogió otra silla, le dio la vuelta y se sentó frente a Aguirre, con los brazos apoyados en el respaldo. Se inclinó, tratando de ver qué era el papel que Aguirre aún estrujaba en su mano, temiendo que fuera el responsable del estado del sargento, pero no pudo distinguir nada. Natalia se acercó y se puso en cuclillas frente a su jefe.

—¿Qué le sucede, señor? —le preguntó con voz serena—. Si no nos dice qué ha pasado, no podremos ayudarle.

Aquellas palabras parecieron traspasar el estado de estupor que había mantenido a Aguirre sumido en una especie de trance y llegar hasta su consciencia. Sacudió la cabeza un par de veces, como si se despertara, y clavó la

mirada en Natalia.

—Hemos conseguido que la página de contactos nos facilite la IP del sospechoso.

—Eso es genial. Ahora sólo tendremos que saber a qué número de teléfono pertenece y le tendremos —dijo Carlos, eufórico.

—Ya sabemos a qué número de teléfono pertenece. —Aguirre respiró un par de veces para poder pronunciar las palabras que parecían habersele quedado atoradas en la garganta—. El número pertenece a esta central. El asesino es uno de los nuestros.

Durante unos segundos nadie supo cómo reaccionar. Natalia pensó que aquello resultaba imposible de creer. Ningún miembro de la Ertzaintza podía estar tan loco como para haber cometido aquellos crímenes. Pasaban evaluaciones psicológicas periódicas. Era imposible que no hubieran detectado a alguien tan perturbado.

Gus se adelantó un par de pasos y tendió la mano para que Aguirre le pasara el papel al que seguía aferrado como si fuera una tabla de salvación. El sargento se le quedó mirando. Parecía dudar. Quizá en su interior pensaba que, mientras no compartiera aquella información con nadie más, podría seguir negándosela a sí mismo, podría hacer que no fuera real. Después de unos segundos, agachó la cabeza y le pasó el papel.

—Esto tiene que ser un error... O una pesadilla —dijo en un susurro—. Uno de los nuestros. No puedo creerlo.

—Tranquilo, lo comprobaremos —dijo Gus, mientras leía—. Voy a necesitar acceder a los registros de las IPs de la central.

—Vamos, te acompañaré a la sala de informática. —Aguirre se levantó con esfuerzo, como si acabara de envejecer veinte años en una sola mañana.

Gus recogió uno de los portátiles y salió detrás de Aguirre. Carlos y

Natalia les siguieron. Él aceleró hasta ponerse al lado de Gus y le agarró por un brazo para llamar su atención.

—Sé que me vas a decir que no es momento, pero necesito que me expliques qué se supone que estamos haciendo.

—Joder, Carlos... ¿Ahora? Si no lo vas a entender... —se quejó Gus.

—Tú explícamelo facilito, despacio y con palabras adecuadas para seres humanos y verás cómo te entiendo —insistió Carlos.

—Vale, lo intentaré... La IP que nos han facilitado es la del router de la central. —Carlos negó con la cabeza para expresar que ya se había perdido—. Joder, estamos buenos... Imagina que hay una gran caja, como una centralita, que es la que suministra Internet a todos los ordenadores de la central.

—Y a todos los móviles —interrumpió Aguirre—. Sé que todos os pasáis el día conectándoos a la wifi de la central.

—Bien, todos los ordenadores y todos los móviles... La IP que nos han facilitado desde QuickLove corresponde al número de esa centralita. Por eso sabemos que las conexiones se realizaron desde aquí. Pero, además, en el registro de esa centralita se guardan otros números que son la IPs exactas desde las que se realizaron esas conexiones.

—Me he vuelto a perder —se quejó Carlos.

—A ver... La centralita es una especie de ordenador madre. Todos los demás ordenadores que están conectados a ella son sus hijos. Comparten el principio de la IP, como si fuera un apellido, y luego tienen unos dígitos específicos al final que indican exactamente desde qué ordenador se realizaron las conexiones con QuickLove. ¿Lo entiendes ahora?

—Pero has dicho IPs exactas —dijo Natalia, confusa—. ¿Ha habido conexiones desde varios ordenadores? ¿Tenemos más de un asesino?

—No, pero las IPs son dinámicas. —Gus les hizo un gesto pidiéndoles que esperasen a que terminara de explicarse—. Eso quiere decir que cambian cada vez que el ordenador se apaga o cuando se apaga el router.

—Entonces, ¿cómo vamos a saber a qué ordenador pertenecen?

—Por los registros. Todas las IPs que acceden al router quedan registradas junto con la hora a la que ese ordenador estuvo conectado. Sabemos las horas en las que Azkar habló con sus víctimas y, mirando el registro, podremos saber las IPs que entraron en Quicklove. —Gus les enseñó el portátil que llevaba bajo el brazo—. Sólo tengo que comparar los datos y os diré quién es.

Mientras Gus tecleaba en el ordenador, consultaba sus apuntes y tomaba notas, Carlos se paseaba arriba y abajo. Se sentía como si una corriente eléctrica hubiera invadido todo su cuerpo y no era capaz de estar quieto. Iba a tener que detener a uno de sus compañeros. Mientras ellos investigaban, alguien con quien quizá se cruzaba todos los días estaba planeando aquellos asesinatos. Mientras ellos trataban de encontrar pistas y de armar todas las piezas de aquel puzle, aquel hombre había estado hablando con sus siguientes víctimas a apenas unos metros. No podía creérselo.

Escuchó a Gus resoplando y se giró hacia él. Aguirre y Natalia miraban por encima de su hombro, esperando a que les dijera algo.

—¿Le tienes? ¿Sabes quién es? —preguntó Carlos, incapaz de reprimir su ansiedad.

—Sí, lo he comprobado varias veces y creo que no hay error posible —Gus volvió a resoplar—. El ordenador del asesino está en el departamento de homicidios.

—¿Es uno de los inspectores? —preguntó Aguirre, derrumbándose en una silla cercana.

—Sí, lo es. Yo también esperaba poder deciros que era alguien de mantenimiento o algún asesor externo, pero todas las conexiones se han realizado desde ese ordenador. Y además está lo del nombre...

—¿Qué nombre? Dinos ya quién es, por Dios —gritó Carlos.

—Tu antiguo compañero: Roberto Azkarraga. —Ante el silencio de los demás, Gus se sintió obligado a seguir explicándose—. Azkar... Azkarraga... ¿Lo pilláis?

—No puede ser él. Es un trepa y un auténtico hijo de puta, pero no es un asesino —dijo Carlos.

—Pues esto no dice lo mismo. No hay posibilidad de error.

—Yo tampoco quiero creérmelo, pero la mejor manera de comprobarlo es hablar con él en persona y que nos cuente su versión de los hechos. —Aguirre sacó su móvil del bolsillo y marcó un número—. Maite, ¿podrías indicarme si el inspector Azkarraga está de servicio? ¿No? Está bien. Envíame su dirección, por favor.

Aguirre colgó y se acercó a Carlos. Le puso una mano en el hombro y le guió hacia la salida.

—Vamos, tenemos que detenerle.

—¿Usted también va a venir?

—Sí. Creo que debo estar presente. Voy a organizarlo todo y te espero en la salida en dos minutos.

El sargento salió de la habitación y les dejó solos. Carlos se giró hacia Gus y Natalia y se encogió de hombros.

—Siento que vosotros no podáis venir, pero esto puede ser peligroso. Es muy probable que esté armado.

—Tranquilo. Te esperaremos aquí. Infórmanos de todo —contestó Natalia.

—Sí, tranquilo. Prefiero terminar un caso sin tener que pasar por el hospital. —Gus le guiñó un ojo—. Buena suerte.

—Y ten cuidado —le dijo Natalia antes de que saliera por la puerta.

Carlos se giró en el umbral, asintió y le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Cuando desapareció, Natalia se dejó caer en una silla con la mirada perdida.

—¿Y ya está? —dijo Gus, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Nos tenemos que quedar aquí esperando el regreso de los guerreros?

—Eso parece —contestó Natalia—. O también podemos ir al bar de enfrente a tomarnos un copazo para celebrarlo.

—¿Y qué hay que celebrar? —preguntó Gus—. Me he quedado sin curro por resolverlo demasiado rápido y no tengo ni para la entrada del coche. Esto es una mierda. Vas a tener que dejarme el Mercedes más veces.

—Te lo dejaré —dijo ella levantándose—, pero acompáñame a por esa copa. Creo que nos la hemos ganado.

CAPÍTULO CATORCE

Aprovecharon los primeros minutos en la furgoneta para ponerse los chalecos antibalas. Después de hacerlo, todo el mundo se sentó en silencio, con la mirada clavada en el suelo, como si el hueco que separaba sus pies fuera lo más interesante del mundo.

El rumor ya se había extendido entre todos los hombres, pero ninguno se atrevía a comentar nada en presencia del sargento. Iban a detener a uno de sus compañeros por el brutal asesinato de tres mujeres. De vez en cuando, uno de los hombres levantaba la cabeza y miraba alrededor, fijándose en todos los detalles, en un vano intento de descubrir algún indicio de que aquello no era real.

En menos de diez minutos llegaron a la dirección indicada. Cuando se abrieron las puertas traseras de la furgoneta, Carlos fue el primero en saltar fuera. Ya habían llegado varios coches patrulla de refuerzo que rodeaban el edificio. No habían conectado las sirenas, pero tenían las luces encendidas. Si Roberto se había asomado a la ventana en algún momento de los últimos minutos, ya estaría sobre aviso de que su juego había terminado, de que iban a por él. Carlos se sintió incómodo e intranquilo. Si se sentía acorralado, aquello podía ponerse muy peligroso. Él habría puesto la mano en el fuego por cualquiera de sus compañeros si le hubieran dicho que uno de ellos podría llegar a dispararle, pero parecía que los últimos acontecimientos se empeñaban en quitarle la razón. Roberto había matado a aquellas mujeres, había quemado sus manos y sus rostros para dificultar la investigación, había dejado aquellos mensajes ocultos en los que demostraba lo loco que estaba... Habían sido compañeros, pero no le conocía en absoluto.

Carlos se puso al frente de un destacamento de cuatro hombres y, con las armas en la mano, se dirigieron al edificio mientras el resto de sus compañeros

les cubrían. Durante aquel trayecto, sintió cómo todos sus nervios se erizaban. En cualquier momento podía abrirse una ventana en el tercer piso y que una lluvia de balas empezara a caer sobre ellos.

Cuando llegó a la puerta del portal, se permitió volver a respirar. Un agente estaba vigilándola y la mantenía abierta. Fueron pasando uno a uno, apuntando a todos lados. Empezaron a subir las escaleras, tratando de hacer el menor ruido posible. A Carlos le parecía que cada una de sus pisadas despertaba ecos en el hueco de la escalera, que sus respiraciones podrían oírse varios pisos por encima de donde estaban...

Al llegar al tercer piso, se colocó frente a la puerta mientras sus compañeros se situaban tras él con las armas preparadas. Carlos tragó saliva con dificultad, pulsó varias veces el timbre y después dio un par de fuertes puñetazos en la puerta.

—Roberto Azkarraga —llamó a gritos—. ¡Departamento de homicidios de la Ertzaintza! Hemos venido a detenerte. Abre la puerta y sal con las manos en alto.

Esperaron unos segundos sin bajar las pistolas. Carlos sintió que aquella espera se le hacía eterna. Puso todos sus sentidos en tratar de percibir cualquier ruido o movimiento que saliera de la vivienda, pero no sucedió nada. Cuando no pudo soportarlo más, volvió a golpear la puerta.

—¡Roberto! Sabemos que estás ahí. No nos lo pongas más difícil. Abre la puerta.

Volvieron a esperar en silencio. Carlos escuchó un par de carraspeos a su espalda, movimientos de pies, murmullos... Los hombres empezaban a ponerse nerviosos. Cuanto más tiempo prolongara Roberto aquella tensión, más probabilidades tendría de terminar con un tiro entre ceja y ceja. Se giró hacia los hombres que esperaban y se encogió de hombros.

—Bueno, él se lo ha buscado. Vamos a entrar. ¿Habéis traído el ariete?

Un par de hombres se adelantaron y golpearon la puerta, que cedió al tercer embate. Ante ellos se divisaba un pasillo desierto y oscuro. Carlos hizo una señal con la cabeza y los hombres entraron y fueron dispersándose por las habitaciones.

—Cocina limpia —escuchó gritar a uno de los hombres.

—Habitación limpia.

—Habitación limpia.

Él se adentró por el pasillo, con la pistola por delante y el dedo en el gatillo. Al fondo del corredor se divisaba un salón. La luz de la mañana entraba por las ventanas entreabiertas, iluminando la estancia. Aún así no pudo distinguir a nadie. Cuando llegó a la puerta, se quedó paralizado. Roberto estaba allí, sentado frente a un escritorio. Estaba inclinado hacia delante con la cabeza apoyada en la mesa, como si se hubiera quedado dormido mientras escribía. Carlos esperó unos segundos, apuntándole con la pistola, pero no detectó el más mínimo movimiento. Después avanzó hacia él y, con mucho cuidado y sin dejar de apuntar, colocó dos dedos en el lateral de su cuello. La piel estaba fría y no detectó ningún signo de pulso.

—Está aquí —gritó para alertar a sus compañeros.

Escuchó pasos apresurados por el pasillo. En menos de tres segundos, todos estaban en la sala, apuntando al cuerpo de Roberto.

—Tranquilos. No hay peligro.

Sin decir nada más, sacó su móvil del bolsillo, lo desbloqueó y buscó el número de Aguirre. El sargento contestó sin dar tiempo a que terminara el primer tono de llamada.

—Aguirre, puedes subir... Sí, le hemos encontrado... Pide un equipo de la

científica. Está muerto.

Media hora después, Natalia llegó al edificio de Roberto. Había más coches de policía con las luces encendidas y un cordón policial que rodeaba la zona y tras el que empezaban a amontonarse periodistas y vecinos curiosos.

Salió del coche, recogió su maletín y, tras enseñar su credencial, cruzó el cordón. Un agente la acompañó hasta el tercer piso. Al llegar al descansillo, encontró a Carlos hablando con una mujer vestida con una bata de felpa y zapatillas con forma de conejo.

—Me da igual que se llevara muy bien con su vecino. Le digo que no puede entrar en la casa. Estamos en medio de una investigación policial —decía Carlos, tratando de mantener un tono tranquilo.

—Pero yo entraba muchas veces. Le llevaba croquetas y arroz con leche, que le encantaba. Sé exactamente cómo están puestas todas las cosas de esa casa. Si me deja entrar, podré decirle si alguien ha movido algo —insistió la mujer.

—Le agradezco muchísimo la colaboración, señora, pero no puede entrar nadie hasta que un forense certifique la muerte y se realice el levantamiento del cadáver. —Carlos se giró hacia Natalia y sonrió como si ella fuera un ángel enviado del cielo para salvarle—. Y hablando del forense, aquí está. Tenemos que dejarla, señora.

—¿Ella es la que va a certificar si está muerto? Eso también podría hacerlo yo.

—No lo dudo, señora, pero yo tengo un carnet que me permite hacerlo y usted no —contestó Natalia, cortante—. Con su permiso.

Natalia entró en la casa y Carlos la siguió. Mientras avanzaban por el pasillo, siguieron escuchando las quejas de la vecina.

—Vaya corte le has pegado a la pobre —se ríó Carlos—. ¿Estás de mal humor?

—Aunque parezca raro por mi profesión, nunca me pone de buen humor tener que ir a la escena de un crimen.

—Lo entiendo. A nadie le gusta el trabajo extra.

—No seas bobo. Además, era un compañero. Le conocía.

—Sí, pero no nos caía bien a ninguno —apuntó Carlos.

—Es una pena que no haya un premio Nobel a la insensibilidad, porque te lo llevarías de calle. —Natalia negó con la cabeza, desesperada—. ¿Dónde está el cuerpo?

—En la sala, al fondo del pasillo.

Entraron en la sala y los policías presentes se apartaron para que pudieran llegar hasta el escritorio. Roberto seguía en la misma posición. Parecía que nadie le había tocado. Natalia abrió su maletín, sacó unos guantes y unas bolsas de pruebas y se acercó al cuerpo.

Al lado de la cabeza de Roberto encontró una caja blanca y verde y un blíster vacío al lado de un vaso de agua. Cogió la caja y se la enseñó a Carlos.

—Luminal. Parece que se lo ha tomado todo.

—¿Puede ser la causa de la muerte?

—Yo apostaría a que sí. ¿Hay señales de lucha o violencia en alguna parte de la casa?

—No, todo está en orden y la puerta no estaba forzada. Todo señala que fue un suicidio.

Natalia asintió y se acercó al cadáver. Después de volver a comprobar su pulso, se giró hacia Carlos.

—Hay algo en la mesa, bajo su cabeza. —Natalia señaló un papel que asomaba por un costado—. ¿Me ayudas a moverle un poco?

Carlos asintió, se acercó a ella y, agarrando a Roberto por los hombros, tiró de él para que la cabeza se levantase. Natalia extrajo el papel y le indicó que podía volver a dejar el cuerpo en la misma posición.

—¿Qué pone? —preguntó Carlos.

Natalia se lo enseñó. Las letras eran muy grandes y ocupaban todo el folio. Sólo había una anotación: Dt 22:22

—Vaya, uno de sus mensajitos —comentó Carlos.

—Sí, vamos a ver qué significa.

Natalia dejó la hoja sobre la mesa, sacó su móvil y, tras abrir el buscador, escribió el mensaje. Después de unos segundos, apareció el resultado:

—Pertenece al Deuteronomio.

—¿Al qué? —preguntó Carlos.

—Es uno de los libros del Antiguo Testamento —explicó Natalia—. Veamos qué dice el versículo: “Si un hombre es sorprendido durmiendo con la esposa de otro, los dos morirán, tanto el hombre que se acostó con ella como la mujer. Así extirparás el mal que haya en medio de Israel”.

—Vaya, creo que podemos considerar esto como una confesión.

—Sí —asintió Natalia—, y como su nota de suicidio.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO UNO

Las calles de Sestao estaban vacías y silenciosas. La ciudad parecía aún más gris aquella mañana de febrero, iluminada por la débil y enfermiza claridad de los primeros rayos del sol que se colaban entre unas nubes oscuras y por las últimas farolas que se resistían a apagarse. Era una día desapacible, con un frío viento que jugueteaba con las hojas secas y los papeles desperdigados por la aceras, provocando pequeños torbellinos.

Carlos volvió a plantearse que no debería estar allí, sino dormido en su cama, arropado hasta las orejas y sintiendo a su lado el cálido cuerpo de Natalia. Decidió no pensarlo más y salir del coche. Le había prometido a Gus que le ayudaría con aquello y ahora no podía echarse atrás. Al menos podía agradecer que no lloviera.

Antes de salir del coche, pulsó dos veces el claxon para avisar a Gus de que ya había llegado y estaba esperándole. Un par de minutos después, el chico salió por la puerta de su portal con cara de pocos amigos.

—¿Es que estás loco? —le dijo a modo de saludo—. ¿A quién se le ocurre tocar el claxon a esta hora?

—Tenía que avisarte de que había llegado...

—Para eso están los móviles. Me haces una perdida y salgo. ¿No sabes que el claxon sólo debe usarse en situaciones de emergencia? Parece increíble que tenga que explicarte esto a ti, que eres policía.

—Ya, pero no soy de tráfico. Soy de homicidios.

—Pues con la mala leche que tienen mis vecinos, me extraña que no haya habido uno aquí. —Gus comprobó que tuviera las zapatillas bien atadas antes de

continuar hablando—. ¿Vamos?

—No es que me apetezca mucho, pero vamos.

Empezaron a correr suavemente, uno al lado del otro. Al cabo de unos doscientos metros, Carlos empezó a sentir que le faltaba el aire. Al final iba a tener razón Natalia cuando le decía que estaba muy desentrenado y que le vendría bien salir a correr con Gus. Se esforzó en no quejarse y seguir corriendo con un ritmo constante. En pocos minutos habían abandonado las estrechas calles del barrio de Gus y habían empezado a correr por una ancha acera, adornada con árboles y con bancos situados cada pocos metros. Carlos tuvo la tentación de pedirle a Gus que se sentaran un rato, pero pensó que el chaval se reiría de él si flojeaba tan pronto. Intentó distraerse mirando la ría, que pasaba paralela a ellos muchos metros más abajo.

—No está mal esto de correr por las mañanas —dijo Gus, sonriente—. Y pensar que no lo había probado nunca y que me reía de la gente que lo hacía...

—Yo sigo pensando que correr por correr es de gilipollas. Sólo hago esto porque Natalia y tú me lo habéis pedido. Y como al final no te presentes a las oposiciones y todo esto sea para nada, dará igual lo que hayas entrenado, porque te perseguiré y te mataré.

—Pues no tengo muy claro que vaya a presentarme. —Ante la mirada de odio profundo que le dirigió Carlos, Gus se apresuro a explicarse—. He estado echando un vistazo a la parte teórica y es muchísimo. Y tengo que aprobar los exámenes de la universidad y hacer el proyecto final de carrera y las prácticas.

—Las prácticas no valen de excusa. Aguirre te ha mantenido en la central aunque hayamos resuelto el caso y sé que no haces otra cosa que tocarte las narices.

—Bueno, pero tengo que estar allí... Y trabajo más de lo que crees. Estamos planificando una nueva base de datos de delincuentes...

—Que os he visto, Gus. Tú y los otros frikis del departamento de informática os pasáis todo el día sentados, comiendo chucherías y bebiendo coca-colas.

—Porque estamos en la fase teórica. Necesitamos mucho azúcar para que el cerebro funcione.

—Sí, claro. Será eso.

Mientras hablaban, llegaron hasta un mirador con un pequeño grupo de árboles. Sus ramas estaban unidas y proporcionaban un refugio natural bajo el que habían colocado un par de bancos. A Carlos le pareció el sitio perfecto para hacer la primera parada.

—Vamos a sentarnos aquí un rato.

—Pero si no llevamos corriendo ni cinco minutos...

—Ya, pero es que hemos salido a lo loco, sin calentar ni nada —dijo Carlos derrumbándose en uno de los bancos.

—Pues si que estás desentrenado. Si tu forma física es lo que piden para ser ertzaina, entro fijo.

—Yo ya pasé las pruebas en mi época, chaval. Ahora puedo relajarme y estar en la forma física que me dé la gana.

—Si sigues así, la forma que tendrás será redonda —bromeó Gus.

—No digas chorradas. Si estoy hecho un chaval —contestó Carlos, mientras sacaba un paquete de tabaco del bolsillo—. ¿Un cigarrillo?

—No me puedo creer que hayas traído tabaco para salir a correr.

—Por supuesto. Yo no voy sin tabaco a ninguna parte. ¿Quieres uno o no?

Gus asintió y Carlos le pasó un cigarrillo. Durante un par de minutos, fumaron en silencio, contemplando el paisaje: la Basílica de Santa María en

primer plano, el Puente Colgante dominando la ría, el punto en el que ésta se abría y se encontraba con el mar... El sol ya estaba algo más alto en el cielo y las nubes se estaban disipando, permitiendo ver grandes trozos de cielo azul.

—Es chulo esto —comentó Gus, pensativo—. Y engañoso. Parece tan tranquilo... Nadie diría que en este lugar pueden pasar cosas malas, pero, si fuera así, ni tú ni tus compañeros tendríais trabajo.

—El mal puede ocultarse en cualquier lugar, incluso entre los nuestros. Acuérdate de Roberto.

—Hace mucho que no te pregunto sobre eso. ¿Habéis cerrado ya el caso?

—Todavía no, pero sólo quedan pequeños detalles. —Carlos se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas, mientras seguía contemplando el paisaje con la mirada perdida—. El padre de Natalia terminó la reconstrucción facial de la última víctima y su familia se puso en contacto con nosotros para identificarla. Estefanía Allende, de Barakaldo. Una brillante psicóloga de sólo treinta y un años. Estaba casada, aunque su matrimonio no iba muy bien. Tenía toda la vida por delante, hasta que un loco se cruzó en su camino...

—No te culpes. No pudimos resolverlo antes...

—Lo sé. No teníamos las piezas necesarias para resolverlo... Es sólo que me planteo la cantidad de veces que me crucé con Roberto en esas semanas. Él sabía que yo estaba investigando esos asesinatos. Estoy seguro de que se reía de mí en su interior. Y yo no lo vi. No pude ver nada... Es extraño. Siempre he tenido una especie de sexto sentido y esta vez no se activó.

—No podías sospechar de un compañero. Es normal. ¿Vais a poder demostrar que lo hizo él?

—Por supuesto. Encontramos varios mechones de pelo en una caja. Los guardaba como una especie de trofeos. El laboratorio ha confirmado que pertenecían a las mujeres asesinadas. También encontramos un rollo de cuerda

cuyo patrón se corresponde con las marcas del cuello de las víctimas. Y en un armario guardaba los botes de maquillaje blanco, las máscaras, los relojes... Había muchísimos.

—No lo entiendo. Eso quiere decir que planeaba matar a muchas más mujeres...

—Quizá se dio cuenta de que estábamos cerca de atraparle y decidió terminar con todo.

—Bueno, entonces hemos salvado a un montón de mujeres. No hay razón para que estés tan desanimado. ¡Venga, vamos a correr otra vez, que te estás amuermando!

—Sí, tienes razón. Todo este caso me da muy mal rollo. No entiendo por qué, pero no me siento bien al haberlo resuelto. —Carlos agitó la cabeza, como si quisiera librarse de sus malos pensamientos—. Vamos a pasar la iglesia, luego bajamos por el Casco Viejo y tiramos hasta el Puente Colgante. El último que llegue paga los cafés y los pinchos.

—¿Café y pincho? Así no vas a conseguir ponerte en forma.

—Ya te he dicho que esto sólo lo hago por ayudarte. Si ni siquiera voy a llevarme un desayuno como recompensa, ya puedes ir olvidándote de mí.

Los dos volvieron a correr. Ni siquiera habían llegado a la Basílica cuando Carlos tuvo que volver a detenerse. Los pulmones le quemaban y el costado le dolía como si le hubieran clavado una lanza. Gus se giró un momento, se burló de él y siguió corriendo. Carlos le dejó seguir y se sentó en un banco. Sería mejor ir a un ritmo más lento. El Puente Colgante no iba a moverse de donde estaba.

Carlos se encontró andando por un amplio pasillo de color blanco. No sabía exactamente dónde estaba ni cómo había llegado allí. No había puertas ni

ventanas ni esquinas. Sólo un pasillo blanco que parecía alargarse hasta el infinito. Extendió la mano para tocar uno de los muros y la retiró cubierta de pintura. No parecía pintura de paredes. Era suave y grasienta y se fundió con su piel al frotar las manos. Parecía maquillaje, pero aquello no tenía sentido.

Cada pocos metros una pintada rompía la uniformidad de las paredes. Parecían haber sido realizadas a brochazos, sin ningún cuidado. Carlos no supo precisar por qué, pero le pareció que quien las había hecho estaba lleno de ira y que aquellas pintadas apresuradas eran su manera de expresarlo. Sólo eran siglas y números: Ts 4:7, Pr 6:32, 1Co 7:2, Jr 3:8... No sabía lo que significaban, pero al mirarlas sentía que un negro presagio crecía en su interior. No quería seguir en aquel pasillo. Se sentía observado, en peligro...

Empezó a correr, pero el pasillo continuaba. No había ningún cambio, ningún desvío. Sólo metros y metros de paredes blancas adornadas por aquellas inscripciones. Cada vez se sentía más angustiado. Empezaba a temer que nunca podría salir de allí, que estaría condenado a vagar para siempre por aquel pasillo infinito...

Entonces lo vio. El pasillo se ensanchaba un poco más adelante para dar paso a una amplia estancia. Corrió hacia allí y entró. La puerta se cerró a su espalda con fuerza, haciendo retumbar las paredes. Carlos se quedó paralizado, sin saber cómo escapar.

La sala era muy diferente al pasillo que acababa de dejar atrás. Las paredes eran metálicas, de un gris acerado muy oscuro que reflejaba el brillo de las lámparas fluorescentes, que titilaban continuamente y le ponían nervioso. No había mobiliario en la sala, tan solo cuatro camillas metálicas cubiertas por sábanas. Bajo las telas se adivinaban los bultos de cuatro cuerpos.

Carlos sintió que su respiración se alteraba. No quería mirar bajo aquellas sábanas, pero sabía que hacerlo era su única posibilidad de salir de aquel lugar. Intentó controlar el temblor de su mano y retiró la sábana que cubría la camilla

más cercana. Sobre ella descansaba el cuerpo desnudo de Andrea Martínez, la primera víctima. No estaba desfigurada. Yacía con una sonrisa en la cara y una expresión de paz en el rostro. Su piel no tenía la palidez de los cadáveres. Incluso parecía que sus mejillas estaban sonrosadas.

Se acercó a la segunda camilla y levantó la tela que la cubría. Descubrió a una mujer de cabello oscuro y ondulado y piel morena. Era Carmen, la segunda víctima, la mujer de Salazar, el forense. Su piel también estaba impoluta y tenía tan buen aspecto que Carlos se preguntó si estaría viva.

Con paso vacilante se acercó a la tercera camilla y retiró la sábana. Tal y como había esperado, era Estefanía la que descansaba allí, tan hermosa y saludable como aparecía en las fotos en las que estaba viva.

¿Qué significaba todo aquello? ¿Y quién descansaba en la cuarta camilla? Sólo había habido tres víctimas. Sintió de nuevo un peso en el fondo de su estómago y su respiración se aceleró. No sabía por qué, pero no quería destapar aquella última camilla. No quería saber lo que ocultaba.

El bulto de la cuarta camilla empezó a temblar y a estremecerse. Carlos reculó un par de pasos y chocó contra la camilla de Carmen. La mujer ya no reposaba tranquila sobre la superficie metálica. Se había incorporado y estaba sentada, tendiendo los brazos hacia él como si pretendiera atraparle, mientras soltaba un aullido de dolor que retumbó en las paredes de la estancia.

Las otras dos mujeres también se habían incorporado. Sus rostros ya no eran hermosos y apacibles. Se derretían frente a sus ojos. La piel se volvía líquida y blanquecina y chorreaba hasta el suelo en gruesos goterones de maquillaje blanco. Empezaron a gritar, unos chillidos agudos e histéricos que se le clavaron en el alma. Carlos reculó unos pasos hasta chocar con la puerta de la sala. Trató de abrirla, pero el picaporte no cedió. Las mujeres trataban de bajarse de las camillas y llegar hasta él, extendiendo los brazos frente a ellas mientras continuaban chillando.

La figura de la última camilla consiguió incorporarse. La sábana se deslizó hasta su cintura, dejando ver su rostro. Era Roberto. Durante unos segundos, permaneció quieto, con los ojos cerrados, como si meditara. De repente, los abrió y los fijó en el rostro de Carlos. Negó con la cabeza muy lentamente mientras de sus ojos caían lágrimas espesas de color blanco. Abrió la boca y tan sólo pronunció cinco palabras:

Sabes que no fui yo.

Carlos se sentó en la cama, gritando. Tenía el cuerpo cubierto de sudor frío y el corazón le latía con tanta fuerza que parecía que quisiera escapar por su boca. Sintió movimiento a su lado y la lámpara de la mesilla de Natalia se encendió. La débil luz consiguió que el terror se redujera. No estaba en aquel pasillo. No estaba en aquella sala. Había escapado. Todo había sido un sueño.

—Carlos, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí... No... No lo sé. —Se incorporó hacia delante y se frotó los ojos con las manos para tratar de alejar de su conciencia aquellas imágenes—. Ha sido una pesadilla.

—¿Qué has visto? —preguntó ella, preocupada.

—No estoy seguro... Las víctimas... Y Roberto... Roberto era una víctima más...

—No te entiendo. Roberto fue quien las mató.

—No en mi sueño. Él decía que no era el culpable. Creo que trataba de advertirme de que nos habíamos equivocado.

Ella le pasó un brazo por los hombros y atrajo su cuerpo para abrazarle. Le dio un suave beso en la cabeza y apartó un mechón rebelde de su frente.

—Sólo ha sido un sueño, Carlos. El caso está resuelto. Lo cerraremos en

un par de días —le dijo ella con el tono suave con el que se habla a los niños para tranquilizarles—. Lo resolvimos e hicimos un buen trabajo. No tienes que darle más vueltas.

—Lo sé, cariño. —Carlos espiró un par de veces con fuerza para eliminar la angustia que se había asentado en el interior de su pecho—. Duerme tranquila. Yo voy a levantarme para tomar un vaso de leche caliente y ahora vuelvo.

Natalia volvió a tumbarse y apagó la luz de la mesilla. Carlos salió de la cama, con cuidado de no pisar a Art para no despertarlo. Sus precauciones fueron inútiles. El perro ya estaba despierto desde hacía rato y le siguió hasta la cocina mirándolo como si estuviera preocupado por él. Carlos no pudo evitar una sonrisa. Abrió el bote de galletas y le dio una.

—Eres un gran perro guardián. Gracias por cuidar de mí.

Art se tumbó en el suelo de la cocina con la cabeza entre las patas, dispuesto a seguir vigilándole. Carlos abrió la nevera, sacó la botella de leche y volvió a guardarla. Un vaso de leche caliente no era lo que necesitaba para exorcizar a sus demonios. Abrió un pequeño armario, sacó una botella de vodka, se sirvió medio vaso y lo apuró de un solo trago. El líquido le quemó mientras descendía por su esófago y continuó calentando su estómago como si hubieran prendido una pequeña hoguera. Carlos apoyó las dos manos en la encimera y disfrutó de la sensación. Aquel calor eliminó el frío de la sala de autopsias de su sueño, le hizo sentirse un poco más vivo y más seguro.

Llenó otro vaso y se lo llevó a la sala para sentarse frente al ventanal. Aún era de noche y Bilbao parecía un muestrario de pequeñas piedras preciosas que brillasen sobre terciopelo negro. Buscó un cigarrillo y se lo fumó mientras disfrutaba de las vistas, del sabor rasposo del vodka en su lengua, de la silenciosa compañía de Art... Sólo tenía que serenarse y podría olvidar aquel maldito sueño y volver a la cama.

El amanecer le sorprendió sentado en el mismo lugar, sin haber podido

detener sus pensamientos. Algo estaba equivocado en aquel caso y tenía que descubrirlo.

CAPÍTULO DOS

Eran más de las tres de la tarde, pero el local seguía lleno a rebosar. Desde una esquina, un camarero miraba fijamente a Carlos con cara de pocos amigos. Fingió no darse cuenta y estar muy ocupado revisando su móvil. Por el rabillo del ojo vio cómo el camarero se acercaba. Se puso al lado de la mesa con las manos colocadas a la espalda y carraspeó ligeramente para llamar su atención. Carlos levantó la mirada y le dedicó una amable sonrisa.

—¿Necesita algo? —preguntó, solícito.

—Sí. Su reserva era para las dos y media y tenemos mucha gente esperando. Si no va a consumir nada, voy a tener que pedirle que deje la mesa libre.

—Como sabrá, mi reserva era para tres personas. Mis acompañantes se han retrasado un poco, pero tienen que estar al llegar. —Carlos volvió a sonreír a modo de disculpa—. Puede estar tranquilo. Le dejaremos una propina que compense todas las molestias que le estemos causando.

El camarero frunció el ceño, pero se marchó con la cabeza alta y gesto ofendido sin decir nada más, como si le molestara el mero hecho de tener que rebajarse a hablar con él. Carlos volvió a mirar su móvil, mientras pensaba que no iba a dejarle un solo euro de propina a aquel estirado. En aquel momento se abrió la puerta y Natalia y Gus entraron en el local. Él levantó la mano para que le vieran y se dirigieran a la mesa.

—Vaya horas —protestó mientras tomaban asiento.

—Ha sido culpa de Natalia. Yo estaba preparado para salir, pero Natalia se ha liado a destripar gente. Ya sabes cómo le gustan esas cosas...

—Era una autopsia importante. No podía dejarla a medias —se disculpó Natalia—. Si me hubieras avisado de esta invitación a comer con más tiempo, podría haberme organizado mejor. Había planeado hacer la autopsia hasta las tres y luego sacar un sándwich de la máquina...

—Y comértelo allí mismo, entre los muertos —interrumpió Gus—. ¡Qué estómago tienes, tía!

—Es un trabajo. Cuestión de acostumbrarse. —Natalia se encogió de hombros para quitarle importancia y se giró hacia Carlos—. ¿Puedes decirnos ahora a qué se debe esta invitación?

El camarero se acercó en aquel momento a tomarles nota. Pareció muy molesto al ver que todavía no habían decidido qué comer, así que se quedó de pie, al lado de la mesa, metiendo presión. Cuando por fin pidieron y se marchó, Carlos retomó la conversación:

—Quería hablaros sobre el caso de Azkar y Quicklove...

—No, Carlos, por favor... —Natalia se tapó la cara con las manos mientras negaba con la cabeza—. ¿Sigues dándole vueltas a eso?

—¿Vueltas a qué? —preguntó Gus, intrigado.

—Carlos tuvo un sueño la otra noche y ahora cree que Roberto no fue el culpable, sino una víctima más, y que tenemos que seguir investigando para hacerle justicia.

—He intentado olvidarlo, pero llevo días dándole vueltas y cada vez encuentro más cosas que no cuadran —se justificó Carlos.

—Todo cuadra. Todas las pistas le señalan a él. Lo único que no cuadra es tu sueño, pero no es más que eso: un sueño.

—¿Quieres hacer el favor de escucharme hasta el final? —Carlos elevó un poco la voz, haciendo que los clientes de las mesas vecinas se giraran hacia

ellos. Al darse cuenta, se inclinó sobre la mesa y bajó el tono, haciendo que sus acompañantes también tuvieran que acercarse para escucharle—. Dejadme que os lo explique. Si, cuando acabe, seguís pensando que no hay nada que investigar, lo olvidaré todo y no volveré a molestaros.

—¿De verdad? ¿Nada de hablar de sueños proféticos, de corazonadas, de que “te lo dicen las tripas”? —preguntó ella, sarcástica.

—Lo juro, pero a cambio exijo que tengáis los dos una mentalidad abierta.

Natalia asintió, dando su conformidad. Gus se limitó a echarse hacia atrás en la silla y encogerse de hombros.

—A mí no me miréis. Yo soy un mandado.

—No, Gus. Tú también eres importante —dijo Carlos—. Quiero tu opinión sincera. Si, cuando acabe de hablar, los dos creéis que lo que digo no tiene sentido, lo olvidaré.

—De acuerdo. Dispara —contestó Gus.

Carlos inspiró con fuerza, sacó una libreta de su chaqueta y, después de pasar unas cuantas páginas hasta encontrar lo que buscaba, empezó a hablar:

—Bien, veamos... Estoy de acuerdo con vosotros en que hay un montón de pistas que parecen indicar que Roberto era el culpable: la altura y la constitución física, la edad...

—Y la IP de su ordenador. Y los mechones de pelo de las víctimas en su casa. Y la caja de Luminal que se había tomado. Y la abreviatura de la Biblia escrita de su puño y letra en su nota de suicidio... —interrumpió Natalia.

—Perdona... ¿No iba a hablar yo? —preguntó Carlos, molesto—. Sé que todo eso parece indicar que él es el culpable. De hecho, hasta hace unos días, yo mismo estaba dispuesto a cerrar el caso.

—Las pruebas siguen estando ahí, Carlos. Lo único que ha cambiado es

que has tenido un puñetero sueño...

—Que me ha hecho ver que todas esas pruebas pueden estar manipuladas —la cortó Carlos, volviendo a elevar la voz—. Ahora me doy cuenta de que hay muchas cosas que no concuerdan y que hemos ignorado para poder cerrar el caso.

—¿Cómo qué? —Natalia se echó hacia atrás en la silla con los brazos cruzados frente al pecho, en actitud desafiante.

—Pues muchas... Por ejemplo, sospechábamos que el asesino tenía que ser alguien casado o viudo y con una posible condena por violencia de género. Roberto era soltero y su historial de penales estaba limpio.

—Bueno, no hace falta haber estado casado para haber tenido malas experiencias amorosas. Puede que en su pasado hubiera una novia que le hiciera mucho daño... —sugirió Natalia.

—¿Y la condena por violencia de género? —insistió Carlos.

—Eso sólo era una suposición, un camino para tratar de encontrar al asesino de alguna forma. Ahora vemos que era un camino que no llevaba a ninguna parte. —Natalia suspiró y se echó hacia delante mientras se explicaba—. Puede que Roberto se sintiera herido por alguna relación de su pasado, pero que no hubiera tomado ninguna represalia contra aquella mujer. Su ira se quedó dentro, hirviendo a fuego lento, hasta que estalló.

—No me convence, pero lo dejaremos de momento —contestó Carlos—. No me preocupa, tengo más argumentos. ¿Cómo explicas lo del Luminal? Roberto no era epiléptico y he buscado en la lista de pacientes que nos pasó Aguirre y tampoco he encontrado a ningún familiar directo.

—No lo sé. —Natalia negó con la cabeza—. Puede que tenga algún familiar lejano o algún amigo al que se lo robe, puede que lo comprara de forma ilegal a través de Internet, puede que lo encontrara en el registro de alguna

vivienda y decidiera quedárselo... No sé de dónde pudo sacarlo, pero lo que no podemos negar es que tenía acceso a ese medicamento. De hecho, le encontramos con una caja entera en el estómago.

—Porque el verdadero asesino pudo ponerlo ahí —sugirió Carlos.

—¿En serio crees eso? Roberto era un hombre fuerte, entrenado en lucha cuerpo a cuerpo y con armas de fuego. ¿Crees que alguien entró en su casa y le hizo tomar una dosis letal de barbitúricos sin que él opusiera resistencia? ¿Te parece más fácil pensar eso que creer que se dio cuenta de que estábamos a punto de atraparlo y decidió suicidarse?

—No me cuadra que Roberto se suicidara. Se quería demasiado a sí mismo...

—No te cuadra porque no quieres que te cuadre, Carlos.

El camarero llegó en aquel momento con los platos que habían pedido. Los tres se mantuvieron en silencio hasta que les sirvieron. Cuando el camarero se alejó, Carlos se encaró hacia Gus:

—¿Tú qué opinas?

—Lo siento, macho... Estás solo. Yo tampoco lo veo. —Gus cogió su tenedor y empezó a remover el plato—. Me gustaría poder apoyarte, pero creo que no hay nada que investigar.

—¿En serio? ¿No te ha convencido nada de lo que he dicho?

—No, me convencen mucho más los argumentos de Natalia. —Gus se encogió de hombros—. Pero, si estás tan seguro, empieza a investigar por ti mismo. Si en algún momento encuentras algo que me convenza, tendrás mi colaboración absoluta. Prometido.

Natalia se permitió una sonrisa de triunfo antes de empezar a comer. Carlos les lanzó una mirada furiosa, pero decidió no seguir discutiendo. Ya les

convencería cuando tuviera más pruebas. Y también debía convencerles de que, ya que no le habían hecho ni caso, iban a ser ellos los que pagaran aquella comida.

Ya había anochecido por completo cuando Gus aparcó en el parking de la discoteca. Se había liado en la central y había acabado muy tarde. Menos mal que Natalia le había vuelto a prestar su coche.

Gus se bajó y se quedó unos minutos sentado sobre el capó, fumando un cigarrillo. Le habría gustado estar un rato tranquilo, pero el parking estaba casi lleno y había mucha gente, apoyada en sus coches como él, fumando o bebiendo. Algunos coches tenían el capó abierto para permitir que una música atronadora surgiera de los subwoofers. Las diferentes melodías se mezclaban, provocando una refinada tortura para cualquier oído acostumbrado a la buena música. Arrojó al suelo su cigarrillo y se dirigió a la entrada. Si iban a torturarlo con reggaetón, prefería que lo hiciesen de forma ordenada: una canción espantosa cada vez.

Después de pagar un precio escandaloso por la entrada, se dirigió a la pista de baile buscando a Lorena. Temía encontrársela enfadada por su tardanza, pero estaba bailando muy animada, rodeada de sus amigas. En cuanto le vio, ella se lanzó a sus brazos y le plantó un largo y húmedo beso que sabía a alcohol y melocotón.

—Hola, Gus —le saludó ella. Sólo con aquellas dos palabras, él notó que la lengua le resbalaba. Debían de haber empezado a beber hacía un buen rato—. Llegas tarde.

—Lo sé. Lo siento mucho. Me lié en el trabajo.

—¿Quieres bailar? —Ella le echó los brazos al cuello, metió una de sus piernas entre las de él y empezó a restregarse de forma sinuosa.

—Es muy tentador, pero ya sabes que no bailo.

—No seas aburrido... Baila conmigo. —Lorena frunció los labios en un gesto que a él le resultó encantador.

—Creo que necesito un par de copas antes de ponerme a tu nivel. Voy a buscar algo a la barra. Te prometo que, en cuanto pierda la vergüenza, te concederé mi primer baile.

—Vale, soso. Los chicos están ahí.

Lorena le señaló una mesa en la que Gus pudo distinguir a todos los amigos de Lorena. Como mandaban las tradiciones vascas, ninguno de ellos bailaba. Gus les hizo un gesto de saludo con la mano y se dirigió a la barra. Tuvo que soportar todo el *Despacito* de Fonsi antes de que la camarera se dignara a mirarle y a ponerle un vodka con coca-cola.

Con su bebida en la mano, se dirigió a la mesa de los amigos de Lorena y se sentó a su lado. Ellos le saludaron amablemente y después continuaron con sus conversaciones. Gus trató de integrarse en alguna de las charlas, pero le fue imposible. La música estaba demasiado alta y, por las pocas palabras que logró captar, descubrió que estaban hablando de temas como golf o navegación a vela. Se recostó en el sofá y se entretuvo mirando bailar a Lorena y sus amigas mientras se tomaba una copa tras otra.

Al cuarto vodka con coca-cola ya se había fundido todo el dinero que llevaba para aquella noche. Salir con Lorena le estaba saliendo carísimo. No sólo se estaba gastando todo el dinero que le estaba pagando la Ertzaintza por sus prácticas, sino que ya había empezado a gastarse el dinero que tenía ahorrado para comprar un coche. Si seguía así, Natalia tendría que prestarle el suyo durante toda su vida.

Miró de nuevo hacia la pista. Lorena estaba bailando con los ojos cerrados y una sonrisa en la cara. La luz de los focos iluminaba su larga melena rubia y hacía resplandecer su corto vestido blanco. Parecía un ángel, el tipo de chica por el que sólo puedes suspirar en la lejanía y que nunca te dedica una segunda

mirada, el tipo de chica con el que los tíos como él sólo podían soñar. Y era su novia. No importaba el dinero que tuviera que gastarse o los favores que tuviera que pedir. Merecía la pena.

El volumen de la música, el rumor de las conversaciones y las cuatro copas que se había tomado le estaban provocando mareo y dolor de cabeza. Se levantó del sofá, se despidió a gritos de los chicos y se dirigió a la pista de baile. En cuanto le vio entrar, Lorena sonrió, volvió a engancharse a su cuello y a contonearse frente a él. Gus le devolvió la sonrisa, la abrazó por la cintura y trató de moverse un poco al ritmo de la música.

—¿Nos vamos? —le susurró al oído.

—¿En serio? Si nos lo estamos pasando muy bien... —Lorena volvió a poner morritos de niña enfadada.

—Sabes que detesto este tipo de música. No puedo hablar con tus amigos porque no oigo la mitad de lo que dicen y están hablando de cosas que no entiendo... Vámonos, por favor.

—De acuerdo, pero me debes una —dijo ella, señalándole con el dedo índice.

—Te debo todo lo que quieras, pero vámonos de aquí antes de que me vuelva loco.

Salieron de la discoteca agarrados de la cintura. Cuando llegaron al coche y se sentaron, Gus conectó el equipo de música y dejó que las primeras notas de *The call of Ktulu*, interpretada por Metallica y la orquesta sinfónica de San Francisco, invadieran el compartimento. Apoyó la cabeza en el respaldo y, con los ojos cerrados, sacó un cigarrillo del bolsillo y empezó a fumar con una sonrisa en la cara.

—No entiendo cómo te puede gustar esa música. —La aguda voz de Lorena interrumpió su momento de paz—. A mí me pone nerviosa. Es tan

siniestra...

—Shhhh, dame un minuto, por favor —contestó Gus, con los ojos aún cerrados—. Yo he pasado dos horas dentro de ese infierno por ti. Sólo un minuto.

Lorena no protestó, aunque, al cabo de unos segundos, empezó a hacer ruido buscando algo en su bolso. Gus se resignó a abrir los ojos para mirar qué hacía. Lorena iba sacando cosas y colocándolas sobre el salpicadero.

—¿Se puede saber qué haces ahora?

—Retocarme el maquillaje. —Lorena consiguió encontrar su polvera y su pintalabios y movió el espejo del coche para mirarse—. ¿A dónde vamos?

—Yo me he quedado sin un euro, así que a algún sitio no muy caro —sugirió Gus.

—Vale, vamos a Artxanda.

Gus tragó saliva y, sin decir palabra, arrancó el coche. El monte Artxanda era el picadero oficial de todos los bilbaínos los fines de semana. Las cunetas de las carreteras que subían al monte se llenaban de coches con las ventanillas empañadas. O al menos eso había oído. A lo mejor era una leyenda urbana y Lorena sólo quería ir a admirar las vistas de Bilbao. Se concentró en conducir y en no hacerse demasiadas esperanzas, aunque las manos le sudaban tanto que el volante se le resbalaba.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó para distraerse.

—Podríamos ir al cine y quedar luego con mis amigos para ir a tomar unos vinitos al Puerto Viejo de Algorta. Y luego podríamos ir a cenar algo. Hay un italiano que te mueres...

—¿Y qué tal un plan más barato? Podríamos quedar con mis amigos y así te los presento —sugirió Gus, emocionado—. Tengo un colega que tiene una

televisión enorme. Ocupa media pared y tiene un sistema de sonido alucinante. Es como estar en el cine...

—¿Y para qué queremos estar como en el cine pudiendo ir al cine? —le cortó Lorena.

—Bueno, es más barato y así podrías conocer a Rubén y a Joseba. A Joseba ya le conoces. Va a clase con nosotros.

—¿Le conozco? ¿En serio?

—Sí, es ése chaval gordito que suele ir conmigo. Viste de negro, como yo...

—No me suena. Igual no me he fijado nunca en él.

—Claro, los de vuestra clase no soléis vernos —susurró Gus, dolido—. Bueno, ¿entonces te apuntas? Vemos una peli, jugamos una partida de rol, pedimos unas pizzas...

—Perdona, pero en serio que no me apetece nada un plan tan cutre...

—Vale, no pasa nada. Haremos lo que tú quieras.

Gus siguió conduciendo sin decir nada más. Cuando salieron de la ciudad, empezaron a ascender el monte por una carretera estrecha y llena de curvas. Varios minutos después, Lorena le indicó que saliera de la carretera y metiera el coche en una cuesta empinada cubierta de hierba. Gus paró y se aseguró de dejar bien puesto el freno de mano. No quería que el coche de Natalia empezara a resbalar y acabase en la ría. Aunque, sinceramente, con todo lo que había llovido en los últimos días, le preocupaba más que se quedara atascado en el barro y no lo pudiera sacar.

A pesar de la oscuridad reinante, contempló los alrededores. A la derecha se levantaba una fila de árboles que, en aquel mes de febrero, aparecían desnudos y descarnados. Varios cientos de metros por detrás de los árboles,

brillaban algunas luces provenientes de los edificios más cercanos. En la campa en la que habían estacionado distinguió algunas mesas y bancos. El lugar debía ser un merendero al que acudirían las familias en los días de verano.

Frente a él, muchos metros más abajo, se divisaba la ciudad. Podía distinguir el puente de la Salve, con aquel arco de color rojo tan espantoso que le habían colocado como adorno. La torre Iberdrola dominaba el paisaje, destacando sobre un mosaico de luces doradas. Oyó como Lorena se soltaba el cinturón de seguridad y se acercaba a él para poner la cabeza en su hombro.

—¿No estarás enfadado por lo de antes?

—No, no pasa nada —mintió él—. Ya te he dicho que haremos lo que tú quieras.

—Me alegro. No quería decírtelo, pero te vendría bien dejar de ir con esa gente. Tú ya no eres como ellos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ahora estás conmigo, estás en el grupo de los vencedores. —Lorena le agarró por la barbilla y le obligó a mirarla para darle un suave beso en los labios—. No puedes mezclarte con esa gente y llevar las pintas que ellos llevan.

—¿Qué pintas? Pero si voy genial —protestó Gus, señalándose.

—Vas genial los fines de semana, cuando quedas conmigo, pero para ir a clase sigues llevando esa horrible ropa negra y esa chaqueta vieja. —Ella continuó dándole besos mientras hablaba, descendiendo por su cuello—. Vamos a la misma clase. Te veo todos los días, ¿recuerdas?

—Sí, bueno, pero pensé que no te importaría cómo fuese vestido a clase.

—Yo soy tu novia veinticuatro horas al día todos los días de la semana. —Lorena dejó de hablar durante unos segundos para lamer y mordisquear suavemente su cuello—. Y me gusta verte guapo siempre.

—Vale... Bien... Esto... Intentaré mejorar —dijo Gus, notando que la respiración se le aceleraba y que no podía pensar con claridad.

—Y habrá que hacer algo con tu pelo...

—No, mi pelo no. —Gus sintió que la excitación desaparecía y que recuperaba el control de golpe—. Mi pelo es sagrado. Pídeme cualquier cosa menos que me corte el pelo.

—Pero si ibas a estar mucho más guapo... Ese pelo tan largo te da pinta de vagabundo. Te pareces al tío que lidera ese partido para pobres.

—¿Pablo Iglesias, el de Podemos?

—Sí, ése. —Lorena volvió a atacar el cuello de Gus con suaves mordiscos—. ¿Es que no quieres estar guapo para mí? ¿No te gustaría que tu novia estuviera orgullosa de ti?

—Joder, Lorena... —Gus olvidó su siguiente argumento al notar que ella deslizaba la mano por su abdomen y empezaba a jugar con la cremallera de sus vaqueros—. En serio, mi pelo no.

—Voy a ver si consigo que al menos te lo pienses.

Lorena manipuló un mando del lateral del asiento y éste se deslizó hacia atrás y hacia abajo, haciendo que Gus quedase casi tumbado. Lorena le sonrió, traviesa, mientras se colocaba a horcajadas sobre él y empezaba a besarle. El último pensamiento racional que pudo permitirse antes de dejar que su mente se consumiera en una hoguera fue que Natalia nunca debía enterarse de que aquello había sucedido en su coche.

CAPÍTULO TRES

Tras dejar atrás el municipio de Ortuella, Carlos siguió conduciendo por una carretera estrecha, rodeada de pastos y cultivos. El día estaba despejado y en el cielo azul tan sólo se vislumbraban unas pocas nubes de color blanco que no presagiaban lluvia. El paisaje era hermoso y tranquilo. A pesar de que todavía hacía mucho frío y de que era probable que la hierba estuviera húmeda, daban ganas de aparcar el coche, sentarse bajo un árbol y disfrutar de la paz de aquel lugar. Por desgracia, no había ido hasta allí para hacer turismo, sino para mantener una conversación que, muy probablemente, sería desagradable.

El GPS le indicó que tomara el siguiente desvío. Se internó por un camino de tierra que llevaba hasta una casa de tejado rojo a dos aguas y paredes encaladas. En la parte delantera había un pequeño huerto con árboles frutales y varias hileras de verduras que Carlos no supo identificar. La agricultura nunca había sido lo suyo. Sólo sabía distinguir las verduras si venían envueltas en poliespán y con una etiqueta que indicase lo que eran.

Un enorme mastín despertó de su sueño al oír el ruido del motor. Se levantó de un salto y empezó a ladrar con una voz grave y potente. Aunque estaba atado con una gruesa cadena, Carlos no se atrevió a bajar del coche hasta que una pareja de ancianos salió de la casa. La mujer mandó callar al perro, que se tumbó de nuevo y colocó la cabeza sobre una de sus patas delanteras para mirarle con aire aburrido.

Carlos abrió la puerta del coche y se acercó con una sonrisa y la mano extendida. El hombre se la estrechó, aunque siguió mirándole con aire suspicaz.

—El señor Azkarraga y su esposa, ¿verdad? —preguntó Carlos.

—Sí. ¿Y usted quién es?

Se permitió un momento de duda. No sabía si Roberto les habría hablado de él alguna vez cuando eran compañeros. Si era así, no sería bien recibido en aquella casa. Volvió a sonreír y decidió mentir, mientras rezaba para que no le pidieran que les enseñara la placa.

—Sebastián Casado, inspector de homicidios de la Ertzaintza. Estoy a cargo de la investigación sobre su hijo.

—¿Qué más quieren que les digamos? ¿Cuánta mierda más pretenden echar sobre su memoria? —protestó la mujer.

—Maite, calla un poco... —le pidió el hombre—. Ya hemos contestado a todas sus preguntas. No sabíamos nada sobre esos asesinatos. Nunca sospechamos nada de nuestro hijo. De hecho, a día de hoy, seguimos sin creer que él haya podido hacer esas barbaridades de las que le acusan.

—Les comprendo y créanme que siento la muerte de su hijo —dijo Carlos, bajando la mirada—. El problema es que estoy tratando de cerrar el caso y hay algunos puntos que no me cuadran...

—Claro que no le cuadran —intervino de nuevo la mujer—. Mi hijo era inocente. Han buscado a alguien a quien echarle las culpas y les da igual que cuadre o no. Con lo buen chico que fue mi hijo siempre...

—Por eso estoy aquí, señora. Puedo prometerle que, mientras no esté totalmente convencido de la culpabilidad de Roberto, no cerraré el caso. — Carlos se puso una mano en el pecho, como si estuviera realizando un juramento.

—Está bien. Pase dentro. —El hombre le señaló la puerta—. Este frío no es bueno para mi reuma.

El perro volvió a incorporarse y le lanzó un gruñido quedo que surgía del centro de su pecho. Por un momento, Carlos se planteó que se había dado cuenta de que mentía y que le desgarraría el cuello a la menor oportunidad. Pasó a su

lado con la mirada clavada en el suelo, tratando de parecer inofensivo.

La pareja le guió hasta una pequeña cocina muy iluminada. Se sentaron a una mesa y, mientras la mujer servía café para todos, Carlos contempló a través de la ventana las suaves colinas doradas por el sol que rodeaban el valle.

—Este es un sitio precioso. Muy tranquilo —comentó Carlos cuando la mujer se sentó con ellos a la mesa.

—¿Verdad que sí? Pues a Roberto nunca le gustó. Él siempre fue un chico de ciudad. Decía que se aburría mucho aquí —respondió ella.

—¿En serio? A mí me encantaría vivir en un sitio así... No está muy lejos de la ciudad y puedes disfrutar de todas las cosas buenas que tiene el campo: salir a montar en bici, hacer senderismo...

—Roberto odiaba todas esas cosas —dijo el padre—. Nunca quiso acompañarme a pescar ni a buscar setas ni a dar una vuelta con el perro.

—¿No le gustaba hacer senderismo? ¡Qué extraño! Se le veía en buena forma...

—Le gustaba mucho ir al gimnasio. Se pasaba el día haciendo pesas —comentó el hombre—. Pero odiaba la naturaleza. Creo que, de alguna forma, se avergonzaba de haber nacido en un pueblo pequeño, de ser hijo y nieto de gente de campo, y trataba de cortar con todo lo que tuviera que ver con sus raíces. ¿Era sobre esto de lo que quería hablarnos?

—No, quería preguntarles sobre la salud de Roberto. ¿Tenía alguna enfermedad crónica?

—No, ninguna. Siempre fue un chico fuerte y sano —respondió la madre.

—Vaya, no me esperaba esto. —Carlos sacó la libreta y consultó sus notas—. ¿Tienen algún pariente cercano que padezca epilepsia o antecedentes de epilepsia en la familia?

El hombre y la mujer se miraron extrañados mientras negaban con la cabeza al mismo tiempo. Después volvieron el rostro hacia él y le miraron con una idéntica expresión de confusión. La coordinación fue tan exacta que Carlos tuvo que reprimir la risa.

—¿Roberto o alguien de su familia o amigos cercanos tomaba un medicamento llamado Luminal?

—No, nos suena de nada. ¿Qué es ese medicamento?

—Fenobarbital... —Leyó Carlos en su libreta—. Es un medicamento usado para el tratamiento de la epilepsia.

—No, ya le hemos dicho que no. No nos suena ningún caso ni en la familia ni entre sus amigos. Y es una enfermedad que nos habría comentado.

—Pasemos a otro punto entonces —sugirió Carlos—. ¿Saben si Roberto era una persona muy religiosa?

—Para nada —contestó su padre—. Aparte de asistir a bodas, bautizos o funerales, creo que la última vez que pisó una iglesia por voluntad propia fue en el día de su primera comunión.

—¿Entonces no tenía creencias religiosas arraigadas?

—No, de hecho no creía en nada —dijo su madre—. Alguna vez hablamos del tema y comentó que a veces pensaba que tenía que haber algo más, pero que no lo tenía nada claro.

—Entonces era agnóstico —sugirió Carlos.

—No, beber sí bebía. No mucho —comentó el padre—. Una copilla de vino con las comidas y un licorcillo después... Cuando salía de fiesta, bebería más.

—No, no... Agnóstico, no abstemio —le corrigió Carlos. Ante la mirada de desconcierto del hombre, decidió cambiar de tema—. Roberto era soltero,

¿verdad?

—Sí, nunca se casó —contestó su madre.

—¿Tuvo alguna relación especialmente tormentosa? Ya saben, alguna mujer que le hiciera mucho daño... Quizá alguna vez estuvo a punto de casarse y descubrió que ella le era infiel.

—No que nosotros sepamos —contestó la madre—. No lo creo. Era un chico muy guapo y tenía mucho éxito con las mujeres, pero creo que nunca se había planteado sentar la cabeza y formar una familia. Era joven todavía, aunque ahora ya no podrá hacerlo...

La mujer apartó la mirada y se levantó para recoger las tazas. Tras dejarlas en el fregadero, se limpió con disimulo un par de lágrimas furtivas con el vuelo de su delantal. Carlos se sintió culpable por estar allí mintiéndoles y hurgando en heridas que todavía estaban demasiado frescas, pero decidió insistir un poco más.

—¿Qué impresión creen que tenía Roberto sobre la mujeres? ¿Para él eran sólo diversión, un objeto, una posesión?

La mujer se giró de nuevo hacia la mesa y plantó ambas manos sobre su superficie con un golpe seco. Volvía a tener los ojos anegados en lágrimas y todo su cuerpo temblaba por la ira contenida.

—Escúcheme bien... Mi hijo no era nada de eso que han dicho en las noticias. No era un maltratador de mujeres, ni un loco, ni un asesino. Era un buen chico: guapo, inteligente, trabajador, triunfador... El problema es ese cabrón de compañero que tuvo hace un par de años, ese tal Carlos Vega. Por su culpa le apartaron de casos importantes y, aún así, no ha parado hasta acusarle de unos crímenes que mi hijo no ha cometido.

—Bueno... No creo que el inspector Vega sea como piensan... —Carlos intentó calmarla mientras se felicitaba por haberse presentado con un nombre

falso—. Yo sólo les estoy preguntando para poder corroborar o desmentir nuestros indicios.

—Mi hijo no era ningún psicópata asesino de mujeres. Era un alma sensible. Que no hubiera tenido una pareja estable no quiere decir que no tuviera sentimientos, sino que todavía no había aparecido la chica adecuada. —La mujer se quedó en silencio, como si estuviera recapacitando sobre una idea—. Espere un segundo.

Salió de la cocina tan rápido como pudo. Carlos y su marido se quedaron en un silencio incómodo, escuchando el repiquetear de las chanclas de la mujer al subir las escaleras. Un par de minutos después, volvió a aparecer llevando en las manos un viejo cuaderno.

—Mire, están escritos por Roberto. —La mujer le puso el cuaderno delante—. Son poemas de amor que escribió durante su adolescencia. Él quería ser amado, quería encontrar a la mujer indicada. Léalos y dígame si le parece que pueden haber sido escritos por un asesino.

—¿Podría llevármelos? —pidió Carlos.

La mujer cerró el cuaderno y lo apretó contra su pecho, como si quisiera protegerlo. Carlos le dedicó una sonrisa tranquilizadora y tendió la mano.

—Prometo devolvérselo hoy mismo. Iré al pueblo, lo fotocopiaré y se lo traeré. Me gustaría que nuestros psicólogos los estudiaran para que puedan darse cuenta de que Roberto no encaja con el perfil de psicópata que buscamos.

La mujer dudó, pero acabó asintiendo y entregándole el cuaderno. Carlos volvió a sonreír, agradecido, se levantó y se dirigió a la puerta de la casa.

—No les molesto más. Han sido de gran ayuda. —Carlos abrió la puerta del coche, agitó el cuaderno y entró—. Se lo traigo en media hora. No se preocupe.

Dejó el cuaderno en el asiento del copiloto y salió de la propiedad. Cuando

ya había recorrido medio kilómetro, se detuvo en la cuneta y lo abrió. No podía creerse la cantidad de información que había conseguido en aquella entrevista: Roberto no era senderista, no era epiléptico, no era un fanático religioso... Todas las hipótesis que parecían apuntar hacia él se desmoronaban como un castillo de naipes. Y, sin embargo, aquello no era lo más importante que había conseguido aquella tarde.

Se había pasado horas mirando los símbolos dibujados en las máscaras de las víctimas y la última referencia bíblica que Roberto dejó como nota de suicidio. Conocía a la perfección aquellas letras picudas, de trazo fuerte y anguloso.

Los poemas que tenía delante, escritos de puño y letra de Roberto, mostraban una letra pequeña, redondeada, cuidada al detalle. Estaba seguro de que no estaban escritos por la misma persona. Ahora sólo tenía que demostrarlo.

Natalia sonrió al escuchar cómo Carlos abría la puerta de casa. La verdad era que había estado preguntándose dónde se había metido, porque se suponía que ese día salían de la central a la misma hora, pero, para cuando ella salió, no quedaba ni rastro de él y nadie había podido decirle dónde estaba. Podría haberle llamado al móvil para preguntarle, pero había preferido no agobiarle y tenerlo todo preparado para cuando él llegara.

Se quedó sentada sobre la alfombra del salón, esperando a que él terminara de saludar a Art y llegase hasta allí. Cuando Carlos apareció en la entrada de la sala, ella le sonrió y le tendió la mano, invitándole a sentarse en el suelo junto a ella. Él dudó durante unos segundos y, después, avanzó con cuidado, tratando de no pisar los papeles que invadían la alfombra.

—¿Qué es todo esto? —preguntó confuso.

—Información para la boda. Folletos de restaurantes y de viajes de novios,

muestras para las invitaciones...

—¿En serio hace falta todo esto para montar una boda?

—Claro. Es el día más importante de tu vida. Sólo vas a casarte una vez...

—Bueno, no quiero fastidiarte la ilusión, pero para mí es la segunda...

—Y la última —contestó Natalia, con el ceño fruncido—. Así que más vale que la disfrutes.

Carlos la miró durante unos segundos antes de estallar en una carcajada. Después la agarró por la cintura, la atrajo hacia él y le dio un beso en la punta de la nariz.

—A la orden, mi sargento. A ver, ¿qué quieres que elija?

—Hay que ir mirándolo todo. Nos va a llevar horas... —Natalia resopló mientras miraba a su alrededor, preguntándose por dónde empezar—. Lo primero sería fijar una fecha para saber qué restaurantes estarían disponibles y encontrar un sitio en el que nos casen.

—Pues no te puedo decir una fecha. Habíamos quedado en que lo dejaríamos hasta cerrar el caso de Azkar.

—Ese caso ya está cerrado, Carlos. Falta ultimar un par de detalles y podremos olvidarlo.

—Bueno, de eso quería hablarte. —Carlos abrió una carpeta que había dejado a su lado y empezó a desparramar papeles por el suelo, cubriendo todos los folletos de Natalia—. Mira, estas son las fotos de las referencias bíblicas que el asesino dejó en las víctimas.

—¡Carlos, para! —Natalia negó con la cabeza, mirando el suelo como si no pudiera creer lo que estaba viendo—. Ya hablamos de eso el otro día. El caso está cerrado. Roberto las mató. Que tú hayas tenido un ridículo sueño no cambia eso.

—No es sólo por el sueño. Sé que Roberto no fue.

—¿Y cómo lo sabes? —Natalia cerró los ojos y agitó las manos a ambos lados de la cabeza—. Y no me vengas con eso de que te lo dicen tus tripas.

—Pero es que es la verdad...

—No lo entiendo, Carlos. Sabemos que el asesino era alguien de la central. Si te hubieran dejado elegir a alguien para ser culpable, habrías elegido a Roberto. Pensé que incluso te alegrarías de que fuera él.

—No es así. Roberto era un mal compañero y una mala persona... Bueno, seamos sinceros. Era un auténtico hijo de la gran puta... Pero no era un asesino. Estoy seguro de eso. Es otra víctima. El verdadero asesino le inculpó, le mató y sigue libre en nuestra central. ¿Puedes vivir con eso?

—¡Dios! ¿Qué voy a hacer contigo? —Natalia se frotó las sienes, desesperada.

—Ayudarme a resolver esto y después casarte conmigo y aguantarme para siempre. —Carlos le dio un golpecito amistoso en un hombro para hacerla reaccionar—. Vamos, te prometo que, si me ayudas con esto, seré el hombre más implicado en la organización de una boda de toda la historia de la humanidad.

—Más te vale. —Natalia suspiró, desesperada, pero no pudo contener una sonrisa—. De acuerdo. ¿Qué necesitas?

—¿Tú no tenías una amiga especializada en grafología?

—Sí. Y os reísteis mucho de las dos cuando la cagamos en todas nuestras hipótesis sobre Caronte. ¿Ahora de repente sí crees que la grafología es una ciencia válida?

—Bueno, tengo mis dudas —respondió Carlos, burlón—, pero lo que voy a pedir es muy fácil. Simplemente necesito saber si todos estos documentos han sido escritos por la misma persona.

—Está bien. —Natalia recogió los papeles que Carlos había sacado y volvió a meterlos en la carpeta—. Voy a escanearlos y a pasárselos por email. A cambio tú recoges todo esto, lo metes en esa caja y lo guardas en el armario de la entrada hasta que al señor le venga bien casarse.

—En serio, lo elegiré yo todo. La música, las flores, hasta el color de las servilletas... Vas a alucinar con mi nivel de implicación.

—Sí, claro. Anda, empieza por recoger.

Natalia salió del salón y Carlos empezó a recoger todos los folletos. De repente, se quedó parado con ellos en las manos, mirándolos fijamente. Bodas en castillos, en fincas con cascadas de agua y bosques con ciervos, viajes a Roma, a París, a las islas Fiyi... ¿De dónde pensaba Natalia que iba a sacar el dinero para pagar todo aquello? Comprendía que ella estuviera acostumbrada al lujo y que quisiera lo mejor para el día de su boda, pero todo aquello se salía de presupuesto lo miraras por donde lo miraras. Quizá el padre de Natalia tenía razón. Él nunca podría darle todo lo que ella merecía.

Al pensar aquello, recordó el cheque que le había dado. Con todo el lío del caso no había tenido tiempo de ir a devolvérselo. Se levantó a toda prisa, fue hasta el armario de la entrada, donde guardaban los abrigos, y revisó los bolsillos del que llevaba aquel día. Había olvidado echarlo a lavar y continuaba lleno de barro. Suerte que Natalia no lo había visto, porque lo habría echado a lavar con el cheque dentro.

Sacó el cheque y lo miró durante unos segundos. Seguro que el padre de Natalia creía que no se lo había devuelto porque estaba pensándose si cobrarlo o no. Tendría que poner remedio a aquello cuanto antes. Volvió a doblar el cheque y lo metió en el bolsillo de su mejor abrigo, el que Natalia le había regalado en Navidad y que todavía no había estrenado. El primer día que Natalia tuviera turno en la central y él estuviera libre, se prepararía, se pondría su mejor traje y ese abrigo tan elegante e iría a que le lavaran el coche. Después conduciría hasta

Plencia, entraría en el jardín de aquella elegante mansión y, en cuanto tuviera al padre de Natalia delante, rompería ese cheque en pedazos pequeños y le haría comer hasta el último de ellos.

CAPÍTULO CUATRO

—Venga, un chiste —dijo Sebas, provocando murmullos de protesta entre sus compañeros de café—. Joder, que éste es bueno. Os va a gustar. “¿Se sabe ya cuál fue el móvil del crimen? Le pisaron lo fregado, señor. ¿Y se ha detenido ya a la sospechosa? No, señor. Todavía está mojado”.

—Joder, Sebas... Cada día peor —protestó uno de los compañeros.

—No tengo por qué aguantar esto. Voy a pedir que me trasladen a otra comisaria —dijo otro.

Carlos se acercó al grupo, tratando de contener una sonrisa. Metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda para la máquina de café.

—Tranquilos, ya me lo llevo. No tendréis que aguantarle más.

—Menos mal —dijo otro de los hombres—. ¿No podrías mantenerle a tu lado todo el tiempo? Se supone que sois compañeros.

—¿Y comerme yo solo sus chistes malos? Ni de coña.

—Carlos, tío... Éste era guapo. Reconoce que te ha gustado.

—Ni aunque me torturen. —Carlos recogió su café y agarró a Sebas del brazo—. Me lo llevo, pero me debéis una.

—Mañana te pagamos el café, tranquilo.

Sebas le acompañó hasta su despacho con cara de pocos amigos. Cuando llegaron, se derrumbó en una de las sillas.

—Venga, di la verdad. Mis chistes no son tan malos.

—Bueno, no son malísimos, pero no te vas a ganar la vida como humorista. Cuanto antes lo reconozcas, antes dejarás de torturarnos a todos.

—Vale, lo que digáis. Desagradecidos. —Sebas resopló, hastiado—. ¿Qué querías de mí?

—Estuviste investigando sobre la última víctima de nuestro caso, ¿verdad? ¿Qué has conseguido?

—Espera, que lo tengo aquí apuntado. —Sebas sacó una libreta del bolsillo—. Estefanía Allende. Treinta y un años. Residente en Barakaldo. Psicóloga.

—Eso ya lo tenía. ¿Algo más?

—Sí, después de que el doctor Egaña realizara su reconstrucción facial y de que publicáramos su retrato robot en las noticias, su marido la reconoció. Había presentado denuncia por su desaparición al día siguiente de que ella no llegara a casa. El tipo se llama Sergio Muñoz, tiene treinta y seis años y es neurólogo.

—Vaya, muy interesante. Ese hombre podría recetarse todo el Luminal que quisiera a sí mismo.

—Ya, pero lo hemos comprobado y parece ser que nunca lo hizo. No hay ninguna receta de ese medicamento a su nombre. Y, además, tiene una coartada a prueba de bombas. Mientras asesinaban a su mujer, él estaba en Los Ángeles, como ponente en una conferencia de neurología. Había más de quinientos asistentes a esa reunión. Incluso puedes verla completa por Internet.

—Vaya, una pena... ¿Tienes algo más?

—Sí, al mirar los movimientos bancarios de la víctima encontré una reserva para las ocho de la tarde del día que murió en un hotel llamado Siete Pecados. He ido allí a comprobar las cámaras de seguridad y nuestro asesino apareció una media hora antes y pidió la habitual botella de champán. Después se le ve en las cámaras metiendo el cuerpo inconsciente de Estefanía en su maletero.

—¿Tampoco se ve su cara en estas grabaciones?

—No. Se comportó con tanto cuidado como siempre. —Sebas se quedó en silencio unos segundos, recapacitando—. ¿Para qué quieres saber todo esto? Ya sabemos quién era el asesino. Roberto Azkarraga, ¿te acuerdas?

—Sí, claro. Es por cerrar todos los cabos sueltos y terminar el informe —mintió Carlos—. Sólo una cosa más. Me intriga por qué decidió cambiar de hotel con esta víctima. Se le veía cómodo en el Cupido. Sabía dónde estaban todas las entradas y salidas, dónde estaban situadas las cámaras de seguridad... ¿Por qué se molestó en cambiar de hotel justo cuando tú empezaste a vigilar el Cupido?

—Igual pensó que era demasiado arriesgado seguir actuando en el mismo sitio. No hay que ser muy listo para darse cuenta de que descubriríamos dónde quedaba con ellas y pondríamos vigilancia. Además, Roberto era un inspector de homicidios. Sabía cómo actuamos.

—Sí, claro. Será eso. Tú no comentaste con nadie que estabas haciendo vigilancias allí, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Aparte de Aguirre y tú, sólo lo sabían Natalia y ese chico que colabora con vosotros, el friki informático.

—Gus —aclaró Carlos.

—Sí, ése. Si yo tuviera que buscar a alguien que se haya ido de la lengua, sería mi principal sospechoso. Puede que ese chico tenga muchas virtudes, pero la de mantener la boca cerrada no es una de ellas.

Un par de fuertes golpes en la puerta detuvieron su conversación. Sin esperar contestación, Aguirre abrió y entró en el despacho. Al verles reunidos, cruzó los brazos frente al pecho y les lanzó una sonrisa que no tenía nada de amistosa.

—Bueno, si no necesitas nada más, yo me voy —dijo Sebas, levantándose de la silla.

—No, no te vayas, Sebas. Me alegro mucho de encontraros reunidos,

porque quería hablar con los dos. Me acaba de llamar el padre de Roberto Azkarraga para preguntarme cómo van las investigaciones para exculpar a su hijo. ¿Sabéis algo de eso?

Carlos clavó la mirada en su mesa y fingió estar muy ocupado ordenando sus papeles. Sebas carraspeó un par de veces antes de contestar.

—La verdad es que no, señor. Como ya sabe, estamos a punto de cerrar el caso.

—Eso mismo pensaba yo, pero este hombre me acaba de decir que el inspector Sebastián Casado se pasó ayer por su casa a hacerles un montón de preguntas y les dijo que había puntos en la investigación que no le cuadraban y que no cerraría el caso mientras hubiese alguna duda sobre la culpabilidad de Roberto.

Sebas abrió la boca para contestar, pero lo único que hizo fue boquear mientras paseaba su mirada confundida entre el sargento y Carlos, que decidió intervenir para aclarar las cosas:

—No fue Sebas quien visitó a esa gente. Fui yo.

—¿Y se puede saber por qué usurpas la identidad de tu compañero?

—Porque Roberto me odiaba y sospechaba que les habría hablado mal de mí a sus padres. Esa sospecha resultó ser cierta. Si llegan a saber quién soy, me echan de comer al perro.

—¿Pero para qué fuiste a esa casa? —La cara de Aguirre había empezado a enrojecer.

—Bueno, como les dije a ellos, hay cosas que no me cuadran... No sabemos de dónde sacó Roberto el Luminal que usaba para drogar a las víctimas, ni cuál era su móvil, ni cómo conocía las canteras en las que aparecieron los cuerpos...

—Ya basta, Carlos. El caso está cerrado.

—No, no lo está todavía —insistió él.

—En lo que respecta a la investigación, sí. Rellenad los informes y entregádmelos en cuarenta y ocho horas.

—Pero hay cosas que no cuadran...

—Cuadra todo. Tenemos más pistas de las necesarias. Encontramos el medicamento en su casa, el versículo de la Biblia que suponía su confesión, mechones de cabello de las víctimas en una caja en su armario... ¿Qué más quieres?

—Pues a mí hay cosas que no me convencen. —Carlos elevó el tono de voz y se puso en pie para reafirmar su posición.

—Me da igual lo que pienses. —Aguirre dio un puñetazo sobre la mesa—. El sargento de esta unidad soy yo y harás lo que diga. Cuarenta y ocho horas.

Aguirre abrió la puerta para salir y se dio de bruces con Natalia y Gus, que habían estado escuchando desde el pasillo. Sin decirles una palabra, salió del despacho a grandes zancadas.

—Parece que venimos en mal momento —comentó Natalia.

—No, ya nos hemos comido la bronca y nosotros habíamos terminado de hablar —dijo Sebas, levantándose para marcharse—. Os dejo solos que tengo un informe que terminar con urgencia.

—Sebas —le llamó Carlos, antes de que cruzase la puerta—. ¿No te habrás mosqueado porque haya utilizado tu nombre?

—Para nada, tío —contestó, guiñándole un ojo—. Con que me rías un par de chistes delante de los demás, te lo perdono.

—Prefiero que estés enfadado —bromeó Carlos.

Sebas soltó una carcajada y salió del despacho. Natalia y Gus entraron y se sentaron frente a él. Ella deslizó el brazo sobre la mesa y tomó la mano de Carlos.

—¿Qué ha pasado ahora? —le preguntó.

—No quiere que siga investigando sobre Roberto. Dice que el caso está resuelto y me prohíbe seguir dándole vueltas.

—Vaya, ahora que veníamos a decirte que igual tienes razón y no está resuelto. Qué mala suerte tenemos —comentó Gus—. A lo mejor Natalia puede ir a decirle lo que hemos descubierto y convencerle. No te ofendas, pero ella tiene mucha más credibilidad que tú y sabe cómo hablarle a la gente. Creo que, si va ella, Aguirre la escuchará.

—Para un momento y dime qué habéis descubierto.

—Mi amiga me ha enviado el informe grafológico que le pedí sobre las muestras de escritura que me diste. —Natalia abrió una carpeta y empezó a extraer papeles y a extenderlos sobre la mesa—. Todos estos documentos fueron escritos por la misma persona: las letras en las máscaras de las víctimas y la supuesta nota de suicidio de Roberto. Sin embargo, mi amiga dice que la letra de los poemas de Roberto no coincide.

—¿Está segura?

—Sí, completamente. Le avisé de que esos poemas habían sido escritos hace mucho tiempo, cuando Roberto era adolescente, y que los cambios en la letra podían deberse a eso, pero dice que el paso del tiempo no lo explica. Según me ha contado, hay ciertas características de la letra de una persona, como el tamaño, la presión o la inclinación que no varían de forma significativa a lo largo de la vida. Dice que puede asegurar que la persona que escribió las abreviaturas de la Biblia no es la misma que la que escribió los poemas.

—Joder... —Carlos resopló, aliviado, y se frotó la cara con las manos—.

¿Entonces me creéis?

—Bueno, nosotros sí, pero ¿nos creerá Aguirre? Parecía bastante mosqueado —dijo Gus—. No sé si sería buena idea aparecer ahora en su despacho, después de la que os acaba de montar, para contarle todo esto. Lo más seguro es que nos mande a la mierda.

—Sí. No creo que un informe grafológico sea indicio suficiente para reabrir un caso que considera cerrado —comentó Natalia.

—Ya, pero es que no tenemos solo eso. Estuve hablando ayer con los padres de Roberto y me contaron un montón de cosas que apoyan mi hipótesis de que no fue él: no era epiléptico ni tenía familiares ni amigos con esa enfermedad. No era senderista. De hecho, odiaba andar por el monte. No tenía fuertes convicciones religiosas, sino que se consideraba agnóstico. Y sus padres no recuerdan ninguna relación sentimental que lo dejara tan marcado como para cometer estos crímenes.

—Vale... Así que tenemos un montón de indicios que nos dicen que Roberto era inocente, pero seguimos sin tener ni idea de quién pudo ser el culpable —intervino Gus—. No sé si a Aguirre le va a gustar esto.

—Sabemos una cosa muy importante de nuestro asesino: que trabaja en esta central, que conocía perfectamente a Roberto y sabía cómo implicarle y que está enterado de cada paso que damos. —Carlos se inclinó hacia delante y bajó el tono de voz—. Sugiero que sigamos adelante por nuestra cuenta y que hablemos con Aguirre cuando hayamos encontrado un sospechoso firme.

—Por mi parte de acuerdo —susurró Natalia.

—Y por la mía —contestó Gus, bajando también la voz.

—¿Estás seguro de que podrás mantener la boca cerrada? —preguntó Carlos—. Sebas sospecha que pudiste ser tú quien fue contando por ahí que estábamos vigilando el Cupido y que por eso el asesino cambió de hotel con su

última víctima.

—¿Yo? Por favor, Carlos, me ofendes... Sabes que yo soy una tumba, la discreción personalizada. De hecho, si buscas en Wikipedia la definición de discreción, sale mi foto. No sé cómo puedes desconfiar de mí. He trabajado con vosotros en más casos y en la vida le he contado a nadie nada de lo que investigábamos. Joder, si hasta fui capaz de ocultarte cosas a ti cuando a Natalia le dio por investigar aquella secta...

—Que sí, vale, perdona... —le cortó Carlos—. Sea como sea, a partir de ahora seremos aún más discretos. No vamos a contarle a nadie que seguimos investigando. Ni a los compañeros de trabajo, ni a Sebas, ni a Aguirre... Nuestro asesino está muy cerca, pero tenemos la ventaja de que no sabe que vamos tras él. Si tenemos cuidado, no sospechará nada.

CAPÍTULO CINCO

A pesar de que Art no hacía otra cosa que meterse en medio y pisar los cables, Gus consiguió instalar su ordenador en el salón. Lo encendió y, una vez que comprobó que todo funcionaba correctamente, llamó a Natalia.

—Ya lo tengo. Ven a ver.

Natalia apareció y se quedó mirando con el ceño fruncido la esquina en la que Gus se había instalado. Él esperó unos segundos para ver si ella decía algo.

—¿Qué pasa? ¿No te parece bien?

—Es que no entiendo por qué tienes que instalar un ordenador de sobremesa en lugar de coger un portátil.

—No sé, soy un romántico. El ordenador de sobremesa da una sensación de seguridad, de permanencia... Me hace ver que nuestra relación va a ser más duradera.

—Creo que eso precisamente es lo que no le va a gustar a Carlos...

—¿El qué? ¿Tenerme aquí cada tarde? Pero si ha sido él quien ha montado todo este follón... Yo estaba muy tranquilo haciendo mis prácticas en la Ertzaintza sin meterme con nadie, tratando de montar una base de datos de delincuentes mejor que la mierda que usáis. Luego acababa y me iba a mi casa a seguir con mi vida. Ha sido Carlos el que ha insistido en que tenemos que probar la inocencia de Roberto, que, por si no te acuerdas, era un tío que me caía de culo porque estuvo a punto de hacer que me mataran en La Arboleda... Pero vamos, que si quieres, desmonto esto y me voy a mi casa. Tengo cosas que estudiar, trabajos que hacer, una novia con la que salir...

—Tranquilo, Gus. Así está bien —le cortó ella—. Y hablando de tu novia,

¿qué tal con ella?

Gus se quedó unos segundos en silencio, sacó su paquete de tabaco del bolsillo, buscó un cenicero y se puso a fumar. Natalia esperó a que él rompiera el silencio. No era normal que estuviera callado durante tanto tiempo y menos después de una pregunta directa.

—¿Pasa algo con ella? ¿Tenéis problemas?

—Bueno, problemas no... La relación va bien.

—¿Seguro? Estás contestando con frases de tres palabras. O algo va mal o te acabas de poner enfermo.

—No sé... ¿Tú conoces alguna peluquería buena en la que puedan hacerme un corte de pelo que quede elegante, pero que no me haga parecer un pardillo?

—¿Estás pensando en cortarte el pelo? —preguntó Natalia antes de quedarse mirándole boquiabierta.

—Sí. ¿Qué tiene de raro? No me mires así, joder.

—Llevo años metiéndome con tu pelo. Te he insistido mil veces en que te lo cortes y siempre has dicho que tu pelo es lo más sagrado que tienes y que no se toca. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, a Lorena no le gusta... Creo que mi estilo sigue sin pegar con ella y con sus amigos.

—¿Pero tú quieres cortártelo?

—¿Eso qué más da? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que qué más da? Eso es lo único importante. —Natalia dio un par de golpecitos en el sofá para invitar a Gus a que se sentara a su lado—. Escúchame bien. No sé si vas a seguir saliendo con esa chica una semana, un mes o un año, pero hay una cosa que sé con seguridad. Tú eres la única persona

que va a acompañarte durante toda tu vida, así que eres la única persona a la que debes complacer.

—Ya, pero yo la quiero... —protestó Gus.

—Y eso está muy bien, pero debes quererte más a ti mismo. ¿Te imaginas cómo te sentirás si, dentro de un tiempo, la relación se rompe y te encuentras a solas con una persona que ya no te gusta? Debes ser fiel a ti mismo siempre, da igual con quién estés.

—Te entiendo, pero quiero gustarle y que esté feliz conmigo.

—Ella empezó a salir contigo porque le gustabas. Con tus pelos locos, con tus ropas negras y andrajosas, con tu personalidad... ¿Por qué quiere cambiarte ahora? Si te quiere, debe quererte como eres. Si quiere que seas otra persona, que busque directamente a alguien que concuerde con sus gustos y te deje en paz.

—¡Qué fácil es hablar así desde fuera!

—No es eso. Para mí sería mucho más fácil llevarte a una peluquería y dejar que te cortaras el pelo. De hecho, sabes que opino que estarías mucho más guapo con el pelo corto. —Natalia le agarró con suavidad por la barbilla y le obligó a mirarla—. Pero no voy a hacerlo, porque creo que eres una persona única y especial y no quiero que te conviertas en uno más.

Gus agachó la mirada al darse cuenta de que se había sonrojado. Natalia esperó pacientemente a su lado para darle tiempo a que reflexionara sobre sus palabras. Al cabo de unos segundos, él levantó la cabeza y le dirigió una sonrisa.

—Gracias, de verdad. Pensaré sobre ello.

—Perfecto. Si, después de pensarlo, decides que sigues queriendo cortarte el pelo porque tú lo has decidido así, te llevaré a la mejor peluquería de Bilbao y lo pagaré yo misma. Pero si vas a cambiar algo importante para ti sólo para complacer a otra persona, me vas a encontrar enfrente para defender al

verdadero Gus de tus ataques. Y puedo ser muy mala enemiga.

Art salió disparado hacia el pasillo en aquel momento. Segundos después, escucharon cómo se abría la puerta de la calle.

—Parece que Carlos ha llegado —Natalia se levantó del sofá y le guiñó un ojo—. Tranquilo, no le diré nada de esto.

—Sí, no quiero cachondeos sobre cómo una rubita pija me está dominando.

Carlos entró en el salón con Art tratando de colarse entre sus piernas. Al ver a Gus allí sentado y el ordenador en una esquina, se quedó mirándoles con aire confuso.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está él aquí? ¿Y por qué se ha traído su ordenador? ¿No le habrán echado de casa y le has acogido?

—No, tranquilo. —Natalia se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. Si no queremos que nadie en la central se entere de lo que estamos haciendo, necesitamos un nuevo centro de operaciones.

—¿Y tiene que ser en nuestro salón?

—Tú verás. En mi casa no puede ser. Mi madre os odia —dijo Gus, encogiéndose de hombros—. No querrás que instale esto en una cafetería.

—¿Y qué es lo que tienes que hacer? —preguntó Carlos, que no acababa de estar convencido—. ¿Para qué necesitas el ordenador?

—A ver cómo te lo explico... —Gus trató de ordenar sus pensamientos mientras se revolvía el flequillo—. La prueba más contundente que tienen contra Roberto es que los registros señalan su IP como la que se conectó a Quicklove para hablar con las víctimas.

—Es cierto —admitió Carlos—. ¿Cómo explicas eso?

—Bueno, hay dos posibilidades. La primera es que alguien se colara en el

despacho de Roberto y utilizara su ordenador para establecer esas comunicaciones.

—Eso es imposible. Los despachos se cierran con llave y alguien lo habría visto y habría sospechado.

—No si era alguien muy cercano a Roberto o con alguna buena excusa para entrar en ese despacho. Nadie sospecharía si viese entrar al compañero de Roberto o a alguien de la limpieza... —sugirió Natalia.

—¿Y cómo comprobamos eso? —preguntó Carlos.

—No sé... No podemos pedirle a Aguirre que te deje ver las grabaciones de las cámaras de seguridad —dijo Gus—. ¿Qué tal te llevas con los encargados de las cámaras?

—No tan bien como para pedirles que me dejen ver las grabaciones sin que nadie se entere —respondió Carlos—. ¿Cuál es la segunda posibilidad? Quizá por ahí sea más fácil.

—No te creas... La segunda posibilidad es que alguien haya entrado en los registros y los haya falsificado, cambiando la IP real por la de Roberto. Sinceramente, creo que ésta es la posibilidad más probable.

—¿Y eso lo podemos comprobar? —dijo Natalia.

—Es muy complicado. Quien lo haya hecho, tiene que ser un buen hacker y habrá borrado todas sus huellas después de cambiar los registros. Tendríamos que examinarlos a conciencia para ver si se ha olvidado de algo.

—¿Y cómo se puede mirar eso?

—Entrando en los registros del servidor de la central —contestó Gus—. Supongo que Aguirre tampoco va a darnos permiso para eso.

—Cojonudo... Así que la prueba de que Roberto no fue culpable y de que seguimos teniendo un asesino suelto en la central está custodiada por Aguirre —

comentó Carlos—. Sinceramente, preferiría tener que luchar contra un perro gigante de tres cabezas.

—¿No habría alguna forma de acceder a esa información desde fuera? —preguntó Natalia.

—Siempre hay una forma de entrar. Ningún sistema informático es seguro al cien por cien —respondió Gus.

—¿Entonces a qué esperas? Hazlo. —Carlos se sentó al lado del ordenador, como si estuviera esperando a que se pusiera a trabajar y le diera la respuesta que necesitaba en tres minutos.

—A ver cómo te cuento esto... Agradezco muchísimo que confíes ciegamente en mis habilidades, pero tengo que confesarte que como hacker no soy gran cosa.

—¿Cómo que no? Cuando investigábamos a Caronte, conseguiste muchas pistas.

—¿Tengo que recordarte que no lo hice solo? Tuve que pedir ayuda a varios amigos y me echasteis una bronca espectacular por haber implicado a gente externa a la investigación...

—¿Sigues teniendo contacto con esos amigos? —preguntó Natalia.

—Claro, son unos tíos muy majos... —Gus se quedó en silencio durante unos segundos observando la sonrisa maligna de Natalia—. A ver si lo estoy entendiendo bien... ¿Estás sugiriendo que les pida a mis amigos que se cuelen en el sistema informático de la policía?

—Sí, es cierto... Es muy arriesgado, ¿verdad?

—Sí, muchísimo. —La cara de Gus se iluminó con una amplia sonrisa—. Les va a encantar. Voy a pedírselo ahora mismo. En cuanto tengan algo, os aviso.

CAPÍTULO SEIS

Toda la casa estaba en silencio. Lo único que podía escucharse era la respiración de Carlos, acompañada con los suaves ronquidos de Art. Natalia volvió a girarse en la cama, se tapó con el edredón hasta las orejas y trató de convencerse a sí misma de que estaba muy a gusto y enseguida se quedaría dormida.

Al cabo de cinco minutos decidió darse por vencida. Cogió el móvil de su mesilla y miró la hora. Eran casi las dos de la mañana y tenía los ojos tan abiertos como los de un búho. Con un suspiro resignado apartó el edredón y se sentó en la cama. Sabía perfectamente lo que le pasaba. Cuando se le metía una idea en la cabeza, daba igual la hora que fuera. La idea empezaba a dar vueltas en su cabeza, como si tratara de analizarla desde todas las perspectivas posibles y, cuando había terminado de pensar en ello, volvía a empezar. Aquella noche iba a ser imposible dormir.

Se levantó y, antes de salir de la habitación, cogió uno de los jerséis que Carlos había dejado tirado encima de una silla. El montón de ropa que se iba acumulando, esperando a que se echara a lavar por sí sola, empezaba a ser preocupante. Decidió no decirle nada y esperar a que él mismo se diera cuenta de que se estaba quedando sin ropa en el armario y de que aquella torre de prendas no duraría mucho más en pie. Ya era mayorcito para saber cuándo tenía que hacer la colada.

Al llegar al salón, se preguntó qué hacer. Podía tumbarse en el sofá, encender la tele en el canal 24 horas y ver el mismo programa de noticias en bucle una y otra vez. Sabía que aquello la relajaba, era algo hipnótico. A la tercera vez que veía las mismas noticias, solía caer dormida sin remedio. Sin embargo, no era aquello lo que le apetecía hacer. Aunque sabía que supondría estar toda la noche en vela, quería comprobar la idea que se le había ocurrido.

Rebuscó en su maletín hasta encontrar el dossier con toda la documentación del caso. Sacó la carpeta con el listado de pacientes epilépticos que habían solicitado más recetas de Luminal de las que les correspondían. Seguía obsesionada con la idea de descubrir cómo el asesino había podido conseguir aquellas pastillas y estaba segura de que la respuesta se encontraba en aquel listado.

Una vez tuvo los papeles delante, se preguntó cómo empezar. Se suponía que el asesino era alguien que trabajaba en la central, pero no creía que ninguno de los agentes hubiera aprobado las oposiciones padeciendo epilepsia. Eso sólo dejaría como sospechosos a los del personal externo: limpieza, mantenimiento...

Volvió a rebuscar en su maletín hasta encontrar el listado que estaba buscando. Cuando Carlos les había convencido de que Roberto no era culpable y que el asesino era alguien de la central que seguía libre, había acudido a una conocida del departamento de administración y le había pedido un listado de toda la gente que trabajaba allí. Por suerte, la chica había pensado que se trataba de algo oficial y le había entregado aquella lista sin poner ningún problema. Sólo tenía que rezar para que no se le ocurriera comentar aquello con Aguirre.

Empezó a comparar el listado del personal de limpieza y mantenimiento con el de pacientes epilépticos. Aquella labor era tediosa y, al cabo de media hora, empezó a sentir que los párpados le pesaban. No se lo podía creer. ¿Cuándo había decidido no dormir le entraba el sueño? Terminó la comprobación sin conseguir ningún resultado y fue a la cocina a prepararse un café. Sabía que, aunque se notara cansada y a punto de dormirse, sus ojos volverían a abrirse y su mente empezaría a funcionar de nuevo a mil por hora en cuanto apoyase la cabeza en la almohada.

Con la taza en la mano, volvió a sentarse frente a la mesa y contempló los papeles, mientras se preguntaba cómo seguir. El asesino tenía que estar relacionado con alguna de las personas de aquella lista. No había ninguna otra

manera de conseguir ese medicamento. Una idea llegó a su mente de repente, como un chispazo. No hacía falta que el paciente epiléptico trabajara en la central. El enfermo podía ser un familiar: su mujer, un hijo...

Se preguntó cómo podría investigar eso. Tenía los nombres de todos sus compañeros de trabajo, pero no se le ocurría cómo acceder a los datos de sus familias. Empezó por tachar a todas las mujeres. En aquella ocasión, gracias a las grabaciones de las cámaras de seguridad de los hoteles, estaban seguros de estar buscando a un hombre. Cuando terminó, volvió a quedarse paralizada. La lista seguía siendo enorme y no se le ocurría cómo podía acceder a los datos de la vida privada de todas aquellas personas.

La respuesta le llegó al mirar el ordenador de Gus, instalado en la esquina del salón. Facebook, el lugar en el que la gente colgaba los nombres de sus familiares, sus fotos, sus preocupaciones, tristezas y alegrías... Se levantó de la silla, se sentó delante del ordenador y lo encendió. Iba a ser un trabajo inmenso, pero estaba segura de que encontraría algo.

Carlos se giró en la cama y se tapó aún más la cabeza al notar que le tocaban el hombro. Tenía muchísimo sueño. Era imposible que ya fuera la hora de levantarse. Natalia no se rindió y le sacudió con un poco más de fuerza. Él lanzó un gruñido de protesta, pero sacó la mitad de la cabeza de debajo del edredón para mirarla con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa? ¿Ya es hora de levantarse? —protestó con voz quejosa.

—No, son las cinco y media.

—¿Y para qué me despiertas? ¿Qué te he hecho?

—Es importante. He descubierto algo sobre el caso.

—¿Y no puede esperar hasta mañana?

—No. Llevo toda la noche levantada para encontrar esto. Si yo no duermo, tú tampoco. Después de todo, eres tú el que se ha empeñado en seguir con este caso.

—Vas a conseguir que se me pasen las ganas de casarme contigo. —Carlos se incorporó y le lanzó una mirada de odio—. Al menos podías prepararme un café.

—Sin problema. Te espero en la sala.

Natalia salió de la habitación sin decir una palabra más. Aún sentado en la cama, Carlos escuchó cómo revolvía entre los cacharros de la cocina. Por el ruido que hacía, parecía que estaba preparando un desayuno completo, así que ya podía olvidarse de echar un vistazo rápido a lo que ella quisiera enseñarle y volver a la cama.

Art se desperezó a su lado, se sentó y empezó a chuparle un brazo con desgana. Parecía que el perro se debatía entre su obligación moral de darle los buenos días y las ganas de seguir durmiendo.

—Deberíamos echarla de casa y vivir tú y yo tranquilos, ¿verdad? —dijo Carlos, acariciando el pelo del cuello del perro—. Me lo pensaré. Ahora hay que levantarse antes de que venga a echarnos la bronca.

Carlos entró en la sala frotándose aún los ojos. Sin decir una palabra, se sentó en una silla, frente a la que Natalia había colocado una taza de café y un par de tostadas. Carlos tuvo que darle un par de sorbos a su café antes de sentirse preparado para hablar.

—Más te vale que lo que hayas encontrado sea bueno de verdad. Esto no te lo voy a perdonar por un desayuno.

—Ya verás cómo merece la pena. —Natalia colocó frente a él los dos listados—. He estado dándole vueltas a nuestro problema con el Luminal. Sabemos que el asesino contaba con dosis extra que utilizaba para sedar a sus

víctimas...

—Y para fingir el suicidio de Roberto —comentó Carlos.

—Exacto, así que tenía que estar en la lista de pacientes epilépticos que pidieron más cajas de medicamento de las que les correspondían. También sabemos que el asesino trabaja en la central, así que me puse a comparar ambas listas.

—¿Y has encontrado algo?

—No, no hay nadie que aparezca en las dos.

—¿Y me has despertado para decirme que no has encontrado nada? Yo te mato...

—Espera, no seas impaciente. Al no encontrar nada, se me ocurrió que la persona epiléptica no tenía que ser alguien que trabajase en la central, sino que podía ser un familiar. El asesino podría haber solicitado esos medicamentos extra y haberlos retirado en una farmacia como si fueran para ese familiar.

—Ahora dime que sí has encontrado algo...

—Pues sí. Me puse a investigar en los perfiles de Facebook de la gente de la central y he encontrado esto —Natalia le cogió de la mano, le hizo levantarse y le llevó hasta el ordenador—. Éste es el muro de Raúl Etxegaray.

—¿Trabaja en la central? No me suena...

—¿Y tú te dedicas a investigar? Pues sí que te fijas en los detalles... —comentó Natalia, sarcástica—. Sí que trabaja en la central. Y en el departamento de delitos informáticos, para ser más exactos.

—Eso es estupendo. Eso quiere decir que puede tener los conocimientos necesarios para haber hackeado las cámaras de seguridad o los registros de las IPs.

—Exacto. Y mira aquí. —Natalia hizo girar la rueda del ratón hasta

mostrarle la foto de una niña que soplabas las velas de un pastel de cumpleaños —. Te presento a la pequeña Carlota, la hija de Raúl. Una niña encantadora y muy guapa, pero con un problema de salud que tiene muy preocupados a sus padres.

—Es epiléptica —aventuró Carlos.

—Sí, es epiléptica. —Natalia se levantó de la silla, corrió hacia la mesa y recogió uno de los listados antes de volver junto a Carlos—. Y no sólo eso. Su nombre aparece en el listado de pacientes que nos proporcionó Aguirre. Aquí la tienes: Carlota Etxegaray. Dos cajas extra en septiembre del año pasado.

—Dios, eres increíble. —Carlos se levantó de un salto, la agarró por la cintura y le plantó un beso—. Ahora sólo tenemos que demostrarlo.

—¿Crees que Aguirre estará de acuerdo en reabrir la investigación con esto?

—No, no lo creo, pero lo hará si consigo que este tipo confiese.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Dame un minuto.

Carlos salió de la sala y fue hasta la habitación, con Art trotando alegremente detrás de él. En unos segundos, volvió con el móvil pegado a la oreja. Natalia abrió la boca para hablar, pero él le indicó con un gesto que esperase.

—Gus, soy Carlos... Sí, claro que sé qué hora es: las cinco de la mañana... Lo siento, pero esto es importante. ¿Trabajas con Raúl Etxegaray?... ¿Hay algún turno en el que vayáis a estar los dos solos?... ¿Cómo que a esta hora no sabes ni cómo te llamas? Ve a mirar tus turnos de trabajo y me lo dices.

—Podrías haber esperado a que se hiciera de día —sugirió Natalia mientras Carlos esperaba a que Gus volviera.

—Me he emocionado y he olvidado la hora que era, pero no se lo digas... ¿Sí? ¿Ya lo has mirado? Perfecto, pues cuando estéis solos me avisas. Tengo un par de cosas que preguntarle en privado. Sí, creemos que puedes estar trabajando con el asesino... No, no te asustes, joder. No te va a pasar nada. Y, sobre todo, no se lo comentes a tu madre.

Gus volvió a mirar su reloj. Carlos había dicho que se pasaría por allí a las cinco de la tarde, pero ya habían pasado diez minutos de la hora y seguía sin aparecer.

Se levantó medio palmo de la silla para mirar por encima de la pantalla del ordenador. Raúl estaba trabajando a unos tres metros de él. Aunque parecía muy concentrado y nada parecía indicar que fuese peligroso, no pudo evitar sentir que la respiración se le aceleraba de nuevo. Sentía el corazón golpeándole con fuerza en el pecho, las manos le sudaban... Si Raúl se acercaba a decirle algo, era muy posible que acabara sufriendo un infarto. No entendía cómo Carlos le dejaba estar a solas con un posible asesino en serie y encima tenía los santos cojones de llegar tarde.

Intentó recordar todo lo que le habían dicho Carlos y Natalia para que no se pusiera nervioso. Estaba en una comisaría de la Ertzaintza, rodeado de policías. Un asesino tendría que estar muy loco para atacarle allí. Además, su perfil no se correspondía en absoluto con el de las víctimas: no era una mujer casada mayor de treinta años que estuviera tratando de ponerle los cuernos a su marido. Aquello no le tranquilizó. Suponían que el asesino se había cargado también a Roberto, que tampoco cumplía con ninguno de aquellos requisitos.

En aquel momento, escuchó cómo Raúl arrastraba su silla hacia atrás. Volvió a mirar disimuladamente por encima de la pantalla del ordenador y sintió que toda su sangre se congelaba al ver que se acercaba directamente a él mientras se metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Qué iba a sacar de ahí? ¿Un cuchillo? ¿Una pistola? ¿Alguna jeringuilla con alguna droga para

secuestrarle, llevárselo lejos y torturarlo hasta la muerte? Raúl se detuvo justo frente a su silla y sacó la mano del bolsillo trasero. Gus se encogió y cerró los ojos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Raúl, confuso.

—No, no, nada... Estoy bien.

—Quería preguntarte si tenías cambios. —El hombre le enseñó el arrugado billete de diez euros que había sacado de su bolsillo—. La puñetera máquina de café sólo acepta monedas.

—No sé si tengo cambio de diez, pero te puedo prestar un euro —contestó Gus, rebuscando nervioso en sus bolsillos. Estaba dispuesto a darle todo su dinero a cambio de que se marchara y le dejara tranquilo.

En aquel momento, la puerta del departamento se abrió. Carlos entró sonriente y despreocupado y, sin decir nada, cerró la puerta tras él usando el pestillo. Después se acercó a ellos dos con las manos en los bolsillos.

—Buenas tardes. Me alegro de encontraros juntos. Tenía unas cosas que hablar con vosotros.

—¿Sí? ¿En qué podemos ayudarte? —preguntó Raúl.

—Creo que será mejor que nos sentemos. Estaremos más cómodos.

Carlos le dio la vuelta a una silla y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo. Raúl se sentó frente a él, mientras miraba a su compañero con expresión confundida. Gus se limitó a encogerse de hombros y a buscar una silla alejada varios metros. Si Raúl montaba en cólera y se convertía en el psicópata desquiciado que sospechaban que era, prefería que hubiera espacio entre ellos.

—Como supongo que sabrás, estoy intentando cerrar el caso de los asesinatos de Roberto Azkarraga —empezó a explicar Carlos—. El problema es que hay algunos puntos que no me cuadran. Uno de ellos es de dónde puso sacar

Roberto el medicamento que utilizaba para drogar a sus víctimas. Se llama Luminal. ¿Te suena de algo por casualidad?

—Sí, sí que me suena. —Raúl frunció el ceño y negó con la cabeza—. Es el medicamento para la epilepsia que toma mi hija. ¿Tienes alguna duda sobre las dosis o sobre cómo funciona?

—No, no... No tengo ninguna duda sobre eso. Mi problema es que es un medicamento muy controlado al que Roberto no pudo haber tenido acceso. Sin embargo, tú sí.

—¿Qué quieres decir con eso? Yo tengo ese medicamento en casa para mi niña. ¿Estás sugiriendo que era cómplice de Roberto? ¿Qué yo le pasaba las dosis para que drogase a esas mujeres? ¿Es que estás loco?

—Tranquilo, no te pongas nervioso —dijo Carlos con voz serena y una sonrisa que no tenía nada de amistosa—. Yo no te he acusado en ningún momento de nada. Eres tú el que estás hablando de complicidad...

—Mejor, porque yo no tengo nada que ver con eso. Yo tengo el medicamento que necesita mi hija y nada más.

—Bueno, eso no es del todo cierto. —Carlos rebuscó en su chaqueta hasta encontrar un folio doblado. Lo extendió sobre la mesa y señaló una línea que había resaltado con marcador verde—. Veamos este nombre de aquí: Carlota Etxegaray. Es el nombre de tu hija, ¿verdad?

—Sí, sí lo es. ¿Por qué?

—Porque aquí indica que solicitasteis dos cajas extra de Luminal en septiembre del año pasado.

—Puedo explicar eso sin problema. En septiembre nos fuimos de vacaciones con la niña. La llevamos a Eurodisney.

—Bonito sitio —le cortó Carlos, sarcástico—. ¿Qué tiene que ver eso con

el Luminal?

—Pedimos dos cajas más para que su madre llevara una en su maleta y yo otra en la mía. No queríamos arriesgarnos a que se perdiese la maleta de la niña y encontrarnos sin su medicación en un país extranjero —explicó Raúl—. Al final no las necesitamos. Tengo las dos cajas en casa, sin abrir siquiera.

—Bueno, eso tendré que comprobarlo —contestó Carlos, con una mirada que expresaba que no se creía ni una sola palabra de lo que el hombre estaba diciendo—. Voy a hacerte otra preguntita... ¿Por casualidad no sabrás si alguien ha modificado los registros de las IPs del servidor de la central o las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Carlos se dio cuenta de que Gus le estaba haciendo señas para que se acercara. Le lanzó otra mirada suspicaz a Raúl, para expresarle que no había acabado con él, y se acercó a Gus a ver qué quería.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó en un susurro—. Estoy en medio de un interrogatorio. Me rompes el ritmo.

—Por ahí no vas bien —contestó Gus—. Raúl es el tío más inútil de todo el departamento. Sabe lo básico para mantener el puesto. He estado hablando con mis amigos hackers y dicen que han encontrado indicios de que los registros fueron modificados, pero que el que lo ha hecho es un verdadero artista. Han podido saber que alguien estuvo ahí, pero todas las pistas están borradas. Raúl no sería capaz de hacer eso ni aunque le fuera la vida en ello.

—Bueno, quizá se hace el inútil para despistar —aventuró Carlos.

—Vale, si quieres seguir intentándolo, tú mismo, pero luego no digas que no te avisé.

—Joder... ¿Y por qué no me lo has dicho antes de empezar a interrogarle?

—Porque pensaba que sólo le ibas a preguntar por el Luminal. Yo qué sé, no me contáis nada —protestó Gus.

—Voy a acabar con esto y luego sigo contigo —le dijo Carlos, amenazante.

Gus resopló, se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos frente al pecho mientras negaba con la cabeza, indignado. Carlos le ignoró y volvió a sentarse frente a Raúl.

—¿Hemos acabado ya con esta tontería? —preguntó Raúl, enfadado.

Carlos maldijo entre dientes. La interrupción de Gus había hecho que Raúl tuviera tiempo para pensar. Si se había dado cuenta de que en realidad no tenía ninguna prueba firme contra él, podría negarse a seguir contestando sus preguntas. Nunca se debía parar un interrogatorio. Era de primero de poli. Y menos si, en realidad, ni siquiera tienes derecho a estar interrogando.

—Ya acabamos, tranquilo. Sólo una cosa más. —Carlos consultó las anotaciones de su bloc de notas—. ¿Dónde estabas el ocho de septiembre del año pasado sobre las ocho de la tarde?

—Pues no sé dónde estaría exactamente a esa hora, pero el ocho de septiembre estaba en Eurodisney con mi mujer y mi hija, tal y como te he dicho antes. Supongo que estaríamos cenando para llegar a tiempo al desfile nocturno de princesas Disney.

—Vale, de acuerdo. —Carlos resopló, desesperado. Todo aquello no les estaba llevando a ningún sitio—. ¿Y el veintiuno del mismo mes? ¿Seguíaís en Eurodisney?

—No, pero tengo una coartada cojonuda. —Raúl se levantó de la silla, cansado de contestar preguntas—. Justo el día veinte me ingresaron en Cruces por un ataque de apendicitis. El veintiuno lo pasé en los boxes de evolución. Ya le traje los partes de baja a Aguirre. Si quieres, puedes pedirselos para

comprobarlo.

Sin decir una palabra más, Raúl salió del departamento, dando un portazo a su espalda. Carlos se quedó mirando la puerta cerrada sin decir nada. Después, se cubrió la cara con las manos y resopló.

—¿Qué pasa? —preguntó Gus.

—Te apostaría cualquier cosa a que ese tío va directo al despacho de Aguirre para quejarse. Se me va a caer el pelo.

Ya era la hora del cambio de turno. En la entrada de la central se cruzaban los que salían con los que empezaban a trabajar. Todos se paraban a hablar un rato para comentar cómo había ido el trabajo o para reírse de la mala cara de aquellos a los que les quedaban ocho horas allí dentro.

Carlos mantenía la mirada fija en los ascensores. Natalia ya debería estar allí, pero, como de costumbre, salía tarde. Carlos maldijo aquella manía suya de apurar hasta el último segundo de trabajo y seguir en su puesto hasta que estaba totalmente segura de que lo dejaba todo en orden.

—¿Puedes dejar de resoplar y de moverte? —le pidió Gus—. Me estás poniendo nervioso.

—El que estoy nervioso soy yo. Como Aguirre nos pille aquí, nos va a echar la bronca de nuestra vida.

—A mí no me metas, que yo no he hecho nada. Has sido tú el que se ha puesto en plan Harry, el sucio.

—Estamos todos metidos en esto. Habéis sido Natalia y tú los que me habéis convencido de que ese tío podía ser el culpable.

—¿Yo? A mí no me contasteis nada. Sólo me dijisteis que Raúl podía ser el asesino y que mirase a ver cuándo íbamos a estar los dos solos en el

departamento. El resto de la película es cosa de Natalia, así que a mí no me lieis. A ver si me van a echar por esta chorrada... ¿Dónde encuentro yo unas prácticas así de buenas a estas alturas de curso? Seguro que ya sólo queda lo que no quiere nadie: hacer declaraciones de la renta o cosas de contabilidad aburridísimas y que no tienen nada que ver con lo que yo quiero hacer en el futuro...

—Cállate un momento, que me estás poniendo la cabeza loca —le cortó Carlos—. Mira, ahí sale Natalia. Vámonos.

Carlos se acercó hasta el ascensor y, sin saludar siquiera, tomó a Natalia por el brazo y la arrastró hacia la puerta de salida. Gus les siguió a un par de pasos.

—No sé a qué vienen tantas prisas —comentó—. Si Aguirre no nos echa la bronca hoy, nos la echará mañana.

—Sí, pero para mañana ya se habrá tranquilizado un poco —contestó Carlos sin aflojar el paso—. Debemos evitar pillarle en caliente.

—Inspector Vega, señorita Egaña, señor Guevara, ¿podría hablar con ustedes tres en mi despacho un momento? —Escucharon a sus espaldas.

Carlos frenó en seco mientras susurraba juramentos entre dientes. Se giró hacia Aguirre con su sonrisa más inocente. El sargento les observaba con los brazos en jarras y una mirada que recordaba a la furia contenida de un volcán a punto de entrar en erupción.

—Por supuesto, Aguirre. Vamos —contestó Carlos.

Entraron al despacho. Aguirre se sentó, pero no les ofreció asiento, así que se quedaron de pie, muy firmes y en silencio, como si estuvieran ante un pelotón de fusilamiento. El sargento tomó aire y clavó su mirada en Carlos.

—¿Qué es lo que no entendiste de mi orden de cerrar el caso de Roberto Azkarraga?

—Nada, señor. Está todo muy claro —contestó Carlos con la cabeza baja.

—¿Entonces por qué uno de los empleados del departamento de informática ha venido quejándose de que le has sometido a un interrogatorio sobre ese caso?

—Tan sólo trataba de aclarar un par de puntos sin importancia, pero el caso estará cerrado en nada, tal y como usted ordenó.

—El plazo que te di ya ha acabado, Carlos. Quiero el puñetero informe con el sello de “Caso cerrado” sobre mi mesa y lo quiero ya.

—Pero tenemos nuevos indicios que podrían indicar que Roberto no fue el culpable o que al menos no lo hizo solo...

—Que me da igual. Las pruebas que tenemos demuestran su culpabilidad más allá de toda duda razonable. No quiero que sigas dándole vueltas a esto y que algún periodista pueda enterarse. Sabes perfectamente la que se lió cuando tuvimos que decirle a la prensa que el asesino en serie que tenía aterrorizada a toda Vizcaya era uno de nuestros inspectores de homicidios. ¿Te imaginas la que se montaría si de repente algún medio filtra que la investigación sigue adelante o que puede haber más ertzainas implicados en los asesinatos?

—Pero no podemos dejar de investigar por eso. Seremos discretos —prometió Carlos.

—Ya veo lo discretos que sois. Ni diez minutos ha tardado Etxegaray en venir a contarme que le habías estado interrogando. ¿Crees que no lo va a comentar con sus compañeros? ¿Que no se lo contará a su familia? —Aguirre se levantó de la silla y apoyó con fuerza ambas manos en la mesa antes de inclinarse hacia ellos—. Si esto se sabe, estaré en la puta calle. ¿Os imagináis quiénes van a acompañarme?

Los tres asintieron como niños obedientes sin decir una palabra. Aguirre volvió a tomar una inmensa bocanada de aire antes de señalarles la puerta.

—Fuera de mi vista. Y quiero ese informe cerrado mañana a primera hora de la mañana.

Carlos salió de la central a grandes zancadas, mientras Gus y Natalia le seguían, tratando de mantener su paso. Cuando llegó a su coche, le dio un par de patadas a la rueda delantera y después se apoyó contra la puerta del copiloto, sacó un cigarrillo y empezó a fumar con caladas rápidas y profundas mientras mantenía la mirada perdida en algún punto del infinito.

—¿Estás bien? —le preguntó Natalia, preocupada.

—De puta madre... —Carlos dio otra profunda calada a su cigarro antes de seguir hablando—. No, no estoy bien. ¿Cómo voy a estar bien? Todo esto es una mierda.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues pasarme la tarde terminando ese puñetero informe para entregárselo mañana por la mañana —contestó con la voz teñida de rabia.

—¿Entonces te rindes? —preguntó Gus.

—Ni de palo. —Una sonrisa traviesa se abrió paso en su rostro—. Si quiere que cierre el caso, lo cerraré. Ya tendrá que reabrirlo cuando consigamos encontrar al culpable.

—¿Y cómo lo vamos a hacer? —preguntó Natalia—. No tenemos nada.

—Bueno, algo si tenemos... —intervino Gus—. Creo que no íbamos tan desencaminados al fijarnos en el departamento de delitos informáticos. Según lo que me han dicho mis colegas, el tío que manipuló los registros tiene que ser alguien muy bueno con los ordenadores, así que yo seguiría mirando por ahí.

—¿Y quiénes trabajan en ese departamento? —Carlos sacó su bloc de notas para empezar a anotar nombres.

—¿Aparte de mí?

—Claro. ¿O es qué has sido tú? ¿Deberíamos sospechar? —preguntó Carlos, sarcástico.

—¿Yo? Ya sabéis que no soporto nada que tenga que ver con sangre, heridas, vísceras y todas esas guarradas, así que, si las escenas de los crímenes no estaban llenas de vómitos, ya sabéis que no he podido ser yo.

—Que era broma, joder... Dime quiénes trabajáis ahí, además de Raúl y tú.

—Pues está Markel, pero es aún más inútil que Raúl con los ordenadores.

—¿Es que no hay nadie competente en ese departamento? —preguntó Natalia, sorprendida.

—No me entendáis mal. Saben hacer su trabajo y lo hacen bien, pero se ve que no tienen ni idea de programación. Y mucho menos sabrían hackear un servidor. El único que nos queda es Juanjo, pero él no puede ser el asesino.

—¿Y eso por qué? —se interesó Carlos.

—Primero porque tampoco me ha dado la impresión de ser un hacha de la informática. Segundo, porque buscamos a un tío alto y musculoso. Juanjo no llegará al metro setenta y pesa más de cien kilos. Y tercero, porque se pasa el día mirando porno cuando cree que no le ve nadie. Eso no cuadra mucho con la hipótesis de Natalia de que es un fanático religioso y un puritano.

—No, no mucho... —Natalia negó con la cabeza—. ¿Hay alguien más?

—No, aunque podría ser... —Gus se quedó en silencio unos segundos, tratando de ordenar sus ideas—. ¿Os acordáis de Daniel?

—No. ¿Quién es ése? —dijo Carlos.

—Qué poca sensibilidad. Es el informático que se mató hace un par de meses en un accidente de tráfico. Estuvimos en su funeral.

—Él no puede haber sido. Estaba muerto para cuando el asesino mató a Roberto.

—Ya, es cierto. Pues no he dicho nada.

—No, espera, espera... —Natalia levantó la mano derecha, pidiéndoles un poco de tiempo, mientras empezaba a andar arriba y abajo por el parking para ordenar sus pensamientos—. Estamos pensando todo el rato que el asesino es la misma persona que hackeó el servidor, pero podrían ser dos personas distintas. ¿Y si el asesino le pidió a Daniel que manipulase los registros para él, inculpando a Roberto, y, cuando ya no lo necesitaba, lo eliminó?

—¿Sabes qué tal era Daniel como informático? —preguntó Carlos.

—He oído que todos acudían a él cuando tenían dudas. Dicen que era una especie de genio friki de la programación —contestó Gus.

—A mí me parece un sospechoso bastante aceptable —comentó Natalia—. Y el hecho de que se matara en un accidente de tráfico justo después de la última víctima es demasiada casualidad. ¿Tú qué piensas?

—Que habrá que investigarlo —comentó Carlos—. Y que voy a ir mirando qué se pide para trabajar en seguridad privada por si esto sale mal.

CAPÍTULO SIETE

Cuando dieron las siete, Carlos pulsó el timbre del portero automático. Alguien le abrió la puerta sin preguntar siquiera. Mientras el ascensor subía, trató de relajarse sin éxito. Aquella conversación con los padres de Daniel podía significar el final de su carrera. Si algo de lo que les dijera les molestaba o les resultaba extraño y decidían llamar a la central para protestar, podía considerarse despedido. Debía tener mucho cuidado con cada una de sus palabras.

Cuando salió del ascensor, se encontró a una pareja esperándole con la puerta abierta.

—Buenas tardes. ¿Los señores Gómez? —Cuando ellos asintieron, Carlos sacó la placa de su bolsillo y se la mostró—. Soy el inspector Vega. Como les dije por teléfono, me gustaría hacerles unas preguntas sobre la muerte de su hijo.

—Sí, sí. Por supuesto —contestó la mujer—. Pase, por favor.

Carlos les siguió hasta una modesta sala de estar. Sobre una mesa baja habían colocado una bandeja con pastas y tres tazas de café.

—Son ustedes muy amables —dijo Carlos al sentarse—. Lo primero que quiero decirles es que lamento muchísimo su pérdida.

—Muchas gracias —contestaron ambos al unísono, como si lo hubieran dicho tantas veces en las últimas semanas como para tenerlo perfectamente ensayado.

—Supongo que se estarán preguntando por qué estoy aquí si la muerte de su hijo fue debida a un accidente de coche —empezó a explicar Carlos—. Quiero decirles que mi presencia aquí no contradice en absoluto el informe policial que se hizo del caso. Simplemente tengo algunas dudas y me gustaría

poder hablarlas con ustedes.

—Lo sabía —le interrumpió la mujer—. Mi Daniel no se mató con el coche. No fue un accidente. Se lo dije a la policía y nadie quiso hacerme caso.

—Tranquilízate, mujer —la reprendió el hombre—. Deja hablar al inspector.

—No se preocupe. ¿Qué es lo que no le cuadra, señora? ¿Por qué cree que la muerte de Daniel no se debió a un accidente?

—Dicen que perdió el control porque estaba borracho. Mi hijo no bebía, aborrecía el alcohol. No se había tomado una sola copa en su vida.

Carlos le dedicó una tímida sonrisa y apuntó sus palabras en el bloc de notas, aunque no creía que fueran a serle de utilidad. Cuando terminó de escribir, dio un par de golpecitos con el bolígrafo en el bloc y decidió compartir sus dudas con ella.

—Señora, no pretendo ofenderla, pero los padres no lo saben todo sobre sus hijos. Siempre pensamos que son perfectos y que no harían nada arriesgado o estúpido, pero puede que su hijo bebiera aunque nunca se lo dijera a ustedes.

—No, no es eso. —La mujer frunció los labios y le dedicó una fría mirada—. Yo sé que mi hijo no era un ángel. Sé que tenía algunos vicios, pero el alcohol no era uno de ellos.

—¿Qué vicios? —preguntó Carlos, interesado.

—¿No sabe usted cómo entró Daniel a trabajar en la Ertzaintza?

—Aprobando una oposición, supongo...

—Pues no. A mi hijo siempre se le dieron bien los ordenadores. Demasiado bien... —contó el padre con la mirada perdida—. Con diecisiete años la policía se presentó en casa para detenerle.

—¿De qué se le acusaba?

—De hackear grandes empresas: aseguradoras, bancos, algunos organismos oficiales... Nunca se llevó nada. Podría haber robado lo que hubiera querido, pero se limitaba a entrar, borrar algunos ficheros, meter algún virus... Sólo eran travesuras, una especie de desafío para él. No buscaba ningún beneficio aparte de la adrenalina, de saber que estaba haciendo algo prohibido, de demostrar que era más listo... Hasta que le pillaron, claro.

—¿Y qué pasó? ¿Fue a la cárcel?

—No, no llegó a pisar la cárcel. Antes del juicio, nos ofrecieron un trato. Si Daniel aceptaba trabajar para la Ertzaintza, se retirarían los cargos. Si no aceptaba, se arriesgaba a ir a prisión o a una multa inmensa que no podríamos pagar en la vida.

—¿Así que aceptó?

—Sí y estaba muy contento con su trabajo —intervino la madre—. Durante unos años, pensamos que había aprendido la lección y que había madurado... Hasta que nos enteramos de lo otro.

—¿Qué es lo otro? —preguntó Carlos, interesado.

—El juego... —La mujer agachó la cabeza, como si se avergonzara de los pecados de su hijo—. Empezó con las apuestas deportivas. Decía que no confiaba en el azar, que estudiaba todas las variables, que su método era seguro, pero empezó a perder dinero y tuvo que pedir prestado a los amigos, a la familia... Cada vez jugaba más para intentar recuperar lo que había perdido. Tuvimos que decirle que los préstamos se habían acabado y que tenía que buscar ayuda.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Estuvimos acudiendo a un psicólogo experto en adicciones. Nos explicó que el dinero no era importante para él. Buscaba la adrenalina, demostrar que era más listo que el de enfrente... Exactamente igual que cuando tenía

diecisiete años y se entretenía entrando en ordenadores ajenos. No había cambiado nada.

—¿Y qué pasó? ¿Consiguió superar la adicción?

—Durante un tiempo pensamos que sí —intervino el hombre—. Ya no pedía dinero a familiares ni amigos, así que supusimos que lo había dejado. En realidad, estaba pidiendo dinero a prestamistas y endeudándose cada vez más. Supongo que conoce a tipejos como esos. No es lo mismo retrasarse en pagar a un amigo que a esa gentuza.

—Ya, suelen tener muy poca paciencia —comentó Carlos—. ¿Qué pasó?

—Le dieron una paliza que le llevó al hospital —siguió contando el padre—. Tuvo que confesarnos lo que había pasado.

—¿Cuánto dinero debía?

—Unos seis mil euros —contestó la madre, negando abatida con la cabeza—. Nos dijo que no nos preocupáramos de nada, que había encontrado la manera de devolver el dinero y que era totalmente segura, que alguien iba a pagarle muy bien por un trabajo.

—¿Les comentó quién era esa persona o qué tipo de trabajo tenía que hacer?

—No, no conseguimos sacarle más información. Tan sólo que era un compañero de la central. —La voz de la mujer se quebró por la emoción—. Creímos que todo estaría bien. Trabajaba en la policía, por Dios. ¿Cómo iba a meterle en problemas uno de sus compañeros?

—Tranquila, Miren. —El hombre pasó un brazo por encima de los hombros de su mujer para reconfortarla—. No sabemos si lo que estaba haciendo para ese compañero era ilegal. Quizá no consiguió reunir a tiempo el dinero para su prestamista y esta vez decidieron que una paliza no era suficiente.

—Fuera como fuera, lo que puedo asegurar es que Daniel no se emborrachó y cogió el coche. Mi hijo no bebía y nunca habría hecho una estupidez así.

—¿Saben el nombre del prestamista? —La pareja negó con la cabeza—. ¿Y el sitio al que acudía a hacer las apuestas?

—Eso sí —contestó el hombre—. Si me deja su bloc, le apuntaré la dirección.

Carlos lo hizo y esperó a que el hombre terminara de escribir. Mientras tanto, la mujer mantenía la mirada fija en él. Carlos no supo interpretar lo que expresaban aquellos ojos. ¿Esperanza? ¿Confianza? Aquella mujer pensaba que él podría hacer justicia y descubrir lo que había sucedido en realidad con su hijo. Sin decir nada, Carlos le sonrió y asintió con la cabeza, firmando una especie de pacto que pensaba cumplir.

Cuando salió de casa, miró la dirección que había escrito el padre de Daniel. Era un bar de las Siete Calles, en pleno Casco Viejo de Bilbao. Se planteó si debería pasarse por allí. Sus hipótesis apuntaban a que había sido aquel compañero misterioso quien había acabado con la vida de Daniel, así que seguramente su prestamista no había tenido nada que ver. Aquella gente quería cobrar sus deudas por encima de todas las cosas. Meter a una persona en un coche y lanzarla barranco abajo no era buena manera de recuperar el dinero.

Decidió que, aún así, se pasaría por allí para hacer unas preguntas. Quizá el prestamista pudiera darle algún dato interesante. Le habría gustado llevarse a Sebas para que le cubriera las espaldas. Podía ser peligroso entrar en un sitio así solo, pero no quería meter a Sebas en más follones. Debía intentar que, en caso de que Aguirre se acabara enterando de aquello, sólo fuera su cabeza la que cayera.

Cuando Lorena salió de su portal, él se quedó por un instante sin respiración, como cada vez que la veía. Tenía una manera de andar, de contonear las caderas, que le volvía loco. Su largo pelo rubio ondeaba a su espalda como si la brisa soplara sólo para ella. Cuando le vio, apoyado contra el coche, fumando un cigarrillo mientras la esperaba, se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja, coqueta, y le sonrió como sólo ella sabía sonreír. Gus notó que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho y tuvo que contener un suspiro para no quedar como un tonto enamorado.

Lorena se puso frente a él, apoyó las manos contra el coche, como si le aprisionara, y acercó la boca a la suya. Le mordisqueó el labio inferior, juguetona, antes de abrirse paso con la lengua. Gus tiró el cigarrillo y la apretó con fuerza contra su cuerpo.

—¿A dónde vamos hoy? —preguntó ella cuando se separaron.

—No sé... ¿Subimos a Artxanda? —propuso él, sintiendo que la sangre no le llegaba al cerebro porque estaba muy ocupada en otras zonas de su cuerpo.

—Dejemos eso para más tarde. —Lorena posó su dedo índice en el pecho de Gus y lo deslizó sinuoso hasta llegar a su cinturón—. Lo bueno se hace esperar.

—Vale, lo que tú digas. —Gus tragó saliva e intentó pensar en algo que le hiciera olvidar los latidos pulsantes que llegaban desde su entrepierna—. ¿Quieres ir a tomar un café a algún bar de la playa?

—Mis amigos están en la Fever. Podríamos ir.

—¿La Fever? Joder, Lorena... No me apetece nada meterme en una discoteca a escuchar esa mierda de música y a que me claven hasta por respirar. Estamos a fin de mes y estoy pelado...

—Pues la semana que viene hay que poner el dinero para las vacaciones de Semana Santa. Espero que hayas cobrado para entonces.

—¿Qué vacaciones? ¿Qué dinero? —preguntó Gus, confuso.

—Gus, hijo, no te enteras de nada —dijo ella, molesta—. Lo estuvimos comentando el domingo pasado en el Puerto Viejo.

Gus intentó hacer memoria, pero no consiguió recordar nada. No quería confesarle a Lorena que las conversaciones con sus amigos solían aburrirle tanto que desconectaba y se ponía a pensar en cualquier otra cosa, sonriendo y asintiendo a todo lo que decían.

—Perdona, tengo muchas cosas en la cabeza —se disculpó—. ¿A dónde se supone que vamos?

—A esquiar a Baqueira.

—Yo no voy a ir a esquiar —protestó Gus—. No sé esquiar, no tengo equipo ni dinero para ir a ese sitio. Se supone además que vamos con tus amigos, ¿no?

—Claro. ¿Es que no te caen bien? —Lorena parecía tan escandalizada como si acabara de confesarle que mataba niños por diversión.

—A ver... No me caen mal... No del todo... Pero imaginarme varios días con ellos... Preferiría hacer otra cosa, tú y yo solos.

—¿Otra cosa como qué? —Lorena le miró con los ojos entrecerrados, mientras negaba con la cabeza.

—Yo qué sé... Ir al cine, pasear por parques, ir a la playa, tomar un café mientras hablamos de nuestras cosas... Lo que hacen las parejas normales.

—Eso es un rollo, Gus. Yo voy a ir a esquiar con mis amigos como todos los años.

—Perfecto. ¿Qué más dará lo que quiera yo? Sólo soy el puto pelele con el que sales—dijo Gus en un susurro.

—¿Qué has dicho?

—Nada, que me lo pensaré. —Gus abrió la puerta del coche y entró—. Anda, vamos a la Fever.

Lorena sonrió, satisfecha. Antes de que entrara en el coche, Gus puso la música a todo volumen. No le apetecía hablar con ella en aquel momento. Tampoco le apetecía pensar. Sabía que, si se ponía a reflexionar sobre su relación, la noche acabaría mal. Miró a Lorena por el espejo retrovisor. ¿Por qué tenía que ser tan bonita? ¿Por qué tenía que gustarle tanto? Sabía que ella era egoísta, que no le trataba bien, que quizá no le hacía todo lo feliz que él merecía, pero le hacía más feliz de lo que nunca habría imaginado que podría ser. Tendría que conformarse con aquello.

CAPÍTULO OCHO

Después de dejar el coche en un parking, Carlos se internó en las Siete Calles. La zona era peatonal y, durante el día, era una parte de la ciudad con mucho encanto, llena de tiendas y cafeterías en las que se mezclaban bilbaínos y turistas. A aquella hora de la noche, estaba casi desierta y silenciosa, aunque a unas calles de distancia podía escucharse la música de los bares y los gritos de la gente que estaba de juerga.

Se internó por una calle estrecha con el suelo empedrado. Los edificios, antiguos y grisáceos, estaban muy juntos, produciendo una leve sensación de claustrofobia. Bilbao había cambiado mucho en los últimos años. Se había convertido en una ciudad turística, limpia, abierta y luminosa. Sin embargo, aquellos avances no habían llegado a aquella parte de la ciudad, que seguía pareciendo oscura, gris y melancólica. Para aumentar aquella sensación empezó a caer un leve sirimiri que se volvía dorado con la luz de los faroles. Un viento frío recorría las calles, empujándole cada vez que trataba de doblar una esquina. Carlos se ató el abrigo y se subió los cuellos. Aquel ambiente triste le provocaba funestos presagios. Algo en la boca de su estómago le decía que no era buena idea acudir a aquel lugar solo, que sería mejor dar media vuelta y regresar a casa, pero, por otro lado, sabía que tenía que seguir adelante, que el culpable estaba cerca y podía encontrarlo.

Al cabo de unos minutos, se dio cuenta de que se había perdido. Siempre le pasaba lo mismo. Parecía imposible que, después de llevar toda la vida en Bilbao, siguiera perdiéndose en el Casco Viejo. Se detuvo en una esquina y miró alrededor. Nada, no tenía ni idea de dónde estaba. Un día de estos tendría que pedirle a Gus que le enseñara a usar aquella aplicación de móvil que servía para orientarse, pero ahora tendría que valerse por sí mismo. Se detuvo un par de

minutos en aquella esquina, esperando a que pasara alguien que pudiera guiarle. Tan sólo un par de grupos de jóvenes pasó por allí, pero, por las eses que hacían al andar, Carlos pensó que no serían capaces ni de orientarse a sí mismos.

Volvió a andar, escogiendo calles al azar. Si lograba ver la ría desde alguna esquina, podría saber dónde estaba y empezar de nuevo. De repente, se encontró en la parte trasera de la catedral de Santiago. Aquello le permitió situarse, así que rodeó la catedral, caminando junto a las verjas que cerraban el acceso al pórtico, y tomó una calle lateral. En pocos minutos más se encontraba en la dirección que le había facilitado el padre de Daniel.

Tal y como había esperado, el lugar era un tugurio gris, sucio y deprimente, con muebles viejos y poca iluminación. La sensación en la boca de su estómago se incrementó. Decidió ignorarla y entrar. El calor del interior le sorprendió, haciéndole sentir un agradable escalofrío. Se soltó el abrigo mientras echaba una mirada al local. A la entrada podían verse unas cuantas máquinas tragaperras, alimentadas de forma constante por hombres grises de mirada perdida. Las mesas y las sillas de la barra estaban ocupadas por gente absorta en el partido de fútbol que se retransmitía en una pantalla gigante de televisión que llenaba una de las paredes y que parecía el único objeto nuevo y en buen estado del local.

Más allá de las máquinas tragaperras, divisó un estrecho pasillo que llevaba a la sala de juego. Un cartel anunciaba que se podía jugar a la ruleta y a las cartas. Carlos se acercó a la barra y llamó la atención del camarero.

—Buenas noches. ¿Me pone una caña?

El camarero asintió y le sirvió. Cuando le puso la cerveza delante, Carlos decidió que era el momento de ponerse en marcha.

—Disculpe. Estoy buscando a una persona. Se llama Daniel Gómez. Es un chaval joven, con el pelo rizado y gafas. ¿Le conoce?

El camarero se encogió de hombros y, sin decir una palabra, cogió el billete de diez euros que Carlos había dejado encima de la barra. Cuando le trajo los cambios, Carlos decidió insistir.

—Perdone, pero me han dicho que viene mucho por este sitio y es muy importante que le encuentre.

—Pues lo va a tener usted jodido, porque he oído que ha muerto.

—¿Que ha muerto? Eso no puede ser —dijo Carlos, fingiendo un gesto de estupefacción.

—Sí, creo que se mató en un accidente de coche. —El camarero señaló a uno de los hombres de las máquinas tragaperras—. Ese tío era amigo suyo. Quizá pueda darle más detalles.

Carlos se lo agradeció con una sonrisa y, con la cerveza en la mano, se acercó al chico que le había señalado. Éste no reaccionó cuando se le puso al lado, sino que siguió metiendo monedas en la máquina de manera metódica, como si estuviera cumpliendo su turno de ocho horas en una cadena de montaje. Carlos se preguntó qué le verían a aquella actividad tan monótona y repetitiva mientras miraba los rostros de los hombres de las máquinas. Ninguno parecía estar divirtiéndose, sino pagando una extraña condena autoimpuesta. Decidió dejar aquella reflexión para otro momento y tocar en el hombro al chico con el que quería hablar. El chaval estaba tan concentrado que dio un respingo y se giró hacia Carlos con la mirada perdida y una expresión de desconcierto en la cara, como si acabara de salir de un trance.

—Buenas noches. Disculpe que le moleste, pero el camarero me ha dicho que era usted amigo de Daniel Gómez.

—Bueno, coincidíamos aquí muchas noches, pero tampoco puede decirse que fuéramos amigos. —El chico volvió a girarse hacia su máquina, incapaz de dejarla inactiva durante mucho tiempo, y volvió a meter una moneda.

—De verdad que lamento interrumpirte, pero necesito hacerte unas preguntas.

—Ya le he dicho que no le conocía mucho —contestó el chico de forma mecánica con la mirada hipnotizada por aquellas luces parpadeantes.

Carlos inspiró con fuerza, en un intento de contenerse. Podría atraer toda la atención del chaval sacando su placa, pero prefería no identificarse en aquel lugar. No sabía el tipo de gente que lo frecuentaba ni si estarían muy contentos con la presencia de un policía. Un buen puñetazo también parecía una solución que haría que el chico le prestara toda su atención, pero prefería dejarlo como último recurso. Se limitó a poner la palma de la mano en la ranura de las monedas. El chaval se quedó paralizado, con la mano levantada sosteniendo una moneda de euro y la mirada estúpida de alguien que no sabía cómo actuar.

—Oiga, ¿me quiere dejar en paz o voy a tener que llamar al camarero para que le echen de aquí? Ya le he dicho que no conocía mucho a Daniel.

—No le conocías mucho, pero le conocías, así que vas a hablar conmigo quieras o no. —Carlos se acercó hasta situar su cara sólo a unos centímetros—. Puedes hacer que me echen de aquí, pero yo puedo esperarte fuera. Y te aseguro que, si tengo que pasarme un par de horas esperando bajo la lluvia, voy a estar de mucho peor humor.

—Está bien. —El chico cruzó los brazos frente a su pecho, desafiante—. ¿Qué quiere?

—He oído que Daniel tenía muchas deudas de juego. ¿Sabes algo de eso?

—Yo qué sé... Eso era problema de Daniel.

—Deja de tocarme los cojones y contéstame o voy a empezar a ser mucho menos amable. Estoy seguro de que tú tienes los mismos problemas de pasta que Daniel. ¿A quién le pedíais dinero?

—Bueno, puede que sepa algo, pero ahora mismo no me acuerdo bien. —

Una chispa pícaro se había encendido en los ojos del chaval—. Quizá una pequeña subvención me ayudaría a recordar.

—Eres aún más gilipollas de lo que pensaba si crees que voy a soltar un puto euro para que le puedas seguir dando al vicio. —Carlos resopló y miró a un punto situado varios metros por detrás del chico, como si éste fuera invisible—. Me estás calentando con tus chorradas y no sé cuánto tiempo más voy a poder contenerme.

—No puedes pegarme aquí. Te echarían.

—Sí, por supuesto. Pero las cuatro o cinco hostias que te voy a dar antes de que me echen no te las va a quitar nadie. ¿Vas a contestarme o no?

—Vale, vale... Joder, qué genio. ¿No serás poli?

Carlos decidió no contestar. Se limitó a enarcar una ceja, a soltar una media sonrisa cínica y a volver a mirar al chaval cómo si estuviera decidiendo por dónde empezaría a descuartizarle.

—Se llama Ricky y le puedes encontrar al fondo del bar, en alguna de las mesas de póker. Es un hijo de puta con muy mala leche, así que vete a tocarle las narices a él y déjame a mí en paz.

—Con ese carácter no vas a llegar a ningún sitio —le dijo Carlos, dedicándole una sonrisa de despedida.

Se internó por el pasillo, sosteniendo aún la cerveza en la mano izquierda. Con la derecha comprobó que su pistola seguía en su sitio. No tenía ninguna gana de utilizarla. Se metería en un lío muy gordo con Aguirre con tan sólo sacarla, pero su peso y su forma conocida bajo la tela del abrigo le hicieron sentirse más seguro. Estaba a punto de terminar de recorrer el pasillo cuando notó que su móvil vibraba. Lo sacó del bolsillo y comprobó quién llamaba. Era Natalia. Por un segundo, pensó en colgar y llamarla cuando terminara allí, pero aquello la preocuparía y nunca estaba de más decirle a alguien dónde estabas por

si las cosas se ponían feas.

—Hola. ¿Qué quieres?

—Hola. Iba a hacer la cena, pero no tengo ni idea de cuándo llegarás. ¿Qué estás haciendo?

—Pues ahora mismo estoy en un antro de Barrencalle, en el Casco Viejo, a punto de interrogar a un peligroso prestamista que seguro que pertenece a alguna mafia local.

—¿Me estás hablando en serio?

—No, tranquila. El sitio no es tan malo y seguro que el prestamista es un pringado. No te preocupes.

—¿Y para qué vas a interrogar a un prestamista?

—He estado hablando con los padres de Daniel Gómez. Ellos insisten en que es imposible que su hijo se emborrachara y tuviera un accidente con el coche porque no bebía. Lo que sí me han dicho es que tenía una grave adicción al juego y que le debía mucho dinero al tío con el que voy a hablar.

—Interesante, aunque no veo cómo podría estar relacionado con nuestro caso.

—Si te digo la verdad, yo tampoco, pero estoy tan desesperado que por algún sitio tengo que tirar. Por cierto, ¿tú has visto el informe de la autopsia de Daniel?

—No, yo no la hice y no sé quién pudo encargarse. ¿Por qué? ¿Quieres que le eche un ojo?

—Sí. Si sus padres tienen razón, no fue un accidente, sino otro asesinato. Puede que quien hiciera la autopsia pensará que sólo era otro borracho más estrellándose con el coche y que no prestara demasiada atención a los detalles. Me gustaría que la revisaras en cuanto puedas.

—Lo haré. No te preocupes.

—Gracias. No sé cuánto tiempo me va a llevar esto. Cena tú sola y ya me prepararé algo cuando llegue.

—De acuerdo. No tardes mucho... Y ten cuidado.

—Siempre lo tengo. Te quiero.

Carlos colgó, miró a ambos lados para asegurarse de que nadie había oído su última demostración de afecto, que le quitaría muchos puntos de tío duro y peligroso, y volvió a andar hacia la sala que se abría al final del pasillo.

El lugar estaba muy oscuro, casi en penumbra. Tan sólo un par de lámparas en cada pared distribuían una luz amarillenta y enfermiza. Carlos se preguntó cómo haría aquella gente para ver las cartas sin dejarse la vista en el intento. La ruleta estaba parada y no había nadie alrededor. Ni siquiera había alguien atendiéndola. Parecía más un objeto de decoración que algo que se utilizara realmente. Por el contrario, las mesas en las que se jugaba a las cartas estaban repletas. Carlos se acercó a la que estaba ocupada por la gente con peores pintas. Cuando estaba a unos pasos de distancia, todos sus ocupantes se giraron hacia él. Su vista bien entrenada le avisó de que los bultos que se marcaban bajo las chaquetas de dos de ellos eran pistolas. Aquella gente no se andaba con tonterías. Dibujó en su cara su sonrisa más inofensiva y amistosa y siguió acercándose.

—Buenas noches. ¿Alguno de vosotros es Ricky?

Nadie contestó, pero las miradas de todos se clavaron en uno de los ocupantes de la mesa, que fingía estar muy atareado ordenando las cartas que tenía en la mano. Carlos decidió permanecer en silencio mientras observaba al hombre, tratando de calcular si era un tipo peligroso o no. Era un tío moreno, con el pelo engominado y una perilla tan fina y perfecta que parecía dibujada con tiralíneas. Su mejilla izquierda estaba decorada con una cicatriz gruesa que

parecía antigua. Llevaba más o menos un kilo y medio de cadenas de oro al cuello destacando sobre una camisa ajustada negra con varios botones sueltos. En sus dedos, adornados también con enormes anillos de oro, tenía tatuadas varias letras. Carlos se tomó su tiempo para distinguir lo que ponía: “ODIO” en la mano derecha; “ASCO” en la mano izquierda. Aquello le tranquilizó. El tipo era un pardillo que se esforzaba al máximo por parecer duro. Los tíos chungos de verdad no sentían la necesidad de anunciarlo a los cuatro vientos.

—Tú eres Ricky, ¿verdad? —insistió al ver que nadie contestaba.

—Depende de para qué me estés buscando —contestó el hombre, sin dignarse a mirarle.

—Me gustaría hablar contigo a solas. ¿Podrías prestarme unos minutos de tu tiempo?

—Yo no presto tiempo y, si lo hiciera, tendría que cobrarte intereses. —La respuesta fue coreada por las carcajadas estúpidas de sus compañeros de mesa—. Ahora estoy ocupado. Ven dentro de media hora.

Carlos le lanzó una mirada asesina para demostrarle que aquello no le había hecho la más mínima gracia. Tal como había sospechado, aquel tipejo necesitaba demostrar continuamente su poder, dominar a los demás, someterlos a sus caprichos... Pues aquella noche se había encontrado con el hombre equivocado. Iba a soltar un comentario ocurrente y dar un puñetazo sobre la mesa cuando un pinchazo en su costado le hizo detenerse. Un hombre se había pegado a su espalda y le estaba clavando algo. Parecía una navaja o un cuchillo pequeño. No estaba apretando mucho, lo suficiente para atravesar la ropa y pinchar levemente la piel.

—Ten cuidado, Ricky —dijo el tipo de su espalda—. Conozco a este tío. Es un madero.

—¿Un poli? —Ricky perdió en un solo segundo la máscara de frialdad y

entereza—. ¿Cómo lo sabes?

Carlos negó con la cabeza y se encogió de hombros, tratando de expresar que no sabía de qué hablaba aquel tipo y que seguramente estaba loco.

—Tuvimos el placer de conocernos hace unos ocho años. Este tío es inspector de homicidios.

—Creo que me estás confundiendo con otra persona —intervino Carlos.

—No me estoy equivocando. Tengo tu cara bien grabadita en la memoria. Me he pasado los últimos ocho años en una celda, recordándola. —El hombre se acercó a su oído para susurrarle—. Te recuerdo perfectamente, inspector Vega.

—Joder, ¿Qué hace un poli aquí? ¿Y qué cojones quieres de mí? —le gritó Ricky.

—Da igual lo que quiera. Hay que llevarlo a un sitio tranquilo y cargárselo —sugirió el tío de su espalda.

—Es una decisión muy inteligente —dijo Carlos, clavando su mirada en Ricky e ignorando al tío que seguía pinchándole—. Como imaginareis, no voy desarmado. Si intentáis matarme, os aseguro que me llevaré a un par de hijos de puta por delante para que me hagan compañía en el viaje.

—Nosotros también tenemos armas —contestó Ricky, levantándose e hinchando el pecho como un pavo.

—Muy bien. Imaginemos por un momento que conseguís matarme. Además de las decenas de personas que me han visto entrar aquí, mis compañeros en comisaría saben a dónde venía y con quién quería hablar. —Carlos se permitió una sonrisa de suficiencia—. No sé en qué chanchullos andarás metido, Ricky, pero dudo mucho que quieras complicar aún más tu vida sumándoles la muerte de un poli. ¿Me equivoco?

—No le escuches, Ricky —chilló el tío de su espalda, clavándole un poco

más la punta de la navaja.

—No quiero follones, Conejo —dijo Ricky—. A mí no me metas en tus movidas.

—¿Y vas a dejar que un puto madero entre en tu territorio y te dé órdenes? Se está riendo de ti. Vas a quedar como un pringado delante de tus hombres.

Carlos no pudo seguir conteniéndose ante el siguiente pinchazo del tío apodado como Conejo. Sin que su cerebro hubiera procesado siquiera la orden, su puño derecho salió disparado hacia atrás. Escuchó el crujido de una nariz al romperse y un gemido de dolor y sintió que el agudo pinchazo de su costado desaparecía. La navaja cayó al suelo y repiqueteó sobre las baldosas, mientras el Conejo se echaba ambas manos a la cara, tratando de contener el río de sangre que manaba de su nariz.

—Me has roto la nariz, hijo de puta —gritó el hombre, lanzándole una mirada de odio.

—Ahora tienes tres opciones: ir a curarte eso, seguir interrumpiendo una investigación policial y que yo llame pidiendo refuerzos y te curen en el cuartelillo o volver a tocarme los cojones y que te rompa más cosas.

—Te acordarás de esto —amenazó el hombre antes de girarse hacia la puerta.

—Lo dudo mucho. Se supone que te detuve y no tengo ni puta idea de quién eres —contestó Carlos mientras el otro se alejaba. Cuando salió de la sala, volvió a girarse hacia la mesa de juego—. Bueno, ahora que hemos terminado con esta molesta interrupción, podemos seguir con lo nuestro. Ya que la partida se ha detenido, ¿te importaría prestarme ahora un par de minutos de tu tiempo?

Ricky se quedó en silencio unos segundos y finalmente asintió y le hizo una seña a sus compañeros para que se marcharan. Todos ellos le lanzaron miradas cargadas de odio, que debían de ser una advertencia de que estarían

cerca, vigilando cada uno de sus movimientos. Carlos les ignoró, se derrumbó en la silla más cercana y sacó su paquete de tabaco del bolsillo.

—Aquí no se puede fumar —le advirtió Ricky.

—¿De verdad? —Carlos soltó una risilla sarcástica, sacó un cigarrillo, lo encendió, le dio una larga calada y se quedó mirando cómo las volutas de humo ascendían hacia el techo—. Bueno, estoy seguro de que la mitad de la gente de esta sala no tiene permiso para llevar las armas que llevan y de que tú no tienes licencia para tus actividades como prestamista. Vamos a ser todos un poco flexibles. ¿De acuerdo?

Ricky asintió, tragó saliva un par de veces y comenzó a darle vueltas en el dedo a uno de sus gigantescos anillos mientras esperaba la primera pregunta con la misma expresión culpable de un niño que ha sido llamado al despacho del director. Carlos se permitió otra sonrisa. Tal y como había sospechado, debajo de aquel disfraz de tío duro sólo había un cobarde, uno de esos tipos que se sienten valientes rodeados de los suyos y que se derrumban en cuanto les aprietan las tuercas. Iba a cantar como un pajarito.

—Pues la verdad es que me había inventado una historia preciosa sobre que yo era un amigo de los padres de Daniel Gómez y que me habían encargado que me informase sobre las deudas de su hijo para poder saldarlas, pero, como tu amigo el Conejo me ha descubierto, ya no hay necesidad de fingir. —Carlos se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa—. Vamos a ir al grano. ¿Tuviste algo que ver con la muerte de Daniel?

—¿Yo? Yo no he matado a nadie en mi vida. ¿Por qué iba a haberle matado?

—Quizá te debía mucho dinero y no le veías capaz de pagarlo.

—Yo no mato a mis clientes. Una vez muertos se hace muy difícil que te paguen lo que deben.

—Sí, claro... Supongo que tienes razón, pero quizá decidiste sacrificar ese dinero a cambio de darles una lección a tus otros acreedores.

—No, en serio que yo no funciono así. No te niego que alguna vez hayamos podido ir a asustar un poco a alguien, pero nunca nos hemos cargado a nadie. Esas cosas espantan a la posible clientela. —Ricky se echó hacia atrás en su silla y negó con la cabeza—. Además, yo no tenía ninguna razón para hacerle daño a Daniel. No me debía nada.

—¿Seguro? Sus padres me han dicho que te debía unos seis mil euros.

—¿Crees que negaría una deuda así? Joder, habrían sido unas pérdidas de puta madre, un auténtico palo para mi negocio. Por suerte, Daniel me pagó hasta el último euro antes de matarse.

—¿Y tienes idea de cómo pudo reunir tanto dinero?

—Sí. Me lo contó. —Ricky se inclinó hacia delante y bajó el volumen de la voz—. La verdad es que Daniel llevaba algo de retraso con sus pagos, así que mis chicos y yo decidimos ir a recordárselo.

—¡Qué atentos! Estoy seguro de que la gente está encantada con tu servicio de atención al cliente —comentó Carlos, sarcástico.

—¿Te lo cuento o no? —preguntó Ricky, molesto. Cuando Carlos asintió, siguió hablando—. El caso es que el chico me juro que iba a pagarme, me dijo que estaba haciendo un trabajo para un compañero, que era un tío que estaba forrado y que le iba a pagar muy bien y que me devolvería todo lo que me debía en menos de dos meses.

—¿Y lo hizo?

—Sí. Aquí lo tienes —Ricky sacó una pequeña libreta forrada en piel del bolsillo trasero de sus pantalones y fue pasando hojas hasta encontrar la que buscaba—. Estas son mis notas sobre Daniel. Como puedes ver, me debía seis mil euros y me lo devolvió todo en tres pagos de dos mil: dos en septiembre y

uno en octubre.

Carlos le hizo una seña para pedirle algo de tiempo, sacó su propia libreta y anotó las fechas de los pagos. Tendría que comprobarlo al volver a la central, pero estaba seguro de que cada uno de los pagos se había producido dos o tres días después de la muerte de cada una de las víctimas.

—Cuando acabó de pagar, le dije que, como había demostrado ser un buen cliente, podía volver a abrirle una línea de crédito, pero me contestó que lo del juego se había acabado para él y que, además, ya no iba a recibir más dinero, que ya se le había acabado el chollo.

—¿Y eso?

—Por lo que me pareció entender, el tipo que le había contratado sólo le quería para un trabajo muy determinado y ya había acabado.

—¿No te dijo nunca el nombre de ese tío o de qué le conocía?

—No, sólo que trabajaba con él. Creo que Daniel era poli, así que igual trabajaba contigo. Puede que le conozcas.

Carlos no contestó. Se limitó a sonreír en señal de agradecimiento y a levantarse de la mesa. Los compañeros de Ricky, que habían estado esperando a unos metros, apoyados en la pared con los brazos cruzados frente al pecho y cara de pocos amigos, se acercaron de inmediato a la mesa. Carlos se despidió con un gesto de la cabeza y salió de la sala. Antes de marcharse del bar, entró en el cuarto de baño. Frente al espejo, se quitó el abrigo y vio que su camisa estaba empapada de sangre. Se la levantó y le echó un vistazo a la herida. No era profunda, pero resultaba de lo más escandalosa. A Natalia le daría un síncope si le veía así. Al pensar en ella, se sentó un rato en la taza del váter, sacó el móvil de su bolsillo y la llamó.

—Hola, Natalia.

—Hola. Vienes ya para aquí y quieres que te prepare algo de cena,

¿verdad?

—La verdad es que no. Voy a quedarme un rato por aquí a ver si encuentro a alguien más que conociera a Daniel.

—¿Has encontrado algo?

—Sí, muchas cosas. He hablado con el prestamista de Daniel. Le llegó a deber seis mil euros, pero entre septiembre y octubre se lo devolvió todo en tres pagos de dos mil euros que creo que coinciden con las fechas de las muertes de nuestras tres víctimas.

—Así que alguien le pagó generosamente para que cambiara los registros. Lo que no entiendo es por qué lo mató.

—Según me ha dicho el prestamista, el tío que pagaba a Daniel le había dicho que no le necesitaba más, que ya había acabado su trabajo.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Un asesino en serie no acaba su trabajo. No tiene que matar tres víctimas o cinco o doce y luego se detiene. Esa gente no puede detenerse y mucho menos planear cuándo va a parar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que puede que me haya equivocado y no estemos persiguiendo a un asesino en serie.

—¿Me dejas que ponga a grabar el móvil y repites esa frase, por favor?

—No seas tonto. Esto es importante. Si no es un asesino en serie, las víctimas pueden no haber sido elegidas al azar. El asesino tendría razones para matar al menos a una de ellas.

—¿Cómo que a una? Tiene que tener razones para matar a las tres.

—No... ¿Es que no lo ves? Nos ha hecho creer que era un asesino en serie. Ha matado a varias mujeres de edad similar, ha creado unas escenas del crimen que simulaban las de un asesino ritualista con delirios religiosos... Era todo una recreación. Ese tipo nos conoce, trabaja con nosotros y sabía que iban a asignarnos el caso y que yo caería en su trampa de cabeza...

—En serio, debería haber grabado esta conversación para ponértela una y otra vez.

—Joder, Carlos. Escúchame. Si no es un asesino en serie, tiene que ser alguien relacionado con el entorno de alguna de las víctimas. Su marido, algún novio del pasado, algún pretendiente despedido... Tenemos que empezar desde el principio.

—Vale, tranquilízate. Lo haremos, pero no hace falta que sea esta noche. Voy a dar un par de vueltas más por aquí y luego iré para casa y lo hablamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Carlos colgó, se guardó el móvil en el bolsillo y miró su abrigo antes de ponérselo. Tal como había temido, aquel cabrón apodado Conejo se lo había agujereado con la navaja. Al final iba a tener razón: se iba a acordar de él, al menos lo bastante como para volver a romperle la nariz la próxima vez que le tuviera delante. Su móvil sonó de nuevo. Carlos suspiró y volvió a sacarlo.

—Hola, Natalia. Ya te he dicho que estés tranquila y que enseguida voy.

—No soy Natalia. Soy Aguirre.

Carlos se sorprendió tanto al oír la voz del sargento que estuvo a punto de soltar el móvil. Tuvo que recordarse a sí mismo que Aguirre no sabía dónde estaba ni qué estaba haciendo y que debía aparentar tranquilidad.

—Aguirre, ¿qué tal? ¿Qué necesitas?

—Subordinados que no me toquen las pelotas tanto como tú. Eso es lo que necesito.

Aunque sabía que era una tontería, Carlos paseó la mirada por las paredes del cuarto de baño, temiendo encontrarse un micrófono o una cámara de vigilancia.

—No te entiendo, Aguirre. ¿Qué he hecho ahora?

—Me han llamado los padres de Daniel Gómez diciendo que un agente muy amable ha estado esta tarde en su casa interesándose por la muerte de su hijo. Son una gente muy colaboradora y han prometido no poner ningún impedimento a la exhumación del cadáver de su hijo si eso ayuda a esclarecer su asesinato. ¿Sabes algo de toda esta locura?

—La verdad es que no... —mintió Carlos.

—Carlos, joder... ¿Crees que soy imbécil? La descripción que me han dado del amable agente que les ha visitado coincide contigo. ¿Qué cojones estás haciendo?

Carlos se mantuvo en silencio, tratando de idear alguna historia o esperando a que el suelo del baño se abriera y la tierra le tragara. Aprovechó esos segundos para sacar un nuevo cigarrillo y encenderlo. Al final se iba a acabar buscando que le echaran del bar a patadas, pero en aquel momento aquél era el menor de sus problemas.

—Carlos, ¿sigues ahí?

—Sí, sí, estoy aquí... Mira, Aguirre, se que te vas a mosquear, pero creo que la muerte de Daniel no fue un accidente y que, de alguna manera, está relacionada con el caso de Roberto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Sigues con eso?

—Bueno, el caso está cerrado, tal y como pediste, pero no puedes

impedirme que investigue en mi tiempo libre.

—Por supuesto que puedo impedírtelo. Te dije que te olvidaras de todo eso.

—Pero no puedo olvidarlo. El caso hace aguas por todos lados y estoy encontrando indicios que pueden probar que Roberto era inocente...

—Te lo voy a explicar una sola vez más para intentar hacerte entrar en razón. Lo voy a hacer porque no quiero echarte, pero necesito que te detengas. —Carlos escuchó a Aguirre tomando aire al otro lado de la línea—. ¿Te das cuenta del daño que estás haciendo, de la cantidad de esperanzas vanas que estás creando? Les has dicho a los padres de Roberto que puede que su hijo sea inocente, a los padres de Daniel que puede que su hijo no fuera un gilipollas que bebió y se mató en un accidente de coche... Hay mucha gente que ha sufrido por esto. Roberto tenía compañeros en la central que le apreciaban y para los que todo esto ha sido un golpe muy duro... ¿No has pensado en Salazar ni un solo momento? Su mujer fue asesinada por uno de sus compañeros de trabajo. ¿Te imaginas lo que tiene que ser eso para él?

—Lo siento. Sólo intento descubrir la verdad...

—Pero es que ya tenemos la verdad. Piensa un momento en lo que ha tenido que suponer todo esto para Salazar. Estuvo a punto de hacerle la autopsia a su mujer. No quiso tomarse ni un solo día libre. Estuvo aquí sufriendo cada día e intentando ayudar en todo lo posible para asegurarse de que la investigación avanzaba y de que la muerte de su mujer no quedaría impune. Y al final se encontró con que se cruzaba todos los días con el hombre que la había asesinado. ¿Puedes detenerte un momento a pensar en el infierno que habrá pasado ese pobre hombre?

—Lo entiendo.

—Eso espero. —Aguirre volvió a soltar un largo suspiro—. Tienes que

dejar que las heridas cicatricen, Carlos. Es la última vez que te lo pido.

El sargento colgó sin despedirse siquiera. Carlos se quedó quieto en medio de aquel baño mirando su teléfono móvil. La anterior conversación con Natalia volvió a su mente. El asesino tenía que estar relacionado con alguna de las tres mujeres. Habían investigado el entorno de Estefanía y Andrea y habían interrogado a sus maridos sin obtener nada, pero no habían interrogado a Salazar porque respetaban su dolor. Quizá él tuviera alguna pista, quizá pudiera contarle algo del pasado de Carmen que le pusiera en el camino correcto.

Durante unos segundos se planteó que quizá debería hacerle caso a Aguirre y parar, pero lo desechó de inmediato. Conocía a Salazar desde hacía años. Había trabajado con él en multitud de casos. De hecho, hasta que llegó Natalia, había sido su “forense de referencia”. Siempre había sido un hombre metódico, un trabajador incansable que no cejaba hasta encontrar la verdad. Por mucho que le doliera recordar la muerte de su esposa, estaría dispuesto a ayudarlo. Desbloqueó el móvil y marcó un número de la central.

—Administración. ¿En qué puedo ayudarlo?

Carlos se mantuvo en silencio un par de segundos, tratando de recordar el nombre de la persona que había contestado al teléfono.

—¿Eres Iñaki?

—Sí. ¿Quién eres tú?

—Soy Carlos Vega. Oye, ¿podrías hacerme un favor? Necesito la dirección del doctor Salazar, el forense. ¿No la tendrás por ahí?

CAPÍTULO NUEVE

Natalia encendió un nuevo cigarrillo y se sentó frente a la ventana a contemplar como la lluvia caía sobre las grises calles de Bilbao. Llevaba un rato intentando tranquilizarse, pero le estaba resultando imposible. Cuanto más pensaba en sus últimas conversaciones con Carlos, más nerviosa se sentía.

No podía creer que hubiera vuelto a equivocarse tanto. Se había empeinado desde el principio con la idea de que estaban detrás de un asesino en serie y no había sido capaz de considerar ninguna otra hipótesis. Cuantas más vueltas le daba, más le parecía que el asesino les había manipulado, que les conocía tan bien que había estado jugando con ellos desde el principio. Había diseñado unos asesinatos de manual de psicopatología: unos crímenes perfectos, un ritual cuidado y estudiado para señalar a un asesino obsesivo y religioso... El tipo de caso que alguien como ella se moriría por descubrir.

Y luego estaba lo de señalar a Roberto como el culpable, un tipo al que Carlos odiaba, al que habría estado encantado de detener. El asesino lo había elegido para que Carlos le descubriera y, llevado por la antipatía que sentía hacia él, lo creyera culpable sin cuestionarse nada más. Lo único que le había fallado al asesino era conocer los extraños presentimientos y sueños que Carlos sentía a veces y que solían ser incomprensiblemente certeros. Eso y su extrema cabezonería cuando estaba detrás de la verdad.

Aplastó el cigarrillo con rabia contra el cenicero y trató de dejar que su mente se relajara con la imagen de la lluvia tras la ventana, pero no funcionó. Se sentía rabiosa. Habían jugado con ella, la habían manipulado y había caído como una principiante. ¿Quién podría ser el asesino? ¿Quién les conocía tan bien como para haber planeado todo aquello?

Sin poder quedarse quieta un minuto más, se levantó del sofá y fue a por su abrigo. Iría a comisaría a por el informe de la autopsia de Daniel para buscar cualquier cosa que se les pudiera haber escapado. Si se daba prisa, podía volver antes de que Carlos regresara a casa. Sabía que le había prometido quedarse quieta y esperar hasta que él volviera, pero, si seguía allí sin hacer nada, se volvería loca.

Cuando estaba a punto de salir, se dio cuenta de que no tenía coche. Se lo había prestado a Gus para una de sus citas con Lorena. Después de maldecir un par de veces entre dientes, se planteó qué podía hacer. Podría pedir un taxi que la llevara hasta la central, pero un sábado a esas horas y con la que estaba cayendo sería difícil encontrar uno. Pensó en llamar a Gus. Sabía que solía acostarse tarde e igual ya había regresado de su cita con Lorena y no le importaría llevarla hasta la central, ayudarla a revisar el informe y traerla de vuelta. Sacó el móvil y esperó unos segundos a que contestaran la llamada. Lo primero que escuchó cuando descolgaron fue el ruido estridente de la música a todo volumen, mezclada con gritos y risas.

—Natalia, dame un segundo. Aquí no te voy a oír nada. Estoy saliendo.

Natalia esperó pacientemente, aunque empezó a pensar que tendría que acabar llamando a un taxi. Por el ruido que había oído, Gus seguía de juerga y no estaría bien pedirle que viniera a buscarla.

—Ya estoy fuera. ¿Qué quieres?

—Nada, siento molestarte. Te iba a pedir que pasaras a buscarme para llevarme a la central a por unos papeles, pero me da la impresión de que no estás en casa.

—Estaba en una discoteca, pero puedo pasar a por ti sin problema.

—No puedo pedirte eso. Déjalo, llamaré a un taxi.

—En serio, puedo pasar a buscarte. De hecho, me encantaría hacerlo.

Como te he dicho, estoy en una discoteca. Gus-discoteca... Gus-discoteca... ¿No hay algo que te chirría? ¿Crees que aquí van a poner una sola canción que yo pueda llegar a tolerar? No me estás haciendo ninguna putada. Al contrario, me estás salvando la vida.

—Pero estás ahí con Lorena...

—Sí, y lleva más de una hora bailando con sus amigas sin hacerme ni puñetero caso. Si no la avisara, creo que no se daría cuenta de que me he marchado hasta que quisiera irse a casa. Voy a por ti. Estaré ahí en un cuarto de hora.

Después de colgar, Natalia se despidió de Art, comprobó que llevaba las llaves y bajó a esperar a Gus. Hacía aún peor tiempo de lo que le había parecido mientras contemplaba la calle desde su acogedor salón. La lluvia se había intensificado y un frío viento hacía que, de vez en cuando, una racha la golpease, a pesar de estar protegiéndose en la entrada del portal. Por suerte, en pocos minutos escuchó el ruido de un motor que le resultaba familiar y vio que su Mercedes se aproximaba por la carretera. Se acercó al borde de la acera y le hizo señas para que parara. Se puso al lado de la ventanilla del conductor y dio un par de golpecitos. Gus bajó la ventanilla y se asomó un poco.

—¿Qué haces ahí parada? Sube, te vas a empapar.

—No, baja tú y vete al asiento del copiloto.

—¿Y eso? ¿No se supone que he venido a hacerte de taxista?

—He visto las eses que hacías al acercarte. ¿Cuántos cubatas llevas encima?

—Tres o cuatro, no sé.

—Si fuera agente de tráfico en lugar de forense, ya estarías detenido. Vamos, baja.

Gus se apeó, protestando en voz queda, dio la vuelta al coche y se sentó enfurruñado en el asiento del copiloto. Natalia entró y arrancó.

—Debería enfadarme mucho contigo. No te presto mi coche para que te mates con él.

—Cuando hablas así, pareces mi madre.

—Me da igual lo que parezca. Precisamente vamos a la central a por el informe de la autopsia de un chico que se emborrachó y se mató en un accidente de coche. Y, como castigo, vas a ver las fotos, para que aprendas lo que puede pasarte.

—Ya tengo el estómago un poco revuelto. Tú verás si quieres acabar con los zapatos llenos de vómito —se burló Gus—. ¿Y eso es lo que corría tanta prisa? ¿La autopsia de un accidente de tráfico?

—Bueno, es la autopsia de Daniel Gómez, el informático de la central que sospechamos que cambió los registros. Carlos ha estado interrogando a varias personas y cree que pudo ser asesinado.

—Entonces no se mató en un accidente de tráfico por ir borracho. Tu lección no va a servirme de nada.

—Listillo —murmuró Natalia—. ¿Qué tal con Lorena? ¿Se ha enfadado mucho cuando le has dicho que te ibas?

—Lo normal. Se pasa toda la noche ignorándome, pero se enfada si me niego a seguir contemplándola y adorándola.

—¡Cuánta amargura! Parece que la cosa no va bien...

—No lo sé... Me paso el día planteándome si soy feliz... No tenemos nada en común, no siento que me quiera ni que me valore por lo que soy, pero, cuando no estoy con ella, la echo de menos. No me hagas caso. Estoy borracho.

Gus dejó de hablar y se puso a mirar por la ventanilla. Natalia siguió

conduciendo sin decir nada. Ella pensaba que aquella chica no le convenía y que le estaba haciendo daño, pero no le parecía buena idea meterse en medio de aquella relación.

—El problema es que yo sí la quiero —siguió diciendo Gus, casi como si hablara para sí mismo—. Cuando la miro, pienso que no la merezco. No puedo creerme que alguien tan maravilloso esté conmigo. A veces siento que me va a estallar el pecho de felicidad por estar con ella, pero otras veces... No sé, creo que no me conoce, que no ve quién soy y que, además, no le importa. Sólo soy su última adquisición, su juguete nuevo... Pero siento que no puedo protestar, que debo estar agradecido de que alguien como ella esté con alguien como yo y que, si me comporto como soy en realidad o le digo lo que pienso, se dará cuenta de que no valgo nada y me dejará. Y pensar eso me da tanto miedo... Siento que se me para el corazón en el pecho y que me quedo sin aire al imaginar que puedo perderla... Joder, esto del amor es una mierda.

—No, Gus. El amor no es una mierda. Tu problema es que no te valoras, que no te quieres a ti mismo —contestó Natalia—. Mientras tú no te quieras, no merecerás que nadie más te quiera. ¿Cómo va a querer alguien al verdadero Gus si no dejas que lo vean, si te da miedo no ser suficiente para los demás?

Natalia entró en el parking de la central y buscó un sitio para aparcar mientras dejaba que Gus reflexionara sobre sus palabras. El chico seguía con la cabeza girada hacia la ventanilla, sin decir nada. Temió que pudiera estar llorando, así que le puso una mano en la rodilla para reconfortarle.

—Eres un tío estupendo y mereces muchísimo la pena. Cuando tú lo veas, todos los demás lo verán. Deja de esconder tu alma detrás de la máscara que los demás quieren que te pongas.

Gus asintió, salió del coche y se fue directo hacia la central. Natalia fingió estar buscando algo en su bolso para darle tiempo a reponerse y después salió tras él. La lluvia era cada vez más fuerte, así que tuvo que correr con sus

altísimos tacones sobre el suelo encharcado. Algún día le haría caso a Carlos y se compraría unas zapatillas para ir a trabajar.

Entró con Gus en la central, le explicó al chico de admisión adónde iban y bajaron en los ascensores hasta la zona de la morgue. Aún no se habían abierto las puertas del ascensor cuando notó que Gus se le había acercado y la había agarrado del brazo.

—¿Qué haces?

—¿Hay muertos aquí abajo? —preguntó él.

—Claro. ¿Qué esperabas que hubiera? —Natalia no pudo reprimir una risa al ver que Gus se había puesto pálido—. Tranquilo, no los tenemos a la vista, desperdigados por los rincones. Los tenemos guardados en neveras.

—¿Y si salen? —preguntó Gus, temblando.

—¿En serio sólo te has tomado tres o cuatro cubatas? ¿Cómo van a salir?

—No sé... He visto muchas películas de fantasmas y de zombis... Tal vez debería esperarte en el coche.

—No seas tonto. No va a pasarte nada y tardaremos poco. Además, ni siquiera vamos a ir a la sala en la que los tenemos guardados. —Al ver que la expresión de Gus no mejoraba, le tomó de la mano y tiró de él para que saliera del ascensor—. Tranquilo, los frigoríficos no pueden abrirse desde dentro. Están atrapados.

Gus la siguió, aunque miraba a todos lados como si esperara que en cualquier momento un muerto fuera a saltar sobre ellos para devorar sus cerebros. Natalia le ignoró y siguió caminando hacia la sala donde guardaban los informes. Cuando entraron, ella se dirigió a los ficheros para buscar el informe de Daniel, mientras Gus se sentaba en una silla de frente a la puerta, como si no quisiera dejar de vigilar en ningún momento. Natalia encontró la carpeta con el informe de Daniel y se sentó al lado de Gus.

—Ahora te vas a poner a mirar fotos de muertos a mi lado —protestó Gus—. En serio, no estoy hecho para esto.

—Pues mira hacia otro sitio. Acabará enseguida. Dame sólo unos minutos. Estoy convencida de que vamos a encontrar algo importante.

Después de dar un par de vueltas al barrio de la Peña, Carlos consiguió encontrar la dirección que le habían facilitado. Estaba en un barrio de las afueras de Bilbao y el chalet en el que vivía Salazar se encontraba algo alejado del resto de casas, casi oculto por una fila de árboles. Divisó un camino de gravilla que cruzaba el terreno hasta la entrada de la casa y se dirigió con su coche hacia allí.

Nada más bajarse del coche, escuchó los ladridos de un perro. Eran ladridos graves y potentes, así que debían de pertenecer a un perro grande. Por suerte, sonaban dentro de la casa, así que, al menos de momento, estaba a salvo de que se le lanzara encima. Contempló la casa, asombrado. Era un enorme chalet de tres plantas, moderno y elegante. O los forenses de la Ertzaintza cobraban más de lo que Natalia le había dicho o a la difunta esposa de Salazar le había ido muy bien en su carrera como abogada.

Varias ventanas de la casa estaban iluminadas, así que Salazar debía de estar dentro. Subió las escaleras que llevaban al porche y llamó un par de veces al timbre, pero lo único que consiguió fue que el perro se volviera aún más loco y empezara a correr frente a la puerta, ladrando cada vez con más fuerza. Un par de minutos después, Carlos volvió a llamar. Salazar tenía que estar ahí. Por un momento se planteó que quizá la casa era tan grande que no había podido escuchar el timbre, pero era imposible que no hubiese oído los ladridos del perro. Cuando estaba a punto de llamar otra vez, la puerta se abrió.

Salazar apareció en el umbral, llevando sólo una toalla en la cintura, mientras se frotaba el pelo empapado con otra toalla más pequeña. El perro apareció al lado de sus piernas. Era un bicho enorme, un pastor belga muy

peludo y con cara de bueno que movía la cola de lado a lado, emocionado por conocer a alguien nuevo.

—¿Vega? ¿A qué debo esta visita?

—Siento llegar en un momento tan inoportuno. Quizá debería haber llamado antes.

—No, no se preocupe. Había salido a dar una vuelta por el monte con el perro, pero la ruta era más larga de lo que me esperaba, así que al final se nos ha hecho de noche y nos ha pillado la lluvia. Nada que una buena ducha caliente no pueda arreglar. —Salazar le dirigió una amable sonrisa e hizo un gesto invitándole a entrar—. Pase, no se quede ahí. Se va a empapar y no sé si voy a tener toallas para todos.

Carlos le dio las gracias y entró. El doctor le señaló un perchero en el que podía dejar el abrigo. Carlos se lo quitó y le siguió hasta la cocina.

—Todavía no me ha dicho a qué ha venido.

—Sí, disculpe. Estoy ultimando los detalles de la investigación del caso de los asesinatos de Roberto Azkarraga y me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿En serio? Aguirre me comentó que el caso estaba cerrado.

—Y lo está, pero hay pequeños flecos que no me acaban de cuadrar — Carlos se lo pensó un segundo y decidió sincerarse—. Me gustaría que no le comentara nada de esto a Aguirre. Me ha dicho que deje el caso como está, pero creo que tengo indicios que señalan que Roberto Azkarraga era inocente, que hay otra persona de la central implicada en los crímenes y que incluso puede haber otra persona asesinada relacionada con este caso.

—¿Otra persona? ¿Quién?

—Daniel Gómez. Era un informático de la central. Se supone que se mató en un accidente de coche, pero creo que pudo haber ayudado al verdadero

asesino a falsear los registros del servidor de la central y que éste le mató cuando ya no le necesitaba.

—Todo eso que me cuenta es muy interesante y estaré encantado de responder a todas sus preguntas. —Salazar se señaló a sí mismo para que Carlos se fijara en su atuendo—. ¿Me concede un par de minutos para que pueda vestirme?

—Por supuesto.

Salazar salió de la cocina. Carlos se sentó en una de las sillas y estuvo esperando varios minutos. El perro apareció en la puerta y le contempló desde el umbral, con la cabeza ladeada y la lengua colgando. Carlos sonrió y le llamó para que se acercara.

—Ven aquí, campeón. —El perro se acercó meneando la cola—. Eres un perro muy bonito. Vamos a ver cómo te llamas, que tu dueño se ha olvidado de presentarnos.

Carlos acarició el cuello del perro y buscó entre su pelo la chapa identificativa. Cuando la leyó, sintió que una corriente helada descendía por su columna:

Aker

631957825

Atención: Epiléptico

CAPÍTULO DIEZ

Gus continuaba con la mirada clavada en el techo de la habitación, esperando a que Natalia acabara de revisar el informe de la autopsia de Daniel. Cada vez que escuchaba el ruido de unos pasos, el pitido del ascensor o el golpe de una puerta al cerrarse, daba un respingo. Incluso el silencio le destrozaba los nervios. Aquel sitio le ponía enfermo. No podía explicarse cómo Natalia era capaz de trabajar allí todos los días sin volverse loca.

—No encuentro nada que se salga de lo normal —dijo Natalia, provocando que Gus diese un nuevo bote—. ¿Te quieres tranquilizar? No va a pasarte nada malo.

—Me tranquilizaré cuando nos vayamos de aquí —contestó Gus—. Y ya que dices que no hay nada raro, creo que es un momento estupendo para largarnos.

—No sé, tiene que haber algo... Carlos dice que los padres de Daniel aseguran que él nunca bebía...

—¿Y hay algo de eso en el informe?

—Sí, mira. Según los análisis, Daniel tenía tres gramos de alcohol por cada litro de sangre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que, para no beber, estaba al borde del coma etílico. Una concentración tan alta de alcohol explica perfectamente que perdiera el control del coche. Incluso es posible que se quedara dormido al volante.

—Entonces ya está. Vámonos.

—Pero sus padres dicen que no bebía...

—Joder, Natalia... ¡Qué inocente eres! Todos los padres creen que sus hijos no beben. Yo he llegado a casa echando el hígado y he convencido a mi madre de que me había sentado mal una hamburguesa. Incluso una vez la convencí de que la botella de ginebra del mueble-bar se debía de haber evaporado por llevar tanto tiempo abierta. Aquí no hay nada que investigar.

—No sé... Esperaba que hubieran encontrado rastros de Luminal en su sangre. Eso habría demostrado que su muerte estaba relacionada con nuestro caso, pero no hay nada.

—Pues eso significa que nos hemos equivocado.

—No, es extraño. No es que no hayan encontrado rastros de Luminal en su sangre, es que no hay nada. No se realizó ningún análisis de tóxicos. Sólo aparecen los resultados de la tasa de alcoholemia. Supongo que tenían tan claro que se había matado por conducir borracho que no buscaron nada más.

—¿Es ése el procedimiento habitual?

—No. Deberían haber analizado si había consumido alguna droga, además del alcohol. Hay algo raro aquí. Voy a llamar al laboratorio.

Natalia cogió su teléfono, marcó el número y esperó, mientras Gus volvía a removerse inquieto en su asiento, manteniendo la mirada fija en la puerta de la sala por si aparecía algún muerto viviente. Natalia sonrió y levantó el pulgar cuando contestaron a su llamada.

—Buenas noches. Soy Natalia Egaña, forense de la Ertzaintza. Sí, ya hemos hablado alguna otra vez. Tengo una duda sobre un informe que nos mandasteis hace unas semanas. No encuentro el informe de tóxicos... Sí, puede que se os olvidara mandárnoslo. La víctima se llamaba Daniel Gómez Velasco. Sí, espero...

Natalia dedicó los dos siguientes minutos a pasear por la sala, impaciente. Cuando escuchó que cogían de nuevo el teléfono al otro lado, volvió a sonreír a

Gus para transmitirle que ya acababan y que pronto podrían irse.

—Sí, sigo aquí. ¿Cómo que ese nombre no aparece en vuestros archivos? Tengo delante el informe de los análisis que realizasteis y lleva vuestro membrete. No sé, tiene que haber algún error. ¿Podrías volver a comprobarlo? Ya, de acuerdo. Investigaré qué ha podido suceder y volveré a llamaros.

Natalia colgó y se quedó mirando su móvil con expresión confundida. Gus se levantó y se colocó frente a ella.

—¿Qué pasa?

—No lo entiendo. Dicen que ellos no han realizado los análisis de Daniel, que lo han comprobado varias veces y ese nombre no consta en sus archivos. — Natalia volvió a la mesa y recogió la página para mostrársela a Gus—. Su nombre está aquí, con su dirección, su teléfono, su sello...

—Bueno, lo único que se me ocurre es que ese informe sea falso — aventuró Gus.

—¿Cómo va a ser falso?

—Siento decírtelo, pero hasta un crío con unos mínimos conocimientos de Photoshop podría falsificar un papel así. Sólo necesitas coger otro informe de ese laboratorio y cambiar los datos para que diga lo que tú quieras.

—Entonces sugieres que la persona que ha realizado el informe de esta autopsia introdujo un informe falseado para ocultar la verdadera razón de la muerte de Daniel...

—Lo que quiere decir que esa persona es la misma que le mató y, muy probablemente, el asesino de mujeres que estamos buscando —dijo Gus, asintiendo—. ¿Y esa persona es...?

—Alberto Salazar, uno de nuestros forenses y el marido de la segunda víctima.

Carlos escuchó con claridad un conocido clic a su espalda. No le hacía falta girarse para saber lo que era. Había escuchado aquel sonido infinidad de veces. Aún así, se giró despacio hacia la puerta para comprobar que Salazar estaba apuntándole con su propia pistola. Se maldijo a sí mismo por ser tan gilipollas. Era cierto que no había ido a aquella casa pensando en interrogar a un sospechoso, sino a un compañero de trabajo, pero había sido una estupidez dejar la pistola en el abrigo.

—Aker, aquí —gritó el doctor.

El perro fue hacia él moviendo la cola. Salazar le hizo salir de la cocina y cerró la puerta a su espalda.

—Puedes estar tranquilo. Nunca le haría daño a un perro —comentó Carlos—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a dispararme? Creo que, si nos tranquilizamos un momento, podemos encontrar una solución mejor para todo esto.

—No voy a dispararte si puedo evitarlo —respondió Salazar—. Levántate despacio y abre ese cajón.

Salazar señaló uno de los cajones de la cocina con el cañón de la pistola. Carlos se levantó sin hacer movimientos bruscos y se dirigió hacia allí. Cuando lo abrió, encontró un montón de cajas de Luminal.

—Vaya, menudo alijo. ¿Podrías contarme cómo las conseguiste? Hemos estado dándole vueltas a eso durante todos estos meses...

—Sí, ya sé que pedisteis la lista de todos los pacientes epilépticos que hubieran solicitado cajas de más. Por suerte, Aker no aparece en esa lista.

—Tengo que reconocerte que no pensamos que el paciente pudiera ser un perro en ningún momento.

—Habría dado igual que lo hubierais pensado. La legislación es muy

estricta en cuanto a la dispensación de Luminal para personas, pero, por razones que nadie entendería, no sucede lo mismo con los animales. Sólo tienes que ir a tu veterinario, pedir que te haga una receta para varias cajas e ir a la farmacia, donde te lo dan sin pedirte ninguna identificación. Misterios de la burocracia. — Salazar se permitió una sonrisa irónica—. Coge una caja y vuelve a sentarte.

—¿No pensarás que voy a tomarme esto por voluntad propia? Sé lo que le pasó a Roberto. Fui yo el que encontró su cadáver.

—Voy a dejarte elegir. Ya te he dicho que no quiero dispararte, pero lo haré si no me dejas otra opción. Tú decides. Puedes tomarte todas las pastillas de esa caja y tener la esperanza de que alguien te encuentre todavía vivo y pueda salvarte o puedo descerrajarte un par de tiros en la nuca y tener la certeza de que sólo encontrarán tu cadáver.

El silencio se adueñó de la sala durante unos segundos. Natalia seguía mirando el informe de la autopsia, en el que el nombre de Alberto Salazar parecía destacar como si lo hubieran iluminado con luces de neón. No podía creer que hubiera sido él. Ella había estado con él cuando descubrió que la mujer a la que estaba a punto de hacerle la autopsia era su esposa. Había visto cómo palidecía, cómo temblaba, cómo su mirada se perdía... Tenía que reconocer que era un gran actor. Había conseguido engañarla sin que dudara de él ni un solo segundo.

Recordó que había sido él quien había pedido que ella le acompañara como observadora en aquella autopsia con la excusa de que podían estar ante los crímenes de un asesino en serie. Lo había preparado todo desde el principio para que ella se implicara, para guiar sus sospechas y alejarlas de él. Después, sólo había tenido que fingir el interés lógico de cualquier marido que quiere que se haga justicia por el asesinato de su amada esposa para que Aguirre le tuviera informado en todo momento de cada paso que daban. Les había engañado a todos.

—¿Qué hacemos ahora? —la voz de Gus consiguió sacarla de sus pensamientos.

—Hay que avisar a Carlos de inmediato. —Natalia cogió su móvil y marcó. Mientras escuchaba los tonos de llamada, miró a Gus y sonrió—. Ahora tenemos las pruebas suficientes. Aguirre no tendrá más remedio que escucharnos.

Los tonos de llamada se sucedieron, uno tras otro, sin que nadie contestara al otro lado. Cuando la llamada se cortó, Natalia volvió a marcar el número. Tras unos segundos de espera, la llamada volvió a cortarse.

El móvil de Carlos sonó por tercera vez. Los dos se mantuvieron en silencio, escuchando el tono de llamada.

—Saca el móvil despacio y mira a ver quién te llama —le ordenó Salazar.

Carlos obedeció y sacó el teléfono de su bolsillo trasero. Miró la pantalla. Era Natalia. Durante un segundo, tuvo la idea de contestar y gritar socorro. Aunque no le diera tiempo a decir nada más, sabía que Natalia haría todo lo posible por encontrarlo y ayudarlo. Por desgracia, Salazar no tardaría más de un segundo en dispararle y, si le reventaba la cabeza, ya no habría ayuda posible.

—Es Natalia —contestó Carlos, dejando el móvil sobre la mesa.

—Levántate y camina hacia esa esquina.

Carlos se levantó y caminó hacia atrás, con la mirada fija en la pantalla del teléfono. Era tan frustrante saber que la ayuda estaba a la vez tan cerca y tan fuera de su alcance... Salazar se acercó al móvil y tocó los botones.

—¿Lo has apagado?

—No, eso podría hacerle sospechar. Tan solo le he bajado el volumen. — Salazar retrocedió de nuevo hacia la puerta de la cocina, sin dejar de apuntarle

un solo segundo—. Ahora vuelve a sentarte y empieza a tomarte esas pastillas.

Natalia marcó el número de Carlos y, mientras escuchaba cómo los tonos de llamada se repetían sin resultado, empezó a pasear arriba y abajo por la sala. Gus se acercó a ella y le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—Igual está ocupado con algún interrogatorio y ahora mismo no puede cogerlo —sugirió él.

—No, no es eso. Habría contestado, aunque sólo fuera para decirme que dejara de molestarle. —Natalia negó con la cabeza y miró a Gus con ojos asustados—. Está pasando algo malo. Lo presiento.

—¿Tú también? ¿No teníamos bastante con las corazonadas de Carlos? ¿Ahora tú también tienes presentimientos?

—No te burles. Sé que está pasando algo malo, que está en peligro...

—Tú siempre te burlas de las corazonadas de Carlos.

—Sí, pero al final les hago caso. —Natalia le dirigió una mirada desesperada—. Tenemos que hacer algo. Hay que encontrarle.

—Vale. ¿Hay algún ordenador por aquí?

—Tengo el portátil en mi despacho.

Los dos salieron de la sala de archivos a la carrera y recorrieron el pasillo tan rápido como pudieron. A pesar de que había tratado de quitarle importancia a los miedos de Natalia, lo cierto era que él también tenía un mal presentimiento. Ella abrió su bolso y empezó a rebuscar.

—Vamos, ¿a qué esperas?

—No encuentro el llavero. Dios, ¿por qué tengo que llevar tantas cosas en el bolso?

Gus le arrancó el bolso de las manos, le dio la vuelta y dejó que todo el contenido se desparramara sobre el suelo del pasillo. Natalia se agachó, recogió el llavero y abrió la puerta. Gus entró, se sentó y encendió el portátil.

—Dime que Carlos tiene una cuenta de Gmail, por favor— dijo mientras esperaba a que el ordenador arrancara.

—Sí, tiene una —contestó Natalia, que seguía agachada en el pasillo recogiendo todas sus cosas para volver a meterlas en el bolso.

—Ahora dime que te la sabes y que conoces la contraseña y me harás el hombre más feliz del mundo.

—Pues vas a tener suerte, porque me la sé. —Natalia terminó de recoger todo, entró en el despacho y se colocó detrás de la silla de Gus para mirar qué hacía—. Se la tuve que crear yo porque él sigue siendo un negado para esto de la informática. ¿Qué vas a hacer?

—Entrar con su cuenta y utilizar el Android Device Manager. Es un programa que sirve para localizar tu dispositivo móvil, por si te lo roban o lo pierdes —Gus se apartó un poco y le acercó el ordenador a Natalia—. Introduce la cuenta de Gmail y la contraseña.

—No creo que Carlos haya activado ese servicio —dijo Natalia, mientras escribía los datos que Gus le había pedido.

—Eso es lo bueno, que no hay que activarlo. Todos los móviles con Android lo traen activado por defecto, aunque poca gente lo sabe. Si no quieres estar localizable, tienes que desactivarlo, pero me apuesto la cabeza a que Carlos no sabría hacerlo ni aunque su vida dependiera de ello.

Se quedaron en silencio unos segundos, mientras el programa localizaba el móvil. La pantalla mostró un mapa en el que un círculo de color verde señalaba la localización del teléfono de Carlos.

—Está en el barrio de La Peña —dijo Gus—. ¿Qué hace ahí?

—Ni idea. La última vez que hablé con él estaba en el Casco Viejo y decía que iba a quedarse por allí buscando más pistas. ¿Puedes ampliar el mapa para saber dónde está concretamente?

—Por supuesto... —Gus fue pulsando el botón para acercar la imagen hasta que el círculo verde señaló un edificio—. Ahí tienes la dirección. Dame un segundo, que quiero consultar una cosa en Google Street View.

—¿Qué quieres consultar? —preguntó Natalia, impaciente—. Ya sabemos la dirección. Vamos.

Gus no contestó y se limitó a teclear y a mover el ratón. Cuando encontró la información, le señaló la pantalla a Natalia con una sonrisa satisfecha.

—Me preocupaba que fuera un bloque de pisos y que tuviéramos que ir llamando vecino a vecino para preguntarles si tenían a un policía que se nos había perdido. Pero hemos tenido suerte: es una vivienda unifamiliar. Sabemos exactamente dónde está. Vamos.

CAPÍTULO ONCE

—¿Me va a doler? —preguntó Carlos antes de meterse la primera pastilla en la boca.

—No. Puedes estar tranquilo. Al principio notarás confusión y letargo, algo parecido a una borrachera —explicó el doctor—. Creo que en eso tienes experiencia.

—Lo estaba dejando, pero aún me acuerdo. ¿Y después?

—Te irás sintiendo cada vez más somnoliento. Para cuando llegue la depresión respiratoria, ya no estarás consciente. En realidad, estoy siendo muy clemente al proporcionarte una muerte tan dulce. Tómame otra.

—Espero que me disculpes por no estar agradecido. —Carlos se metió otra pastilla en la boca y bebió un poco de agua para pasarla—. Después de todo, me estás asesinando sin que yo te haya hecho nada.

—Si hubieras dejado las cosas como estaban, no nos encontraríamos en esta situación tan desagradable. No entiendo por qué has tenido que seguir investigando. Pensaba que odiabas a Roberto y que te quedarías tranquilo creyendo que él era el asesino.

—¿En serio pensabas que mi antipatía por Roberto haría que me quedase contento y no investigase más?

—La verdad es que sí. Eres mucho más profesional de lo que esperaba. —Salazar apuntó con la pistola a la caja de pastillas que descansaba sobre la mesa—. Tómame otra. No tengo toda la noche.

—No veo dónde está la prisa. —Carlos se tomó otra pastilla acompañada de un trago de agua—. Sabes que no te vas a librar de ésta, ¿verdad? Les dije a

Natalia y a Gus que venía a hablar contigo por si tenías alguna pista. En cuanto encuentren mi cadáver, sabrán que has sido tú.

—Lo imaginaba, pero no pasa nada. Para cuando te encuentren, yo ya estaré lejos. En cuanto hayas acabado de tomarte las pastillas, me marcharé con el coche al aeropuerto. Cuando den la orden de detención, ya estaré en un avión rumbo a París o Frankfurt. Desde allí, será fácil viajar a algún país sudamericano sin acuerdo de extradición con España. —Salazar volvió a apuntar a la caja de pastillas—. Sigue tomándotelas. De dos en dos, venga.

—Como quieras. —Carlos se introdujo otras dos pastillas en la boca—. ¿Lo has pensado bien? Vas a abandonar toda tu vida, tu carrera...

—Eres muy amable al preocuparte por mí, pero, por vuestra culpa, si me quedo aquí, la única perspectiva que tengo es ir a la cárcel. En Sudamérica estaré bien. Acabo de recibir un buen montón de dinero por el seguro de vida de mi mujer. Eso me permitirá vivir cómodamente durante mucho tiempo.

—¿Así que lo has hecho por eso? —preguntó Carlos, incrédulo—. ¿Por el puto dinero?

—¡Por supuesto que no! —gritó Salazar—. Yo amaba a Carmen, la amaba con toda la fuerza de mi ser.

—¿Entonces por qué? —Ante el silencio de Salazar, Carlos insistió—. Voy a morir por esto. Creo que al menos merezco saber por qué.

—Me engañaba. Yo la amaba, la quería tanto... Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi. Me esforcé durante años por hacerla feliz, por cuidarla y darle todos los caprichos... Pensaba que ella también era feliz a mi lado, pero, durante todo ese tiempo, ella me engañaba. —Salazar se quedó un momento pensativo, con la mirada ausente y la mente perdida en sus recuerdos. De repente, pareció reaccionar y la furia tiñó sus facciones—. Sigue tomándote las putas pastillas. Que no te lo tenga que repetir o te pegaré un tiro y

acabaremos con todo esto.

—Ya voy. Tranquilo. —Carlos se metió otras dos pastillas en la boca—. Entiendo tu rencor, pero eso no justifica un asesinato, y mucho menos tres.

—Me engañaba con Roberto. Cuando lo descubrí, creí volverme loco. ¿Cómo pudo engañarme con uno de mis compañeros de trabajo? Colaborábamos en muchos casos, tomábamos café juntos... Y, mientras tanto, se estaba tirando a mi mujer. Empecé a investigar para saber cuánto tiempo llevaban riéndose de mí y lo que descubrí fue horrible. —Salazar se frotó la frente con fuerza, como si pretendiera borrar aquellos recuerdos que le hacían daño—. Lo de Roberto no era nada serio. Era una más de sus aventuras. Llevaba años engañándome. Todas aquellas reuniones a deshoras, todos aquellos congresos a los que se suponía que acudía no eran más que mentiras. No podía vengarme de todos aquellos tipos, pero sí de ella y de Roberto.

—¿Pero por qué matar a las otras dos mujeres? Ellas no te habían hecho nada.

—En todos los casos de asesinato se investiga primero el entorno de la víctima. Sólo hay una excepción: los asesinos en serie, enfermos que cazan a sus víctimas aleatoriamente. Si conseguía convencerlos de que estabais tras un asesino en serie, no sospecharíais de mí ni me interrogaríais. —Salazar bajó el tono de voz, casi como si hablara para sí mismo, tratando de convencerse de que lo que había hecho era correcto—. Además, esas mujeres lo merecían. Eran como Carmen, unas putas zorras adúlteras. Ellas se lo buscaron.

—¿Estás seguro de eso? ¿Te lo crees? ¿Puedes dormir tranquilo por la noche después de lo que has hecho?

—Basta ya de hablar. —Salazar volvió a apuntarle con la pistola. Sus manos temblaban tanto que Carlos temió que pudiera dispararle por accidente—. Tómate ya las putas pastillas y acabemos con esto.

Carlos obedeció y se metió otras dos pastillas en la boca. Bebió un trago de agua para pasarlas y, cuando iba a sacar otras dos, se quedó parado. Salazar giró la cabeza hacia la ventana con todos los nervios en tensión. Carlos tiró las dos pastillas bajo la mesa, mientras se permitía recuperar la esperanza. Se escuchaba con claridad el ruido de un motor y el crujido de las ruedas de un coche avanzando sobre la gravilla del camino de entrada.

Natalia detuvo el motor y se quedó mirando a la casa. Había varias ventanas iluminadas en el piso inferior, lo que quería decir que había gente dentro. Giró la cabeza hacia Gus, que seguía concentrado en mirar su móvil.

—¿Sigues diciendo que Carlos está ahí? —preguntó ella.

—Sí, la aplicación sigue señalando que está en esa casa, pero ya ni siquiera nos hace falta. —Gus señaló un bulto oscuro situado a pocos metros—. ¿No es ése el coche de Carlos?

—Sí, es ése.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Vamos hasta la puerta, llamamos y le pedimos amablemente a Salazar que no le haga daño a Carlos y que se entregue?

—La verdad es que no tengo un plan mejor —admitió Natalia.

—Pues tengo que decirte que como plan es una auténtica mierda. ¿Los forenses lleváis pistola?

—Por supuesto que no —contestó ella.

—Pues entonces el plan es aún más mierda. —Gus resopló, con la mirada clavada en la fachada de la casa—. ¿No crees que deberíamos llamar a Aguirre? Tenemos pruebas suficientes para hacer que nos escuche.

—Aguirre es amigo personal de Salazar. No va a mandar unas patrullas a su casa si no podemos probar, más allá de toda duda, que es el culpable. Para

demostrárselo, tendríamos que volver a la central, esperar a que llegue y discutir con él durante horas. Si Carlos está en peligro, no podemos permitirnos perder ese tiempo. Quiero sacarle de ahí ya.

—De acuerdo. Esto es un suicidio, pero no puedo dejarte sola. Vamos.

Salazar miró por la ventana sin dejar de apuntar a Carlos con la pistola. A pesar de la oscuridad del exterior, distinguió la forma de un coche grande y elegante aparcado frente a su casa. Se giró hacia Carlos con gesto furioso.

—Creo que es el coche de tu amiguita.

—¿Natalia? No... No lo creo... —Carlos notó que la lengua le resbalaba y que le resultaba difícil pensar—. Ella no sabe dónde vives...

—Pues nos ha encontrado. —Salazar movió la pistola de forma nerviosa mientras apuntaba a la puerta de la cocina—. Vamos, levántate y abre esa puerta.

Carlos intentó obedecer, pero al ponerse en pie sintió que el suelo oscilaba y que la cocina parecía girar. Volvió a sentarse y se agarró la cabeza con las manos.

—¡Vamos! —gritó Salazar—. He dicho que te levantes.

—No puedo. Estoy muy mareado...

—Levántate y sal de la cocina ya si no quieres que te vuele la cabeza delante de tu novia —insistió el hombre.

Carlos asintió y, haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie y dar un par de pasos. Al llegar a la pared, apoyó la mano para sentirse más seguro. Cuando abrió la puerta, el perro entró moviendo la cola, como si estuviera contento de verles.

—Aker, quítate de en medio —ordenó Salazar—. Tú, sigue andando.

Cruzaron el pasillo y llegaron al salón. Parecía inmenso y tenía pocos muebles. La pared del fondo estaba ocupada por una gran librería de madera oscura repleta de libros y una elegante chimenea de piedra grisácea que alegraba la habitación con unas llamas luminosas y cálidas. Frente a la chimenea se veían dos enormes sillones de cuero negro que invitaban a sentarse y entretenerse con un rato de lectura. Por desgracia, Carlos no estaba de humor para disfrutar del acogedor ambiente. Lo único en lo que podía pensar era en si podría atravesar el salón hasta llegar a los sillones sin apoyarse en nada. Por suerte, Salazar le pidió que se detuviera en cuanto entraron. Se agarró al lateral de la puerta mientras observaba cómo el doctor entraba en la estancia y levantaba la gruesa alfombra para revelar una trampilla en el suelo.

—Vamos, adentro. Métete ahí y no hagas ningún ruido si quieres que Natalia siga viva.

—Lo estás haciendo todo mal —replicó Carlos con voz pastosa—. Cada vez lo estás liando más... No vas a salir de la cárcel en la puta vida...

—¿Te crees que me importa mucho que me caigan veinte años en vez de quince? Ya te he dicho que no pienso pisar la cárcel. Venga, adentro.

Carlos llegó hasta la trampilla y miró hacia abajo. Había una escalera de mano metálica que se internaba en la oscuridad. No podía bajar por ahí en las condiciones en las que se encontraba. Lo más seguro era que perdiese el equilibrio y cayera antes de haber bajado siquiera tres peldaños.

—No puedo bajar ahí con este mareo... Me voy a romper la crisma.

—Sinceramente eso me da igual. Pase lo que pase, en media hora estarás muerto. Vamos, baja.

En cuanto salieron del coche, escucharon los graves e imponentes ladridos de un perro grande. Caminaron un par de pasos por el camino de gravilla y las luces de la casa se fueron apagando, una tras otra.

—Joder, esto pinta cada vez peor —comentó Gus—. Sabe que estamos aquí y parece que no le hace ninguna gracia nuestra visita. Y encima tiene un perro que suena a monstruo del averno.

—Tranquilo, somos dos contra uno —dijo Natalia, caminando hacia las escaleras del porche—. Y Salazar es forense, como yo, así que tampoco tiene pistola.

—Es que sigo sin saber qué le vamos a decir.

—Déjame hablar a mí.

Natalia pulsó el timbre y los dos se quedaron en silencio, esperando. Dentro de la casa sólo se escuchaban los ladridos del perro, lo que hizo que ella se sintiera aún más nerviosa. Era razonable que Salazar tratara de fingir que no estaba en casa para que se marcharan y le dejaran tranquilo, pero sabían que Carlos estaba ahí dentro. ¿Por qué no salía o gritaba pidiendo ayuda? ¿Por qué no hacía nada? Una parte de su mente le sugirió que podía estar gravemente herido, quizá muerto... Natalia desterró aquellos dolorosos pensamientos al lugar más apartado de su conciencia y volvió a poner el dedo en el timbre. Esta vez no lo levantó. Dejó que sonara y sonara, para hacerle ver a Salazar que sabía que estaba dentro y que no pensaba marcharse sin una respuesta.

Los ladridos del perro arreciaron. Escucharon unos pasos en el interior y el ruido de una puerta al cerrarse. Unos segundos después, los pasos se acercaron a la puerta, que se abrió unos centímetros. Salazar estaba detrás, asomando la cara tras una cadena de seguridad que impedía que la puerta se abriera más.

—Natalia, ¿qué haces en mi casa a estas horas? Acababa de irme a dormir.

—Estamos buscando a Carlos —dijo ella con una sonrisa inocente en la cara—. No contesta al móvil y nos dijo que iba a venir a hacerte una visita para aclarar unos puntos de la investigación.

—¡Qué raro! Pues por aquí no ha pasado. Supongo que le surgiría algo. —

La voz de Salazar era calmada y educada, como si no tuviera nada que ocultar—. Cuando le veas, dile que estaré encantado de responder a sus preguntas y de colaborar en todo lo que pueda.

—¿Está seguro de que no está? —preguntó Gus, enfrascado en la pantalla de su móvil—. Su coche está aparcado aquí y esta aplicación me dice que su teléfono está ahí dentro.

Salazar se quedó en silencio un par de segundos. Trataba de mantenerse impassible, pero sus pupilas se habían dilatado y su labio inferior temblaba levemente.

—Tiene que ser un error. Ya os digo que no ha pasado por aquí.

Gus sonrió y asintió con la cabeza, como si le diera la razón, y pulsó la pantalla de su móvil. Un par de segundos después las primeras notas de Hoochie Coochie Man rompieron el silencio del interior de la casa.

—Ése es el tono de llamada del móvil de Carlos. ¿Sabía que hay aplicaciones que hacen que un móvil suene y pueda ser localizado incluso cuando le han bajado el sonido?

Salazar abrió y cerró la boca varias veces, como un pez que boqueara en busca de oxígeno. Sin decir ni una palabra, volvió a cerrar la puerta. Gus y Natalia escucharon desde el otro lado como la aseguraba con varios cerrojos. Después oyeron sus pasos apresurados subiendo la escalera, acompañado por los ladridos nerviosos de su perro.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé —dijo Natalia, histérica—. ¡Joder, le has asustado! ¿No te dije que me dejaras hablar a mí?

—No parecía que estuvieras consiguiendo nada. De todos modos, eso no importa ahora. ¿Qué hacemos?

—Entrar. Sé que a Carlos le ha pasado algo malo. —La voz de Natalia se quebró por la angustia.

—¿Y cómo? No sabemos forzar la puerta.

Los dos miraron alrededor, hasta que los ojos de Natalia se posaron en una pala de jardinería apoyada contra el tronco de un árbol. Corrió hacia allí, la recogió y, tras volver a subir los escalones del porche, la estrelló contra una de las ventanas. Después paseó su superficie metálica por el marco para eliminar cualquier trozo de cristal, se quitó los tacones y pasó una pierna dentro.

—¿Estás segura de esto?

—Muy segura —contestó ella—. Tú coge esa pala por si tenemos que defendernos. Yo voy a buscar a Carlos.

Carlos se encontraba sumido en la más completa oscuridad. Extendió los brazos, tratando de situarse, y empezó a andar poco a poco, con miedo de tropezarse con algo y no poder volver a levantarse. Se sentía muy confuso y aturdido y le costaba pensar. Le parecía que su cerebro había sido sumergido en un líquido espeso y viscoso que atrapaba sus pensamientos y no los dejaba fluir con normalidad. Era una sensación muy extraña. Había estado borracho muchas veces en su vida, muchas más de las recomendables. Algunas veces había bebido hasta perder la conciencia, pero no recordaba haberse sentido nunca tan torpe y tan indefenso.

Consiguió llegar hasta una pared. A pesar de que su tacto era frío, áspero y rugoso, le resultó reconfortante. Era un punto de apoyo, algo real que le ataba al mundo y le permitía concentrarse y separarse de aquella neblina pegajosa que inundaba su cabeza y le impulsaba a abandonarse al sueño. Fue palpando la pared mientras avanzaba, buscando un interruptor. Si conseguía encender alguna luz, podría revisar la habitación y buscar algo para defenderse o para salir de allí

o, al menos, para avisar a Natalia de que Salazar era peligroso. Si le sucedía algo por su culpa, no podría perdonárselo nunca.

No era capaz de precisar el tiempo que llevaba avanzando por aquella habitación oscura, pero estaba seguro de que ya había dado una vuelta completa sin encontrar ningún interruptor. Volvió a empezar, moviendo las manos por la pared, por si se encontraba más arriba o más abajo. Cada paso le costaba más que el anterior. El mareo iba en aumento y sus movimientos eran cada vez más descoordinados. Se sentía muy cansado y los párpados le pesaban. Además, notaba que le costaba respirar. No sabía si se debería a la ansiedad, a que el lugar estaba mal ventilado o si era otro efecto de la droga. Decidió sentarse un rato y descansar, al menos hasta que su respiración se normalizara. Se dejó caer, con la espalda apoyada contra la pared. La cabeza le pesaba muchísimo y sus párpados se habían vuelto dos telones de plomo imposibles de sostener. Comprendió que se estaba muriendo y que no podía hacer nada por evitarlo. Al menos le quedó el consuelo de que Salazar había dicho la verdad: aquella forma de morir no dolía.

Gus y Natalia se quedaron al lado de la ventana, sin saber hacia dónde dirigirse. La casa estaba en silencio, como si estuviera deshabitada. Todas las luces continuaban apagadas. Natalia sintió un nudo en el estómago. Aquello no podía ir peor. Estaban a oscuras en una casa desconocida habitada por un asesino que podía estar oculto tras cualquier sombra. Una luz a su lado la sorprendió. Gus había encendido la linterna de su móvil e iba enfocando las esquinas para asegurarse de que no había nadie agazapado, preparado para saltar sobre ellos.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Gus.

—Vamos a dividirnos —contestó Natalia, mientras sacaba su móvil para imitar a Gus y tener su propia linterna.

—Ésa es la típica frase estúpida que se dice en toda película de terror justo antes de que todos empiecen a caer como moscas —dijo Gus—. ¿No sería mejor

permanecer juntos?

—Creo que a Carlos le ha pasado algo malo. Tenemos que encontrarle cuanto antes —respondió Natalia con voz suplicante.

—Está bien. Yo voy al piso de arriba. Si te pasa cualquier cosa, grita.

Natalia le sonrió agradecida y, tras ver cómo el chico subía las escaleras de dos en dos, se puso en marcha. Caminó despacio por el pasillo, atenta a cualquier movimiento que pudiera descubrir con la brillante luz de su móvil. Pasó al lado de una cocina vacía y la iluminó desde la puerta. Había algo sobre la mesa, al lado de una botella de agua. Se acercó y lo alumbró. Era una caja de Luminal. A su lado había un blíster totalmente vacío y otro al que le faltaban bastantes pastillas. Sintió que el estómago se le encogía. No estaba segura de cuál era la dosis de fenobarbital que podía considerarse mortal, pero aquella cantidad de pastillas no podía estar muy lejos.

Salió de la cocina y avanzó por el pasillo hasta llegar a un salón iluminado por las llamas bajas de una chimenea. Tampoco parecía que hubiera nadie allí. Entró en la estancia y, a pesar del miedo que sentía, se atrevió a susurrar.

—Carlos, ¿estás aquí?

Escuchó un murmullo apagado, pero fue incapaz de distinguir de dónde venía. Se situó en medio del salón y volvió a llamar, elevando un poco más el tono de voz:

—Carlos, ¿dónde estás?

Un nuevo gemido llegó hasta sus oídos. Se quedó totalmente quieta, con todos los sentidos alerta, conteniendo incluso la respiración, esperando a que se repitiera. Volvió a escuchar unos gemidos lejanos y apagados y el sonido de la voz de Carlos susurrando su nombre. Sintió que todo el vello de su cuerpo se erizaba. Por un segundo, temió que Carlos hubiera muerto y que aquel sonido fuera el de su alma al despedirse. Desterró aquel estúpido pensamiento al

instante. Ella no creía en aquellas tonterías de espíritus que buscaban venganza o almas torturadas. Había pasado el suficiente tiempo rodeada de muertos como para saber que ninguno se levantaba a contarte qué le había sucedido. Si había escuchado la voz de Carlos, era porque estaba allí, aunque ella no pudiera verlo.

—Carlos, cariño —dijo con voz suplicante, casi al borde del llanto—. Te oigo, pero no puedo verte. ¿Dónde estás?

Gus subió las escaleras tratando de hacer el mínimo ruido posible, pero le parecía que cada uno de sus pasos hacía crujir la madera de los escalones, que sus zapatillas rechinaban, que su respiración se asemejaba al ruido de una locomotora de vapor y que el retumbar de su corazón podría oírse desde cualquier punto de Vizcaya.

Cuando terminó de subir, se quedó parado unos segundos, sujetando la pala con la mano derecha mientras paseaba la luz del móvil por el descansillo. Frente a él había tres puertas cerradas. ¿Cuál debía abrir primero? Parecía uno de esos concursos de la tele en los que podías descubrir un coche o un fantástico viaje, sólo que en su caso el premio gordo podía consistir en un asesino enloquecido que se lanzara hacia él para matarlo.

Se aproximó a la puerta más cercana a la escalera, pero, cuando fue a abrirla, se dio cuenta de que no tenía ninguna mano libre. ¿De qué debería prescindir? ¿De la pala que le serviría para defenderse o de la luz que le permitiría ver si algo le atacaba? Resopló, desesperado, mientras volvía a repetirse que él no estaba hecho para esas cosas. No había visto ni un solo héroe de acción en las películas que tuviera que enfrentarse a aquel dilema. Volvió a barrer las paredes del descansillo con la luz de su móvil hasta que descubrió un interruptor. Lo pulsó y, en cuanto las lámparas se encendieron, se guardó el móvil en el bolsillo. Le daba igual que Salazar viera la luz. Ya sabía que estaban ahí y podía estar escondido en cualquier lugar, preparado para atacarle. Prefería

dedicar ambas manos a sujetar bien la pala por si era necesario.

Abrió la primera puerta con el corazón latiéndole en la garganta, pero lo único que encontró fue un pequeño cuarto de baño vacío. Volvió a cerrar la puerta y se giró hacia la siguiente. ¿Qué se escondería tras la puerta número dos? Se acercó de puntillas y bajó el picaporte, intentando no hacer ningún ruido. El corazón le pegó tal bote en el pecho que temió que se le fuera a salir por la boca. Salazar estaba allí, de espaldas a él, y parecía muy ocupado tratando de meter sus pertenencias en la pequeña maleta que tenía abierta sobre la cama.

Carlos se puso la mano derecha en la frente y tiró de la piel hacia arriba, tratando de mantener los ojos abiertos. Natalia estaba cerca. La había oído, no podía ser una alucinación. Había escuchado sus pasos sobre la alfombra y su voz llamándole en un susurro. Él había contestado, la había llamado pidiendo ayuda, pero parecía que no le había oído. Tenía que aguantar despierto, tenía que hacerle saber que estaba allí. Ella le ayudaría, le salvaría, como le había salvado ya tantas veces...

Sintió que la cabeza se le caía hacia delante y que perdía la conciencia. Se llevó la mano a la boca y mordió con todas sus fuerzas para provocarse dolor y conseguir mantenerse despierto, pero ni siquiera tenía fuerzas para apretar y hacerse daño. Eran aquellas malditas pastillas. Le estaban matando lentamente desde dentro y no podía luchar contra ellas. Tenía que sacarlas, expulsar el veneno de su interior. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Se metió dos dedos en la boca, tan profundamente como pudo, hasta tocar su campanilla. Las arcadas llegaron al instante y un vómito caliente y viscoso empapó toda su ropa. Aquello le dio aún más ganas de vomitar, así que se echó hacia un lado y siguió echando líquido por la boca. Le pareció que no iba a parar nunca, como si estuviera expulsando hasta su propia alma, pero no trató de detenerse. Tenía que echarlo todo. Ojalá no fuera demasiado tarde.

Cuando acabó, luchó por incorporarse hasta volver a quedar apoyado en la pared. Seguía teniendo mucho sueño y le parecía que ya no tenía fuerzas. No se veía capaz de levantarse, ni de golpear nada para hacer ruido, ni de llamarla... Era tan irónico: la salvación estaba a unos metros de distancia y no iba a ser capaz de alcanzarla.

El sueño volvió a invadirle. Cuando cerraba los ojos, se sentía más tranquilo, más relajado. Incluso respiraba mejor. Todo su cuerpo parecía pedirle que se rindiera y que dejara de luchar. Le susurraba que, en cuanto dejara de pelear, llegaría la paz y acabaría el dolor. Carlos se resistió y, con sus últimas fuerzas, echó la cabeza hacia atrás y se la golpeó contra la pared. El dolor le llegó como un lanzazo en el centro de su cerebro y le permitió recuperar durante unos segundos el control de su cuerpo. Tenía que conseguirlo. Podía ser su última oportunidad.

—¡Natalia! —gritó tan alto como pudo—. Estoy aquí abajo.

Natalia había vuelto a quedarse en silencio, tratando de percibir el más mínimo sonido. Lo primero que escuchó fue un ruido extraño que no supo identificar. Sonaba a líquido cayendo, pero ya había mirado en la cocina y allí no había nadie que pudiera haber abierto un grifo. Volvió al pasillo, tratando de encontrar el origen del sonido, pero, al salir de la sala, lo escuchó más lejano. Estaba ahí, tenía que estar ahí, pero no sabía dónde. Iba a volver a llamarle, pero algo en su interior le dijo que estuviera quieta y en silencio, que se tranquilizara y tratara de pensar con coherencia. En aquel momento, el susurro fantasmal que parecía no surgir de ningún lugar volvió a llegar a sus oídos:

—¡Natalia! Estoy aquí abajo.

¿Abajo? ¿Abajo dónde? Dio unos pasos para situarse fuera de la gruesa alfombra que adornaba la habitación y empezó a enrollarla. De inmediato vio los bordes de una trampilla en el suelo de madera. En lugar de seguir enrollando la

alfombra, la empujó de cualquier forma para dejar toda la trampa al descubierto. La levantó y vio una escalera que se hundía en la oscuridad. Volvió a coger su teléfono y alumbró dentro. Carlos estaba allí, recostado contra la pared, con la cabeza caída hacia delante. Natalia le llamó varias veces, pero él no contestó ni se movió. Sin pensarlo un segundo, agarró el teléfono con los dientes, tratando de que la luz alumbrara los peldaños de la escalera, y empezó a bajar tan rápido como pudo.

Gus avanzó poco a poco, con la pala agarrada con tanta fuerza que notaba que los nudillos le dolían. La verdad era que no sabía qué iba a hacer cuando se situara detrás de Salazar. No podía imaginarse a sí mismo pegándole a alguien por la espalda con una pala en la cabeza, por muy psicópata que fuera la otra persona. Nunca le había gustado usar la violencia, le repugnaba la sola idea de hacerle daño a alguien. Sintió que las manos le temblaban y que el estómago le dolía tanto que tuvo ganas de vomitar. ¿Y si se pasaba y le mataba? ¿Podría vivir con aquello en su conciencia?

Todos aquellos pensamientos se detuvieron en el instante en el que Salazar pareció percibir su presencia. Se quedó paralizado durante un segundo, como si tratara de analizar aquella sensación de peligro a su espalda. En lugar de girarse se lanzó sobre la cama. Gus desvió la mirada hacia el lugar al que estaba saltando el doctor y descubrió un pequeño objeto metálico de color negro. Su cerebro aún estaba procesando que aquello era un arma y que tenía muchas posibilidades de acabar con un perfecto círculo negro en el centro de la frente, cuando Salazar ya había agarrado la pistola. De un solo salto se colocó de rodillas sobre la cama y levantó el arma para apuntarle.

Gus no supo qué sucedió en aquel momento. Fue como si su conciencia se retirara a algún lugar recóndito y seguro y se quedara allí, acurrucada como un ratoncillo asustado. Otra parte de su mente, una que no conocía, tomó el

control y le hizo llevar la pala hacia atrás para tomar impulso y después moverla hacia delante con todas sus fuerzas y estamparla en la cara de Salazar. Una lluvia de sangre, mezclada con fragmentos de dientes, salió disparada de su boca y fue a estrellarse contra la pared, cubriéndola de lunares rojos. Al mismo tiempo, se escuchó el sonido de una detonación. Le había disparado. Aquel hijo de puta le había disparado justo en el momento en el que la pala golpeaba contra su cara. Gus cerró los ojos, esperando el dolor y la quemazón de la bala al atravesarle, pero lo único que escuchó fue un ruido de cristales al romperse. Una lluvia de yeso y fragmentos de cristal impregnó su pelo. Gus resopló aliviado y abrió los ojos. El tiro había salido desviado y había dado en la lámpara del techo. Seguía vivo.

Se acercó a Salazar. Su cara ya empezaba a hincharse y tenía la nariz y la boca cubiertas de sangre. Le puso dos dedos en el cuello hasta encontrar el pulso. Por suerte, seguía vivo, aunque Gus estaba seguro que no se encontraría muy predispuesto a darle las gracias cuando despertara. Se acercó al armario, sacó un par de corbatas y, después de colocarlo de medio lado para que no se ahogara con su propia sangre, le ató al cabecero de la cama, apretando los nudos tanto como pudo. Tras asegurarse de que no podría soltarse, recogió la pistola, se la puso en la espalda, encajada en la cintura del pantalón, y salió de la habitación. Tenía que encontrar a Carlos y a Natalia por si necesitaban ayuda. Además, necesitaba a alguien a quien contarle su hazaña.

Natalia consiguió llegar al final de la escalera y se lanzó hacia la esquina en la que Carlos estaba apoyado. Se arrodilló a su lado y le zarandéó, en un intento de despertarlo. Él no reaccionó, ni siquiera cuando ella gritó su nombre y le abofeteó. Tan sólo empezó a resbalarse, deslizándose hacia el suelo. Natalia le ayudó a tumbarse y buscó su pulso. Le costó mucho encontrarlo, pero ahí estaba, débil como una llama a punto de extinguirse.

En aquel momento escuchó el ruido de un golpe, de un disparo y de cristales que se rompían. Gus podía estar en peligro y necesitar su ayuda, pero no podía dejar a Carlos en aquellas condiciones. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y que estaba perdiendo el control.

—Natalia, tranquilízate —se ordenó a sí misma—. Puedes hacerlo.

Recogió el teléfono, que había dejado en el suelo a su lado y que iluminaba el sótano con su brillante luz blanca. Mientras trataba de luchar contra el temblor de sus manos, buscó el número de la central y marcó.

—Soy Natalia Egaña —dijo en cuanto descolgaron al otro lado—. Esto es una emergencia. Hay un agente herido, intoxicado con fenobarbital... Sí, aún respira y su corazón late, pero sus constantes son muy débiles. También hay un civil que puede estar herido y un sospechoso de asesinato que podría estar armado. Necesito ayuda... Sí, ésta es la dirección...

Gus cerró la puerta de la habitación a su espalda y se dirigió hacia la escalera. De repente, algo le dejó paralizado. Había escuchado un ruido a su espalda. Se giró y escuchó algo detrás de la tercera puerta, la que aún no había abierto. Quizá Salazar tuviera algún cómplice que estuviera allí escondido y que saldría para atacarle en cuanto le diera la espalda. O también podía ser que Carlos estuviera allí dentro, atado o herido. No podía marcharse sin mirar. Echó la mano hacia atrás y cogió la pistola. La verdad era que no tenía ni idea de manejar aquellas cosas. Ni siquiera podía estar seguro de que siguiera cargada. Lo único que sabía con certeza era que no tenía el seguro puesto, porque Salazar acababa de dispararle con ella. Se acercó a la puerta de la tercera habitación, la abrió de golpe y apuntó al interior. Un ser enorme y peludo, con garras y colmillos, se lanzó hacia él y le derribó al suelo. El maldito perro. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Gus trató de defenderse metiéndole la pistola en la boca para que no le mordiera, pero el perro lanzaba dentelladas desesperadas. En cualquier momento

le atraparía y no podría liberarse. Aquella bestia iba a matarlo.

Le empujó con todas sus fuerzas, desesperado. El perro salió despedido hacia atrás el tiempo suficiente para que Gus pudiera ponerse en pie y empezar a correr. Sabía que no iba a poder bajar todas las escaleras con aquel monstruo persiguiéndole, así que corrió para tratar de llegar al cuarto de baño que había visto antes. Abrió la puerta y se coló dentro, pero, antes de poder cerrar, notó un dolor terrible y lacerante que subía desde su pantorrilla. El perro había atrapado una de sus piernas y apretaba más y más. Gus sintió tanto dolor que pensó que iba a desmayarse. Aquel bicho iba a devorarlo vivo si no se defendía. Sintió que los músculos se desgarraban, que la sangre fluía sin control, tiñendo de rojo los dientes de la bestia y haciendo que pareciese más cruel y letal. Si no conseguía que dejase de apretar, iba a partirle los huesos. Se arrojó al suelo y pateó con la pierna libre el hocico de aquel monstruo. El perro le soltó y reculó un par de pasos, aunque se quedó mirándolo, con los ojos llenos de odio y la cabeza baja, preparado para volver a atacar. Por sus colmillos resbalaba sangre, su sangre. Sin pensarlo un segundos más, Gus pateó la puerta y consiguió cerrarla. El perro se lanzó contra ella, la golpeó y la arañó, tratando de derribarla. Gus se quedó a oscuras y palpó la puerta, buscando desesperado el pestillo. Tras asegurarse de que había quedado cerrada, se dejó caer de espaldas sobre el suelo de baldosas para recuperar el resuello. Cuando se convenció de que no iba a morir de un ataque al corazón, se levantó con dificultad. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a encender la linterna. Al lado del espejo, descubrió un interruptor. Lo pulsó y consiguió que las luces que adornaban el espejo se encendieran. Fue hasta la taza del váter andando a la pata coja, se sentó y se levantó el pantalón con cuidado para examinar la herida. Parecía profunda y estaba sangrando a chorros. Si no llegaba nadie pronto, se desangraría allí mismo. Cogió una toalla y la presionó contra la herida, tratando de ganar tiempo.

Natalia seguía arrodillada al lado de Carlos. Lo había probado todo: llamarle,

zarandearle, suplicarle... Nada funcionaba. Estaba en un estado de inconsciencia profundo, puede que incluso estuviera en coma. Además, su respiración se volvía cada vez más lenta y trabajosa. Si no llegaba alguien pronto, dejaría de respirar allí, entre sus brazos.

Le soltó varios botones de la camisa para asegurarse de que nada le presionaba y le colocó de espaldas con la cabeza echada hacia atrás para que sus vías respiratorias estuvieran abiertas. Carlos se dejó hacer como un muñeco sin voluntad, pero su estado no cambió. Natalia le acarició el pelo y retiró unos mechones rebeldes de su frente.

—No te mueras —le suplicó en susurros—. Por favor, no te mueras.

Como si respondiera a sus ruegos, Carlos respiró con más fuerza, una única inhalación profunda. Natalia pensó que estaba reaccionando y se inclinó hacia él. Sintió que el pánico invadía todo su cuerpo. No respiraba, ya no respiraba. Puso los dedos en su cuello y buscó el pulso, pero no pudo encontrarlo.

—Maldita sea —gritó, desesperada—. Te he dicho que no te mueras. No te atrevas a dejarme sola.

Con un solo tirón, soltó su camisa de arriba abajo. Algunos botones salieron disparados y tintinearón sobre el suelo de cemento. Natalia se colocó de rodillas a su lado y se inclinó sobre su boca para insuflar aire con fuerza. Después empezó a comprimir su pecho mientras le repetía una y otra vez que no se muriera.

No era consciente del tiempo que llevaba tratando de mantenerlo con vida. Sólo sabía que cada vez le dolían más los brazos, que se sentía agotada y que tenía el rostro cubierto de lágrimas. Le daba igual todo aquello. Seguiría tratando de salvarlo el tiempo que hiciera falta.

Se había inclinado sobre la boca de Carlos para realizar las dos siguientes

insuflaciones cuando escuchó que la puerta de entrada se abría con violencia. Los pasos de muchas personas resonaron por el pasillo. Junto su boca con la de Carlos para suministrarle el aire que necesitaba y, mientras volvía a comprimir su pecho, empezó a gritar pidiendo ayuda.

Gus escuchó unos ruidos fuertes en la puerta y se forzó a abrir los ojos. Se sorprendió al ver que todo el suelo del baño estaba teñido de rojo. Había perdido muchísima sangre. No iba a salir vivo. Pensó que era muy triste acabar muerto en el suelo de un váter por haber sido atacado por un perro. No era una muerte muy heroica. Además, el puñetero perro golpeaba la puerta cada vez con más ímpetu. Si seguía así, la derribaría con unos intentos más, entraría y terminaría su trabajo. Trató de encontrar fuerzas en su interior para luchar, para buscar una salida, pero no había nada. Todo se había acabado.

Escuchó un nuevo golpe y la puerta se abrió con tanta fuerza que rebotó contra la pared. En lugar de la bestia sanguinaria que esperaba encontrar, Gus vio a dos hombres vestidos de uniforme que se lanzaban hacia él.

—Cuidado, hay un perro ahí fuera —consiguió susurrar.

—Tranquilo, ya nos hemos encargado de él. Estás a salvo.

Gus aún pudo sonreír antes de que sus párpados se cerraran y la inconsciencia se llevara todo el dolor.

CAPÍTULO DOCE

El lugar en el que estaba tumbado no era su cama. El colchón era más duro y las sábanas mucho más ásperas. Además, olía raro, a desinfectante y medicamentos. Gus se esforzó por abrir los ojos y miró alrededor. La luz del sol entraba por las ventanas. Estaba en una habitación pintada de un verde pálido. No había muchos muebles. Tan sólo un desvencijado sillón, una mesa llena de ramos de flores y peluches y otra cama a su lado en la que roncaba un anciano al que no conocía de nada.

Trató de sentarse, pero le pareció que la cabeza le daba vueltas y tuvo que volver a recostarse. En aquel momento se abrió la puerta y una sonriente Natalia se lanzó hacia su cama y le dio un abrazo tan fuerte que le dejó sin respiración.

—Has despertado. ¡Qué alegría!

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Sólo un día. No te preocupes, no te has perdido mucho —contestó ella.

—¿Dónde está mi madre? ¿No la habéis avisado?

—Sí, claro... No sé cómo explicarte esto...

—¿El qué? ¿Le ha pasado algo? —preguntó Gus, sentándose en la cama de golpe y sintiendo que toda la habitación empezaba a girar.

—No. Está bien, pero está muy enfadada. Dice que, si vas a seguir metiéndote en líos y acabando todas las investigaciones en el hospital, ella no quiere saber nada más.

—Buff, pues ya verás cuando le diga que quiero hacer las oposiciones para ser ertzaina. De ésta me deshereda. —Gus se quedó en silencio un momento y tiró de la sábana para destapar su pierna. Estaba cubierta por un aparatoso

vendaje, pero comprobó aliviado que seguía allí—. ¿Han dicho algo los médicos de la pierna?

—Sí y todo son buenas noticias —contestó Natalia, sonriendo—. Por suerte la mordedura no te ha seccionado ningún músculo ni ha roto ningún hueso. Perdiste mucha sangre, pero ya te han hecho un par de transfusiones. Los médicos creen que, cuando la herida se cure, no te quedará ninguna secuela.

—Aparte de una cicatriz horrible con forma de mordedura de perro. —Gus se encogió de hombros y sonrió—. Bueno, es mi primera herida de guerra. La llevaré con honor. Por cierto, ¿cómo pudieron rescatarme de ese perro? Estaba totalmente loco.

—Según me han dicho es un perro muy dócil y muy simpático. La tomó contigo porque atacaste a su dueño.

—Si al final la culpa de todo siempre es mía... ¿Y qué ha sido de él?

—Pues como su dueño va a pasarse una larguísima temporada entre rejas y no ha aparecido nadie que quiera hacerse cargo, se lo han llevado a la perrera. Espero que encuentre una nueva familia.

—¿Y qué ha pasado con Salazar? No sé si me pasé al golpearle con la pala.

—Hiciste muy bien. Está recuperándose en este mismo hospital y, en cuanto lo haga, saldrá derecho hacia la cárcel más próxima.

—Me alegro de que todo haya salido bien —dijo Gus, respirando satisfecho—. ¿Y Carlos? ¿Dónde está?

—También está ingresado. Salazar le obligó a tomar un montón de pastillas de Luminal y estuvo a punto de morir intoxicado. —Natalia le puso una mano en el hombro a Gus para tranquilizarle—. No te preocupes. Está bien. Por suerte consiguió vomitar la mayoría de las pastillas y no le van a quedar secuelas. Ya se ha despertado y está consciente. De hecho, está demasiado despierto y no deja de quejarse. Le he dicho que venía a ver cómo estabas para

librarme un rato de él.

—Siempre estamos igual. —Gus le guiñó un ojo y le dirigió una sonrisa burlona—. Nunca soy tu primera opción.

—No seas tonto. Sabes que te adoro —dijo ella, haciendo que volviera a tumbarse y arropándole—. Ahora voy a volver junto a él, a ver qué tal está. Tú descansa y recupérate. Los médicos han dicho que, si todo va bien y no hay infección, estarás en tu casa para el fin de semana.

Natalia depositó un suave beso en su frente y salió. Gus se quedó tumbado, mirando el techo de la habitación. Al cabo de un par de minutos, giró la cabeza hacia la mesilla. Por suerte tenía su móvil allí, así que podría hablar con sus colegas o jugar a algo para que el tiempo no se le hiciera tan largo. Lo cogió y, de repente, se quedó mirándolo. Negó con la cabeza. Aquella idea era una locura, pero sabía que no podría olvidarla. Buscó en Internet el número que necesitaba y marcó:

—Perrera municipal de Bilbao —contestó una voz de hombre—. Buenos días.

—Hola, buenos días. Llamaba para preguntar por un perro que les llevaron ayer. Es un perro enorme, de color marrón, con mucho pelo.

—¿Es el que mordió a una persona?

—Sí, ése es, pero yo soy la persona mordida y no le guardo rencor. No vayan a sacrificarlo por eso.

—Tranquilo —dijo el hombre, riéndose—. Ya hemos comprobado que el perro no tiene la rabia y que no es peligroso. No vamos a sacrificarlo.

—Pues me quita un peso de encima. Estaba preocupado. —Gus trató de convencerse a sí mismo de que ya había preguntado suficiente y debía terminar la llamada, pero no pudo contenerse—. ¿Qué va a pasar con él ahora? ¿Le encontrarán un hogar?

—Me gustaría decirte que sí, pero no creo que lo tenga fácil. No es un perro joven, rondará los siete o los ocho años y, además, es epiléptico. No suelen aparecer muchos adoptantes para perros tan grandes, mayores y con una enfermedad crónica.

Gus trató de morderse la lengua, se dijo a sí mismo que aquello era una locura y que su madre iba a matarle, pero no consiguió detener sus siguientes palabras:

—No hace falta que le busquen ningún adoptante. Me lo quedo. Saldré del hospital este fin de semana. ¿Podría tenerlo todo preparado para el sábado?

Carlos entró en la sala llevando un elegante traje de color negro y extendió los brazos a los lados mientras giraba sobre sí mismo. Natalia dejó el libro que estaba leyendo sobre el sofá y silbó.

—Estás guapísimo —le dijo antes de levantarse e ir a abrazarle por la cintura.

—Las manos quietas, que me vas a arrugar el traje. —A pesar de sus palabras, él también la abrazó y le dio un beso en los labios—. ¿De verdad no quieres venir? Hay mucha loba por ahí suelta y estoy buenísimo con esto puesto.

—Correré el riesgo. Además, sólo tienes dos invitaciones y ya le has dicho a Gus que le llevarás.

—Ya, pero sabes cómo es ese chaval. Convertirá el partido en una tortura —protestó Carlos—. Además, tú lideraste la investigación. Deberías venir tú.

—Prefiero quedarme a leer un rato. Ya sabes que no me gusta el fútbol.

—Pero te gustan los reconocimientos públicos a tu talento y esta invitación al palco del Athletic es precisamente eso. La gente más influyente de Bilbao estará ahí, babeando por ver a los valientes héroes que atraparon al

peligroso asesino. Pensé que te encantaría que te adorasen.

—¡Qué poco me conoces! Me basta con saber que soy la mejor. No necesito que nadie me lo diga —contestó ella, guiñándole un ojo—. Y que tú lo sepas y me adores, por supuesto.

—Yo ya lo hago. Bueno, pues me marchó.

—Un segundo. —Natalia le ajustó el nudo de la corbata y le dio otro beso de despedida—. Coge el abrigo bueno.

—Tranquila, mamá —dijo él, burlón.

—Menos cachondeos. Y pórtate bien, no comas demasiadas chuches y no te pelees con los otros niños.

Carlos rió, recogió su abrigo y salió de casa. Veinte minutos después, aparcó el coche en un parking cercano al estadio y fue andando hasta la entrada. Gus ya estaba esperándole allí. Parecía que también se había esmerado en estar presentable. Su ropa estaba limpia e incluso se había peinado. Justo cuando Carlos llegaba a su lado, escucharon una voz que les llamaba.

—Carlos, señor Guevara. ¡Por aquí!

Vieron a Aguirre haciéndoles señas unos metros más allá. Se acercaron sonrientes y le tendieron la mano.

—¿No vamos a la cola? —preguntó Gus.

—¿A la cola? Hoy somos VIPs, vamos al palco—contestó Aguirre—. No nos mezclamos con los simples mortales. Acompañadme.

Aguirre les guió a una puerta lateral custodiada por dos gigantes vestidos de negro que, a pesar de que la luz de la tarde era triste y apagada, llevaban gafas de sol. Cuando Aguirre se identificó, les permitieron el paso. Una azafata estaba esperándoles al otro lado para llevarles hasta el palco principal. Antes de entrar, Carlos respiró hondo y se frotó las manos sudorosas en las perneras del pantalón.

A pesar de que aquello le hacía mucha ilusión, estaba poniéndose demasiado nervioso.

Durante los siguientes minutos, Aguirre fue presentándoles a las autoridades que ocupaban el palco: el presidente del Athletic, el alcalde, el obispo de Bilbao, varios consejeros del Gobierno Vasco... Todo el mundo les felicitó e incluso algunos de ellos quisieron sacarse fotos con “los héroes del momento”.

Cuando terminaron las presentaciones, por fin pudieron sentarse. Gus se colocó a su derecha, mientras que a su izquierda se sentaron el alcalde y el obispo. Carlos se recordó a sí mismo que debía controlarse y no soltar demasiados juramentos durante el partido si no quería que el obispo le excomulgara allí mismo. Como vio que los dos hombres seguían mirándole con admiración, les devolvió una tímida sonrisa.

—Es un honor estar sentado aquí con ustedes.

—No. El honor es nuestro —dijo el alcalde—. Nos han contado que son ustedes los responsables de haber solucionado varios casos muy complicados y de haber detenido a peligrosos asesinos. La ciudad les debe mucho.

—En efecto. Estamos en deuda con ustedes —intervino el obispo—. Si en algún momento necesitan algo de nosotros, sólo tienen que decírnoslo. Cualquier cosa.

En aquel momento sonó el pitido que señalaba el comienzo del encuentro y todos fijaron sus miradas en el terreno de juego. Carlos se relajó al ver que había dejado de ser el centro de atención y metió las manos en los bolsillos de su abrigo. De inmediato, notó algo en el derecho. Sacó el papel y lo desdobló. Era el puñetero cheque que le había entregado el padre de Natalia. ¿Cómo podía ser tan desastre como para haber vuelto a olvidarse de él? En cuanto terminase el partido, aprovechando que iba bien vestido y que había lavado el coche, conduciría hasta Plencia y se lo haría tragar. Le haría ver a aquel pedante que él

no necesitaba aquellos miserables treinta mil euros para hacer feliz a Natalia. ¿O quizá sí? Una idea empezó a girar en su mente, haciéndole olvidar todo lo demás.

Cuando el árbitro pitó el descanso del partido, se giró hacia la izquierda y desplegó su mejor sonrisa, dirigida al obispo:

—Señor obispo, no quisiera abusar de su generosidad, pero la verdad es que hay algo que me gustaría pedirle. —Carlos esperó hasta que el obispo asintió y le devolvió la sonrisa—. ¿No tendrá usted mano con la lista de espera de la Basílica de Begoña?

CAPÍTULO TRECE

Natalia se despertó y, con la mente aún confusa, estiró el brazo hacia el otro lado de la cama, buscando el cuerpo de Carlos. No había nadie y las sábanas estaban ya frías. En aquel momento, escuchó el ruido del timbre de la puerta. Aquello era lo que la había despertado, aquel sonido agudo e insistente.

Se sentó en la cama y se preguntó extrañada por qué Art no estaba corriendo por el pasillo y ladrando enloquecido como cada vez que alguien llamaba. En un momento lo comprendió todo. Seguro que Carlos había sacado a Art a hacer pis y se había olvidado las llaves de casa. Se levantó de la cama y, descalza y vestida con una camiseta vieja de Carlos que le quedaba enorme, recorrió el pasillo mientras se frotaba los ojos. Al pasar frente al salón, miró la calle a través de las ventanas. Aunque ni siquiera eran las nueve de la mañana, el sol lucía con fuerza en un cielo azul desprovisto de nubes. Ya era abril y, después del frío y lluvioso invierno, por fin llegaban los días radiantes de primavera. Quizá podrían ir a pasear por la playa con el perro después de desayunar.

Abrió la puerta con una sonrisa en los labios, pero ésta se congeló al ver que no eran Carlos y Art los que esperaban. Frente a ella había tres mujeres a las que no había visto en la vida, pero que la miraban con algo parecido a la adoración.

—Natalia, ¿verdad? —preguntó la mujer que estaba en primera fila antes de lanzarse sobre ella y plantarle dos sonoros besos—. Soy Carla. Encantada de conocerte, cielo. Chicas, vamos dentro. Hay muchísimas cosas que hacer.

—Disculpe. ¿Nos conocemos? —preguntó Natalia, confusa, mientras veía como las otras dos mujeres entraban en su casa cargadas de bultos.

—No, pero no se preocupe. Nos ha contratado Carlos, su prometido. —La

mujer también entró y cerró la puerta—. No se quede ahí parada. Tenemos muchísimo trabajo y sólo nos quedan tres horas.

—¿Tres horas para qué?

—Para su boda, querida —contestó Carla, volviendo a lanzarse sobre ella para darle otros dos besos—. ¡Qué cuqui! ¡Es cierto que no sabe nada! Felicidades, cariño. ¿Preparada para el día más feliz de tu vida?

Aún estaban dándole los últimos retoques al velo cuando el timbre de la puerta volvió a sonar. Carla dio un respingo y, corriendo sobre sus empinados tacones, recogió el ramo y se lo entregó a Natalia antes de salir corriendo por el pasillo.

—Creo que tu chofer ya está aquí —gritó tras abrir la puerta—. Vamos, chicas. Hay que acabar ya.

Natalia se giró hacia la puerta para ver quién había llegado. Gus estaba contemplándola desde el umbral con una sonrisa embobada. La miró de arriba abajo y soltó un silbido de admiración.

—Joder, Natalia. ¡Cómo estás! Si Carlos no quiere casarse contigo, aquí tienes un candidato.

—¿Tú estabas enterado de esto? —le preguntó Natalia, lanzándole una mirada asesina.

—Por supuesto. No sólo soy tu chofer. Soy tu padrino. —Gus se acercó a ella y le tendió el brazo para que se apoyara—. ¿Vamos? Sabes que todavía estás a tiempo de arrepentirte, ¿verdad? Deberías tener en cuenta que Carlos es un gruñón y que eso no va a mejorar con la edad, así que, si en algún momento de aquí a la iglesia te arrepientes, sólo tienes que decírmelo y cambio de dirección...

—Gus, por favor, para de cotorrear que estoy nerviosa.

—Yo también. ¿Por qué crees que cotorreo? Nunca he sido padrino.

Llegaron al parking y se subieron al coche de Natalia. Las tres mujeres les habían seguido y, antes de dejarles arrancar, decoraron todo el coche con flores. Cuando terminaron, se separaron unos pasos para admirar el conjunto.

—Ya está todo perfecto —dijo Carla—. Podéis salir. Nos vemos en la iglesia.

—¿Quién es esa tía? —preguntó Gus tras arrancar el coche.

—Creo que es una organizadora de bodas. Llevo tres horas aguantándola. Todo le parece divino, ideal, cuqui... Me estaba volviendo loca. Oye, ¿a dónde vamos?

—Es una sorpresa —contestó Gus—. Enseguida lo verás.

Natalia fue a insistir, pero Gus se pasó los dedos por los labios, fingiendo que cerraba una cremallera. Increíble. Aquel chico era incapaz de mantener la boca cerrada y, para una vez que quería que hablase, se negaba. Natalia se recostó contra el asiento y trató de distraerse mirando las calles de Bilbao. Sentía que las manos le temblaban y que estaban empezando a sudarle por tener el ramo agarrado. El estómago le daba vueltas y sentía ganas de vomitar. Cuando viese a Carlos, tendría que tomar la difícil decisión de sonreír y besarle o de estamparle el ramo en la cabeza por hacérselo pasar tan mal. Al final de la calle, divisó la alta torre de la Basílica de Begoña. Se inclinó hacia adelante para volver a hablar con Gus.

—¿Estamos yendo ahí?

—Sí, señorita. Ya llegamos.

—Pero eso es imposible —dijo ella, asombrada—. Se tardan años en conseguir turno para casarse en Begoña.

—Es una de las ventajas de ser un héroe.

Gus le guiñó un ojo y detuvo el coche frente a la iglesia. Después se bajó, le abrió la puerta y le tendió la mano para ayudarla a salir. Había muchísimas personas esperando y aplaudieron su aparición como si fuera una estrella de cine. Agarrada al brazo de Gus, caminó entre aquella gente, que se había colocado a ambos lados de la entrada, formando un pasillo. Distinguió los rostros de muchos de ellos: compañeros de la central, familiares, compañeros del instituto y de la universidad a los que no veía desde hacía años... ¿Cómo había conseguido Carlos contactar con toda aquella gente?

En el momento en el que puso un pie en el pasillo de la iglesia, un cuarteto de cuerda empezó a tocar la marcha nupcial. Todo el mundo se puso en pie para observar su avance. Natalia agradeció que Gus estuviera a su lado, sujetando su brazo, porque las piernas le temblaban tanto que temía que no pudieran sostenerla. El chico pareció notarlo, porque la agarró con más fuerza y le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

Carlos estaba esperándola al fondo del pasillo. Estaba muy elegante con su traje negro y los ojos le brillaron cuando sus miradas se cruzaron. Natalia se colocó a su lado frente al altar. En aquel momento se dio cuenta de que, al lado de Carlos, había una mujer guapa y morena a la que no conocía.

—Hola —le susurró después de darle un breve y tímido beso a modo de saludo—. Voy a matarte en cuanto termine la ceremonia.

—Bueno, al menos saldrás en el libro Guinness como la mujer más rápida en llegar a viuda —bromeó él.

—No creas que voy a perdonarte esto fácilmente. —Natalia dirigió su mirada con disimulo hacia la mujer morena que sonreía al lado de Carlos—. ¿Quién es ella?

—Ana.

—¿Qué Ana?

—Joder, mi exmujer —contestó Carlos—. Ya te he hablado de ella.

—¿Le has pedido a tu exmujer que sea tu madrina de boda? —preguntó Natalia, escandalizada.

—Bueno, después de hacerla venir desde Londres para que firmara los papeles de la nulidad, pensé que tendría que tener algún detalle con ella —dijo él, encogiéndose de hombros.

—No sé si voy a poder perdonarte esto tampoco.

En aquel momento, el sacerdote empezó a hablar y toda la iglesia se sumió en un respetuoso silencio. La ceremonia transcurrió con normalidad hasta que el cura les preguntó por los anillos. Natalia miró a Carlos, temiendo que se los hubiera olvidado en casa, pero él sonrió, se llevó dos dedos a la boca y soltó un agudo silbido. Art apareció en la puerta de la iglesia, llevando una pequeña cesta en la boca y acercándose a ellos moviendo la cola. Todos los asistentes rieron y el sacerdote tuvo que pedir que se controlaran. Cuando el perro llegó junto a ellos, Carlos se agachó, le quitó la cesta de la boca y le dio una chuchería que había sacado del bolsillo del pantalón.

—No sabes lo que ha costado enseñarle a hacer esto —dijo al incorporarse—. Ha sido más duro que todos los demás preparativos de la boda.

—Estás muy loco —dijo Natalia, riendo—, pero te lo has currado. Con esto está todo perdonado.

Gus salió al balcón del restaurante, se apoyó en la balaustrada y encendió un cigarrillo. La boda estaba siendo un éxito, pero el calor allí dentro empezaba a ser insoportable. Además, consideraba que el DJ debería ser condenado a muerte por tener tan mal gusto musical. Al cabo de un par de minutos, escuchó cómo se abría la puerta del balcón y el ruido de unos tacones acercándose. Se giró y vio a Lorena, enfundada en un vestido de raso de color azul. Parecía un ángel. Llevaba

todo el día mirándola embobado. Ella se colocó a su lado y él pasó un brazo por su cintura.

—¿Qué te está pareciendo la boda? ¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó.

—La verdad es que sí, pero luego tendremos que marcharnos. He quedado con los demás en Algorta a las diez.

—¿Y para qué quedas con ellos si sabías que hoy íbamos a estar de boda? —dijo Gus, sorprendido.

—Ya, pero no vamos a pasarnos aquí todo el día.

—No sé cuándo acabará esto, pero yo pienso quedarme hasta que se termine. Son mis mejores amigos y quiero estar con ellos.

—Vale, les diré que llegaremos algo más tarde. Pero tampoco mucho, que tenemos que hablar sobre el viaje a Cuba.

—¿Qué viaje? ¿Qué Cuba? —preguntó Gus, dolido al ver que ella no había escuchado ni una sola de sus palabras.

—¿Qué Cuba va a ser? La isla. —Lorena se rió y negó con la cabeza—. Nos vamos todos juntos en cuanto se acaben los exámenes.

—¿Y no pensabas decirme que te marchabas?

—Pero si tú también vienes. Jolín, Gus, no te enteras de nada.

—A lo mejor me enteraría si me consultaras las cosas. Tomas decisiones sobre mi vida sin preguntarme nada.

—Si te lo estoy comentando ahora... ¿Tienes algún problema por ir a Cuba?

—Pues sí, tengo muchos problemas.

—Si es por el dinero, no te preocupes. Te lo pago yo.

—No es sólo por el dinero —protestó Gus—. Ya te he dicho que después de los exámenes tengo las oposiciones para entrar en la Ertzaintza.

—Ya, pero también deberíamos hablar de eso. ¿De verdad quieres ser policía? He estado hablando con mi padre y me ha dicho que puede conseguirte un trabajo mucho mejor en alguna de sus empresas. —Lorena apretó su cuerpo contra él, levantó la mano y acarició uno de los mechones de pelo del chico—. Claro que tendrías que cortarte el pelo para trabajar allí.

—Ya basta, Lorena.

Gus la empujó suavemente para separarla de él y le dio la espalda. No sabía si ya había llegado al límite de su paciencia o si los cubatas que se había tomado estaban haciendo demasiado efecto, pero sentía que ya no aguantaba más. Se agarró con fuerza a la balaustrada para ocultar el temblor de sus manos y, sin atreverse a mirarla a los ojos, empezó a hablar.

—Esto se acabó. No voy a ir a Cuba contigo, no voy a trabajar en ninguna empresa de tu padre y no voy a cortarme el puto pelo. —Inspiró para tratar de encontrar valor en su interior antes de pronunciar su siguiente frase—. Y tampoco voy a seguir saliendo contigo.

—¿Pero qué dices? ¿Es que he hecho algo malo?

—No eres tú, soy yo —dijo Gus, sonriendo ante el tópico—. Me he dado cuenta de que valgo un montón como persona y de que merezco a alguien que me valore y no me manipule. Estoy harto de ser tu muñeco.

—Eres un gilipollas, Gus. En la vida vas a estar con una tía como yo. —Gus sintió que sus fuerzas flaqueaban al ver las lágrimas asomando en los ojos de Lorena—. Te arrepentirás de esto.

Ella se marchó del balcón, cerrando la puerta de un portazo. Gus se quedó apoyado en la barandilla, mirando como su figura se perdía entre la gente de la fiesta. Sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió, sin ser capaz de separar la mirada

hasta que ella desapareció.

—Ya me estoy arrepintiendo —se dijo a sí mismo.

La puerta del balcón volvió a abrirse y una chica a la que no conocía se acercó a él con un cigarrillo apagado en los labios.

—Perdona, ¿tienes fuego?

—Sí, claro.

Gus sacó el mechero del bolsillo y se lo pasó. Después, le dio la espalda y volvió a apoyarse en la barandilla, esperando que ella se diera cuenta de que no quería conversación.

—Vaya fiesta, ¿verdad? —dijo ella, ignorando todas las señales que él le enviaba—. Es una pasada. La verdad es que hacía un montón de tiempo que no veía a Natalia. Somos primas lejanas y no esperaba que me invitara a su boda. He tenido que prepararlo todo a toda velocidad. Ya sabes: la ropa, los zapatos, el peinado... Han sido un par de semanas de locura, pero ha merecido la pena.

Gus se giró hacia ella y la contempló. La verdad es que a la chica debía de haberle costado mucho esfuerzo encontrar aquella ropa. Llevaba un vestido corto que parecía hecho con trozos de tul negro de diferentes longitudes, ceñido con un corpiño de cuero, y unos zapatos de lentejuelas rojos que parecían sacados de El mago de Oz. Aquellas cosas no podían encontrarse en las tiendas de Bilbao. Su peinado también era extraño. Llevaba una melena corta de color moreno con mechas rojizas, en la que cada punta parecía desviarse en una dirección diferente. Tan sólo su flequillo estaba liso y parecía mantener un orden, pero era tan largo que le cubría por completo el lado derecho de la cara. Tenía una sonrisa bonita y unos ojos (al menos el que se veía) del mismo gris acerado de los de Natalia, pero en ella no resultaban fríos ni amenazadores.

—No nos hemos presentado. Yo soy Lis —dijo ella.

—¿Lis? ¿Cuál es tu nombre real? ¿Elisa? ¿Elisabeth? —preguntó Gus,

apretando la mano que ella le tendía.

Ella se rió, negó con la cabeza y vació de un trago el vaso que llevaba en la mano antes de contestar.

—No puedo decírtelo. Si lo hiciera, tendría que matarte. —Volvió a reírse y se encogió de hombros—. Vale, te lo diré porque pareces un chico de fiar, pero no te rías. Me llamo Lisandra. Sí, lo sé. Mis padres debían de odiarme mucho.

—Comprendo tu dolor. Yo me llamo Agustín, pero puedes llamarme Gus.

—Vaya, mi nombre es más feo, pero el tuyo tiene peor arreglo. —Los dos compartieron una carcajada—. Oye, tú eres el padrino, ¿verdad? ¿No tendrás mano con el DJ?

—¿Qué te gustaría escuchar? —preguntó él, interesado.

—Algo con batería y guitarras eléctricas. Si sigo escuchando a Enrique Iglesias, Gente de Zona o Fonsi, voy a acabar tirándome por este balcón.

—Tengo la discografía completa de Metallica en el coche. —Gus se metió la mano en el bolsillo del pantalón y le enseñó el llavero—. ¿Te vienes?

Ella se giró sin contestar nada y se dirigió hacia la puerta del balcón. Gus temió haberla ofendido con su proposición, pero no se atrevió a llamarla para detenerla. Estaba visto que no tenía suerte con las mujeres.

—¿No vienes? —le preguntó ella tras abrir la puerta.

—¿A dónde vas? Hay unas escaleras aquí que llevan al parking.

—A rellenar el vaso —contestó ella con una sonrisa pícar—. Así podremos estar más tiempo escuchando música, hablando... o lo que surja.

Ya estaba anocheciendo cuando Natalia salió a tomar el aire al balcón. Se quedó mirando el paisaje, embelesada. El sol se ponía detrás del horizonte, tiñendo las

olas del mar de tonos anaranjados. Las gaviotas planeaban sobre el mar en calma, rompiendo el silencio con sus gritos agudos.

Carlos salió tras ella, se colocó a su espalda y la abrazó por la cintura. Ella apoyó la cabeza en su pecho y posó sus manos sobre las de él. Se mantuvieron en silencio durante unos minutos disfrutando de la paz del paisaje y de la sensación de estar juntos para siempre. Carlos se inclinó hacia ella y depositó un beso en su cuello.

—¿Feliz? —le preguntó.

—Sí, mucho. Todo ha sido tan perfecto... El vestido, la ceremonia, el restaurante, el banquete, toda la gente a la que has invitado... ¿Cómo has sabido que quería todo esto? Ha sido como si me hubieras leído el pensamiento.

—No ha sido necesario. Es lo bueno de tener una prometida obsesiva que guarda toda la información sobre la boda en una caja con un cartel en el que pone “Boda” y en la que ha ido clasificando todas las cosas que le gustaban y subrayando con colores según sus preferencias. Tan sólo tuve que fotocopiarlo todo y enviárselo a Carla.

—Gracias. —Ella se giró hacia él y le besó—. Todo esto ha sido como un sueño. Ahora me va a dar pena que se acabe.

—¿Quién ha dicho que se acaba? Mañana mismo salimos de viaje de novios: París, Roma, Milán, Venecia...

—¿En serio? —preguntó ella con los ojos brillantes como los de una niña emocionada.

—Sí. Y, después de eso, tendrás que seguir aguantándome toda la vida, así que puedes estar tranquila. Esto no se acaba mientras tú no quieras.

Ella sonrió y volvió a mirar hacia el mar mientras él la rodeaba con sus brazos. De repente, una duda se abrió paso en su mente. Giró la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara sin tener que separarse.

—Hay algo que no entiendo —dijo, preocupada—. ¿Cómo vamos a pagar todo esto?

Él se rió y depositó un beso en su pelo mientras la abrazaba con más fuerza aún.

—Tranquila, sé que eres muy tradicional, así que, tal y como manda la tradición, todo esto lo ha pagado el padre de la novia.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 13 de marzo de 2018

NOTA DE LA AUTORA

Hay una escena en la novela de Peter Pan en la que Campanilla le explica que, cada vez que un niño dice no creer en las hadas, una de ellas cae muerta y que, por esa razón, cada vez quedan menos. Ante esa revelación, Peter Pan se dirige a todos los niños lectores y les pide que, si creen, lo demuestren mediante sus aplausos, para así poder salvar la magia del mundo. Me leyeran esa escena con ocho o nueve años y, si no aplaudí como una loca, es porque estábamos en medio de clase y me habría ganado una fama de friki que no me habría quitado hasta terminar el instituto. Pero juro que tuve ganas de aplaudir, de demostrarle al mundo que yo sí creía en la fantasía.

Os estaréis preguntando por qué os cuento esto. Bueno, yo no soy un hada ni nada que se le parezca (de hecho, soy un poco bruja) pero, como todos los escritores, necesito saber que mis lectores creen en mí, que hay alguien al otro lado que se está dejando llevar por mis historias, que durante un momento una persona, en cualquier parte del mundo, ha dejado de lado su vida cotidiana para sumergirse en los mundos que yo he creado.

No os voy a pedir que aplaudáis, tranquilos. Lo único que pido es un comentario, un eco de respuesta. Para ello, podéis contactarme de cualquiera de estas formas:

- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaeen
- Blog: <https://idaean.wordpress.com/>
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Además, si os suscribís a mi página web, podréis elegir uno de mis libros de regalo en versión digital (La red de Caronte, Viajes a Eilean I: Iniciación o Trece sombras). Prometo no bombardearos con spam. Tan sólo os enviaré un email cuando quiera informaros del estreno de un nuevo libro o de algún sorteo o promoción especial.

Os dejo también la sinopsis de mis otras novelas terminadas, por si todavía no os habéis aburrido de leerme y queréis acompañarme un rato más. Espero que disfrutéis de la lectura de mis obras al menos una pequeña parte de lo que yo he disfrutado escribiéndolas.

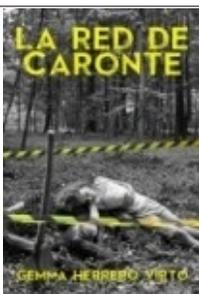
Muchas gracias de todo corazón por estar ahí, por ayudarme a vivir este sueño. Sois el combustible que mueve mis dedos para crear más historias y nunca podré pagaros vuestro apoyo, vuestro entusiasmo y vuestro tiempo. Gracias por darme la oportunidad de atraparos en mis sueños y haceros vivir en mis mundos.

Un abrazo,

Gemma Herrero Virto

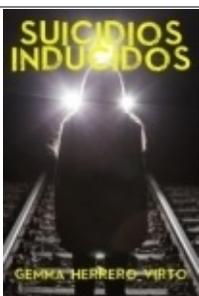
OTRAS OBRAS PUBLICADAS

NOVELA POLICÍACA



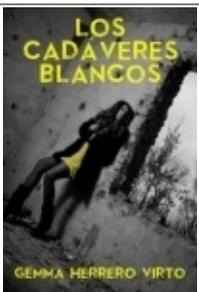
BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

¿Quieres unirte al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una nueva aventura de los personajes de La red de Caronte, tan emocionante y frenética como su predecesora.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



Varias mujeres asesinadas, un extraño ritual, unos crímenes aparentemente perfectos... ¿Qué misterio se esconde en los cadáveres blancos?

THRILLER PARANORMAL



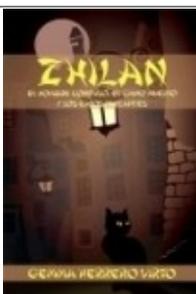
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

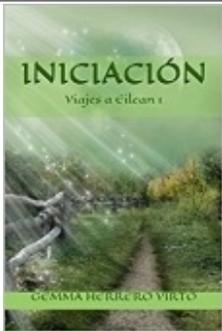
Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



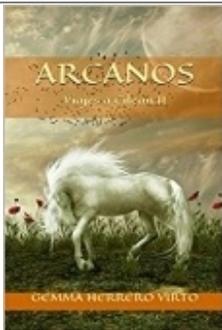
Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

FANTASÍA

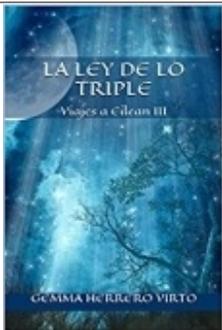
TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.



Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance.

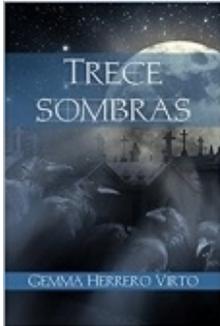


Cuando Luna llegué a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te

atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

^[1] Bidegorri: Nombre en euskera para el carril-bici. Bide significa camino y gorri significa rojo, en referencia al color del asfalto de estos carriles, que sirve para indicar que sólo están habilitados para bicicletas. Esto no impide que todo jubilado del País Vasco decida que prefiere andar por ellos, aunque tengan aceras o carriles habilitados para peatones, y que incluso se compren zapatillas con la suela más dura porque se quejan de que ese asfalto rojo es muy abrasivo y no se puede andar bien por él.